

EL ORFEBRE DE LA MEDICINA

LA HISTORIA DEL DOCTOR ALBERÓ
Y SU VIEJO MALETÍN

SANTIAGO SOTO OBRADOR

Registro de Propiedad Intelectual N°: A-264727
Diseño de portada y diagramación interior Bookdesign.cl
Impresión noviembre 2016 - 50 ejemplares

A mi esposa Cristina Felsenhardt y a mis hijos :

Christian, Ximena, Cristóbal, Michelle y Natalia.

Ellos conforman el dulce terruño en donde vive mi felicidad.

A los médicos que fueron mis discípulos , con un especial afecto y admiración por sus logros en una profesión tan demandante como preciosa.

A Agustín Maffei, cuya generosa ayuda permitió la publicación de esta obra, y a quien guardo hondo agradecimiento.

A Juan Carlos Yarur Rey y a María Eugenia Gandarillas Guzmán, cuya nobleza para conmigo ha superado los límites de la humanidad.

A los Drs. Alfredo Velasco Palma y Rolando González Aldunate quienes con su brillante cometido médico y quirúrgico, me devolvieron la salud.

PRÓLOGO

En el abanico de interacciones sociales hijas de las grandes ciudades, se destaca el desarrollo de actividades remuneradas especializadas: profesiones, artes y oficios etc. (¿ocupaciones?), inventados en la ciudad. El relato sobre una comunidad humana pequeña no solo refleja en detalle la mayoría de las virtudes y defectos de las grandes urbes, sino además los amplifica, en especial los que nacen desde la convivencia, aunque no pueda pretenderse que los movimientos sociales sean el resultado simple de la sumatoria de esas diversas actividades.

En este libro el doctor Santiago Soto Obrador describe un pequeño grupo microurbano y lo utiliza para mostrar las fuerzas que operan entre grupos de personas de diferentes extracciones sociales. Las relaciones entre un profesional y sus clientes han sido tema de numerosas intervenciones en la literatura universal. En especial si el profesional es médico, tal vez porque hay un mayor grado de acercamiento entre ambos. Sin embargo la exploración de esta relación generalmente termina ahí, en la barrera que se construye por el impacto emocional de esta relación en el cliente.

La obra del Doctor Santiago Soto Obrador que comento, no se detiene en la muralla tradicional mencionada, sino que analiza meticulosamente el impacto que aquella tiene sobre el médico; tampoco se detiene en el presente; toca, también, el futuro de las personas y la relación con fuerzas sociales, ambas al describir el ambiente de los cursos de la carrera de medicina.

Esto no se detiene aquí puesto que las fuerzas interpersonales también irradian hacia el todo de la comunidad. Santiago Soto Obrador escoge el elegante mecanismo de reflexión, la ciudad pequeña, como ejemplo de la relación entre profesión y profesional medico pasando por el hombre, el paciente. En efecto, así como el artista, un pintor por ejemplo, siente el “alma” de sus materiales, las pinturas, en este ejemplo, Santiago propone que en su calidad de observador, el médico asimila no solo la esencia de su paciente... o debería

hacerlo..., sino ciertamente la del mal que lo aqueja impactándolo en forma intensa. (“Tus ojos, tus oídos y tus manos son los órganos capaces de rescatar al pobre de su miseria”). (Me atrevo a sugerir que una relación similar se establece entre sacerdote y pecado). En efecto, esta historia presenta en forma original, el encuentro entre el facultativo y la enfermedad y es el mérito que tiene ella frente a innumerables historias de médicos, pacientes, enfermedad y miseria que repletan nuestras bibliotecas.

Por supuesto, dada su larga experiencia en el área de la salud, es obvio que la escogería como paisaje de su visión. La compleja madeja de relaciones que abarca, desde el desarrollo de los estudios de medicina hasta la relación profesional y relaciones entre médicos, pasa por diversos modelos y enfrenta en forma diferente la medicina de hoy y la de ayer. Esto no es tan simple como agregar más o mejores instrumentos al bagaje del médico (o a su cabás). Se refiere no solo a la medicina y al médico, sino que su visión clara caracteriza al enfermo y cómo la enfermedad modifica al portador, debiera hacerlo también hacia el profesional tratante, el médico.

Las relaciones médico - paciente han variado profundamente en el cambio de época que ha sucedido en el pasado próximo. Hoy pocos facultativos visitan enfermos; los hospitales se transforman en hospederías con ventajitas, los tratamientos se convierten en cajitas de pastillas, etc. Gran relevancia está teniendo la “Medicina preventiva” llamando así a la actitud del profesional médico de sentirse acorralado si no indica y estudia los resultados de todos los exámenes existentes- algunos innecesarios- para eximirse de toda posible responsabilidad judicial por negligencia. El Dr. Soto destaca los cambios. Por ejemplo, el episodio del niño afectado de cáncer que culmina en una comparación entre el aprendizaje usando un computador y usando un libro no en relación entre más o menos contenidos, sino en cuanto a cercanía humana, (...El campo de la medicina se está trasladando desde el cuerpo del hombre a la pantalla de los instrumentos ... oídos sordos a la palabra del ser humano, para posar los ojos sólo en la pantalla del ordenador o en los datos de los monitores de signos vitales adquiridos en la actualidad...) Y a pesar de todo, cada personaje se desarrolla de acuerdo con su propia meta: el director del hospital lo ve como una fuente de ingresos; el abogado, como una provisión de criminales para defender y el joven protagonista como una misión humanitaria.

Todos estos cambios afectan profundamente la relación profesional- paciente, pero ya han sido relatados por diversos autores desde los clásicos hasta hoy. El autor sin embargo, destaca en forma original la relación entre la enfermedad y el médico. Plantea que una actitud caritativa es redentora no sólo para el paciente, sino también para el médico “Así como el pintor busca extraer el “alma” de sus pinturas, el médico puede extraerla de la enfermedad.

¿Quién más que el Dr. Santiago Soto Obrador para sentir y reconocer todos los aspectos de la relación médico paciente y presentarlos en una conmovedora historia? Santiago ve la profesión del médico como una misión y la relación entre ambas personas como una participación en la redención.

Dr. Carlos Doggenweiler Figueroa.

Doctor en Biología.

I

Esteban salía cada mañana a repartir diarios. De sus diez y siete años de edad, había dedicado cinco a realizar este trabajo sin haber faltado ni un sólo día desde que lo comenzó.

De fuerte complexión, su cuadrado rostro presentaba tres señales que lo hacían peculiar: una nariz griega, ojos almendrados y un mentón prominente y ancho, todo lo cual le hacía parecer una persona de fuerte carácter, perseverante y resuelta. Su amplia frente, que se erguía sobre unas largas cejas, y un par de orejas pequeñas y altas, completaban una fisonomía que delataba a un ser inteligente y práctico. La boca, proporcionada, tenía un labio superior no muy grueso, que sobresalía un tanto del inferior lo que lo hacía aparecer como poseedor de afecto y generosidad.

Hijo único, supo aceptar desde un comienzo los embates de la vida sin manifestar queja alguna. Sus largas piernas le permitían desplazarse con rapidez y sus brazos - ya muy musculosos por efecto del trabajo de canillita- eran tan fuertes como los de un levantador de pesas. A las cuatro de la mañana ya estaba esperando los periódicos. Con presteza los llevaba a su casa en donde los ordenaba según las distintas secciones para, de inmediato, comenzar a entregarlos a sus clientes en sus domicilios. La lista era larga y la distancia que debía recorrer no era menor. Con el tiempo, su madre, quien mantenía en actividad el kiosco, había logrado que muchas personas prefirieran esta modalidad de reparto, porque les ahorra el viaje que hubiera sido preciso hacer para comprar el periódico. A Esteban, el kiosco le parecía un lugar de ensueños. Desde pequeño se familiarizó con su interior jugando con lo que encontrara. Con frecuencia, los periódicos o las revistas que allí se vendían regalaban, a quien los adquiría, personajes en miniatura de los cuentos infantiles que Walt Disney había re encantado para adultos y pequeños en sus cintas cinematográficas; figuras

de animalitos hechas de plástico, autitos de carrera, álbumes para colorear,... en fin, todo un mundo maravilloso que deleitaba al pequeño.

Ya a los siete u ocho años, Esteban se quedaba solo en el modesto negocio, cuidándolo, y vendiendo a los transeúntes que por allí pasaban, cigarrillos, golosinas, chocolates, encendedores, o los diarios y revistas que habían quedado después del reparto de la mañana, y que, como mosaicos de papel colgaban de las paredes del lugar, dándoles una apariencia multicolor. Al muchachito le parecía que el arcoíris había dejado caer allí, algunas gotas de su hontanar colorido.

De carácter retraído, vivía más bien enclaustrado en el pequeño negocio que su madre había moldeado a punta de sacrificios. El mundo de Esteban giraba a su alrededor intercalando las fantasías con la realidad y se convirtió, después de leer algunos cuentos de Constancio Vigil y de Charles Dickens, en un asiduo lector. Fue así como se encontró con Don Quijote de la Mancha obra que lo cautivó, inculcando en su espíritu el deseo de cumplir sus ideales, de alcanzar las metas que la vida habría de proponerle, superando los obstáculos que el devenir coloca para acobardar a los débiles. No, él no sería un desmirriado frente a la adversidad; al igual que Alonso Quijano, saldría airoso de las dificultades y resistiría los embates de la vida.

El muchacho terminaba sus labores de reparto muy cerca de su escuela, donde cursaba ya el último año de la secundaria con notas destacadas. Sus condiscípulos lo apreciaban por su arrojo en los deportes, en los que se destacaba por ser un eximio lanzador de jabalina. Muchas medallas y trofeos había ganado con esta especialidad deportiva, pero, por sobre todo, se había granjeado la admiración de sus compañeros. No sólo por la jabalina deslumbraba a sus pares y a sus maestros. Los pasajes del Quijote en los que brillaban las ironías de Sancho, o aquéllos en los que destacaban nítidos los pensamientos altruistas y nobles de Don Quijote, lo motivaron a adentrarse en el mundo de la filosofía. Con nuevos conocimientos aplicados al diario acontecer de los borronientos días de escuela, logró hacerse de premios en concursos literarios. Sus escritos, que lograron encumbrarlo a las alturas culturales en las que el pensamiento propio, instruido y meditado es viva muestra de elucubración y prudencia, lo ennoblecieron de tal modo, que sus condiscípulos no podían explicarse cómo podían convivir en él la sabiduría con el repartidor de diarios, y la distinción con la pobreza.

Entre sus clientes había un médico: Jonás Taylor, quien vivía en una casa pequeña cuya pared lindaba con la vereda; en su largo muro estucado y pintado de un amarillo impecable se destacaba la puerta de entrada, gruesa, de madera, que lucía una placa de bronce donde se leía: Dr. Jonás Taylor. Médico. A ambos lados de la puerta se hallaban dos ventanas grandes, enrejadas, cuyos postigos se abatían hacia el interior. Entre éstos y la reja, un alféizar de madera servía de fundamento sobre el que se posaba un gran macetero repleto de geranios. La pared callejera de la casa del médico estaba, en un largo trecho, ocupada por una frondosa buganvilia colmada de flores encarnadas. En punto de las siete de la mañana, Esteban introducía entre los barrotes de la reja el periódico preferido del médico, y lo dejaba tras el macetero con geranios y, de inmediato, daba algunos golpecitos en el vidrio para que el Dr. Taylor supiera que su preciada lectura ya había llegado.

Jonás Taylor, de alta estatura y fuerte apariencia, tenía anchos hombros y un porte distinguido. Su rostro mostraba una frente amplia que se empinaba casi hasta la mitad del cráneo, denunciando una moderada calvicie; sus cejas pobladas y juntas daban alero a unos ojos protuberantes.; su nariz larga, las orejas bajas, la boca recta, y el mentón con un hoyuelo revelaban a un ser humano equilibrado, simpático y vital. Por cierto, la piel estaba surcada de gruesas arrugas que delataban el silente y secreto trabajo del tiempo.

Varias mañanas, el viejo Jonás esperó a Esteban y lo interrogó acerca de su vivir y laborar. Las primeras veces, el muchacho respondió sólo con monosílabos, pero, a medida que el tiempo transcurría, logró tenerle más confianza. Taylor ya rozaba la senectud; de carácter adusto y dueño de una voz de trueno, había sido un médico de barrio, uno de aquéllos que hunden sus manos en la miseria y procuran rescatar al pobre de sus dolores.

Compartía con sus pacientes una sonrisa graciosa que lo hacía cercano, granjeándose con ella el cariño y admiración de quienes lo conocían. Taylor abominaba de la academia; decía, a quien quisiera escucharlo, que esos médicos eran dioses paganos llenos de altanería y que, tras ésta, ocultaban la ignorancia que los dominaba. Para él, el médico era un gigante bueno capaz de acunar con gracia y delicadeza al pequeño, al débil, al marginado.

Taylor era quien había traído al mundo a Esteban. Sin ser partero, acudió al llamado angustioso de unos vecinos que le pidieron que fuera a ver a la Esmeralda.

– Sí, doctor, la mujer que tiene el kiosco de diarios y revistas tres cuadras más allá, le dijeron; tiene muchos dolores y no se ve bien.

Ese día, la pobre Esmeralda había comenzado a tener dolores de parto, pero no hizo caso de las primeras contracciones. A pesar de su aflicción, con esfuerzo fue a recoger los periódicos que debía repartir y logró, a duras penas, conseguir su cometido: distribuirlos. En la tarde, empero, sintió necesidad de descansar, ya que la frecuencia de los dolores había aumentado y se sentía fatigada. No tuvo el coraje de irse a su casa y - presa de sudores y miedo- se arrellanó en el interior de la casucha de latón que hacía las veces de garita.

Cuando el dolor hunde su daga en la carne, hace también restallar su látigo en el alma y ésta, muchas veces contrita, estremecida y aterrada, es asaltada por evocaciones que traen a la mente hechos que parecieran ser los causantes de este tormento. ¡Y cómo no!; ella, la hija adorada de un magnate minero se había entregado en alma y cuerpo a Segundo Alberó, capataz de la mina de su padre. Se enamoró de Segundo, un apuesto hombre que frisaba la treintena cuando ella tenía apenas dieciocho. En medio de la pasión arrolladora de los sentimientos amorosos y del llamado de la carne palpitante de deseo, huyó con él abandonando a su familia, a su escuela, a sus amigos, a sus creencias religiosas y al futuro esplendor que le prometía su herencia.

La historia de Esmeralda Robledo era la repetición, casi calcada, de miles de leyendas similares.

A poco de establecerse con su hombre, fue comprendiendo las diferencias sociales, culturales y de carácter que entre ella y él existían. Esas diferencias no las había hecho conscientes mientras se quemaba entre los brazos de su amado. ¿Y cómo podría, si tampoco las sintió mientras jugaba con los hijos de la servidumbre de su padre?

Esmeralda fue a la misma escuelita a la que éstos acudían; compartía con ellos lecciones, cantos e ilusiones. No, no sentía diferencias con ellos. Por lo demás, en muchas ocasiones, especialmente en las fiestas navideñas, su padre, el gran magnate minero, sentaba a su mesa no sólo a sus empleados y obreros, sino también a cartoneros y trabajadores del municipio. Tenía conciencia de que eran iguales a ella en lo humano, que compartía sus mismos sentimientos y que participaba de las mismas emociones; advertía, sin embargo, que en lo recóndito de su ser acunaba una sutil incompatibilidad con ellos, aquella que se desprendía de la apreciación de las cosas y de los hechos. Y edso era lo que ocasionalmente la apartaba de su esposo. Y ahora, cuando el deseo carnal había sido complacido y Segundo caía bajo el hechizo del sopor que invade, después del hartazgo de los sentidos y de la fatiga del cuerpo, Esmeralda lograba reconocer que, frente a este acto básico del ser humano, las desavenencias con su esposo se hacían palmarias y desembocaban en conflictos; y lo mismo podía decir respecto de la consideración de la belleza o de la concordancia valórica con las pequeñas cosas, cuando tocaba estos temas con Segundo. Esmeralda se había ido percatando de que, a medida que pasaban los días, un tenue desapego parecía hacer nido en su compañero; una leve impresión de que éste la menospreciaba. La mujer culpó a su embarazo de estos sentimientos. Pero, cuando le hizo saber a Segundo que estaba encinta, éste le había dicho:

—¿Me quieres amarrar a tu servicio? ¿Tal vez la señora cree que así puede dominarme?

—Te dije muchas veces que no quería tener hijos, porque éstos sólo traen problemas y ya tengo bastantes.—

Y sin permitirle expresarse, había salido bruscamente de la humilde pieza de pensión que habitaban, dejándola con una punzante amargura.

Sus dolorosos recuerdos se interrumpían con las náuseas que habían surgido junto con las contracciones cada vez más intensas.

De pronto sintió que algo chorreaba entre sus muslos; un líquido viscoso y caliente que parecía agua de lavado de carne. Incapaz de pensar y sintiendo ya algo como un pujo, trató de incorporarse, pero las contracciones vinieron como una oleada que la obligó a reclinarse un poco. Fue en ese instante cuando se abrió la pequeña puerta de la garita, para permitir la entrada de una figura que le era conocida: el doctor Taylor.

Con angustia había pensado que Taylor no era partero, sino sólo un médico de barrio. Esmeralda no conocía a Jonás ni siquiera de nombre; hacía muy poco había conseguido la garita e ignoraba, incluso, que cerca de ésta habitara un doctor.

Mientras el doctor Taylor la examinaba con rapidez, la mujer le hizo muchas preguntas, pero un sinnúmero de ellas había quedado sin respuesta, dado que los dolores la hacían gritar y quejarse lastimeramente.

Un vagido rasgó el estrecho y pobre lugar que, después de unos instantes, se llenó con las exclamaciones de alegría de quienes esperaban lo que ordenaría el médico que se hiciera con la mujer. Jonás Taylor, después de haber cortado el cordón umbilical, envolvió al recién nacido con su propia chaqueta; pidió que trajeran agua hervida, vendas, algodón, y pañales, y desapareció del lugar para volver poco rato después, trayendo su cabás. Esmeralda no re-

cuerda más, pero recuerda con lucidez que el doctor Taylor la protegió desde entonces. Es por ello que, cuando Esteban le contaba acerca del viejo doctor, ella no mostraba aprensión.

Durante estos diez y siete años, ella se había preocupado de que al médico no le faltara su periódico, lo asistió en el cuidado de la casa y -hasta algunas veces- le cocinó cuando tenía invitados. Estaba agradecida del doctor Taylor, quien, además, le había conseguido trabajo a Segundo en el gran hospital de la localidad, y lo estimulaba para que siguiera estudiando. Pero, Segundo Alberó era un hombre poco afable, evitaba al médico las veces que podía y celaba a su mujer, acusándola de hacer diferencias entre él y Jonás. Más de una vez le había dicho que el trato que le daba era malo, que permanentemente le hacía ver las desigualdades de cuna y las diferencias que ambos tenían desde la misma infancia. Le disgustaba que su compañera tuviera gustos exquisitos a pesar de vivir humildemente, y no entendía por qué Esmeralda leía todos los libros que, con frecuencia, los periódicos entregaban al público a precios reducidos.

-Somos diferentes, Esmeralda, y nos enseñaron en la misma escuela; tuvimos los mismos profesores, profesamos una misma religión, pero siento que somos desiguales a pesar de todo. Y me da mucha rabia que insistas en que yo vuelva a la escuela y me esfuerce en cursar estudios universitarios como si eso fuera lo más importante en la vida. Y no es así, había continuado él, porque lo más importante es ganar dinero y tener un trabajo estable. ¿Para qué te sirve leer esos libros que te llegan, mujer, si no puedes comer lo que quieres o viajar a donde se te dé la gana? ¿Para qué quieres saber idiomas, si no puedes tener un auto? Siento como si viviéramos en mundos aparte, a pesar de estar bajo el mismo techo; y me hace mal, te lo confieso, que te metas con ese médico, porque siento que me rechazas por mi condición social. Le hice caso al doctorcito ése y tomé los cursos vespertinos, pero no me llena tu cultura. Yo deseo cosas como la política, porque con ella puedes ser conocido, tener dinero, ejercer poder y tocar el cielo. Pero, claro, si no tienes amigos en los partidos, tampoco puedes surgir mucho, porque los políticos se cuidan entre ellos, se preocupan de que se reparta bien la torta, pero no le dejan ni migajas a un aparecido como yo.-

-¡Y son harto cobardes estos puta-madre que, con discursos incendiarios promueven odios, mientras ellos se sientan a tomar y comer con sus adversarios de ideas! Los tengo pilladitos a los sinvergüenzas, pero no sé dónde decirlo, bramaba frente a Esmeralda, porque son dueños de todo, hasta de las palabras que se escriben en los diarios.-

Pero ella, que amaba entrañablemente a su compañero, replicaba con dulzura, siempre tratando de evitar el enfrentamiento.

Es cierto, también, que estaba arrepentida de este matrimonio. Ya cerca de cumplirse el primer año desde que estaban juntos, el enamoramiento que la invadía toda había desaparecido. Únicamente su voluntad fue el eje más fuerte sobre el cual mantener esta relación que, antaño, le parecía maravillosa. Tenía clara consciencia, por cierto, de que ella y Segundo eran diferentes, pero ello no era una condición que la incomodara o que la hiciera sentirse superior.

Un día, Esteban le pidió a su padre que lo ayudara con las tareas. Segundo quiso negarse aduciendo que Esmeralda lo haría mejor, pero el niño, que cursaba los últimos años de la

educación básica, insistió y a Segundo no le quedó más alternativa que darle una mano a su hijo. Esteban abrió su cuaderno de aritmética; los números y las rayas, los puntos, los signos de la suma y la resta, los paréntesis y las letras bailaron ante los ojos de Segundo una danza dramática. El hombre pudo ver el firme trazo de la letra de su hijo y el orden en el que se reunían ecuaciones y fracciones, pero no entendió cómo resolver las interrogantes que allí moraban, a la espera de ser resueltas por una simple cadena de razonamientos.

Segundo volvió a observar la hoja donde estaban escritas las incógnitas de álgebra básica y le dijo a su hijo:

– No sé hacer esto.–

– Pero, papá, replicó el niño, ¿no fuiste al colegio?–

– Si, hijo, fui y me enseñaron, pero lo olvidé, –contestó el padre.

– Pero, ¿puedes leer?–

– ¿Y por qué me lo preguntas?–, dijo Segundo, con tono un tanto áspero, revelando humillación.

– Porque yo veo que mi mamá lee muchos libros y a ti nunca te he visto en eso– repuso Esteban.

El padre, con el rostro encendido por la ira que súbitamente lo invadió, tomó fuertemente de un brazo a Esteban y lo sacó, casi arrastrándolo, del lugar.

–¡ Así no se me habla, repelente!, le gritó al niño, ¡Así no se me habla!– Y con evidentes signos de irritación, continuó:

–¡¿Te avergüenzas de tu padre porque no lee? ¿Qué clase de hijo eres? ¿O tu madre te ha metido todas esas ideas de superioridad en la cabeza y también quieres ser doctor, como ese viejo que vive por aquí?!–

– Papá, contestó Esteban, nunca me he avergonzado de ti–, y rompió a llorar.

Segundo no se conmovió con el llanto de su hijo; más bien continuó alimentando la cólera hasta enneguercerse y gritó:

–¡No quiero que mi hijo sea un señorito universitario que se pavonea con su ciencia y con el dinero mal ganado explotando al ignorante; y se pone colorado por el padre que tiene. Para que sepas lo importante del trabajo, para que veas los sacrificios que yo hago para mantenerte y las humillaciones que vivo por tu culpa, desde mañana, trabajarás repartiendo los diarios; así podrás aprender tu lección!–

Tarde ya regresó Esmeralda y encontró a su hijo luchando con los números para poder entregar la tarea al día siguiente. La mujer adivinó la tristeza en el rostro del muchacho, pero guardó silencio.

A poco andar, Esteban le pidió ayuda.

Esmeralda revisó toda la tarea que Esteban debía hacer, observándola con interés. Después de unos minutos, que al niño parecieron muy largos, Esmeralda comenzó a enseñar a su hijo. Cerca de la medianoche terminaron este deber escolar y Esteban dijo a su madre:

– Me acostaré de inmediato; mañana debo repartir diarios.–

Extrañada, le mujer preguntó:

–¿ Cómo dices, hijo?–

– Papá me lo ordenó, dijo el jovencito, y yo quiero hacerlo, también, continuó.

Se atribuló el corazón de Esmeralda. Para ella, Esteban seguía siendo pequeño, y no lo imaginaba haciendo los grandes esfuerzos que demanda la entrega de periódicos, y más aún, muy de mañana. Si bien la tristeza y la preocupación ya habían herido su fiero e indomable espíritu, decidió no contradecir las órdenes de su esposo. Lo que más la alteraba, empero, era haberse percatado de la profunda diferencia entre su esposo, y la de ella como madre en la actitud hacia el hijo de ambos. En la consideración de estos aspectos, creía firmemente en que los padres debían ser rigurosos, exigentes y severos con la prole; de otro modo seguiría sucediendo, y cada vez más, lo que estaba ocurriendo en la actualidad: hijos díscolos, más bien irresponsables, prestos a provocar a sus padres; indolentes y perezosos. Estos razonamientos no podían aplicarse a ella, quien, hasta que se escapó de la casa paterna, siempre se mostró responsable, estudiosa, cumplidora de sus deberes y afectuosa como hija. Se avergonzó de sí misma al recordar que todo había sido despreciado por ella cuando huyó de su hogar para casarse con este hombre, a quien, a pesar de amarlo, le reprochaba su forma de ser. Para ella, el amor por Segundo, que en un comienzo aplacó la rudeza y ocultó la tosquedad del hombre, no había sido suficiente como para esquivar lo mucho que su esposo la irritaba. Y, ciertamente, esta imposición que Segundo había hecho a su hijo, la había exasperado profundamente. Con todo, sin embargo, no encaró a su esposo. El amor por su cónyuge era un asunto en el que la indiferencia laboraba para haderloi imperfecto primero y liquidarlo después. Sabía que, por los hoyuelos de su desgaste, podría escaparse algún insulto que hiriera los sentimientos del hombre, y que se resquebrajaría, aun más, la relación entre ambos.

Desde aquella ocasión, Esteban no abandonó jamás sus obligaciones de repartidor de diarios; terminada esta labor asistía a la escuela regularmente y en las tardes, en la garita, estudiaba. Desde aquella vez, Esmeralda no hizo comentario alguno con Segundo Alberó acerca del dolor que la asaltaba cuando Esteban dejaba la casa, a primeras horas de la madrugada.

Una mañana, el muchacho halló abierta una de las ventanas de la casa del doctor Taylor, pero no estimó el significado de este hecho. Como otras veces, dobló el periódico para depositarlo tras la maceta del alféizar, y, cuando ya se aprestaba a alejarse del lugar, apareció el viejo doctor.

– Hoy es sábado, Esteban, le dijo; pasa a conversar un rato conmigo.–

El hijo de Esmeralda aceptó de buen grado la invitación y quedó de volver apenas terminara de repartir el último tabloide.

Alrededor de las nueve de la mañana, Esteban golpeaba con sus nudillos la puerta de entrada a la casa de Jonás. Fue el mismo doctor quien salió a abrirle y, con bondadosos gestos, lo tomó de los hombros mientras le miraba fijamente a los ojos.

– Tengo que hablar contigo, porque el tiempo pasa rápido y yo puedo morirme cualesquiera de estos días.–

Mientras decía esto, indicó a Esteban un sillón para que se sentara y, como un perfecto anfitrión, acercó al joven una mesa pequeña sobre cuya cubierta había una tetera para el agua, un pequeño lechero, dos tazas medianas, cucharitas, dos tenedores, un pocillo con mermelada, una mantequillera y una bandeja con rebanadas de pan de dulce. Un verdadero festín para el muchacho, el cual tenía un pasar con muchas estrecheces. Mientras su invitado comía con verdadera fruición, Jonás Taylor lo miraba con cariño; en un momento le dijo:

–¿Qué edad tienes, hijo?–

– Hoy cumpla diez y siete, doctor.–

– Me parece increíble que hayan pasado ya diez y siete años desde que te saqué del vientre de tu madre. Aun recuerdo ese día, continuó el médico; lo tengo presente, porque tu madre tuvo una grave complicación que casi le costó la vida. –

– Ella no cuidó su embarazo, Esteban; trabajaba mucho, cargaba kilos de papel cuando iba a buscar los diarios sin más ayuda que el carretón de Esmerindo el cartonero, quien se lo arrendaba por algunos pesos y un poco de comida. Como bien sabes, Esmeralda viene de vez en cuando a preguntarme asuntos médicos, y a ayudarme en algunas labores de la casa y en esas ocasiones me habla de ti. Es así como te he ido conociendo y aquilatando las cualidades que tienes. Eres, a los ojos de tu mamá, un buen hijo; empeñoso, fuerte, responsable y estudioso. Bueno, te contaré por qué te pedí que vinieras.–

– A lo que voy a decirte no me respondas de inmediato; piensa en lo que vamos a conversar y, después de consultarlo con tu madre y con Segundo, vuelve a visitarme.–

El doctor, con lentitud, llenó una de las tazas con un poco de té sobre el que vertió una pizca de leche; después de dar dos o tres sorbos miró a Esteban y le preguntó:

– ¿Qué quieres hacer cuando termines la escuela? Tengo entendido que en pocos meses más recibirás tu licencia secundaria.–

– No lo he pensado, doctor, dijo el joven estudiante; pero, a decir verdad, debo seguir ayudando a mis padres; tal vez haga un curso de gasfitería o de electricidad y, aprovechando la clientela de mi madre, creo que podré ayudar económicamente a mi familia. He conversado algo de esto con papá, y él estima que debo comenzar cuanto antes a trabajar.–

El doctor Taylor dejó la taza de té en la mesita con pausado ademán, y se arrellanó en su sillón. Después de un breve silencio, continuó:

– ¿Y no has pensado en ir a la universidad?–

– Los pobres no podemos ir a la universidad, doctor, respondió. Usted sabe que ello cuesta mucho dinero y que se requiere una preparación mejor que la que me entregan en la escuela.–

– Los pobres o algunos de ellos, Esteban, deben ir a la universidad; esta no sólo existe para formar profesionales; también está para quitarte el yugo de la pobreza. Tú vas a un buen liceo, hijo, enfatizó Jonás. Si has obtenido buenas calificaciones y te han pasado las

materias del año, no habría ninguna razón por la cual no pudieras ser universitario y alcanzar un sitio en lo profesional.—

— Nadie sabe, doctor, si los maestros pasan todas las materias, como usted dice. Los profesores, muchas veces nos hablan sin enseñarnos asignaturas; a veces sólo conversan. Algunos parecieran que ni siquiera desean enseñar. Otros, ciertamente, nos hablan con la verdad; no nos ocultan los problemas que enfrentaremos en la vida y se esfuerzan para que aprendamos.

Por otro lado, mi padre dice que debo mantenerme con los de mi misma clase social; que él es un obrero y no ve razón alguna para avergonzarse de ello; que siendo obrero, también puedo tener mi familia y vivir decentemente. Él no cree en el salto social; piensa que si me junto con los de arriba, mi apellido o el dinero harán que yo termine siendo un marginado. En cambio, dice, que si estoy con los de mi misma clase, podré luchar para que llegue el momento en que todos seamos iguales.—

— ¿Y tú, qué piensas tú de eso? ¿No has estudiado en tus libros de historia cómo hombres muy pobres y de baja extracción social llegaron muy alto y fueron capaces de cambiar la sociedad del tiempo en el que vivieron? Mira, continuó el médico, Walt Disney, Charles Chaplin, Lech Walesa, Juan Pablo II, Charles Dickens, por nombrarte unos pocos, fueron capaces de vencer la miseria y la presión del medio que los obligaba a trabajar tempranamente.—

— Pero esos eran grandes hombres, doctor; yo no soy como ellos—.

— Por cierto que lo eres, dijo Taylor, con enérgico gesto; ellos pensaron que, a pesar de toda coacción exterior, podían ser lo que su interior les susurraba. ¿Nunca te ha dicho tu alma que puedes ser un gran hombre, un héroe, un ejemplo?—

— Mis padres sí que lo son, porque ellos se han levantado de la miseria más vil, han criado un hijo y lo han educado; ayudan a Esmerindo el cartonero y son buenas personas.—

— Te encuentro razón en todo lo que me dices, Esteban, pero ¿no crees que tienes la posibilidad de ir más arriba aun y ser una luz para tu tiempo; no crees que con esa fortaleza que tienes puedes ayudar mucho más a mucha más gente? Y no te hablo de ganar más dinero o de empinarte en la sociedad: esas son naderías; te hablo de ser y de saber más para rescatar a otros de su propia condición. Esteban, continuó Taylor, eres una persona única entre miles de millones de seres humanos; el mundo tiene derecho a contar contigo y con tu esfuerzo. Es tu deber ser cada vez mejor.—

— Yo no quiero ser rico, doctor. Los ricos, no todos, pero sí la gran mayoría, se olvidan de los pobres, los tratan mal, los explotan, los engañan, los usan para sus propios fines; no les pagan salarios justos, no les dan las oportunidades para que logren viviendas decentes. Muchos ricos son los que no nos dejan estudiar para que no lleguemos a disputarles su riqueza; los ricos, generalmente, se hacen empresarios o políticos, y ambos grupos viven a costa del pobre: unos lo expolían con el trabajo y otros le roban el poco dinero que tan duramente ha ganado, sometiéndolo a enormes cargas impositivas, bajo el argumento que ello hará avanzar el país. Y no es un secreto: ese dinero se malgasta y se roba; y puede apreciarse aquí y en otros países, cómo se enriquecen con facilidad muchos de los que ejercen la política y

cómo se inflan de dinero los opulentos.—

Calló Esteban. Lo miró el médico. Ambos se medían en su interior y no sabían dónde iría a dar esta conversación.

— No está allí el problema, Esteban, dijo el médico; la cuestión es que si el rico fuera pobre en su interior, sería justo; pagaría buenos salarios y repartiría sus ganancias con justicia y equidad; dejaría una cantidad prudente de sus dividendos para hacer crecer su negocio razonablemente y el resto, todo el resto, lo usaría para promover el bienestar de los que le sirven. Muchos ricos no han tenido una buena educación y es por ello que el egoísmo les corroe el alma y les cierra los bolsillos; si se hubieran educado, serían más generosos o no habrían perdido el altruismo con que todo hombre nace. Tú, como universitario, podrás adquirir los conocimientos que te ayudarán a discernir entre las diferencias naturales que existen en las personas y aquellas desigualdades que puede resolver la justicia distributiva; podrías usar los dones que se te dieron, para repartirlos entre los que carecen de ellos.—

— Pero, mi padre me ha dicho, respondió el joven, que sólo la lucha de clases podrá terminar con las desigualdades; por eso él pretende que yo me mantenga en mi lugar y que desde allí luche para que haya más justicia.—

— Difiero diametralmente con eso, hijo, expresó Jonás Taylor. Las clases sociales son un invento del hombre, como lo son los cercos con que rodean la tierra aquellos terratenientes que la consideran su pertenencia. Las clases sociales son dos únicamente: la de los honestos, limpios de corazón y esforzados y la de los que no lo son. Si eres honesto, bueno de corazón y te esfuerzas, serás un luminoso faro al que los hombres podrán mirar; y habrá muchos que aspirarán a seguir tus aguas.— Por otra parte, quisiera afirmarte que la lucha de clases no es más que la expresión de no creer en el ser humano. Recuerda siempre que el que le quita algo a su hermano es un ladrón y el que no comparte o que tienes es un avaro. Ya verás, en un futuro se dirá claramente que la lucha de clases es entre avaros y ladrones. No, tú no estás en la tierra para sacar una espada, estás para que cada persona se entienda con el otro con el corazón y el raciocinio.

— ¿Y cómo podría llegar a eso?, preguntó el muchacho.

— Siendo médico, Esteban, siendo médico.—

Esteban se conmocionó con lo que había escuchado; se agitó su corazón juvenil, pero no comprendió lo que quería expresar su interlocutor, al que veía como un pobre viejo, acabado, débil, soñador. Él no era un iluso. ¿De dónde habría sacado Taylor que la figura del médico podría ser luminosa? ¿Cómo lograba concluir que un médico está capacitado para redimir la pobreza? El joven veía con sus propios ojos, y por tal razón, nadie podría discutirlo, que Taylor no era ni un líder, ni un famoso personaje; que no era rico ni parecía tener poder. Tal vez el pobre viejo estaba un poco chalado y, por tal motivo, hablaba así. El chico miró a su alrededor; la pieza en la que estaba era más bien modesta; no había allí signos de riqueza, aunque tenía en su sobriedad, un toque de elegancia y finura. Pero, no era suficiente, así no se redimía a nadie. Entonces, se atrevió a decir:

— Perdone, doctor, no quiero ser falto de consideración con usted, pero no entiendo

cómo un médico puede ser un referente social, un ejemplo de humanidad, un ser luminoso, como usted dice.—

Jonás Taylor se sonrió como si estuviera haciendo una travesura; se puso de pie y avanzó algunos pasos hacia un mueble que parecía un escritorio. Se acercó a este y tomó un viejo maletín de médico, un cabás, y lo puso en el piso, entre él y el joven estudiante.

— Con esto, Esteban, puedes llegar al corazón del hombre y redimir su pobreza; con este maletín puedes llegar, tú mismo, a ser un verdadero pobre; no un rico o un magnate, sino un pobre de corazón que se deja engullir para que otros logren vivir y puedan alcanzar la cima de sus vidas, sin hacerlos esclavos de nada ni de nadie. Lo quieras o no, la riqueza te convierte en su esclavo y la pobreza te quita la libertad, porque hace que te sientas humillado. Y eso no es de hombres. Un ser humano es libre siempre, incluso cuando está enfermo, pero eso hay que enseñárselo. Y este maletín de doctor tiene esa capacidad, porque es un cabás mágico.—

En el desconfiado rostro de Esteban se dibujó una sonrisa, mezcla de sorpresa y conmiseración; una sonrisa que parecía ser un perdón para tanto desvarío:

¡Un maletín mágico!

Ahora sí que se había vuelto loco el pobre viejo.

El viejo doctor dejó pasar unos minutos; había contemplado esa sonrisa perdonavidas en el rostro del estudiante y esperó algunos instantes, los suficientes como para que comenzara a aletear, por allí, el hechizo.

Con delicado ademán se inclinó sobre el cabás, una anticuada valija de cuero de color marrón, deslucida y estropeada; usando ambas manos hizo saltar la pequeña cerradura, y con suave movimiento lo abrió. En el interior de la valija había algunos instrumentos médicos: un estetoscopio, un esfigmomanómetro de mercurio, un diapasón, una linterna, un martillo de reflejos, un termómetro, una cinta de medir, un abate-lengua y un trasnochado recetario.

Una vez abierto, miró a Esteban y le dijo:

— Tus ojos, tus oídos y tus manos son los órganos capaces de rescatar al pobre de su miseria; no hay ser más necesitado que el enfermo, y estos instrumentos que estás viendo son los ayudantes de tus sentidos. Lo que acabo de indicarte es lo único que necesitas para llegar a convertirte en un ser luminoso que irradia serenidad y seguridad; que transforma la terrible pobreza de la enfermedad en la riqueza de la salud restaurada; que convierte las lágrimas de las penas del alma en sonrisa del rostro. Cuando se está enfermo, mi querido muchacho, todo se mira como si se estuviera lejos. Aquél que padece una enfermedad, un dolor que lo esclaviza, contempla su propia vida desde la cárcel del cuerpo. Comienza a vivir para no morir, y cada cosa que el enfermo ve o cada hecho que percibe, lo aprecia como si fuera el último. Sin embargo, aun así y a pesar de estimar que será el último, igualmente vive los acontecimientos desde lejos como si estuviera experimentando los sucesos desde un mirador. Quiero decirte con esto, que la enfermedad lo desapega de su propia vida y lo constriñe a mirar sólo a la enfermedad.

Este modo de existir no viviendo, sino temiendo, hace al hombre prisionero del dolor y lo despoja de todo anhelo, le impide pensar, no le permite aquilatar nada de lo que está fuera de él; y lo fuerza a considerar a lo que está en su interior, con melancolía. La enfermedad es una mezcla de miedo y nostalgia, un abrir los ojos cada mañana sólo para distinguir la propia realidad, porque las pupilas ya no pueden mirar hacia fuera. Ellas están fijas en el ahora del dolor, en la inmensa interrogante de la muerte, en la aterradora dimensión del ya no ser sino para el dolor. Porque éste da latigazos a la grupa del espíritu hasta domesticarlo para hacerlo su cautivo.—

— Hay más, Esteban, continuó el doctor. También la enfermedad, el dolor, la limitación, son marcas indelebles. Te explico: ellas pueden ser invisibles pero, aun no dejando ninguna marca sobre tu cuerpo, sí que la dejan en tu interior; y es en ese mismo instante que te conviertes en un paria, en un exiliado de tu propio cuerpo; en un indeseable para los demás, dado que ya no perteneces al país de los sanos, sino al errante que marcha con harapos. Y si la marca llegase a ser visible, como sucede, por ejemplo, en las parálisis, en el Parkinson, en la uremia, tu espíritu trata de ocultar el cuerpo de la vista de los demás, porque te avergüenza.

Los instrumentos que contiene este cabás tienen un enorme poder, el poder de abrir el candado que mantiene cerrada la celda de la aflicción, que es la mazmorra en la que está aprisionado el enfermo. Con estas llaves puedes abrir ese calabozo en el que el dolor y la enfermedad encadenan al hombre enfermo, y te darán el privilegio de mostrar a tu paciente el camino de la luz, de la esperanza, del bienestar. Le quitarás el miedo y podrá volver a estar entre los suyos. Lo vestirás con el precioso vestido de la salud—.

— Sé médico, Esteban; no te arrepentirás —, dijo Taylor, y se inclinó a cerrar su caja mágica.

Esteban miraba a Jonás. La expresión del rostro del joven había cambiado y observaba dubitativo al médico.

— Lo pensaré, doctor, y conversaré con mi padre, replicó Esteban en voz baja.

A su parecer, el momento había sido solemne.

El viejo y el muchacho se quedaron observando el maletín. Para Esteban, no tenía especial significado; los instrumentos que vio no le dijeron gran cosa y, por cierto, no comprendió bien esto de la cárcel de la enfermedad. Nunca había visto a nadie enfermo. Sus padres, siempre llenos de bríos, le mostraban a diario que así era el devenir de los días.

Para Taylor, en cambio, mirar su cabás lo llenó de recuerdos. Pero, lo que más lo conmovió fue que nunca había mirado a su maletín con los ojos con que lo hacía ahora. Siendo un estudioso, siempre se mantenía atento a los avances de la medicina, apreciando cómo todo había cambiado. Antaño, con sumo cuidado preparaba el cabás, el maletín médico. Recordó la emoción que lo invadió cuando logró poseer uno. En su interior había colocado el estetoscopio, el esfigmomanómetro, el martillo de reflejos, la linterna para observar la cavidad oral, el termómetro, la ligadura que facilitaba extraer sangre o ubicar una vena para administrar fármacos de uso endovenoso; ampollas de suero glucosado, algunas medicinas como digitálicos de acción rápida, analgésicos opiáceos, barbitúricos y antiespasmódicos;

jeringas, agujas; el recetario y un lápiz. En otros tiempos, era fácil acudir a atender a un paciente en su domicilio. Y si el enfermo presentaba alguna patología crónica, era muy frecuente asistirlo por largas horas en su hogar. A más de esto y aunque parezca un asunto banal, el médico podía, fácilmente, estacionar su vehículo frente a la casa del paciente. Ahora, en cambio, visitar a un enfermo en su hogar puede costar largas horas, lo que ha ido convirtiendo esta consulta domiciliaria en un algo casi imposible.

Se sonrió.

Ahora nada era como antes. Hasta el mismo hospital había sufrido una especie de hechizo que lo había convertido en un lugar de paso. El hospital, que antaño era una gran casa de acogida, era también la casa del médico y, por cierto, del equipo de salud. A este lugar el enfermo acudía a pasar su enfermedad. Casi todas las personas que tenían una afección de cierta gravedad eran ingresadas al recinto hospitalario mientras pasaba el evento agudo; pero también se cobijaban allí muchos miserables que no tenían qué comer o que vivían en la calle, y que habían sido hospitalizados por alguna dolencia. Cuando la dolencia había sido superada, y al no contar con un sitio a donde retornar, se quedaban internados, a veces muchos meses, dulcificando de este modo su miseria.

Sí, había cambios que a Taylor le parecían, la mayoría de las veces, peligrosos, tanto para el enfermo como para el médico.

Jonás Taylor estaba en la ancianidad y ya se había percatado del deterioro de su memoria; recordaba que, muchas veces, no recordaba. De carácter alegre y un tanto extrovertido, poco a poco se había ido convirtiendo en un solitario. Ocasionalmente presentaba alguna pérdida de orina al toser o realizar algún esfuerzo menor, situación que lo acongojaba, porque su sentido del olfato le indicaba que tenía olor a orina. Ello, sumado a un leve temblor de manos, a cierta rigidez en las piernas, a un sutil desequilibrio y, ciertamente, a la toma de conciencia de que su memoria había comenzado a fallar, lo tenía taciturno, fácilmente irritable, e inmerso en el abismo del pasado. No, el viejo doctor no había cometido faltas graves, era moralmente intachable, se había equivocado raramente en algunos pacientes, pocas veces había calculado mal alguna dosis de medicamentos. Pero, tenía nostalgia del pasado, especialmente ahora que se había encontrado con su amigo, el cabás.

El cabás lo acompañó constantemente; silencioso y discreto, viajaba tomado de su mano, por doquier; entró con él en palacios, en tiendas de gitanos miserables, en casuchas de poblaciones marginales, en elegantes clínicas, en hospitales añosos y casi abandonados donde se cobijaban la penuria y la enfermedad, la desventura y el vicio; se adentró con él por los pasillos de las cárceles y estuvo a los pies del lecho de muchos moribundos; y, no pocas veces, siempre fiel y silencioso, estaba a su lado cuando, de hinojos, lloraba frente al sagrario. Su madre le había enseñado a rezar y frecuentemente, cuando muchacho sobre todo, la acompañó para permanecer a su lado mientras oraba frente al tabernáculo. Para él, como niño, esta era una conducta inexplicable. Cuando le preguntó a su madre qué era lo que ella hacía ante al altar, esta le sonrió y le dijo: sólo vengo a acompañar al Señor porque Él está muy desamparado.

No obstante, la visión del dolor, la experiencia de su propia limitación, la percepción de abandono en que se encontraban los enfermos, el descubrimiento de la miseria, y el embate de la muerte, lo fue alejando de Dios. Solamente en ocasiones, cuando el intenso trabajo lo agobiaba pasaba por algún templo, dejaba el cabás a su lado y, de hinojos, miraba al tabernáculo sin saber qué decir.

Jonás Taylor no quería que su cabás muriera; era como su hijo, ¿cómo iba a abandonarlo? El cabás era, en sí, un elemento sagrado, porque estaba impregnado del padecimiento de muchos hombres y mujeres; porque los instrumentos que cuidadosamente escondía en su interior habían tocado al dolor, habían palpado el desamparo y, con frecuencia, habían sido el juguete de pacientes que, demenciados por el terror a la enfermedad, le pedían que les dejara tomarlos entre sus manos para buscar, en su interior, la cura de sus males.

El muchacho se despidió del médico con la promesa de volver.

Cuando se quedó solo, Jonás, tomó el cabás para dejarlo en el mismo mueble donde había permanecido desde hacía, ya, algunos años; Taylor no sabía cuánto tiempo había pasado sin haber tocado un paciente y, si bien no era eso lo que lo inquietaba, algo en su interior quería hablarle, pero no sabía con certeza qué era lo que le sucedía.

Sin tener clara la razón, volvió sobre sus pasos y tomó de nuevo el maletín. Buscó su sillón preferido, se sentó y lo puso sobre sus muslos colocando las dos manos sobre él en un acto de tierna acogida.

Permaneció así algunas horas, las suficientes para que desapareciera el sol que había iluminado los geranios de la ventana donde buscaba su periódico; el tiempo necesario para que asomaran las estrellas.

De pronto, volvió a abrir el cabás.

Ante sus ojos relucieron sus viejos aparatos, las herramientas que lo ayudaron en la búsqueda de alivio del dolor o de curación de la enfermedad.

Y pensó en la Medicina, esa diosa pagana a la que rinden culto ateos y creyentes; ese elixir del que quieren beber todos para escapar de la maldición de la muerte; esa pócima que atrae al ser humano a la realidad de su existencia, porque al pobre le enseña a ser feliz con lo que tiene y al rico le demuestra que la enfermedad y la muerte no se superan con monedas. La Medicina, una calesa tirada por los briosos corceles de la cirugía y la farmacia, que llega dondequiera que un hombre gima bajo el azote del padecimiento. La Medicina, una gran catedral llena de luminarias, que cobija a quienquiera desee entrar en ella con modestia, y que enceguece a aquéllos que intentan robarle su luminiscencia.

Pero todo ello no estaba en el cabás; allí no habían dioses omnipotentes, ni drogas maravillosas; no se encontraba refugio ni siquiera en el estetoscopio.

Es que la Medicina no es una diosa, no es un conjuro mágico ni un elegante receptáculo que contiene ciencia y eternidad. La Medicina es muy pobre, muy frágil; es delicada y prudente, sensible y diligente.

Jonás meditó: el verdadero médico no se avergüenza de saber que la Medicina es me-

nesterosa y débil; pero sí debiera sonrojarse cuando la ejerce apartándose de la prudencia y la delicadeza.

Sí, se había transformado en un feligrés de la Medicina, en un devoto de ella; y la llevaba consigo dondequiera se encontrara.

Pensó que muchos han cubierto los harapos de la Medicina con las ropas preciosas de otras ciencias. La han vestido de imágenes y sonidos; de números y fórmulas, de tules que envuelven esperanzas fugaces. Porque, cuando sobreviene una enfermedad, pasean ufanos enfermos y doctores alardeando de una Medicina elegante que no muestra su miseria. Pero, a poco andar, sobrevienen las graves complicaciones, y la refinada Medicina comienza a despojarse de los vestidos que caen al empedrado del dolor. Es entonces, que se revela que ella sólo cuenta con unas pocas armas para luchar contra la muerte. Y es esta medicina que devela su modesta realidad la que muchos abandonan, y creyéndose desvalidos y descuidados por el médico, claman por el conjuro y consultan a los magos, quienes en vocinglera procesión, anuncian que tienen remedio para todo.

Pensó Jonás Taylor que él jamás había abandonado a la Medicina; siempre la llevó consigo, aceptando su fragilidad y pobreza, y aun a tientas, buscando su luminosidad como arte.

Cuando el doctor Taylor condujo la calesa de la Medicina guiando sus corceles hacia la casa de un paciente, nunca dejó de lado su cabás; era allí donde moraban la esperanza y el sosiego, ingredientes fundamentales para devolver al hombre, al niño, a la mujer y al anciano que sufren, la dignidad que el morbo pugna por arrebatarnos.

II

Esteban no volvió a conversar con el médico, pero en su cabeza bullían ideas acerca de cómo colaborar con sus padres en la cuestión económica. Mantuvo altas calificaciones y volvió a ganar como lanzador de jabalina. No dejó de entregar los periódicos ni de encontrarse ocasionalmente con Esmerindo, con el que cruzaban bromas para alivianar la jornada.

Esmerindo bordeaba los 50 años; era un hombre obeso, de rostro enrojecido, y que respiraba con dificultad cada vez que se agachaba a recoger cajas, cartones o botellas, productos que después vendía. Su rostro triangular, la frente estrecha y los ojos muy abiertos le imprimían un especial aspecto en el que resaltaban una nariz respingada, un labio superior protruyente y un mentón redondeado. El cartonero tenía un temperamento nervioso, dinámico, astuto y ansioso; se aburría con frecuencia, pero con un modo afectuoso, extrovertido y muy adaptable lograba siempre sobreponerse a las adversidades que la vida le había puesto al frente.

Con el dinero que ganaba con la compra y venta de chatarra, papeles, cartones, botellas y trapos mantenía a su única hija, la que asistía a la misma escuela en la que estudiaba Esteban. Sin embargo, no había una amistad entre las familias de ambos; de manera tácita, entendían que su relación pertenecía a la calle. Esteban no visitaba la casa de Esmerindo, y éste jamás fue a la de su amigo de la calle, aún cuando éste lo invitaba a hacerlo para que retirara las botellas y cartones que hallaba mientras iba repartiendo los diarios y que, con mucho cariño, le juntaba.

Una mañana Esteban vio a Esmerindo sentado en la cuneta, inclinado fuertemente hacia delante, tomándose la cabeza con la mano izquierda mientras se quejaba de un terrible dolor de cabeza.

El joven estudiante dejó los diarios en la vereda y se acercó a su amigo.

¿Qué te sucede, Esmerindo?— le preguntó, con voz que denotaba algo de ansiedad.

No respondió el hombre; sólo se escuchaban sus lastimeros quejidos. No sabiendo qué hacer, Esteban se puso en cuclillas delante de su amigo para poder observarlo mejor. Esmerindo tenía contracturado el rostro por el dolor; su ojo izquierdo estaba cubierto por caída del párpado, y su boca tenía una desviación de los labios hacia la derecha. A pesar de preguntarle repetidamente qué le sucedía, Esmerindo no respondía y su expresión era de desvarío. Desesperado frente a los quejidos de su amigo y sin tener fuerzas para levantarlo, Esteban decidió acudir al doctor Taylor. La casa del médico no distaba más de dos cuadras del lugar. Golpeó fuertemente la puerta con los nudillos y con las palmas de las manos, acompañándose de gritos que clamaban por el médico. Con singular rapidez apareció por la puerta de calle Jonás Taylor, vestido apenas con una chaqueta de pijama, pantalón delgado y pantuflas. Esteban explicó con frases cortas a Taylor lo que observó en su amigo; el médico comprendió de qué se trataba, entró a buscar su cabás y rápidamente se dirigieron al lugar donde se encontraba Esmerindo.

Cuando llegaron, nada había cambiado. El pobre cartonero seguía en la misma postura, y chillando fuertemente a causa del dolor.

El doctor Taylor se inclinó sobre él; con atención le observó el rostro; le tomó el brazo izquierdo y procedió a levantárselo. Una vez que éste estuvo a la altura del hombro de Esmerindo, el doctor lo soltó. Esteban no podía creerlo: el brazo y la mano de su amigo cayeron como peso muerto. Con la rapidez de un rayo, Taylor examinó el cuello del cartonero; le tomó el pulso y, sacando del cabás el estetoscopio, lo puso primero en el pecho y después en el cuello del enfermo.

Habiendo terminado, Jonás Taylor se volvió hacia Esteban y le dijo:

— Es una hemorragia cerebral en el lado izquierdo; por eso no puede hablar ni nos comprende cuando le hablamos. Es muy importante llevarlo al hospital, porque hay que hacer radiografías y, según los resultados, podría ser necesario operarlo. Si no, puede morir.—

Jonás se metió la mano al bolsillo de la chaqueta del pijama y extrajo un manojito de llaves que entregó a Esteban, mientras le decía:

— Vé a mi casa; en la mesita del centro de la pieza en la que estuvimos sentados hace un tiempo, hay un teléfono móvil. Busca en “Emergencias” y dile a la telefonista del hospital que necesitas una ambulancia, y que la pide con extrema urgencia el doctor Jonás Taylor.—

— ¡Y no olvides dar la dirección de este lugar, para que llegue la ambulancia!—, le gritó, porque ya Esteban había partido corriendo velozmente.

El hospital Del Buen Samaritano distaba pocos kilómetros del lugar donde había caído fulminado el cartonero; la telefonista no tuvo mayores inconvenientes en acceder a la solicitud del joven, cuando se enteró de que el doctor Taylor había tenido una emergencia. La ambulancia llegó rápidamente al sitio y allí los enfermeros encontraron a Taylor sentado al lado de un hombre obeso, a quien abrazaba con ambos brazos.

Gran trabajo hicieron los auxiliares para poder colocar a Esmerindo en una camilla, alzarlo e introducirlo en el vientre de la ambulancia. Taylor también subió a ésta y se puso a un costado del paciente, hablándole permanentemente, hasta llegar al hospital.

Durante el trayecto, Taylor, con frecuencia, auscultaba el corazón del cartonero y le examinaba la tensión arterial. Desde el cabás extrajo una linterna y con ella, examinaba los reflejos pupilares de Esmerindo quien no cesaba de quejarse.

Los médicos de Urgencias vieron llegar al paciente acompañado de un viejo en pijama; por cierto, quisieron que éste aguardara en la sala de espera, pero una auxiliar de enfermería que conocía al doctor Taylor, informó al médico de turno del hospital quién era el anciano.

Favio Luengo, cuando fue informado por la auxiliar de enfermería acerca de la identidad del pobre viejo que traía a tan grave paciente, fue presa del estupor.

Sin entrar en mayores cavilaciones, le dijo a la auxiliar que hiciera pasar al doctor Taylor a la sala de examen donde se encontraba Esmerindo y luego se dirigió rápidamente al lugar y comenzó a examinar a su paciente. Mientras estaba en ello, entró Jonás Taylor guardando solemne respeto por su colega y ex alumno. Cuando el doctor Luengo se percató de la llegada de su maestro, le dio muestras de afecto y alegría, pero sin dejar de examinar a su paciente. Y pensaba: ¿Cómo puede estar tan viejo, si hace sólo ocho años que se fue de aquí?

Cuando hubo terminado, y visiblemente emocionado, Favio dio un largo abrazo a su ex profesor, y después de algunas frases llenas de gratos recuerdos, le preguntó:

—¿ Puede contarme doctor cómo encontró a este paciente?—

El viejo médico explicó a Luengo hasta los menores detalles del examen que había practicado a Esmerindo, y le adelantó que era posible que el hombre hubiera sufrido la ruptura de un aneurisma intracraneal. Entre ambos, como en los tiempos pasados, practicaron al paciente las primeras medidas terapéuticas y lo prepararon para los exámenes que debían realizarse, previos a cualquier decisión de carácter curativo.

Taylor tomó del brazo a Favio Luengo mostrándole cariñosa cercanía. El jefe de turno sonreía complacido por haber tenido la suerte de encontrar a su viejo maestro, y cruzar con él no sólo impresiones médicas, sino haber compartido recuerdos de tiempos pretéritos.

La cafetería del hospital fue el lugar que los acogió y por algunos minutos sostuvieron una grata conversación.

Antes de terminar, Taylor le informó a Luengo la magra condición económica de Esmerindo y le hizo saber que, probablemente, en unas horas más, su familia podría venir a indagar por el pronóstico.

—Nadie puede saber eso, maestro, respondió Luengo con una sonrisa en la que se adivinaba la aceptación del azar; lo que sí puedo asegurar es que pondremos gran empeño en ayudarlo con todos los medios a nuestro alcance.—

Esteban, en tanto, en medio del apuro por resolver la aguda emergencia sufrida por el cartonero, dejó olvidados los periódicos que debía repartir.

En la tarde del mismo día, se le acercó su padre; quería conversar con él, y se le adivinaba un muy mal humor.

– Esteban, le dijo, tu madre me ha dicho que hoy perdiste casi todos los putos periódicos; ha venido mucha gente a reclamar por ello. Espero que tengas muy buenas razones para explicarme esta huevada.–

El joven relató a Segundo todo lo vivido con Esmerindo y con el doctor Taylor; parecía profundamente conmovido y mostraba gran preocupación por los hechos en los que le había correspondido ser actor. El padre oía sin demostrar emoción ni interés en el relato de su hijo. Cuando el muchacho terminó, Segundo le dijo con acritud:

– Esta no es una sucursal de beneficencia.–

– Esmerindo no me pidió ayuda, alegó el joven; fui yo quien se la ofrecí.–

– Pero esa ayuda ha significado un gran costo económico para nosotros y, al haber procedido así, podría pensarse que hasta eres culpable de robo.–

– Padre, dijo Esteban con una dulce voz; hoy he tenido una experiencia maravillosa y quiero seguir en esa senda; no estuvo en mi espíritu ni robar ni dejar de cumplir con mi deber. Lo que aconteció hoy en la mañana podría terminar en que se haya salvado una vida, y eso tiene más valor que cualquier cosa.–

– No tienes por qué darme lecciones de generosidad ni empeño. Yo me he sacado la cresta por ti y tu madre en la pega de obrero al servicio de esos mandamases del hospital donde trabajo. Ellos no tienen ningún miramiento con nosotros, con los que hacemos el trabajo sucio de limpiar pisos, vidrios y letrinas; empujamos camillas, cambiamos sueros; y corremos por los pasillos llevando papeles de aquí para allá. Los sueldos que nos pagan son una mierda, mientras ellos, usando el hospital como si fuera de su propiedad, se hinchan de plata los bolsillos. Los médicos ni nos miran; mucho menos nos saludan; somos nada. No sabemos, no somos profesionales, somos pobres, pero eso no les da el derecho a ningunearnos a diario. Ya estamos hartos de esto y, por eso, les haremos una gran huelga hospitalaria en todo el país. Y no la vamos a terminar hasta que no cumplan con nuestras peticiones. Y tú debieras saber, además, que cada persona tiene que rascarse con sus propias uñas, que cada uno debe resolver sus propios problemas y no andar mendigando ayuda a los pungas indolentes que por mucho tiempo nos han arrinconado.–

– Padre, yo entiendo tu situación y me hago cargo de ello. Es por eso que estudio, para salir del pantano.–

– No seas iluso, Esteban; ellos no quieren que tú sepas más ni que llegues a ninguna parte. Tú sabes que te están discriminando, porque en tu liceo enseñan menos que en los colegios elegantes, y al hacer eso saben que no podrás llegar a ser igual que ellos. Es muy grande la maldad de ellos: por un lado te convencen de que sabes todo, que puedes llegar lejos y, por otro lado, te ponen trampas para que no puedas igualarte a ellos. No les creas. Sale a la calle conmigo a pelear por tus derechos. Así me ayudarás mucho más que yendo al colegio.–

– Quiero ser médico, papá–, musitó el muchacho, presa de gran temor.

– Sobre mi cadáver serás médico–, gritó, furioso, Segundo Alberó.

¿Cómo puedes tratar con esa gente que engatusa a la clase trabajadora? A diferencia de los empresarios, que sólo te explotan para ganar más dinero y les importa un culo lo que eres, los profesionales te humillan. Mira tú a los entendidos que se dedican a la política: ninguno ha logrado que se te eduque igual a como se educa a sus propios hijos en los grandes colegios; ni uno sólo ha hecho esfuerzos para que cada escuela, en cualquier rincón del país, tenga lo necesario para enseñar y que los alumnos aprendan. Con esto, estos hombres están dejando clarito que nos quieren ignorantes, a nosotros y a nuestros hijos; que les conviene que seamos idiotas poco informados; que no entendamos nada. De otro modo, ¿cómo se podría comprender que se mantengan engordando a profesores que ni siquiera saben los ramos que enseñan? Dime, ¿por qué a estos cagatintas no se les obliga a volver a estudiar y ponerse al día en sus rollos? Te diré por qué se mantiene la ignorancia entre los profesores: porque están de acuerdo con los políticos para que todos seamos burros, tontos, y sigamos trabajando para producir el dinero que ellos botan y se roban. Pues bien, no serás médico; no ofenderás, con ello, a tu padre–.

Como era su costumbre, Segundo se puso bruscamente de pie y salió dando un portazo. Al cabo de pocos instantes volvió a entrar para decir al muchacho: – ¡ No lo olvides! Y con rápidos pasos, se fue al kiosco pensando en encontrar allí a su esposa.

Pero Segundo no contaba con que en el camino se encontraría con Esmeralda. La mujer, que debía ir a recoger algunas revistas rezagadas, saludó con grandes muestras de cariño a Segundo y éste, un tanto apurado, le contó la conversación que había tenido con Esteban.

Esmeralda no le respondió, pero le hizo ver lo importante que sería comentar esta situación sobre la marcha. Segundo, sin oponerse, con el rostro cariacontecido, pero aun rojo por la ira descargada sobre el muchacho, la siguió en silencio. Así caminaron un largo trecho hasta la casa.

Cuando entraron, ya Esteban había salido.

Esmeralda, absolutamente dueña de la situación, le dijo a su esposo:

– Segundo, en parte tienes razón porque son ciertas tus ideas acerca de las diferencias sociales; pero no estoy de acuerdo contigo cuando quieres imponerle a Esteban un camino en la vida.–

Sin mostrar el más leve signo de disgusto, sino más bien una expresión comprensiva, le siguió hablando:

– Amor mío: muchas veces hemos conversado acerca de nuestros distintos orígenes y en todas estas oportunidades te he dicho que el amor verdadero es tan maravilloso, que es capaz de aplanar las asperezas del ser amado. Es por eso que se dice que el amor es ciego. También es sordo, porque, al menos en mi caso, he preferido no escuchar aquellas tonterías que dices de vez en cuando; por ello, me he quedado callada. Poco a poco he llegado a comprenderte; sin embargo, he tenido que reconocer que tu amor no ha sido suficiente

para que olvides mi condición social y de la cual, y vuelvo a repetírtelo, me siento muy feliz. No quiero que a Esteban le metas estas cosas en la cabeza: él sabe su lugar en la vida y comprende que -si le pone empeño- podrá llegar a donde quiera. Los tiempos han cambiado y toda persona puede hacer aquello que anhele. Él no está embadurnado con las ideas políticas que originan odio entre las personas; no participa del ideal que estimula la lucha de clases ni tiene el corazón endurecido de los que esquilman y utilizan al hombre para enriquecerse. Y es que nuestro hijo tiene un corazón de oro; aun cree en el hombre y en su generosidad. No destruyas con esas ideas que te dominan, el sentido de bondad y respeto que tiene en su alma por el prójimo. Como esposa tuya y madre de tu hijo, vengo a rogarte que lo estimules, pero no para que alcance renombre o prestigio como luchador social, sino como un hombre bueno y misericordioso con todos. El luchador social, en algún momento de su vida, muestra envidia a los que tienen más y se convierte, quiéralo o no, en un censor del prójimo. Como está enfadado porque las cosas no son como él quisiera, cree legítimo acusar, exiliar o matar a quienes no piensan como él. No, Segundo, nuestro hijo es diferente. Él, sólo con la bondad que lo caracteriza podrá conmover corazones. Y encontrará en la medicina una gran ayuda para lograrlo.-

- No creo en lo que tú crees, esposo mío; pero te amo como el primer día y te dejo en libertad de actuar en todo. Te pido que, a aquellos que no pensamos como tú, nos respetes y nos dejes proceder según nuestras convicciones. Tus ideales jamás harán que yo levante contra ti ni mi mano para herirte ni mi voz para ofenderte, porque tu dignidad es igual a la mía, y por ello te profeso gran respeto.-

¡Ay, Segundo!, continuó Esmeralda, yo me quedo tan triste cuando te veo, lleno de pancartas y consignas, partir a esas concentraciones donde se ofende tanto a tantas personas. Pienso que mi esposo está cautivo de intereses bastardos que lo lanzan a la calle como carne de cañón, mientras que los instigadores permanecen en sus casas acariciando el futuro botín que recibirán, pero a costa del despojo de los otros. Si un rico no quiere compartir su riqueza, al menos concédele que da trabajo y con éste, algún mejor pasar a los más pobres. Conversa con tus compañeros y convéncelos de que el odio, la refriega social, la envidia, el denuedo y la ofensa no engendran nada más que miseria.-

A diario veo cómo se estimula la inquina y el desprecio por los que piensan diferente a los que están de turno en el poder. ¿Es que no puedes comprender que somos nosotros, los ciudadanos de a pie, quienes alimentamos con nuestro trabajo incesante a esa clase política que nos estimula a odiarnos? ¿No puedes entender que, quienes así proceden, no merecen llamarse hombres, porque han olvidado su propia dignidad y por ello nos tratan como si fuéramos nada? ¿No has visto cómo racionan minúsculas subvenciones que nos entregan como si fueran una mesada? ¿Tan ciego estás que ni siquiera puedes ver a los miles que se trasladan mañana y tarde, día tras día, rendidos, durmiendo en buses sucios y destartados para ir al trabajo y volver a sus hogares mal contruidos, en poblaciones que parecen desiertos? Tu sueldo te lo asignaron, ¿no es cierto? ¿Y no has tenido un minuto para detenerte a pensar que quienes nos gobiernan, y aquellos que se erigen como los opositores, se fijan jugosos sueldos que salen de

nuestros sudores? ¿Los has visto andar en buses? No, ¿no es cierto? Claro, ellos tienen choferes.

– Mujer, dijo Segundo, con esas ideas que tienes en la cabeza das la impresión que apoyarás a doctrinas pasadas de moda y, algunas, hasta de corte fascista.–

– ¿De qué fascismo me hablas, Segundo? ¿Te das cuenta que es lo mismo que aplicas aquí en nuestra casa con tu conducta inconsecuente, opresora, poco respetuosa y discriminadora?–

– ¿Cómo puedes decirme eso, Esmeralda?, –replicó Segundo sinceramente turbado.

– Es así, Segundo; es así cada vez que le quieres imponer tus ideas a nuestro hijo y le dices que las tuyas son idearios de segunda o de tercera clase, como si fueras tú el único poseedor de la verdad. Todos, Segundo, todos tenemos una parte de la verdad. Y ese no es el único problema. Hay otro más profundo y que radica en que yo te respeto y te cuido y tú podrías, en cambio, llegar a eliminarme.–

– Desde ya te digo: no impongas una conducta a nuestro hijo; déjalo que él sea el artífice de su vida.–

Segundo se acercó a su esposa y le tomó cariñosamente la mano.

– Esmeralda, le dijo, con suave acento, los ricos no nos han dado nada. Jamás nos han invitado a sus reuniones; nunca te han enviado un regalo siendo que reciben sus malditos periódicos bien temprano y los leen en sus camas, mientras tú y Esteban han trabajado de trasnoche para que los reciban.

– ¿Y qué obligación tienen, Segundo, de intimar con nosotros o de darnos de lo que les sobra? Yo no ansío eso. Lo que yo ambiciono, y con pasión, es que el rico caiga a mis pies, porque yo tengo algo que darle, algo que él no puede alcanzar con su dinero. Pero, y lo he pensado muchas veces, tengo miedo de volverme millonaria, porque, tal vez, me vuelva igual de cicatera y codiciosa que los adinerados.–

– Esmeralda, ese lenguaje es peligroso. –

– Segundo, no sigas con esto de la diferencia de clases. Es una idea ridícula. El hombre siempre aspirará a ser amo de sus congéneres, a dominarlos, a robarles, a mentirles para tener más. Siempre tratará de sobresalir para mandar a otros, para tener poder. Lo que debes defender, en cambio, es que el hombre aprenda a ser honesto, a que respete a sus hermanos, a que luche por la equidad y la justicia. El hombre honrado siempre será extraordinario, porque respeta a los demás.–

– Las consignas te apresan, Segundo, no te permiten ser tú mismo. Lo primero que logran las consignas es decidir por ti y limitar tu propia vida; en una palabra, te hacen menos hombre.–

– Esmeralda, eres mujer y es por ello que eres mejor persona; los hombres somos más patanes, nos falta el valor de considerar al otro. Desde niños queremos mandar, ganar, vencer e incluso matar por lo que creemos justo. Creo que tú has hecho que yo sea un poco mejor, que sea más ponderado pero, de pronto, regreso a la niñez y me veo gozando con la pandilla y..... vamos, no te enojas, vuelven mis deseos de vencer.–

Abrazó a Esmeralda y la besó en la frente.

– Te prometo que la próxima vez que converse con Esteban me acordaré de lo que hemos dicho hoy.–

– No soy un mal padre, Esmeralda; trato de que mi hijo sea menos huevón que yo.–

Esmeralda miró a su esposo y le habló con ternura.

– Aunque fueras un rufián yo te amaría igual; aunque la miseria me rodeara por estar contigo, no buscaría la riqueza si a causa de ella no te tengo a mi lado. Eres un buen hombre, Segundo, no te humilles a ti mismo; trata de que otros no abusen de tu generosidad.–

III

Algunos días después, Esteban pudo ir al hospital a visitar a Esmerindo. No le preocupaba la suerte corrida por su amigo cartonero; la hija de éste, que estudiaba en la misma escuela, lo había mantenido informado de los grandes avances que presentaba su padre en el proceso de curación. Supo, también, que el doctor Taylor nunca dejó de asistirlo en el hospital.

Cuando se acercó al lecho el cartonero dormía. A los pies del catre, sentado en una silla y teniendo el cabás a sus pies, estaba, cabeceando, el doctor Taylor.

El joven quiso retirarse para no interrumpir el descanso del paciente, pero Esmerindo se despertó. Ya no tenía el rictus de

dolor; si bien tenía la cabeza vendada a la manera de un turbante, el rostro se le veía plácido y sin desviaciones labiales. El hombre reconoció al muchacho y lo saludó con voz y lenguaje claros. ¡Qué diferencia con pocos días atrás!

Esmerindo trató de incorporarse para saludar al recién llegado, pero aun tenía pocas fuerzas, de manera que fue Esteban quien le extendió la mano afectuosamente e, inclinándose, lo besó en las vendas que le cubrían el cráneo.

Taylor despertó sobresaltado; al percatarse de que allí estaba Esteban, se puso de pie y lo saludó con alegría.

– Te he echado de menos, muchacho, le dijo; no has ido a verme. ¿Qué ha sido de ti? –

El joven no respondió; sólo se limitó a sonreírle y a darle las seguridades de que pronto iría a visitarlo, porque sentía necesidad de conversar con él.

Mientras iba construyéndose la atmósfera de una reunión entre amigos, pero en una

pieza de hospital, lugar en el que cambia el tono y la profundidad de las relaciones humanas, apareció, sonriente, Lucía Victoria, la hija de Esmerindo. La muchacha, de unos diez y siete años, era compañera de curso con Esteban; a veces estudiaban juntos en el mismo establecimiento, pero ella nunca lo invitó a su casa ni él a la suya. Sin embargo, los padres de Esteban conocían a Lucía Victoria y, ciertamente, Esmerindo no

sólo conocía, sino que amaba a Esteban. Con todo, nada había entre éste y la hija del cartonero. De hecho, el joven evitaba llevar a Lucía Victoria a su casa, porque su padre le había hecho ver, en repetidas oportunidades, que debía casarse con una mujer que fuera su igual. Si se casaba con alguien de estrato superior, arriesgaba ser marginado o discriminado por su nueva familia; o, por tratar de congraciarse con su esposa, renunciaría a sus ideales y se convertiría en un renegado. Si, en cambio, se casaba con una mujer de una clase social más baja, arriesgaba no ser bien recibido por su nueva familia, la que lo consideraría un extraño y un desagradable lechugino que venía a interferir con sus costumbres, o bien él se sentiría como gallo en corral ajeno y trataría de rescatar a su mujer de este menguado medio.

De alguna manera, no comprendía bien a su padre, pero nunca se detuvo a reflexionar sobre ello. En todo caso, y para no darle motivos de irritación, lo que en Segundo era muy frecuente, prefirió no llevar a Lucía Victoria a su hogar. Cuando estudiaban juntos, Esteban experimentaba un entusiasmo particularmente grato; se sentía bien al lado de la muchacha. A veces, sobre todo durante los fines de semana en que no la veía, la recordaba con un sentimiento mezcla de ternura y nostalgia, pero no pasó de ello. Por su parte, la joven hija del cartonero, veía en Esteban a un hombre maravilloso,

acogedor, varonil, con quien habría pasado gustosamente toda su vida.

Lucía Victoria amaba a su padre. Cada mañana lo veía salir con su carromato tirado por él mismo. Muchas veces, incluso cuando era una pequeña de diez o doce años, salía con él a recoger cartones, botellas, juguetes abandonados, fierros y un sinfín de objetos que después se podían vender y obtener el dinero para sobrevivir.

A Esmerindo no le gustaba que Lucía Victoria anduviera con él en estos menesteres. Anhelaba que su hija recibiera una educación que le diera un mañana infinitamente mejor que el presente que él, como padre, podía darle. Las cosas no podrían haber sido mejor, pensó muchas veces; su vida la había estructurado así su propio padre, quien, preso del analfabetismo, lo había iniciado en este trabajo desde sus primeros pasos. Desde que nació, Esmerindo iba con su padre y con su madre arriba del carretón, tomando su biberón primero y jugando con cualquier objeto, después. Su casa fue la carreta; sus juguetes, los palos de colores o las cajitas de cartón que por allí hallaba. Nunca fue al colegio, pero aprendió a leer – con la ayuda de su madre – en las hojas de los periódicos que recogía su padre. Cuando tenía quince años, una tarde cualquiera, un microbús arrolló a sus padres y él se quedó sin nadie que lo cobijara. Conocía este trabajo y sabía qué se hacía con los materiales que se comercializaban para reciclaje, lo que le permitió

continuar viviendo como creía que se vivía. Y así lo hizo hasta que encontró a su mujer, la hija de uno de los que le compraban los trastos viejos, los cartones o los fierros que en-

contraba en sus andanzas. Se arrancó con ella. El dueño de la fábrica a quien él le vendía el papel y cartón recogidos, ya había sospechado la cercanía del cartonero con su linda hija y, para alejarlo de su lado, un día dejó de comprarle. El hombre creyó que Esmerindo no volvería jamás: no quería que su hija se casara con un casi pordiosero. Ambicionaba para su niña alguien educado y con dinero ganado por medio de una profesión universitaria. —¿Qué se habrá imaginado este cartonero de mierda que me quiere robar a mi hija?, se preguntaba el hombre. Harto me ha costado ella para que se la entregue a un achuchado, a un sabandija.—

Pero Esmerindo cautivó a Helena y una noche, cuando el padre de ella había salido a una reunión de amigos, huyó lejos con la muchacha. Ambos tenían todo planeado y decidido, de manera que fue fácil la huida. Esmerindo habitaba la humilde cabaña que tenían sus padres; aunque quedaba a la orilla del río, la casucha era acogedora. Helena era muy hermosa, gentil, alegre y complaciente, pero una enfermedad cardíaca con la que había nacido la limitaba físicamente: se cansaba con los menores esfuerzos. Su padre había consultado a especialistas, pero todos estuvieron de acuerdo en que esta afección no era corregible.

Helena se embarazó y murió tras el parto, dejando a Esmerindo al cuidado de Lucía Victoria.

—Aquí está mi linda hijita,— dijo Esmerindo, lanzando una cariñosa mirada a Jonás Taylor.

La muchacha abrazó tiernamente a su padre y no pronunció palabra, salvo para saludar a Jonás y a Esteban.

Volvió a abatirse un silencio cordial y delicado en la habitación; uno de esos silencios obligados que surgen mientras cada circunstante busca una palabra, un tema o un gesto para romperlo, porque la prolongación del mudo sosiego suele ser turbador.

Fue el mismo enfermo quien con voz llena de ternura susurró:

—Doctor Taylor, esta muchachita es también hija suya; usted atendió a su madre cuando la trasladaron a Servicio Intensivo después del parto. ¿Se acuerda?—

El viejo doctor miró con afecto a Esmerindo y movió la cabeza en señal de afirmación.

—Lo recuerdo muy bien, Esmerindo y estoy encantado de volver a ver a tu hija y de apreciar tu notable mejoría.—

—Gracias, doctor Taylor, pero quiero que usted sepa lo muy agradecido que le estoy por todo lo que usted ha hecho por mí y por mi hija. Si no hubiera sido por su ayuda, no sé dónde estaríamos ella y yo, dijo el enfermo.—

Jonás Taylor, dirigió una bondadosa y acogedora sonrisa a Esmerindo, guardando silencio.

Pero, el cartonero enfermo no quería dejar pasar esta única y solemne oportunidad que la vida le daba, para expresar su inmenso agradecimiento al doctor Taylor, y fue así como en un instante en el que se interrumpió la charla que tenía con sus visitas, se dirigió a Esteban y le dijo:

– El doctor Taylor es padrino de Lucía Victoria y eso me da mucho orgullo.–

Jonás Taylor recordaba bien ese tiempo al que se refería Esmerindo.

A la sazón, diez y siete años atrás, era el jefe del Servicio Intensivo del hospital Del Buen Samaritano y, en esa oportunidad se encontraba dirigiendo una de las regulares reuniones clínicas en las que se discutían los casos más complejos. En medio de la sesión, y mostrando gran ansiedad, entró un empleado pidiendo a Taylor que fuera de inmediato al Servicio Intensivo, en donde lo requería uno de los médicos a su cargo.

Cuando llegó, le señalaron a una paciente bastante comprometida, casi en coma, muy febril y con la respiración rápida y entrecortada. La habían traído de la maternidad en donde hacía menos de media hora había tenido un parto normal: una niña de 3 kilos de peso, que estaba en buenas condiciones.

Le indicaron que la mujer, súbitamente, había comenzado a respirar con dificultad y que rápidamente perdió la conciencia. Después de examinarla, Taylor tuvo claro que la reciente madre sufría de una cardiopatía congénita compleja, y que una embolía de líquido amniótico era la causante de este deplorable estado. A pesar de todos los esfuerzos desplegados y después de horas de angustiosa espera, la mujer del cartonero murió. Fue el propio doctor Taylor quien, muy apesadumbrado, fue a darle la triste noticia al esposo. Este se encontraba solo en la sala de espera, sentado en un largo sofá, jugando nerviosamente con un pequeño objeto que parecía un llavero.

Pero no tintineaban las llaves; era un rosario.

El médico saludó respetuosamente a Esmerindo y se sentó a su lado.

– Señor Campos, le dijo Jonás visiblemente triste, su señora no ha respondido al tratamiento; su pulmón fue invadido por sustancias que aparecen por complicaciones del embarazo y éstas comprometieron a su corazón que, finalmente, a pesar de todos los cuidados, desfalleció.–

Lo siento mucho–, prosiguió el médico, mostrando evidente conmoción, en tanto le tomaba un brazo al afligido esposo, en signo de cercanía.

Esmerindo Campos parecía ausente; la muerte de su mujer venía a poner fin a sus ambiciones. Y más aún..., la llegada de una hija le traería serios problemas. Tal vez tendría que repetir su propia historia; era como estar atado a un sino de la vida que le parecía muy injusto. Él, que no había tenido oportunidades para elevarse por encima de su miseria, había encontrado en Helena a un ángel protector. Había sido ella quien, con su caudal de conocimientos, lo había guiado poco a poco por los senderos de una cultura que le era un enigma. Con ella había aprendido las operaciones aritméticas básicas; con su estímulo, tuvo la oportunidad de leer uno que otro libro que le mostraron mundos insospechados y lo conectaron con grandes personajes; logró entrever que, fuera de su pueblo, existían otras latitudes donde la gente pensaba, se vestía, bailaba y hablaba muy diferente. Por las noches, Helena le habló de Dios por primera vez. Como si fuera un niño, imaginó a Jesús tal como ella se lo presentó: misericordioso, amigo de los pobres, comprensivo y cercano. Su mujer le enseñó a rezar el Padre Nuestro y el Ave María y ambos, cada noche, musitaban la misma oración.

Ahora que Helena ya no estaba, le parecía muy injusto que Dios no lo hubiera escuchado cuando le pidió que la ayudara en su parto. En la inocente interioridad de su alma, creía fervientemente que Jesús no dejaría de ayudarlo. Incluso, la tarde anterior a la llegada de Helena al hospital Del Buen Samaritano, le había pedido al padre Juan Pedro, párroco de La Santísima Trinidad, que le permitiera entrar al templo, a pesar de que éste se encontraba cerrado. El párroco, sabiendo el empeño que Esmerindo ponía en aprender el Catecismo, aceptó que el cartonero se acercara al altar. El buen cura dejó solo a Esmerindo y fue a atender otros quehaceres. Como pasara un buen rato y el hombre no saliera, el padre Juan entró al templito por una puerta lateral. Lo que vio lo llenó de piedad: Esmerindo estaba de rodillas, al pie del altar, y golpeaba con sus nudillos la puerta del modesto sagrario, como se golpea a la puerta de un amigo.

Cuando Esmerindo terminó su conversación frente al sagrario, salió del recinto y le dijo al cura.

– Ya hablé con el Señor; volveré mañana.–

No volvió el cartonero a orar de nuevo; al día subsiguiente trajo el féretro que contenía los despojos de su esposa, para que el padre Juan Pedro le oficiara un responso.

En el templo se juntaron el cura, Esmerindo y el doctor Jonás Taylor, quien había prometido al joven viudo que lo acompañaría.

Una conversación con el cartonero le permitió a Taylor enterarse que éste no tenía dónde cuidar a su hija. Fue entonces que el médico obtuvo autorización de la dirección del hospital para que el bebé permaneciera en la sala de lactantes al cuidado de auxiliares y enfermeras, mientras el padre hallaba un lugar en el pueblito para el cuidado de la niña.

Nadie, fuera del personal del hospital, se ocupó de la hija de Esmerindo.

Transcurridas dos semanas, el doctor Taylor recibió la noticia de que ya no era posible seguir con la bebé hospitalizada en la sala de lactantes del hospital Del Buen Samaritano. Ante la desesperación del padre de Lucía Victoria, Taylor le dijo que la Chela, su empleada doméstica, cuidaría de la niña.

– Doctor, preguntó Esmerindo con la angustia pintada en el rostro ahora estragado por el dolor, y dónde podré cuidarla?–

– En mi casa, Esmerindo, en mi casa.–

Así fue como un tiempo después, el doctor y Esmerindo, junto a la Chela, fueron a la parroquia a bautizarla. El padrino fue el doctor Jonás Taylor, y la madrina, la Chela. El padre Juan, después del bautizo, tomó a la bebé y la acercó al altar, y tal como en otra ocasión lo había hecho Esmerindo, tocó llamando a la puerta del sagrario para presentar a Lucía Victoria a Jesús.

Al cabo de cuatro años, una tarde cualquiera, una de esas tardes que arrastran el sueño y hasta los pájaros parecen dormidos, y el sol juguetea con las hojas y las cigarras, pasó Esmerindo, como muchas veces, a ver a su niña. En el living, sentada sobre una alfombra, Lucía Victoria jugueteaba con el cabás de Jonás Taylor, empujándolo como si fuera un camioncito.

A un costado de la alfombra, leyendo un gran libro, estudiaba el médico.

Al advertir la llegada de Esmerindo, se sobresaltó; tan embebido estaba en la lectura, que no había reparado en que el padre de la niña estaba desde hacía un rato observando los juegos de su hija.

– ¿Puedo pasar?–, preguntó el hombre, sonriendo.

– A tu casa no más llegas, hombre, le replicó el médico poniéndose de pie para recibir al recién llegado.–

– Vengo a buscarla, doctor–, le dijo a Jonás.

IV

Después de haber escuchado a su padre, Esteban se sentía con desazón. Segundo, no sólo se oponía a las relaciones de su hijo, sino que, además, quería comandar su vida, haciendo que éste cumpliera los deseos paternos. El joven, quien requería de consejo, se vio obligado a conversar con el doctor Taylor, sobre todo ahora que lo había conocido más de cerca a raíz de la enfermedad de Esmerindo. Como ya el viejo médico había tenido una charla con él, sentía que, tal vez, podría obtener ayuda.

Tenía el corazón sublevado.

Fue así que sin darse cuenta un día estaba a la puerta de la casa del médico esperando a que éste le abriera.

Al fin la puerta se abrió.

El saludo del doctor fue muy atento y cariñoso; hizo pasar a Esteban al mismo sitio donde, otrora, jugara Lucía Victoria con su viejo cabás; al mismo lugar donde ambos habían conversado algunos meses atrás. Ambos hombres tomaron asiento y fue el joven estudiante quien rompió el expectante silencio.

– Vengo a verlo porque he decidido ser médico, pero mi padre se opone. –

– ¿Y por qué deseas ser médico, Esteban? –

La pregunta del viejo doctor fue hecha con exquisita delicadeza; no denotaba la sorpresa de la noticia ni el sesgo sutil de la duda; no tenía indicios de picardía y estaba lejos de la burla.

Esteban guardó silencio por un momento; cavilaba en que no se había interrogado a sí mismo, ni había hurgado en su corazón las razones que tenía para querer ser médico. Sin embargo, y con toda la honestidad y transparencia de su espíritu, después de unos instantes respondió:

– Es por su ejemplo, doctor; quedé muy emocionado con lo que hizo cuando Esmerindo tuvo el ataque.–

Jonás Taylor miró al joven con interés, bondad y preocupación. En su interior pensaba en sí mismo, y tuvo que confesarse que tampoco tenía muy claro el por qué había decidido tomar a la medicina como trabajo que lo acompañaría para toda la vida. Mirando en retrospectiva, le era evidente que había sido una buena decisión. Si bien la medicina era considerada una profesión, no era menos cierto que, las más de las veces, no pasaba de ser sólo un humilde oficio. Luego de la obtención del elegante y ostentoso título de Doctor en Medicina - atiborrado de ciencia,- el oficio se iba impregnando de algo invisible y espiritual: el arte. Y este arduo y complejo arte de la medicina terminaba por constituirse, a su vez, en la intimidad más profunda y recóndita del ser médico. Dominar este arte requería decenios de estudio y de práctica de la profesión.

– Querido Esteban, le dijo Taylor, no tengo palabras para manifestar lo que siento y que expresen de manera genuina la alegría que me produce tu decisión. Debiera, sin embargo, aconsejarte que intentes convencer a tu padre y procures que él acepte tu elección; nunca es bueno distanciarse del padre, porque con ello dañarías tu propia imagen, y esa herida, si no la cicatrizas, quedará abierta mientras vivas. He optado por decirte esto en primer lugar, porque es muy importante que no ignores tu realidad; es precisamente con ella con la que tendrás que trabajar. Si fuese de otro modo, tendrás un doble discurso factor que podría dificultar tu relación con los pacientes.–

– Pero, doctor, él es muy violento y le tengo miedo, respondió Esteban.–

– Es difícil lo que viene, hijo, expresó el médico; trata de comprender. Tu padre te ama por sobre todas las cosas y sinceramente cree que su consejo es para tu bien. Él desea mostrarte su propio camino como el más seguro. Es por ello que te exige que lo sigas, para que tú no sufras altibajos; odia siquiera pensar que pueda sucederte algo. Eso lo aterra. Cuando se enoja contigo, porque no obedeces, simplemente lo hace porque cree que vas por caminos que le parecen peligrosos. Lo mismo puedo decirte respecto de lo que él piensa sería un buen trabajo para ti. Te propone que hagas aquello que él conoce, que él sabe, porque quiere asegurarse de que seas feliz.–

– Es que no lo veo feliz con su vida, doctor; siempre está criticando a las personas, ve en todo un ataque hacia él; cree que, por su condición de obrero, es discriminado en todas partes; odia la riqueza, el poder; abomina de todo lo que parezca autoridad, a menos que ésta esté férreamente asentada en la honestidad y el esfuerzo. En el hospital donde trabaja, detesta a los médicos, porque percibe que hacen diferencias entre pobres y ricos, entre fuertes y débiles, entre personas de alcurnia y aquéllas que no lo son. Es por eso que cree que si yo llego a ser médico, haré lo mismo. Es tanta la ira contra su propia condición, que no logra ser objetivo y pienso que, a veces, hasta carece de racionalidad. Mi padre cree que la izquierda es todo bondad y generosidad y que la derecha es maldad y muerte. No es capaz de darse cuenta que la verdad no pertenece ni a la derecha ni a la izquierda, y que no es sino lo que la realidad le toca vivir a cada persona. El confía en un mesianismo político

de izquierda y afirma que la derecha explota. Tamaña equivocación la de mi papá, doctor; el único mesías fue muerto por el hombre, porque no pudo satisfacer las ambiciones de poder, hegemonía y codicia de los dos colores de la política, en los que izquierda y derecha se hermanan. Si Jesús llegara ahora, a la tierra, la izquierda lo banalizaría; la derecha lo explotaría; la academia lo tildaría de ignorante, y la iglesia lo encerraría en el templo, porque se avergonzaría de su simpleza.—

— ¿Y dónde aprendiste todo eso, Esteban? —, preguntó, admirado, el viejo doctor.

En la escuela, en los diarios, en conversaciones con los profesores. Y además con Esmerindo, quien tiene un alma libre y quiere a todas las personas tal como son. Él no le pide a nadie cosa alguna, y tiene la convicción de que el hombre, sea de la condición que sea es digno y grande y merece un respeto especial, porque es un ser sagrado. Es por eso que él piensa que los políticos están errados, y cree que la Iglesia no está resaltando lo más maravilloso que Dios creó: el ser humano. También me ha dicho que los curas se han dedicado a puro prohibir, cuando el secreto no está ahí, sino en lo que dijo Jesús: amaos los unos a los otros.—

Jonás Taylor contempló al muchacho y caviló acerca de la dignidad: si el hombre genuinamente estuviera consciente de ella, el mundo sería un remanso de paz y bienestar. La consciencia de la propia honra y autoestima es la base del respeto entre las personas, y es este mismo respeto el seguro protector contra toda forma de criminalidad, astucia y molicie.

— Bueno, Esteban, terció Taylor, volvamos a tu padre. Debes resolver el problema que tienes con él y, con respeto y valentía, es preciso que le hagas saber cuáles son tus sueños y cómo él puede ayudarte a hacerlos realidad. Con el tiempo, y a través de la comunicación que vayas construyendo con él, podrá reconciliarse con él mismo y con los demás. Si uno se respeta a sí mismo, Esteban, si uno se ama, y no puede alcanzar lo que quiere y lo que piensa no sufre miedo al rechazo ni a la burla. Cuando uno se ama cuenta con la suficiente autoconfianza como para comunicar con certeza lo que efectivamente quiere manifestar. Esto es lo que se llama asertividad, Esteban. Es el comportamiento que tienen las personas con buena autoestima. Con ella puedes defender tus derechos, expresar tus sentimientos, actitudes, deseos y opiniones de un modo adecuado, sin agredir al otro. Si no eres capaz de proceder así, vivirás en la pasividad, en la mediocridad y en el temor; y la cobardía te asaltará. Es importante, Esteban, que cultives la comunicación asertiva; sin ella, puedes fracasar en tu cometido de llegar a ser un buen doctor.

— Vuelvo a decirle, doctor, que tengo miedo de enfrentar a mi padre,—

No, Esteban; no es un problema de enfrentamiento, no es ir en contra de todo lo que él diga, sino más bien de hacerle saber tus deseos. No consiste en ser rebelde ante sus enseñanzas, sino más bien en saber cómo comunicar tus convicciones. Si bien es necesario que el hijo se deje guiar por los principios de la amistad, también es cierto que debe ser él mismo quien decida cuáles serán sus verdaderos amigos o cuál será el camino laboral o social que escoja en el futuro. Enfrentar, en el sentido que te lo digo es simplemente, contar con la posibilidad de tomar decisiones en una amplia gama de los aspectos de la vida diaria. A

los padres, Esteban, generalmente no les es fácil darse cuenta que, de un momento a otro, pasamos de ser hijos a ser personas independientes e incluso también, padres. Y no tengas miedo; nunca lo tengas. El miedo jamás ha logrado nada bueno; es una respuesta primaria e inconsciente genéticamente programada desde los tiempos de las cavernas, en los que sí existían peligros graves y, entonces, el miedo garantizaba la subsistencia.–

El muchacho miraba dubitativo a su interlocutor; ansiaba convencerse de lo que el médico le decía, pero era muy grande su temor.

Prefirió callar.

V

Habían pasado raudo los meses.

Una mañana, en su recorrido habitual, Esteban se encontró con Esmerindo y su hija. Vio hermosa a Lucía Victoria, hermosa y con porte de mujer, cosa que no había apreciado en el colegio. El uniforme escolar ocultaba de una u otra manera, al cuerpo, otorgándole un aspecto de mayor indefinición y escondiendo un tanto aquello que conforma la belleza.

La muchacha, llena de vigor, ayudaba a Esmerindo en la recolección de cartones y fierros; su padre aun presentaba una disminución ostensible de las fuerzas de su brazo, y aunque trataba por todos los medios de superar la limitación, era obvio que carecía de las capacidades físicas que poseía antes de la ruptura del aneurisma craneano.

El corazón de Esteban palpitaba siempre más fuerte al ver a su compañera. Tanto el respeto por los deseos de su padre como el escaso tiempo libre que le quedaba, eran impedimentos para que los muchachos se vieran con frecuencia. Lucía Victoria alternaba con su grupo de compañeras en los recreos, y él prefería ocupar ese tiempo en la biblioteca tratando de enriquecer sus conocimientos. Luego de haber finalizado el período escolar, no se habían vuelto a encontrar hasta ahora.

El joven se recriminaba por no visitar a Esmerindo y a su hija, como era su más ferviente deseo; pero se hallaba en un gran torbellino en medio de los exámenes de la escuela, las pruebas de admisión a la universidad, el término del año, los campeonatos de fines de semestre y el reparto de diarios y revistas. Todo ello no le dejaba el tiempo ni la tranquilidad necesarios para abocarse a otras cosas.

Esteban apuró el paso hacia sus queridos amigos; abrazó a Esmerindo con verdadero cariño, y a Lucía Victoria, mientras la estrechaba con inmensa ternura, le dio un beso en la mejilla.

Se miraron los tres; tenían la felicidad en el rostro. No había mucho que decir.

– Me contó el doctor Taylor, que querías estudiar medicina,– dijo Esmerindo después de esos instantes de silencio.

Algo incómodo, Esteban respondió:

– Ayer di el examen de admisión, y en dos semanas más me responden. Pero creo que no me fue muy bien, de modo que no sé qué haré si no quedo aceptado.–

– Vas a entrar, Esteban, expresó Lucía Victoria, con una sonrisa que al muchacho le encantó; y continuó de inmediato: le darás mucha alegría a tus padres.–

Las palabras de la muchacha preocuparon a Esteban; hasta ahora, y haciendo caso omiso del consejo del doctor Taylor, no había vuelto a conversar con su padre acerca del tema. Recordó que tenía una tarea pendiente y ello le preocupaba sobremanera.

– ¿Y tú que harás?–, se atrevió a preguntar a su compañera de escuela.

– Voy a cuidar de mi padre hasta que se recupere bien y después ya veré. En realidad, quisiera estudiar computación; hay cursos vespertinos sin costo, en un instituto cercano a mi casa y pienso que con esta profesión podría tener la posibilidad de trabajar desde mi hogar.–

Esmerindo escuchaba a ambos jóvenes y entró a la conversación con interés:

– ¿Y qué piensas hacer si llegas a obtener tu título de médico, Esteban? Yo aprendí mucho de ellos en el hospital. Recuerda que estuve internado más de un mes y puedo decirte que no es de lo más agradable estar ahí. Creo, continuó, que la medicina es diferente a cualquier profesión; el médico tiene que lidiar con personas enfermas, a veces gravemente, y se le exige mucho; tal vez la exigencia va más allá de sus fuerzas y eso puede afectar su propia vida. Si te dedicas a la medicina, es probable que no puedas tener vida propia. ¿Lo has pensado bien?–

– Me gustaría ser como el doctor Taylor –, respondió Esteban.

– Todos tenemos diferentes cosas que hacer en la vida, hijo, respondió Esmerindo con su limitado lenguaje; y hay que saber a qué podemos sacarle partido. Tu responsabilidad es saber cómo ayudar a las personas. No se puede ir por ahí, obteniendo siempre beneficios para uno. Si vas a ser médico, dale un buen trato a la gente como nosotros y a quienes trabajen contigo en el hospital. Después de lo que pude ver mientras estaba hospitalizado, ellos pueden, también, ayudarte mucho. Si supieras la pega que hacen! Todos trabajan como enanos; me parecieron buenas personas. Algunos hasta me contaron los problemas que tienen; me dijeron que los sueldos que reciben no les alcanzan para nada. Y en el hospital trabaja mucha gente, Esteban; ya lo vas a ver: hay enfermeras, kinesiólogos, nutricionistas, auxiliares de enfermería,

gente del aseo, secretarias, empleados que trabajan en oficinas chicas que están repartidas por el edificio; trabajadores que se ocupan de los servicios como agua, luz, calefacción, cocinas, lavandería, reparaciones generales, y así, quizás cuántas otras actividades que se me olvidan en este momento.

– Esmerindo, dijo el joven, cambiando bruscamente el giro de la conversación, debo confesarte que no he hablado con mi padre; he tenido temor.–

– No es bueno tener miedo de los padres, dijo Lucía Victoria; háblale con confianza.–

– Tu papá se portó muy bien conmigo, Esteban, expresó Esmerindo; me fue a visitar cada vez que le tocaba trabajar, fuera de día o de noche. En esas conversaciones aprendí a conocerlo y a admirarlo y me di cuenta de lo mucho que te quiere; para él, tú eres sus ojos y sólo desea buenas cosas para ti; quiere que seas feliz. Le duele, y me lo dijo, no haberte podido dar un mejor pasar; de haber tenido pocas oportunidades para estar más a tu lado. Se lamentó de las precariedades económicas que tenía, y que le impidieron llenarte de juguetes cuando eras un niño, como él hubiera deseado. A veces lo vi con los ojos húmedos mientras me hablaba. Anda, habla con él; te entenderá.–

Lucía, con el rostro bañado en dulzura se limitaba a escuchar. Esteban la miró, se acercó a ella y en completo silencio la abrazó.

Después se despidió afablemente de Esmerindo y volvió a su reparto de periódicos.

En el camino decidió no retrasar más esa conversación tan temida.

VI

Se acercaba ya el día en que se darían a conocer los resultados de la prueba de admisión a la Facultad de Medicina. El tiempo transcurría muy lento para Esteban; entre más gradual el paso de las horas, más angustiosa le parecía la espera. Realmente agotado, demolido por la emoción de la expectativa y lleno de esperanzas en cumplir con su anhelo, una tarde fue a hablar con su padre.

Se veían con la frecuencia que los turnos hospitalarios se lo permitían a Segundo. Su labor como camillero de urgencias le demandaba no sólo trasladar pacientes; muchas veces, y para que un enfermo lograra llegar al laboratorio que requería como parte de su terapia o de su diagnóstico, debía desplazarse largas

distancias. En algunas ocasiones, Segundo iba solo con el paciente y éste, asustado, le preguntaba qué examen le iban a practicar; si le dolería, si ya estaba allí el médico o si debía esperar; si ya le habían avisado a su familia; si lo iban a operar. En oportunidades, ese largo trecho que Segundo recorría con su ocasional o pasajero paciente, estaba preñado del suficiente tiempo como para despertar en el enfermo un gran cariño hacia él; incluso, con alguna frecuencia, Segundo averiguaba dónde quedaría hospitalizado ese paciente y, apenas le era posible, lo visitaba. Mucho le llamaba la atención que, cuando llegaba con su delicada carga al pabellón de cirugía, nadie parecía notar su presencia, mucho menos darle las gracias. De igual modo, terminó por no preguntarse por qué tal o cual paciente, al que había ido a visitar mientras permanecía hospitalizado, no se despidiera de él cuando era dado de alta. Por estas razones, muchas veces se sentía humillado.

Segundo no deseaba eso para su hijo; pensaba, de todo corazón, que Esteban debería buscar un oficio en el que él fuera independiente, una ocupación que le permitiera ser el

dueño de sí mismo y de su propio tiempo. Lo que ciertamente no deseaba era que su hijo se transformara en uno más de muchos: un desagradecido. Eso le producía un profundo dolor. Era justamente lo que creía percibir en su propia esposa, quien no se daba cuenta de su esfuerzo por darle lo mejor posible. Cierto era que no le

había dado grandes cosas, – el padre de Esmeralda podría haberle regalado todo lo que ella deseara–, pero cierto era, también, que él se esforzaba, y mucho, por tenerla grata. Pero ella había buscado tener una actividad propia que le proporcionara todo de lo que su esposo no era capaz de darle. Esta situación lo molestaba profundamente; se sentía atormentado y lastimado por esta forma de recibir a diario el tácito mensaje de que él no cumplía sus obligaciones de proveedor del hogar. A su vez, debía confesarse a sí mismo que sentía celos de las actividades que Esmeralda desarrollaba. Estos celos, poco a poco, fueron mellando su espíritu. Por estos inconfesables sentimientos se había ido alejando de ella, se irritaba con frecuencia, y su vida se había tornado intolerable. Muchas veces quiso abrazarla, besarla, acariciarla, pero los celos y el encono eran más poderosos.

Con el correr del tiempo su estado afectivo hizo estragos en su mente y, lentamente, fue ahondándose el asunto de la diferencia social. Ya no estaba celoso porque su mujer trabajara y ganara más dinero que él; ahora había comenzado a germinar en sus pensamientos la desigualdad. Ella pertenecía a una clase adinerada, una clase odiosa a sus ojos, que ganaba el dinero a costa de la vida de los obreros y que no compartía nada con ellos. De allí que pensara que el amor que su esposa alguna vez le tuvo había desaparecido por la sed de dinero que a ella la inundaba. Y

como reacción a tamaña verdad, y para castigarla de alguna manera, había decidido mantenerse en su modesta condición laboral. Esteban, a quien amaba entrañablemente, no pasaría a adornar la clase, la cruel clase social de su mujer; su hijo no sería empleado de los ricos. Pensaba que si el muchacho se afanaba, podría llegar a tener su propia fortuna, poseer todo lo que atesoran los poderosos, pero sin mezclarse con ellos.

Esteban esperó la llegada de su padre con la ansiedad carcomiéndole el corazón.

Cuando éste arribó a casa, advirtió la presencia de su hijo.

Hacía tiempo que no conversaban; hacía tiempo que no salían juntos; la vida parecía estar separándolos y llevándolos a trincheras opuestas e irreconciliables.

Poniéndose de pie cuando Segundo llegó, Esteban dijo:

– ¡Hola, papá, te estaba esperando!–

– Creí que no me considerabas, ya, hijo, replicó el hombre.–

El tono melancólico de su padre remeció al joven. Apelando a sus nobles sentimientos, y al cariño y respeto hacia su progenitor, se atrevió a decir con un tono de gran cercanía y afecto:

– No digas eso, papá; tú sabes que te quiero y que eres muy importante en mi vida.–

– Pero no es así como yo lo veo, Esteban; no me puedes negar que con tu actitud de

lejanía no me queda más que pensar que me ignoras.–

– Perdona, papá, te ruego no pienses así; me entristece que me consideres un hijo desagrado. Ten en cuenta que he estado soportando una gran carga académica, cumpliendo con muchas actividades y responsabilidades y, claro está, es difícil parecer bien y dispuesto a participar en todo. A propósito de eso es que tengo que conversar contigo.–

Con frases dichas aceleradamente y con voz algo susurrante, le expresó:

– Vengo a suplicarte que me dejes estudiar medicina.–

– Esteban, yo soy tu padre y lo único que deseo para ti es que seas feliz. Si me opuse a que estudiaras medicina es porque pienso que sufrirás; no otra cosa te sucederá con esa profesión que es para elites económicamente poderosas y socialmente orgullosas, presuntuosas y discriminadoras. Yo mismo he sentido eso en mi trabajo y es por ello que no quiero para ti semejante futuro. Vas a cambiar, hijo; en la escuela de medicina aprenderás a avergonzarte de tus orígenes y eso, desde ya, me duele.–

Jamás imaginó, Esteban, semejante respuesta. ¿Cómo iba él a avergonzarse de sus padres, de sus amigos? Si lo único que quería, cuando llegara a ser médico, era poder ayudar a todas las

personas, sin distinción de clase social, credos religiosos, ideas políticas o condición moral. Él estaba dispuesto, desde ahora, a servir con modestia a quien se lo pidiera; también a un ladrón, a un asesino, a un rufián. Él no estaba aquí para juzgar la conducta o la condición humana de nadie; sólo ansiaba auxiliar y amparar al necesitado de ayuda.

– Lo he pensado bien, papá.–

Para sorpresa de Esteban, Segundo no replicó cosa alguna,. En cambio, se puso de pie, se acercó a su hijo y le dio un estrecho abrazo que éste devolvió emocionado. Se quedaron abrazados unos instantes: el padre, sintiendo una inmensa ternura que lo hizo llorar silenciosamente; el hijo, acunado en brazos del autor de sus días, tenía el corazón henchido de agradecimiento.

Cuando se separaron, Esteban, con alegría, le dijo a Segundo:

– Papá, no he entrado todavía a la escuela de medicina; la próxima semana lo sabremos.–

– Hijo, expresó Segundo, cambiando un tanto el tono de voz; he conversado largamente con el doctor Taylor acerca de tu futuro, creo que debieras acercarte más a él, porque es un hombre bueno. Él era uno de los pocos médicos que atendía a todos los pacientes sin mayor aspaviento, y les transmitía la sensación de tener todo el tiempo para ellos. El personal lo quería mucho, porque era buena persona. Taylor se preocupaba de cada enfermo que conocía, y aun

se lo recuerda con gran cariño en el hospital. Se quedó pensando un instante, y dando a su rostro una expresión de convicción le dijo a Esteban, a manera de secreto:

–Yo tengo la sensación de que fue él quien salvó a Esmerindo, por lo que este me ha relatado.–

Pienso, además, continuó Segundo, que debieras hablar con tu madre acerca de tu de-

cisión. Se pondrá muy contenta. En ella has tenido una gran aliada: ha gastado mucho tiempo en ablandar esta cabezota que tiene tu padre.—

Segundo había hablado muy bien de Taylor; no ignoraba la excelente persona que era el viejo, pero aún sentía celos en su corazón, debido a la admiración que Esmeralda le tenía.

En el ir y venir de pensamientos que surgieron de la conversación con su hijo, Segundo Alberó tenía el convencimiento de que Esteban, si llegaba a ser médico, alcanzaría altos grados de perfección en lo humano.

VII

Los postulantes a la Escuela de medicina se apretujaban frente al pan de cristal que exponía el listado de alumnos que, habiendo rendido el complejo examen de admisión, habían sido aceptados. El bullicio, en dicho lugar, por ratos era ensordecedor. De pronto un estudiante saltaba de alegría; de pronto otro se retiraba del lugar, cabizbajo.

Esteban no había podido llegar a primera hora a revisar las listas como habría sido su deseo. La tirada de periódicos se había atrasado, por lo que ese día las entregas se hicieron algo más tarde. Fue así que, al llegar al lugar, se vio obligado a dar algunos empujones para acercarse a los papeles que, inexpresivos, mostraban los nombres de los aceptados y el puntaje que cada uno de ellos había obtenido.

Unas semanas antes del examen de admisión, a Esteban le habían dicho que se trataba de una prueba muy difícil; no sólo se preguntaba acerca de los conocimientos adquiridos en la escuela, sino que además habría preguntas de cultura general: países con sus capitales y número de habitantes; nombre de pintores famosos y la denominación de algunas de sus obras; músicos de renombre de quienes era necesario conocer la época en la que habían vivido y algunas de las piezas musicales que los habían llevado a la fama; referencias versadas acerca de animales, insectos y plantas; nombre de algunos mares; descripción de ideas filosóficas y religiosas universales; guerras y sus causas. En fin, una cantidad de información esparcida por doquier a la que no era tan fácil tener acceso.

Cuando Esteban se enteró de las características de este examen, acudió a preguntar a Taylor cómo podría integrar y compendiar todo este gran conocimiento. En su escuela nunca le habían hablado de estos tópicos.

La clase de artes plásticas era más bien una instancia para dibujar o pintar con acuarelas, pero jamás se había ahondado en la vida de los pintores ni en la época en la que habían vivido, y no se comentó lo que podía inferirse de sus obras desde el punto de vista de su ideario político o cultural. Mucho menos con los filósofos.

El doctor Taylor entregó a Esteban un libro que compendia estos datos: el *Anuario de Selecciones del Reader's Digest* de 1956. Pero este libro carecía de una estructura didáctica que hiciera reflexionar al estudiante; que le entregara las herramientas para relacionar, por ejemplo, la Revolución Francesa con la música de Luigi Cherubini o de qué modo había influido este conflicto en Beethoven, Berlioz y Weber. Tampoco ofrecía al lector la posibilidad de establecer la relación potencial entre este hecho político y el nacimiento de la sinfonía; ni la estrecha ligazón que existe entre la música y el concepto de patria, o lo que se puede descubrir en la pintura cuando expone costumbres o representa una denuncia social.

Ni qué hablar de los vínculos entre filosofía y política, de música y religión, o de política y guerras.

El libro abreviado que extractaba lo más importante de cada época, se convirtió en el compañero inseparable de Esteban; lo estudió a conciencia, memorizó lo que era necesario, pidió ayuda para relacionar hechos, costumbres y arte; y así, sin saber cómo, llegó el día del examen. Y era cierto, la prueba abarcaba todos los temas con diferentes honduras.

Taylor había sido muy sincero y terminante cuando le hizo presente

al muchacho que la cultura es un aspecto de suma importancia en el quehacer del médico, porque ella no sólo posibilita conocer el corazón de un pueblo, sino que permite entender cómo se determinan las conductas, cómo se logra una mejor adaptación del ser humano al medio, y cómo influye en los conocimientos, en las actitudes y en los valores de una sociedad. Taylor le había puesto un ejemplo con un cuadro de Francisco de Goya. En él, el artista se representa a sí mismo enfermo y siendo asistido por su médico. El autor deja plasmado en dicha pintura cómo se abandona el paciente a su doctor y cómo lo siente lleno de bondad; en un plano posterior de la obra, se distinguen sutilmente figuras humanas, familiares de Goya tal vez, que contemplan la relación del pintor con su médico. La genialidad de Goya logra representar en dicha pintura cómo el médico es quien puede llenar la soledad del enfermo; a la familia, a pesar de los lazos sanguíneos, puede resultarle difícil lograr dicho objetivo.

Conocer hechos relevantes de la historia, e integrarlos con las posturas filosóficas, permite al médico tener una opinión objetiva y personal de los hechos, recurso que lo ayudará grandemente a mantener su independencia de criterio frente a pacientes y colegas. En otras palabras, todo este saber le permite alcanzar discernimiento; libertad en su cavilar.

Jonás Taylor había sido muy severo en su juicio: el médico debía ser culto. Entendía que el estudio de la medicina es absorbente, que requiere tiempo completo; pero, era terminante al indicar que un médico inculto es menos médico, que es un profesional defectuoso.

A Esteban no le cabía duda alguna: él era inculto.

Durante toda su vida escolar sólo había recibido información; fue saturado con conocimientos que se acumularon en su cabeza como cuentas de un collar sin hilo, como piezas de un rompecabezas que era imposible armar, porque las partes no ajustaban. Escasamente había recibido alguna noción que lo ayudara a reflexionar acerca de algo o a integrar los conocimientos. De allí que tampoco se le ocurriera cómo salir de su entorno, cómo adquirir la habilidad de cambiar su realidad por aquella que podría haber intuido si hubiera sido enseñado. La escuela de su tiempo era la negación misma de cómo debe ser un maestro, un profesor. Un profesor, pensaba Esteban, debe llegar a ser un maestro, una persona con sabiduría que muestra y enseña cómo inferir a partir de un indicio, y que ayuda, mediante la deliberación, a ir alcanzando las cimas a las que puede llevar la ideación. Por todas estas razones, a medida que se acercaba al muro donde estaba el listado, más pensaba que había fracasado.

¿Y si no hubiera quedado entre el selecto grupo de postulantes: qué haría?

Tenía no sólo el alma llena con el deseo de ser médico, sino que este afán había borrado toda otra consideración acerca de su futuro. Simplemente, creía que no podría vivir.

Estaba en este vendaval de sentimientos, cuando notó que alguien lo tocaba. Su mano fue tomada por otra, por una mano más pequeña, cálida y suave. Era la de Lucía Victoria.

Mucho se alegró Esteban de la presencia de su compañera; no conocía a nadie en dicho lugar y, a pesar de estar allí con numerosa compañía, se sentía más solo que nunca.

—¡Qué bueno que hayas venido, le dijo a la joven, así podré tener ayuda para salir más rápidamente de esto!—, y se rió con claras muestras de contento.

— ¡Y cómo no iba a venir a felicitar a mi futuro doctor!, gritó la muchacha para que Esteban pudiera oírla en medio del griterío; vine muy temprano, porque no pude reprimir mi ansiedad por saber cómo te había ido.—

Aun incrédulo, como si sólo viendo su nombre escrito en el fichero fuera el único modo de rendirse ante la verdad, continuó, ahora consciente y felizmente tomado de la mano de su compañera de colegio, avanzando en medio de la batahola.

Sí, allí estaba su nombre entre los aceptados, haciéndole guiños que se metieron por sus pupilas dilatadas de pura emoción; y la felicidad, vestida de quietud y extenuación por el esfuerzo realizado, estalló en su interior hasta sofocarlo.

Se dio vuelta buscando a Lucía Victoria, la miró a través de las lágrimas que pugnaban por salir y la abrazó con gran alegría, ternura y efusividad.

La joven se perdió en la fantasía de ese abrazo; nunca lo olvidaría. Era como paladear un sueño maravilloso.

VIII

El padre Juan Pedro Oñate terminó su misa en punto de las nueve, hora en que se encaminaba a dar la comunión a los pacientes del hospital Del Buen Samaritano. Aprovechaba, también, para conversar con los enfermos que recién habían ingresado, para darles la bienvenida y ofrecerles sus servicios religiosos.

Fue así como conoció a Jonás Taylor, a Esmerindo Campos y a su hija, a quien bautizó; a Esteban, que algunas veces le sirvió de monaguillo; a Favio Luengo quien era el Jefe de Residentes. Por cierto que conocía a muchísimas más personas, pero éstas eran las que más frecuentemente encontraba a su paso por el hospital.

Juan debe haber tenido unos cincuenta años. Bien parecido, fornido y de alta estatura, era extremadamente bondadoso y predicaba a Jesús en cada misa. No le incomodaba lo difícil que era para la mayoría de las personas cumplir con el mandato evangélico. Él se limitaba a recordarlo, a explicarlo y a llenar sus palabras de la misma misericordia con que Jesús lo predicaba, de modo que siempre decía que el Señor tenía muy claras nuestras limitaciones. Con énfasis decía que a Jesús más le importaba el sincero deseo de hacer bien las cosas por amor de su nombre y por amor al otro.

Acostumbraba a rezar el rosario antes de cada misa, pues era un ferviente feligrés mariano.

Sus parroquianos le tenían especial cariño y, dada su estampa, recibía notas de amor frecuentemente. Juan no leía estas cartas; podría decirse que lo tenían sin cuidado.

La mañana de ese domingo, camino del hospital, vestido de traje negro y como era habitual con clériman, lo alcanzó una mujer que iba elegantemente vestida. Usaba sombrero ladeado que dejaba ver su pelo largo, negro y brillante que se ensortijaba a media espalda, y que no lucía adornos.

– Soy Rita Preuz, –dijo la mujer, convencida de que eso bastaría para que el padre Juan se acordara de ella y de su hijo. Pero, el cura la miró con algún desconcierto y contestó:

– ¿ Puedo ayudarla en algo ?–

La mujer se sorprendió vivamente y, tratando de que el sacerdote hiciera memoria, le expresó:

– Soy la madre de Iván –

El cura se detuvo y se sonrió, y con genuino interés preguntó a Rita:

–¿ Qué Iván, señora ?–

Con franca irritación, la mujer respondió:

– Ivan Smey Preuz, su ex monaguillo, al que usted le impidió llegar a ser sacerdote, pues padre; soy la madre de ese Iván.–

Guardando una postura de respeto, a pesar del mal talante de la mujer, el párroco le dijo:

– De él me acuerdo muy bien, señora, pero a usted es la primera vez que la veo.–

Rita no se dio por avisada con esta respuesta y, sin ocultar su desagrado, volvió a la carga:

– Vengo desde muy lejos a conversar con usted, porque aún no puedo comprender las razones que tuvo para redactar ese informe al Obispo, que ocasionó que a mi hijo no lo aceptaran en el seminario. No tuve acceso a él, sólo se me informó escuetamente, del rechazo.–

– El informe no lo tengo en mi poder; puede ir a solicitarlo al Arzobispado que está a pocas cuadras de aquí.–

– No me interesa hacer eso, padre, dijo con enojo; quiero que usted me informe acerca de cómo pudo tronchar una vocación para

la Iglesia, que tan escasa está, siempre, de interesados en ejercer el ministerio sacerdotal.–

– No es este un buen lugar para hablar de tan importante asunto, señora,– replicó el clérigo.

– Dígame entonces, donde puedo reunirme con usted para tal efecto.–

Juan se acordaba de Iván Smey Preuz, un joven de 20 años, estudiante de leyes por aquel lejano entonces; quince años a lo menos.

Cuando el joven llegó a la parroquia en la que el padre Juan Pedro recién se había hecho cargo de su investidura, rápidamente se hizo muy cercano al párroco; le ayudaba la misa con frecuencia, participaba asiduamente en los grupos de acción de la feligresía y conversaba habitualmente con el sacerdote, beneficiándose de la extrema bondad que poseía. Por el mismo tiempo, se perdieron muchas cosas de la parroquia: dinero de las colectas, estampitas, medallas, algunos copones para guardar las hostias consagradas, cosa que nunca antes había sucedido. Un día, entrada ya la noche, en un rincón del templo rezaba Juan Pedro. En dicha ocasión, el cura había salido y no había avisado de su regreso como era su costumbre, de manera que se ignoraba que él estuviera allí. Mientras Juan Pedro estaba en oración, una figura delgada, que pertenecía indiscutiblemente a Iván Smey, se recortó ante el altar;

con rapidez y en absoluto silencio, la sombra abrió el sagrario extrayendo de él algo que el cura no pudo distinguir. Alarmado, Juan Pedro cerró su breviario y se puso de pie haciendo ruido deliberadamente:

—¿Quién anda por ahí ?— preguntó, casi gritando.

Con rápidos pasos, y sin decir nada, la figura se alejó ágilmente. Juan Pedro se apresuró y corrió tras la silueta, sin lograr alcanzarla. Pero a través de la puerta de la sacristía, que permanecía cerrada, escuchó el saludo que hizo el sacristán a alguien con tono de sorpresa:

—¿Don Iván ¡, cómo está usted? —

El cura no siguió indagando acerca de quién había sido el intruso. Cuando se abatió el silencio sobre el lugar, se dirigió a conversar con el sacristán, quien le confirmó que Iván era quien había salido del templo, portando un bolso negro.

Luego de la conversación con su ayudante, ambos regresaron al templo. El párroco se dirigió directamente al tabernáculo, lo abrió y se confirmó su sospecha: faltaba el copón de oro de las festividades importantes, y la custodia y el viril - ambos también de oro- necesarios para la exposición de la hostia consagrada en la ceremonia de la adoración.

Cura y sacristán se quedaron mudos, conmovidos y estupefactos.

No sólo estaban en presencia de un robo, sino de una profanación, de un sacrilegio.

Luego de las más cuidadosas indagaciones, el padre Juan no pudo sino concluir que Iván era el ladrón. Todo coincidía: no se había efectuado reunión alguna en la parroquia como para sospechar de otra persona; nadie había estado en la sacristía previamente, salvo Iván; la hora era exactamente aquella en que se produjo el robo; y, obviamente, la silueta que se perfilaba ante el altar era la suya.

Juan Pedro guardó silencio. En cuanto se dio la oportunidad, habló con él. En un diálogo tranquilo, sin sobresaltos, sin acusaciones de parte del cura, Iván reconoció que sí había robado. Y lo había hecho por su adicción a la cocaína.

Si, hacía tiempo ya que se drogaba.

No, sus padres no lo sabían.

Juan se comprometió a no denunciarlo y le pidió que no volviera al grupo de acción de la parroquia; pero le rogó que no se alejara de Jesús y que se acercara a un médico y a algún centro de rehabilitación.

Seis años después el Obispo había enviado una carta oficial a Juan Pedro solicitándole que le diera referencias de un joven llamado Iván Smey Preuz, pues éste había presentado su postulación para el sacerdocio. Le decía en la carta que Iván tendría que cumplir con muy pocos estudios en el Seminario, porque ya se había titulado de abogado y muchas de las materias que había cursado en la Facultad se las reconocerían como créditos ya aprobados para sus estudios en el Seminario.

El padre Juan se dirigió de inmediato a orar al sagrario; rogó por clarividencia. Estuvo allí, de rodillas, dos horas y su corazón se colmó de aflicción: cada vez le era más evidente que, sin denunciar el grave hecho del robo como lo había prometido, debía evitar que el joven tomara los hábitos.

En una extensa carta, así se lo hizo saber al Obispo y el postulante al sacerdocio no fue admitido al Seminario.

Después nada volvió a saber de Iván, hasta ahora en que su madre había venido a conversar con él, con agresivo comportamiento.

Juan acordó juntarse con Rita al día siguiente, en la oficina parroquial.

Ese día del encuentro con la madre de Iván, cuando el padre Juan Pedro llegó al hospital, estaba muy nervioso y angustiado; sentía uno que otro escalofrío y un leve dolor en la garganta. No logró hallar razones que explicaran el por qué se sentía así.

Comenzó su ronda por las diferentes salas en las que había enfermos que solicitaron su ayuda y, poco a poco, repartiendo consuelo y mitigando dolores, el tema que lo inundaba quedó en la trastienda del alma, agazapado y presto a saltar sobre él en cualquier instante.

De pronto, una voz lo sacó de sus cavilaciones:

—¡Padre Juan, padre Juan!—

Era Favio Luengo, en aquel tiempo, Médico Jefe de Residentes del hospital.

Juan Pedro se encontraba ocasionalmente con Luengo cuando visitaba a los pacientes. Nunca conversaron; jamás el doctor le había dirigido la palabra; más bien parecía que no quería relacionarse con él. Al cura le llamaba la atención el porte altivo del médico, su mirada distante, su rostro serio e inescrutable. Varias veces lo había observado salir del hospital en su magnífico auto Mercedes, a toda velocidad, como si fuera a cumplir con una llamada de emergencia. ¿Qué es lo que Luengo querría decirle?

De pie, en el medio del pasillo, Favio Luengo esperó que el padre Juan se le acercara.

—Le traigo saludos de un conocido suyo de hace muchos años—, dijo el médico, sonriéndole amistosamente.

—¿Y quién podría ser?—, preguntó el cura con acento de desconfianza.

—Un abogado, padre, el Sr. Iván Smey—, respondió Luengo con un dejo de malicia en el rostro.

No supo el cura cómo seguir la conversación; quedó atónito con las palabras del médico. Su emoción se tradujo de inmediato en el rostro y, con un grado de titubeo, expresó:

—Hace mucho que no lo veo, doctor. —

Sin hacer caso de lo dicho por Juan Pedro, el Jefe de Residentes continuó:

—Parece que él lo estima mucho, padre; por lo menos eso fue lo que me dijo hoy cuando estuvo por aquí.—

—¿Está enfermo? —

—No, padre, él vino a verme por algunos negocios que tenemos.—

—Bueno, doctor, tengo que seguir con mis visitas, así es que le ruego me perdone no poder seguir conversando; en todo caso, puede usted decirle a Iván, que yo también lo recuerdo.—

—Padre, no tenga prisa; puede seguir más tarde con su tarea. Él me dijo que conversara con usted acerca de un tema muy delicado. Por eso es que me he atrevido a interrumpir su trabajo.—

Extrañado, preocupado por no saber a dónde iría todo este diálogo, y con cierto temor preguntó tímidamente:

—¿Y qué sería lo que quiere?—

— Necesita juntarse con usted; se encuentra en Javier Ercilla; en Javier Ercilla 418.—

— Pero, doctor, replicó el sacerdote, ¿usted sabe lo que es eso?—

— La casa donde él se hospeda, padre; la casa donde él se hospeda. —¡ Ah, continuó, dice que lo espera hoy a las diez de la noche.—

—Dígale, doctor, si lo ve, que allí no iré a esa hora ni a ninguna hora; un sacerdote no puede entrar a una casa de citas.—

— Usted verá, padre; el asunto para usted no es menor, porque se trata de un problema de tráfico de drogas y me dijo que usted y él están en el negocio.—

Dicho esto, el médico, malhumorado, dio por terminada la reunión.

Juan Pedro se quedó sin saber qué decir ni qué pensar. Buscaba y rebuscaba en su interior qué había dicho o hecho que podría haber desembocado en tan terrible situación.

Como un sonámbulo, decidió no continuar con las visitas a los pacientes. Debía volver a su parroquia. Luego sería la hora de la misa vespertina y del rosario. Se fue deprisa; no podía sacarse del pecho esa punzante espina de desasosiego. Pero lo peor era no saber qué era lo que venía por delante. Nada había hallado, en retrospectiva, nada que lo acusara. Y para peor, sentía más escalofríos ahora, acompañados de un profundo decaimiento que le llamó la atención, pero que atribuyó al mal momento que había pasado. Le costaba respirar y pensó: ¿Cómo puede ser que un mal rato produzca tantas molestias?

Cuando llegó al templo, tal como siempre lo hacía, se fue a rezar al sagrario; había tomado esa costumbre desde que se ordenó y, poco a poco, fue sintiendo que esas visitas a Jesús Sacramentado le eran muy necesarias; le daban inmensa paz.

Rezaba casi dos horas. En muchas oportunidades se durmió profundamente estando en oración, y ello le producía un grado de pesadumbre e inquietud. Sin embargo, cuando confesó esta debilidad a su director espiritual, éste le dijo que no tuviera cargo de conciencia, porque lo que le sucedía era como dormirse, como un pequeño, en brazos del Señor.

Cuando meditaba ante el tabernáculo, concebía diálogos con Jesús; era como si él fuera un niño y acudiera al Maestro en busca de aliento una vez, y consuelo en otras.

El padre Juan no tenía grandes problemas. Su vida había transcurrido sin sobresaltos y la fe que poseía parecía indestructible. Recordaba que hubo oportunidades en que sus creencias se vieron amenazadas con el estudio de la Biblia, pero logró superar ese período que le fue muy doloroso. A pesar de ser sacerdote, teólogo y confesor, prefería, en lo profundo, tener la fe del carbonero. Pensaba que la razón es la que hace que el hombre se parezca a Dios y que ella lo lleva de la mano hacia la libertad; que la razón puede ayudar a tener fe; pero él prefería tener fe por amor a Jesús. Eso le parecía mucho más valioso que llegar a la fe por medio de la razón. El misterio, para él, era por qué algunas personas nacen amando a Dios y, por amarlo, creen -a diferencia de otras- que no recibieron semejante regalo. Lo

cierto es que Juan terminaba todo diálogo con su Señor como un enamorado. Jamás

dejó de decir: Señor, te amo; no sé por qué, pero te amo. Y me produce dolor que no todos te amen o que te hayan abandonado quienes una vez te amaron, porque eres una persona maravillosa que no puede dejar de amarse. La pena es que diste todo por nosotros y nosotros ni siquiera nos acordamos de ello. Cada día, al igual que un galán amoroso, envías cartas a los que amas, cartas que llevan la firma de tu amor y conducen a abrazar al cartero. Te explico, Señor, le decía: cuando uno espera carta de su enamorada y pasa mucho tiempo sin recibirla al llegar el cartero y nos entrega la ansiada misiva puede ser posible que, de pura alegría, le demos un abrazo y un tierno saludo al mensajero. Pues bien Señor, cuando tú nos mandas a decir cosas maravillosas expresadas por los mensajeros - un hijo, una madre, un amigo, un desconocido o un hecho de la naturaleza- si te tuviéramos presente, nos enternecerían estos carteros. Pero, no es así; vengo pues, Señor, a confesarte que te amo, que no te entristezcas porque muchos no te saben; yo, un humilde cura, a nombre de todos ellos, vengo a decirte que te amamos.

Pero, a pesar de todo, no podía sacarse de la cabeza lo que le había dicho Favio Luengo.

Y pensaba: ¿cómo podría entrar a una casa de citas sin reflexionar en, que si ello es inconveniente para cualquiera, lo es mucho más para un sacerdote? ¿Cómo podría yo aprobar con mi presencia allí el hecho que se pueda mancillar y humillar a las personas, que se las puede comprar como mercancía?

Cargando un sumo pesar, y llegada la hora, se dirigió a decir su misa. Después de ella, acudiría al lugar.

IX

Esteban terminó de arreglar los libros que había en la pieza que le sirvió, durante su internado, para pernoctar en las noches en que estaba de turno. Era una habitación pequeña dotada de lo básico: una cama estrecha con muy pocas cobijas y un velador sobre el cual descansaban algunos textos de Medicina, Cirugía, Ginecología y Pediatría; Farmacología y Medicina de Urgencia. Eran libros de consulta que, si bien eran de últimas ediciones, estaban ajados y deteriorados por el uso. Muchas noches, frente a enfermos que presentaban estados médicos complejos y sin un profesor que guiara sus pasos para un diagnóstico acertado o para indicar un tratamiento, eran los libros los compañeros inseparables que ofrecían una ayuda inestimable al Interno de turno.

El Interno, un estudiante del último año de la carrera tenía un solo trabajo: atender pacientes todo el día; y dos veces a la semana, lo hacía durante toda la noche.

No tenía otras obligaciones. Cada paciente que examinaba, cada indicación terapéutica que daba, cada curación que hacía, cada procedimiento médico que efectuaba, cada nota que escribía, debía ser revisada y aprobada por el Jefe de Residentes, un médico con varios años de profesión que se destacaba por su habilidad clínica y por la perfección de su cometido terapéutico y docente.

Por cierto, no era fácil llegar a ese sitio; los exámenes que había que rendir para alcanzar tal jefatura eran muy difíciles y cada tres años se abría concurso para dicho efecto. Lo extraordinario era que el cargo de Jefe de Residentes duraba sólo tres años y, al cabo de ese período, había que concursar nuevamente. El actual Jefe de Residentes, Favio Luengo, había ganado por tercera vez el concurso y, dada su gran habilidad y conocimientos, parecía que podría permanecer en esa dirección por mucho tiempo más.

Mientras arreglaba sus cosas para retirarse – era el último día de su internado en el hospital Del Buen Samaritano– decidió dar un recorrido por el que fue su lugar de estudio y trabajo. En este espacio había pasado siete años de su vida, aquí había adquirido las armas básicas para poder ejercer la medicina más sencilla y había vivido el período de mayor tensión y felicidad de su existencia.

¿Cómo pueden ir de la mano el estrés, el nerviosismo, la inquietud y la preocupación, con la felicidad?

En su caso, pensaba, era lo que había sucedido.

Tenía muy claro que, junto a unos pocos condiscípulos más, era un extraño para la escuela de medicina. Ese primer año, la promoción a la que llegó por haber tenido éxito en el examen de admisión, era un curso en el que parecían conocerse entre sí casi todos los que quedaron aceptados. De hecho, se saludaban alegremente, se acordaban de las fiestas en las que se habían encontrado e, incluso, muchos mandaban saludos a los familiares de los compañeros. Parecía que se hubieran conocido desde antes de llegar a la escuela de medicina. Pero, en el transcurso de ese año, si alguna duda tuvo acerca de la familiaridad de la que hacían gala sus compañeros, toda vacilación quedó destruida: se conocían, conversaban entre ellos, se invitaban a fiestas y a cenas con parientes o amigos muy cercanos. Un número no menor tenía, además, a su padre, a su madre o a un hermano trabajando en el área académica o administrativa de la escuela de medicina. Ese primer año se dio cuenta de que había sido una proeza acabar siendo seleccionado como alumno de ella. En muchas ocasiones se sintió discriminado; él era, junto a otros seis compañeros, uno de los que no tenían la suerte de conocer con antelación a sus condiscípulos. Por ello, nunca fue invitado a las fiestas que se daban y no pudo trabar amistad con ninguno de ellos, a excepción de estos seis, que lo hicieron camarada y con quienes tuvo una estrecha relación de amistad. Pero lo más doloroso para el joven médico fue que en las ocasiones en que hubo que hacer trabajos en grupo, no sólo nunca fue admitido, sino que se le rechazó cuando pidió formar parte de alguno. Prácticamente todo su período en la facultad lo vivió con la hornada de condiscípulos marginados, sea por apellido, por condición social, por nivel económico, por el barrio en que vivían o por la escuela en la que habían estudiado. Esteban sintió esos años como si estuviera exiliado en su propia tierra; era como ser extranjero en el propio terruño.

¿Habría tenido razón su padre cuando, con desusada firmeza, le había anunciado esto? ¿Es que realmente existían clases sociales, alcurnia, apellidos o dinero que separaban a las personas?

Comenzó su recorrido partiendo desde el mismo piso en el que se hallaba: el octavo, de los doce que tenía el hospital; el hospital más grande de la región, el gran hospital Del Buen Samaritano.

Se acumularon recuerdos, anécdotas, dolores, frustraciones, ambiciones, éxitos, fracasos, risas y lamentos en un piño de sensaciones que lo estremecieron.

Lo que más vino a su corazón, como vivo testimonio de su condición de estudiante de medicina, fueron los enfermos; el hombre, la mujer, los niños y ancianos aquejados por el

dolor o la angustia. Frente a ellos, cualquier otro pensamiento palidecía.

Se miró el delantal de médico, una prenda modesta que - de una u otra manera - contribuía a su identidad y le daba la oportunidad de observar al ser humano, sin limitaciones; un objeto que lo facultaba para descubrir que la vida va cambiando constantemente, pero que existe una línea guía que siempre permanece allí y que incide en el comportamiento, y también tropieza con el curso de una enfermedad. Pero, de igual manera, era capaz de entender que la propia vida del médico se ve implicada en lo que hace y en lo que dice.

Cuando llegó a las dependencias de oncología, lo asaltó el recuerdo del niño con leucemia: el pequeño estaba muy pálido y ojeroso; las mejillas hundidas dejaban que se asomaran los pómulos citrinos y daban a su mirada una melodía de infinita tristeza.

Estaba en cuarto año de la carrera y fue ese niño quien le cambió la vida; hasta ese día, Esteban había considerado que los estudios eran un medio para hacerse de un bagaje de conocimientos, que le servirían para mejorar o aliviar un mal; para cambiar el curso de una enfermedad y volver la vida a su cauce normal. El niño, con una sola frase, le cambió el sentido de su quehacer como médico. Cuando Esteban se acercó a examinarlo, el muchachito le había dicho:

– Cuando no tenga dolor, ven a jugar conmigo.–

El niño murió durante la noche. Cuando Esteban fue a visitarlo al día siguiente para informarse de su estado y ver si podían jugar, el lecho vacío le dejó en el alma una transida pena, un sentimiento de que todo lo hecho para ayudar al niño no había servido de nada; que lo único importante habría sido entregar el mayor de sus esfuerzos para haber aliviado el dolor del pequeño para que pudiera jugar. Le pareció que la medicina, en algún momento, debe tener presente el valor de limitarse en su proceder, y de no insistir en vencer a una enfermedad incurable a expensas de volver precaria la vida de un paciente.

Ese día, después de estar con el muchachito, Esteban había regresado a su lugar en la biblioteca para seguir estudiando otras materias, pero el computador, un universo en la pantalla, una danza de presente, pasado y futuro, le borró de una plumada al pequeño con leucemia, porque cuando cayó en la web, su computador no sólo le mostró los avances en esa enfermedad, sino que también lo llevó a contemplar fotografías, cuadros, mapas, cortometrajes; a leer las últimas noticias, a mirar su casilla de correo electrónico, circunstancias que convirtieron su mente en un atorbellinado desorden en cuya fuerza se perdió aquello que iba a hacer: estudiar las alternativas de analgesia en leucemias. Era más fácil estudiar en un libro; éste era un fiel y respetuoso compañero, que no le daba motivos de distracción de su objetivo central e, incluso, guardaba silencio para que su alma lograra expresión. Pero, el computador, si bien le facilitaba su tarea de buscar respuestas a los problemas, le acariciaba, disminuyendo su concentración, con otras imágenes o contenidos que, de una u otra manera, le impedían acrisolar sus sentimientos. Estudiar en el computador era, para Esteban, aprender estando dentro de un teatro de variedades, o bajo las candilejas de un ruidoso escenario.

El niño de la leucemia; así no se llamaba el muchacho. Esteban no supo nunca su nom-

bre. Una vez que el niño le había hablado para pedirle que jugaran, en vez de sentarse a su lado, nombrarlo con afecto y preguntarle por el dolor, Esteban había salido de la habitación en la que se encontraba para revisar, en el computador de oncología, la historia médica del chiquillo. Mientras observaba el computador, había eludido la sonrisa del enfermo y se había desentendido de su dolor. Recordó, entonces, cómo la medicina va dirigiéndose hacia la invisibilidad del hombre, lo que resulta aterrador. El campo de la medicina se está trasladando desde el cuerpo del hombre a la pantalla de los instrumentos; está haciendo oídos sordos a la palabra del ser humano, para posar los ojos sólo en la pantalla del ordenador o en los datos de los monitores de signos vitales.

Siguió su trayecto para rescatar recuerdos.

Total, hoy había terminado los estudios de medicina; en unas horas más tendría su licencia y título profesional, y se podía dar el lujo de recorrer lentamente el mismo espacio que lo vio caminar muy rápido y con ansiosa mirada, buscando qué hacer frente a un problema grave. Siempre era todo muy deprisa; el apuro en el hospital era la tónica con la que se enfrentaba a la aflicción y al dolor sin que el médico se diera cuenta, en ocasiones, de que la propia medicina era como correr sobre la arena.

Antes de terminar, recordó que su padre, en un principio, no deseaba que él fuera médico. Ahora, en cambio, lo había apoyado resueltamente, lo había estimulado, pero Esteban no desconocía el duro camino que se abría ante él.

El joven egresado de la escuela de medicina salió a la calle. El silencio del hospital, roto de cuando en cuando por las alarmas de los monitores, se perdió en el vientre de la ciudad recorrida por mil ruidos. Una vez afuera, cruzó la calzada y se dio vuelta a contemplar lo que había sido su asentamiento por siete años.

Lo asaltó la nostalgia; hubiera querido llevarse todo a su hogar y haber empezado de nuevo.

Pero ya no era posible; el médico es como un nómada que visita la vida de otros y sigue su camino después de contemplar el paisaje íntimo de una persona, teniendo extremo cuidado de no alterar lo valioso de esas vidas, respetando hasta los mínimos detalles de los jardines de la existencia y sacando, de aquí y de allá, las malezas con las que la enfermedad pretende asolar ese edén.

La escuela de medicina lo había marcado profundamente; debía mirar cuidadosamente para ver el cuerpo y el alma. Con esta enseñanza y con aquella que le habían entregado sus pacientes, se había alzado por sobre consideraciones bastardas de clase, dinero o alcurnia, porque para él, a partir de ahora, el hombre, la mujer y el niño enfermos pertenecían todos a la clase social de la pobreza; y los sanos, a la de los que había que cuidar para que no enfermaran.

Aprendió que la salud es un bien efímero; un don de Dios; una dádiva que no se compra con dinero; un presente que únicamente se cuida con la prudencia y que puede perderse en cualquier momento.

Pero quizá lo que más le dejó huella fue el período en que debió lidiar con la anatomía. Esta era una materia de estudio obligatorio desde el inicio de la carrera.

Cuando Esteban llegó al primer año de medicina, llevaba adentro la imagen idealizada de un buen doctor, honrado, veraz, capacitado para el diagnóstico y poseedor de múltiples formas de tratamientos; un ser dotado de un gran corazón comprensivo y bondadoso, misericordioso y sabio, premunido de grandes orejas para escuchar y sin índice para acusar. Llevaba en el corazón la estampa de un médico sin más tiempo que para los demás, un amigo tierno y confiable; un médico sin horas para su descanso e incansable; capaz de ser versátil en la vida. El joven estudiante de medicina soñaba con ser como un niño con los pequeños y un héroe para los frágiles; una persona sin tacha, un alero sin medida, un hogar cálido para cualquiera que se acercara a pedirle ayuda.

Pero el doctor bueno que el joven trajo a su Escuela, un arquetipo de bondad para quien está enfermo, lo es, para el ser humano vivo, que se queja, que tiene desesperanza, que vive con miedo a la muerte; para un ser humano que tiene el alma llena de flecos con certidumbres, conductas y afectos que lo hacen único. En las clases de anatomía, en cambio, Esteban pudo apreciar que los cadáveres eran todos iguales; las desigualdades que afectan a cada hombre habían sido borradas por la muerte, la que de un sólo guadañazo, había anulado la expresión del rostro, deshecho la seducción de una sonrisa y borrado el acento dulce de la ternura que reverbera en las palabras; había esfumado la luz de la mirada que con su destello envuelve a la humanidad del que tiene al frente y le transmite, sin que se sepa cómo, su aceptación o su rechazo; había desvanecido su comprensión o su crítica; y disipado el amor o el odio que el hombre vivo ha despertado en su interior.

Y lo que era peor: quienes enseñaban anatomía humana se paseaban entre los cadáveres, sin recogimiento, como si no tuvieran devoción por el que yace desnudo y sin vida, sobre las camillas del anfiteatro del departamento de morfología.

Había que acercarse al cadáver con las pinzas y el escalpelo en la mano; en silencio, como ese en que se retiene la respiración para no ser sorprendido. Porque rondan al cadáver su propia alma, el velo de la muerte y el llanto de los que quedaron vivos, esperando, quizá qué. Allí estaban, seis estudiantes de medicina, contemplando un cuerpo, similar al de todos, pero inerme y macilento, con los estragos que la enfermedad causó, a la vista. Un cadáver con los ojos cerrados, como si no quisiera ver lo que vendría: una masacre, donde harían estreno brutal e ignorante las pinzas y el escalpelo del estudiante, que hundirían sus zarpas allí donde antes se alojaron caricias. Los muchachos, indecisos, miraban al ayudante, cuya cara mostraba un rictus de picardía. Sabía – él mismo lo había sentido antes – sabía que sus alumnos estaban temerosos, porque la muerte es un misterio y el hombre todavía es un cavernícola que, a pesar de vestir de fiesta, se inclina servil ante el misterio. Dispuestos en un círculo cerrado, como para ocultar una acción casi punible, miraban ora a su ayudante, ora el cadáver. Alguien pudoroso le había ocultado con un paño blanco, los genitales, como si éstos valieran menos que las manos o no pudieran considerarse igual que los ojos. Curioso.... Adán también se los cubrió; sin embargo, no escondió sus pensamientos que fueron los que sí ofendieron al Creador. Igual que estos muchachos que creen que el cadáver, con sus genitales escondidos, pudiera silenciar la presencia de la muerte. De pie, como se halla el hombre ante lo asombroso, permanecían los futuros galenos; unos

tenían la mirada perdida, lejos, quizás si en la niñez, etapa de la vida donde se desconoce a la parca o se la confunde con una despedida; otros, observaban fijamente el despojo, sin atreverse a preguntar qué es la muerte, sino posando las pupilas en la carne exánime, como si ésta fuera la cortina que ocultara aquello que sucedió tras bambalinas. Unos cuantos, sonriendo levemente, parecían querer orlar el óbito con el halo de luz que despide un rostro que sonríe; pero, no siendo el pabellón de anatomía el lugar para ello, el risueño gesto podría interpretarse como una actitud despectiva, o como el aspaviento de un fanfarrón.

Vino un corte del bisoño bisturí, y otro más; los tendones al aire, desgarrados, mostraban el marfileño color de su estructura fibrosa; y a medida que, junto al ayudante, los estudiantes iban descubriendo y disecando nuevos grupos musculares, iba apareciendo lo que el hombre oculta bajo la piel: los huesos.

Los años de medicina como carrera universitaria dentro del hospital y en los consultorios atestados de enfermos, le dieron al joven y novel médico, sin embargo, otra dimensión de la muerte. Aprendió, cuando tuvo el dolor de ver partir, aprisionados en los remos de la muerte, a sus primeros pacientes, que si una persona tuviera que circular entre los cadáveres de su cónyuge, de sus padres o de sus hijos, lo haría con fervorosa humildad, se apresuraría a cubrir la desnudez de sus restos, arreglaría sus cabellos desordenados y se detendría frente a cada uno para hablarles como si estuvieran aun con vida. Esteban había aprendido que si un auténtico médico tuviera que hacerse presente en el lugar donde reposa el cadáver del que fue su paciente, se acercaría para mirarlo con amor y asombro, con ternura y sensación de derrota; con el deseo ferviente de ser perdonado por no haber logrado evitarle la muerte.

La escuela de medicina, sin desear hacerlo, quiso robarle a Esteban el médico que él traía en el corazón; pero la misma medicina, con sus sombras de dolor, le hizo evidente que nadie osaría profanar el cuerpo de su padre o de su hijo, porque el amor no sólo cubre al hombre vivo, sino también trata de abrazar al que se fue en la silente nave de la parca.

Recordó, Esteban, los juegos macabros en el pabellón de anatomía; pudo rememorar con nitidez cómo, él mismo, a veces jugueteó con un corazón humano, con un cerebro, con una calavera; todavía tenía nítidas las imágenes de algunos de sus condiscípulos bailando un tango con un esqueleto, el cual, siguiendo servilmente los pasos del bailarín, movía su osamenta sostenida groseramente por alambres. En ese baile sensual, sin embargo, el propio esqueleto se burlaba de su compañero de danza: el pobre futuro médico no se daba cuenta de que estaba en la coreografía de su propia muerte.

Se avergonzó de sí mismo y se sobresaltó al recordar al pequeño con leucemia. Caviló, entonces, que un médico no podría profanar el cadáver de su paciente, porque su amor, derramado como ternura en cada una de las fases del tratamiento, sigue vivo frente al occiso; pero ahora no como un amor tierno sino como un amor que interroga. Comprendió el doctor Alberó que el médico, frente a la muerte de su paciente, tiene sentimientos encontrados, en los que se entrelazan la duda, el dolor, la responsabilidad, la sabiduría, los afanes, los conocimientos, el esfuerzo; la verdad y la mentira, la bondad y la maldad, Dios y la nada. En otras palabras, cuando el médico hace frente al deceso de uno de sus pacientes, recorre

no sólo su conciencia, buscando encontrar alguna responsabilidad en ese hecho, sino también recorre su mente investigando los errores que haya podido cometer, generalmente de omisión, y a veces por ignorancia, que hayan contribuido al deceso. Y por cierto, como ser humano, interroga a su propio espíritu en busca de alguna falla afectiva o moral que haya enturbiado su quehacer.

Cada vez que murió uno de sus enfermos durante el período del internado, al flamante doctor le quedó muy claro que no hay ningún tribunal más despiadado e inclemente que la propia conciencia del médico cuando se enfrenta al deceso de su paciente. Ella conforma una corte de justicia en la que acusador, víctima, juez y defensor son la propia percepción del galeno que, con el conocimiento y la reflexión más objetiva, lo llevan a emitir un dictamen en donde siempre, siempre, existe pesar y la sensación de que - tal vez - pudo hacerse más a favor del enfermo. Es en dicha instancia que se hace presente todo lo llevado a cabo sobre este paciente ya muerto: si se lo examinó bien o no; si se solicitaron y evaluaron correctamente todos los exámenes de laboratorio; si cada una de la medicaciones fue adecuadamente usada, y si entre ellas hubo alguna interacción indeseable; si la terapia fue suficiente o excesiva y si este exceso se vinculó con el óbito. También sobrevienen las escenas en las que se tuvo una relación corazón a corazón con el fallecido; si se le dieron palabras de consuelo o no le importó al médico sembrarle la desesperanza; si se le dedicaron actitudes respetuosas, cercanas, tiernas y esperanzadoras o se asumió la impronta de la indiferencia.

No, pensó Esteban Alberó, el cadáver no es para el médico un despojo corpóreo de una vida cualquiera. Es, en cambio, tan digno e importante como los restos del propio hijo, porque el médico, en algún momento de la relación con su paciente, se vuelve un padre capaz de dar a este hijo adoptivo en la enfermedad, todo lo necesario para su recuperación sin esperar nada a cambio: ni una sonrisa, ni un agradecimiento siquiera.

Esteban recordó, también, que cuando terminaba la clase de disección, allí se quedaba el cadáver que le había servido para aprender, tapado con una sábana larga, gruesa y acartonada. Por los extremos, quedaban al descubierto los cabellos canos del anciano, y sus pies apuntando hacia lo alto. A veces, cuando terminaba la clase, se había dado vuelta a darle una mirada de despedida. Sólo a veces, porque, y lo comprendía ahora, el apuro juvenil frente a hechos intrascendentes hacía que ocultara lo sustancial.

Hasta que un día, terminado el curso de anatomía, no vio más el cadáver.

Y no preguntó dónde estaba.

Y no lo buscó para decirle adiós.

Total, era el despojo de una vida mínima.

Cavilaba Esteban, cada vez con más pesar; la vida hospitalaria era un pedagogo riguroso y sabio que va moldeando a sus discípulos en el yunque de la realidad del dolor y de la miseria. Allí no hay vidas mínimas; las vidas mínimas no existen para el médico, porque éste, con su arte, se asoma a la asombrosa condición humana: cada vida es una riada de divinidad que va recorriendo diversos caminos. Unas veces el del éxito y otras, el de la miseria; pero aun aquí, en la vereda de la pobreza, refulge el alma; es Dios el que se inclina a recoger pa-

peles en el caso de un cartonero; es Dios el que hace el aseo de los baños en la persona que hace el servicio doméstico; es Dios el que coge la fruta o la verdura en tiempos de cosecha, en el trabajador agrícola temporero. Allí sí que está Dios, porque Él es humilde; Él no está en la fanfarria del triunfo ni del orgullo. Él está caminando junto y dentro del hombre y de la mujer que se doblan bajo el peso del trabajo de sol a sol, o que se mueven agobiados por el lastre de la cesantía. O en aquellos que sufren el destierro y la marginación. Pero ahora sabía el doctor Alberó, porque lo había experimentado en su propio ser, que si el médico no tiene la anchura de alma que le permita reconocer esto en cada uno de sus pacientes, no podrá ejercer con propiedad su arte, ni logrará alcanzar los medios de una verdadera curación.

No, no existen las vidas mínimas, se dijo.

Recordó que Taylor le había pedido que lo visitara, de modo que decidió que, apenas pudiera, ese mismo día lo iría a ver.

Desde la puerta del hospital, alguien le hizo señas. Era Favio Luengo, el Jefe de Residentes.

Esteban volvió sobre sus pasos y se acercó a saludar a su ex profesor.

Favio Luengo recibió el saludo con grandes muestras de contento; el médico conocía bien a Esteban y vivió de muy cerca el trabajo que éste realizó en su calidad de Interno. Pero, como sucede en la academia, no sólo estaba al tanto de la calidad del joven en cuanto a su quehacer universitario; también estaba muy bien informado de las labores que realizaba Alberó fuera del ámbito de la escuela de medicina.

Después de conversar generalidades, de preguntar cómo estaba y qué haría en el futuro próximo, el doctor Luengo le pidió a Esteban que lo acompañara a su oficina pues tenía algo importante que decirle.

X

El viejo doctor Taylor se había encariñado con Esteban y seguía con verdadero interés la vida del joven estudiante, ahora, médico.

No habían conversado mucho ni se habían visto con frecuencia durante estos siete años que parecían haber pasado como un suspiro.

El doctor Taylor, sin embargo, acudía con perseverancia al hospital a alternar con ex colegas más jóvenes y que trabajaban allí o iba, simplemente, a observar. Se daba cuenta, no sin un grado de preocupación, cómo iba cambiando la medicina. En oportunidades, y tratando de palpar de cerca la realidad, concurría al consultorio externo, a la biblioteca de la escuela de medicina, al pabellón quirúrgico o a las diferentes salas de espera del hospital, para tratar de hallar respuesta a la inquietud que lo invadía como médico: iba cambiando la medicina, pero no lograba saber con certeza si este giro era favorable al paciente, al ser humano, quien era - fuera de toda duda - para quien la medicina tenía su razón de ser.

Porque es ella un modesto oficio que enseña al médico a descubrir lo que la enfermedad escribe en el cuerpo del hombre, lo prepara para estar a la espera de la siguiente página.

Jonás Taylor creía que la enfermedad no sólo ataca al cuerpo o al alma; la enfermedad destroza una biografía. Desde esta dimensión, poco a poco, contemplando reflexivamente los cambios que percibía, iba apreciando cómo esta biografía no sólo era agredida por la patología, sino también por el médico, único ser, en último término, que ha jurado reparar el cuerpo, el alma y, por tanto, la vida y semblanza del hombre, de la mujer y del niño enfermos.

Jonás Taylor percibía cómo el abuso en la aplicación de los maravillosos avances tecnológicos, la sed de lucro, el constante confundir limpieza con elegancia, la falta de modestia,

la escasa cordialidad, el poco sentido de misericordia, la individualidad, iban haciendo yunta con el padecimiento, para abalanzarse sobre el ser humano enfermo.

Una mañana decidió ir a entrevistarse con su antiguo ex alumno, Favio Luengo. Luengo ya había ganado las oposiciones para ser Jefe de Residentes, cargo que le daba poder sobre toda la actividad médica, y responsabilidad en las decisiones que afectaban la salud de las personas.

Favio Luengo conocía cada médico a su cargo, estaba al tanto de la actividad de cada una de las enfermeras, no ignoraba el trabajo que se efectuaba en cada departamento, en cada servicio hospitalario. Para desenvolverse con efectividad, para actuar con el menor riesgo y para cubrir cada área de la salubridad, contaba con un numeroso equipo formado por profesionales entre los que había médicos con gran experiencia, que se mezclaban con otros menos versados, pero competentes, a los cuales enseñaban. Cuando a Jonás Taylor le había correspondido ocupar el mismo puesto que ahora desempeñaba Luengo, existía esta misma estructura de trabajo médico y docente.

Luengo, era de anchos hombros, musculoso, de aspecto atlético; la cabeza proporcionada al cuerpo, estaba enclavada en un cuello más bien corto. La cara, de aspecto bondadoso, tenía forma ovalada, limitada en sus extremos por una frente más bien estrecha y una línea del maxilar más prominente y ancha. Los ojos grandes, negros, apartados y hundidos, aderezaban la mirada con una fuerza especial. Su voz baja y algo campanuda le daba un aire dominante, enérgico y severo. Favio Luengo transmitía seguridad y dureza.

Se anunció el doctor Taylor en la secretaría de la oficina que ocupaba el Jefe de Residentes. Recordó, Jonás, que nada había cambiado aquí desde que él, hace ya unos 10 años, la había dejado al decidir jubilar.

La secretaria de Luengo le pidió al viejo doctor que pasara al estudio: el Jefe lo estaba esperando.

Cuando Taylor entró, el doctor Luengo se levantó de su silla y, adelantándose afablemente, saludó con alegría a su maestro de antaño. Ambos se sonrieron y se acomodaron en sus respectivos lugares: Luengo tras su escritorio y Taylor en una cómoda silla frente al ventanal que quedaba tras el Jefe de Residentes.

—¡Qué grata visita, doctor!—, exclamó Favio, sinceramente emocionado; ¿qué lo trae por aquí a visitar a su antiguo ex alumno? —

Ambos sonrieron cordialmente y, distendido, Taylor expresó:

— He sentido la necesidad de venir a conversar contigo, porque me preocupan los cambios que veo en el ejercicio de la medicina. Tú, desde el alto cargo que tienes, podrás indicarme si estoy equivocado o soy un exagerado septuagenario que cree que todo tiempo pasado fue mejor. Y continuó:

Me he dado el trabajo de venir con frecuencia al hospital, porque algunos pacientes me han confiado que ya no es el mismo de antes. Yo les he dicho que un hospital está en permanente cambio y que si se estanca, retrocede, dado que la medicina está continuamente avanzando en toda la línea de diagnóstico y tratamiento; y que por la misma razón un hospital debe ir acorde a esto. Pero lo que me inquieta es que han manifestado que existe

una atención médica lejana, indiferente y un tanto apática. Es por ello que me decidí venir a conversar contigo para interiorizarme acerca de lo que está aconteciendo o para que me digas si los pacientes tienen o no razón en lo que cuentan.—

— Pero, como usted bien lo sabe querido Profesor, las personas según sus experiencias, generalizan. Son auto-referentes y creen que lo que deben recibir no se les ha dado.—

— Sin embargo, Favio, cada paciente debiera salir del hospital con la sensación de haber sido acogido, bien recibido, escuchado, adecuadamente tratado en su enfermedad, respetado en sus derechos y sintiendo la deferencia y el respeto más altos hacia su persona,— respondió Taylor.

— Y así ha sido siempre, profesor, le expresó con una bondadosa sonrisa. Pero en su interior había comenzado a aflorar lo íntimo de

su pensamiento: Viejo ridículo; dale, dale y dale, con la misma cantinela de hace 40 años. Sigue en lo mismo este viejo cabrón que no sabe nada, que se quedó atrás, que no entiende de lo que en el presente se hace en medicina. Todavía cree que con la emoción y la caridad, el médico puede ocultar su ignorancia; todavía cree que el médico debe ser servil; no se ha dado cuenta de que el doctor es ahora un objeto que se usa o se desecha si no sirve; que se puede denunciar a la justicia, que es empleado de grandes consorcios, que no es dueño de su vida; que el enfermo llega exigiendo derechos que no tiene y que sobrepasan en mucho la propia dignidad del profesional. Este pobre viejo ignora, incluso, que ya no se habla del doctor sino del proveedor sanitario.

—Favio, dijo Taylor con un acento semi burlón; no nos veamos la suerte entre gitanos. Tú sabes muy bien que, desde hace tiempo, los médicos no examinan a sus pacientes. Al enfermo, poco menos que antes de entrar a consultar, el médico le tiende una orden de exámenes. Apenas le pregunta el nombre. Y para colmo de males, si logran paciente y doctor entablar una conversación, éste sólo atina mirar la pantalla de su ordenador. Se podría decir que es tal el avance tecnológico, que el enfermo conversa con el computador y el médico es quien traduce, para la máquina, lo que dice el paciente—.

Favio Luengo se movió en su silla para acomodarse; sentía un poco de ira. ¿Quién era Taylor para expresarse así? ¿Acaso no puede entender este majadero que la medicina tornó a hacerse más exacta, más segura, y que de esta manera ofrece más garantías al paciente? ¿Y de qué sirven las palabras bonitas si, al final de cuentas, si el médico se equivoca, lo van a enjuiciar?

— Profesor, le dijo, lo que sucede es que de alguna manera el profesional necesita protegerse de los yerros y la justicia únicamente se basa en pruebas para comprobar la verdad y las pruebas son los exámenes de laboratorio e imágenes, las biopsias y las autopsias, si es necesario. Usted sabe, Profesor, que si alguien tiene dolor de cabeza es mejor hacerle un scanner para terminar con las dudas de cualquier patología peligrosa, y si un paciente está pálido hay que hacerle un hemograma.—

—Favio, interrumpió Jonás Taylor, la historia clínica todavía tiene un valor incalculable, no sólo porque con ella se llega a diagnósticos muy exactos, sino porque permite establecer

y medir los riesgos que acechan al paciente frente a nuestras decisiones, sean éstas practicarse exámenes o tratarse con drogas. Tú sabes cuánto le cuestan al país las investigaciones de laboratorio; si el médico cumpliera con su obligación y ejerciera a la perfección su labor profesional, habría un ahorro importante de divisas que podrían ocuparse en beneficio de los ciudadanos, en educación, en bienestar.—

— Pero, doctor. Taylor, una buena historia requiere por lo menos de treinta o más minutos para que sea completa; si a eso le agrega el examen físico, la confección de órdenes de exámenes y recetas, y le suma el tiempo utilizado en las palabras para tranquilizar al sujeto enfermo, cada consulta hospitalaria o de consultorio externo no duraría menos de cuarenta y cinco minutos. Ahora, en cambio, en ese mismo lapso de tiempo, se pueden atender tres a cuatro pacientes. Con esto, los tiempos de espera se reducen notablemente, desaparecen los rechazos de consultantes y no hay filas esperando a la puerta del hospital o del centro de salud, a las cuatro de la mañana. —

Mientras decía esto a Taylor, Favio Luengo pensaba: ¿Y para qué mierda le estoy dando tantas explicaciones a este viejo que ya se está muriendo, y que no hizo nada cuando veía las hileras de enfermos esperando, desde la madrugada, para ser atendidos?

— Pero antes, Favio, repuso Taylor, ningún paciente se quejaba de mala actitud profesional; nunca entonces nadie llevó a un médico a los tribunales; y se hacían buenas historias,—

— Sin embargo, en tiempos pasados, doctor, no me negará que el médico era un señor de horca y cuchillo; sus juicios eran definitivos, indiscutibles; muchos errores no pudieron ser comprobados por falta de elementos de juicio y esos errores se enterraron. Por cierto que el médico quedaba libre de toda sospecha, repuso el Jefe de Residentes.—

—Debo decirte algo, Favio: no examinar a un paciente, que es lo que sucede ahora, es no tocar la vida de un hombre, es no escarbar su misterio.—

Jonás Taylor estaba convencido de que no examinar a un paciente es ofenderlo, rechazarlo, considerarlo indigno de ser tocado, porque el cuerpo es el sendero mismo del alma y le enseña al médico el fulgor de la creación. Para el anciano doctor, no examinar es negarse a considerar esta infinita dimensión, es impedir darle alero al paciente que se siente disminuido y temeroso.

Y continuó:

— Porque el examen físico, lo quieras o no, es una oferta de refugio y de amparo al enfermo, es decirle que uno lo acoge con su dolencia, que no lo margina y, además, le indica al paciente que su doctor está interesado en hallar el mal: es por eso que lo busca poniéndole las manos sobre el cuerpo y lo vigila y lo acecha; por eso lo escucha con el estetoscopio.—

— Ya se fue ese tiempo, Profesor; ya se fue.—

— ¿Y qué hacen con los estudiantes?—, preguntó Jonás.

¿Por qué tendría yo que responder a esa grosería?, pensó Luengo, malhumorado. ¿Y desde cuándo te preocupas de los estudiantes?, porque en mi tiempo eras muy engreído, vanidoso, soberbio, diría yo; nunca te sentaste conmigo al lado del enfermo a observar

cómo trabajaba en la historia o cómo realizaba el examen físico. Nunca me acompañaste para cerciorarte que yo estaba aprendiendo bien el oficio.

– Ahora, doctor, los estudiantes no pueden acceder solos a examinar a un enfermo; desde el punto de vista legal sería desastroso y podría costarle una fortuna al hospital o una pena pecuniaria al médico que lo permitiera, contestó Luengo. Lo que se hace actualmente para evitar estos efectos y para no molestar al enfermo, es enseñarle al estudiante por medio de fantasmas, que contienen programas computacionales de historias tipo digitalizadas e ingresados innumerables datos de medicina basada en evidencia.–

A ver si sabes lo que eso, viejo imbécil,– pensó.

–Y no usan el estetoscopio?–, preguntó Taylor.

– Lo que se hace, doctor, es hacerles escuchar un soplo cardíaco, por ejemplo; o los ruidos que suele presentar una condensación pulmonar, por medio de audífonos cuando el estudiante selecciona esta función en su computador.–

– Pero, Favio, exclamó Taylor, tú estudiaste en un paciente real. Para poder oír ese soplo, por ejemplo, tenías que relacionarte primero con el enfermo, pedirle permiso para auscultarlo y, después de haberlo hecho, quedarte a su lado hasta que él se hubiera mostrado conforme con las respuestas a las preguntas que, de seguro, te iba a hacer.–

Favio Luengo guardó silencio.

El doctor Taylor observaba con desazón a su ex alumno.

Después de unos instantes, casi eternos para Luengo, muy suavemente el doctor Taylor rompió el silencio:

–¿Te has preguntado, alguna vez, lo que es el amor?

Recuerda, Favio, cuando me acompañabas a esos pueblitos perdidos entre cerros; te llevaba junto con tus compañeros para que vieras cómo trabaja un médico. Esos pobres enfermos no habían hecho fila desde la madrugada, sino que estaban, por semanas, a la espera de un doctor. No era posible dejar de hacerles una historia; era impensable no examinarlos, porque si ello no se hacía, se quedaban otras tantas semanas sin un diagnóstico, y muchos, si no se los trataba, podían morir. Recuerda que estábamos largas horas en ese trabajo. Nosotros éramos el examen de sangre; nosotros éramos los que teníamos que suplir el electrocardiograma o la radiografía de tórax, porque conseguir estos exámenes era casi utópico. Recuerda que no se nos morían, que no se complicaban. Y me imagino que no te habrás olvidado cómo después, ya entrada la noche, nos esperaban para regalarnos aquello que era producto de sus trabajos: un corderito, huevos, un ave de corral, verduras, frutas y hasta algunas cosas impensables, como una silla que nos regaló una anciana. ¿Qué era eso? ¿No era amor por ellos? ¿O era sólo cumplir con una tarea? Y la actitud de ellos hacia nosotros, ¿no era amor? ¿O era sólo un reconocimiento económico por nuestro trabajo? Ellos sabían que no les hacíamos exámenes de laboratorio, pero tenían meridianamente claro que íbamos a ayudarles con el corazón lleno de solidaridad y entrega. Íbamos con amor.–

– No nos cabía duda alguna que la enfermedad deja al cuerpo lleno de hoyos y al alma colmada de miedo, y que nosotros podíamos reparar eso. Es cierto que no teníamos máquinas que nos ayudaran ni química que nos auxiliara, pero iba con nosotros el cabás, ese fiel compañero que nos acompaña silencioso y que se deja utilizar para convertirse, primero en medio de ayuda al diagnóstico, y después, en vehículo de felicidad. ¿Recuerdas que cada uno de nosotros lo llevaba abarrotado de remedios, jeringas, vendas, y un pequeño set para mini cirugía?–

–¿Y dónde se quedó todo eso; dónde se perdió?–, se preguntó Taylor, mirando inquisitivamente a Luengo.

– El amor, mi querido ex alumno es tener la voluntad de ser para el otro lo que yo quisiera que otros fueran conmigo; no es sentir mariposas en el epigastrio como cuando ves a tu novia, ni sentir esa angustia con melancolía cuando tienes duda de sus sentimientos; el amor es otra cosa, mucho más compleja, delicada, honda y opresora. Porque, aunque a veces no se tenga la emoción que lo acompaña, aunque no se tenga la conciencia de haberse relacionado íntimamente con el otro en el plano afectivo, el amor esclaviza, porque te somete a dejarte comer por el que te pide ayuda. El amor, Favio, es como un niño y se comporta con el otro con plena inocencia y entrega. Todo esto de que hago memoria lo tenían los médicos de antaño; y creo que tú y tus condiscípulos también. Dime, ¿dónde se perdió? ¿O todavía lo tienen los médicos de ahora, pero no se atreven a mostrarlo para no parecer débiles?–

– El amor, doctor Luengo, nos hace esclavos del otro y por ello podemos aparecer como si fuéramos cobardes o inseguros; entonces, con el fin de buscar refugio, y para que el amor que nos llevó a ser médicos no nos encuentre, nos hemos escondido entre las herramientas del laboratorio y nos hemos tapado - al igual que el mendigo lo hace con diarios - con las imágenes radiológicas.

En verdad este viejo sí que está chalado, se dijo Favio. ¿Cómo se le puede ocurrir que con el sólo amor yo cure una enfermedad o que sólo con el sentimiento se pueda tratar un cuadro febril? Y esta cuestión de tener un maletín: ¿ para qué sirve el maletín de médico, el cabás como dice él, si ahora es tanta la farmacopea que no cabría ni en un contenedor gigante; y es tanta la complejidad de las leyes que, incluso, me impiden tratar a alguien agudamente enfermo en su casa, bajo la admonición de haber actuado deontológicamente mal y merecer, por ello, castigo?

– Profesor, replicó el doctor Luengo, no nos estamos ocultando tras la tecnología; el médico no la usa para esquivar responsabilidades; los procedimientos químicos y de imagen que se practican son de ayuda diagnóstica para el paciente, y son una prueba de que el profesional ha actuado diligentemente, ante la ley; es como si fueran un seguro contra mala práctica.–

– ¡Favio, Favio!, exclamó el viejo doctor, la mejor arma de defensa que tiene un médico es haber tratado a su enfermo con un trabajo clínico bien hecho, con verdadero interés, con respeto y cercanía. Estas condiciones serán la mejor defensa en contra de la judicialización.– Y continuó:

– El problema de la medicina y del médico de hoy es otro, querido doctor. Es el de cómo seguir siendo médico al enfrentar al mundo. Estamos en un tiempo especial, en una época todavía algo indefinida. Por un lado, los individuos pugnan por ser reconocidos como tales; han ido cortando las cabezas de los reyes de la actualidad que son los políticos; de los líderes de opinión, de los dignatarios de la Iglesia, de los jefes sindicales, cuando éstos no obedecen sus demandas; los padres obedecen a sus hijos; los hijos obedecen a los computadores. Éstos son el telón en donde se proyecta, a su vez, el universo de internet, expresión de un gobierno caótico, sin sentido, amoral, prostituido, contradictorio, fácilmente manipulable. Un universo estruendoso que te impide pensar, abstraer, reflexionar. Ese mundo, que se mete silenciosamente en el interior de cada persona, lo hace con el individuo en solitario y éste se va vistiendo con el ropaje de las emociones que despiertan frases e imágenes que surgen –una tras otra– sin orden ni estructura. Aparece ora un chiste, ora una tragedia; aparece una foto de la última reunión familiar y después se pasa a ver el pronóstico del tiempo; todo en un mismo plano, como si cada elemento en sí fuera el todo; como si el todo ocultara cada elemento individual. El internet es una suerte de esquizofrenia: cada imagen es una forma de delirio; la persona se sale de internet y se encuentra con la realidad. El único medicamento para poder salir de esta locura es el interruptor que apaga el ordenador.

El médico de la actualidad es parte de esta sociedad individualista y, por ratos, alienada; los nuevos profesionales ya traen en el alma los juegos de la guerra que vivieron en la consola de video – juegos; las persecuciones mortales para el rescate de algún personaje. Dime, Favio, estos médicos, para los cuales los video- juegos banalizaron la muerte, ¿tienen los mismos valores morales que los médicos de antaño? ¿Les alcanza la propia individualidad para tener el valor de darse al otro?–

Pero, maestro, respondió el doctor Luengo, usted está apreciando internet como si se tratara de una catástrofe y es un avance muy productivo. Usted está considerando malignos los video-juegos, cuando, en verdad, son sólo eso, juegos. Esos mismos juegos, doctor, prosiguió Luengo, podrán, en un futuro cercano, mediante la realidad virtual, permitir que yo visite un hospital y allí pueda actuar como médico, enfermera u otro profesional del área y aprender, haciendo, la profesión, usando el mismo criterio de ensayo y error, pero esta vez en seres virtuales. Antes, en su tiempo, profesor, el ensayo y error era impensable, porque conducía a la muerte. En cambio, ahora, el ensayo y error va formando individuos más modestos, más conscientes de sus propias limitaciones. Y es un método respetuoso, porque la persona va aprendiendo, con ensayo y error, en la soledad; y es esta misma soledad la que evita que el estudiante sea pasto de las burlas de los otros, dado que el software le muestra sus errores y limitaciones y cómo superarlas. Le insisto, es así, porque este proceso de aprendizaje se hace en solitario. No es como antes, profesor, cuando los alumnos escondían los errores para no ser ridiculizados por los que formaban el grupo que estaba aprendiendo.

En el internet no hay el bullying que existe en la realidad.

No es que el muchacho crea que la muerte es banal; la muerte en internet es la máscara que usa el triunfo sobre algo. De allí que pienso que no hay que tener miedo de los médicos de ahora.–

Y continuó: Recuerde, además, que éstos manejan muy bien toda la información digital: pueden ver en la pantalla de su teléfono móvil cómo está su paciente en una sala de terapia intensiva, y observar los monitores que controlan sus signos vitales y, desde un cine, por ejemplo - y sin necesidad de acudir al hospital - pueden enviar un mensaje a la enfermera de turno y cambiar el tratamiento. Usted tenía que andar con sus pesados libros por todas partes para poder consultarlos, si le era necesario. Ahora, en cambio, desde mi teléfono, en menos de cincuenta segundos, y escribiendo sólo una palabra, yo puedo acceder a materias en las que, en su tiempo usted habría tenido que gastar horas. Así es que no se asuste, doctor Taylor, la medicina no dejará de serlo.-

-Pero, acordarás conmigo, que la persona del médico se ha ido desvaneciendo,- repuso Taylor, levantándose de su silla.

-Favio Luengo lo contempló; estaba muy viejo, ya, su maestro. Su rostro demacrado, surcado de gruesas arrugas, había perdido la vivaz mirada de antaño; sus ojos azules intensos, alojados en una cavidad orbitaria muy amplia, también estaban opacos; el inexorable paso del tiempo se había encargado de entristecerlos.

El doctor Luengo recordó que hacía no más de diez años que su maestro se había retirado de la profesión. Sabía que ahora, solitario en su casa, pasaba los días leyendo o visitando algunas personas que apreciaba. Por eso, en algunas oportunidades, no se lo encontraba. Su salud era muy buena y aprovechaba de caminar largos trechos que le servían para ahuyentar las penas.

Se sonrió el doctor Luengo al recordar las caminatas del doctor Taylor; en una de ellas había hablado muy largo con este, acerca de un problema que en ese entonces le mortificaba.

En esos días, lejanos, pero no tan lejanos, cuando Favio Luengo ya había alcanzado su meta administrativa como Jefe de Residentes, tuvo que acudir a una entrevista obligatoria para aquéllos que postulaban o volvían a postular al cargo que, finalmente, volvió a ganar.

Fue el día indicado y Taylor lo recibió con vivas muestras de aprecio. El doctor Taylor estimaba mucho a su ex alumno y se sentía orgulloso de él por los logros alcanzados y por tratarse de un médico con altos principios éticos.

Luengo le hizo saber cuánto deseaba este cargo, y le confió a su profesor que temía al futuro, sin embargo, porque las cosas no andaban bien en el hogar. Su mujer se había alejado un poco de la intimidad hogareña, prefiriendo pasar las tardes en casa de sus padres.

-El problema, profesor, es que yo llego muy tarde a casa,-

- Sí, antes me esperaba mi esposa, pero cuando llegaron los hijos yo dejé de ser su prioridad-, contestó a una pregunta de Taylor.

- ¿Y qué sucede ahora?-, inquirió Taylor.

- Es que ya no me dan ganas de llegar temprano cuando puedo hacerlo; en cambio, me voy quedando en el hospital, porque me gusta más que la casa.-

-¿Y no ayudas a los niños en sus tareas; no vas a reuniones del colegio ? -

- Bueno, maestro, llevo trece años de matrimonio y ya no siento por ella lo mismo que antes. -

– No me digas que creíste alguna vez que las mariposas en el epigastrio te iban a durar toda la vida,— exclamó Taylor con un dejo de picardía.

– Pero no me dan ganas de conversar con ella; discutimos por naderías y eso ya me tiene harto. Mis amigos me dicen que ya está bueno de vivir así, que tengo derecho a una vida mejor y que debiera divorciarme.—, respondió Luengo, ahora ya más afectado por la conversación.

Jonás Taylor lo miró con interés; se echó hacia atrás en su amplio sillón y le dijo:

–¿ Y qué vas a hacer cuando el futuro marido o conviviente de tu ex mujer abuse de tu hija? No me vengas a decir que no has cavilado en ello; un alto porcentaje de niños es abusado por sus padres, hermanos, parientes y amigos y no está excluido de este grupo el amante o la pareja de la mujer o del hombre divorciados.—

Se demudó el rostro de Favio Luengo; la afirmación de Taylor era aterradora. Favio, por cierto, ni siquiera había imaginado semejante posibilidad. Reflexionaba sobre aquello cuando, de nuevo, y como un latigazo, volvió la voz de su profesor:

– Y cuando estés en tu casa de segundas nupcias, cuidando a los hijos de tu segunda mujer; o cuando los pasees por la calle: ¿no vas a pensar en que lo mismo podrías estar haciendo, pero con tus propios hijos? ¿ Crees, por ventura, que tu consciencia no te va a demoler con estos pensamientos? Piensa conmigo: te casas de nuevo; tres meses de felicidad con mariposas, un ávido apetito sexual que puedes satisfacer a tu gusto; y después de ello, cuando lo que se llama enamoramiento se vaya difuminando para dar paso a un sentimiento más realista y maduro, sin mariposas; cuando el apetito sexual haya disminuido, cuando los silencios con tu segunda cónyuge sean más largos que tus diálogos: ¿vale todo ello el abandono de tus hijos?—

Y, en un tono cada vez más enérgico, Jonás Taylor continuó:

– Esos amigos que te recomiendan separarte no son verdaderamente amigos. Ciertamente que un amigo es el que busca tu felicidad, pero también es el que te cuida y se atreve a mostrarte, aunque te duela, el camino correcto en la vida, para tu propio bien.—

– Mira, querido Favio: la vida es dura y debe enfrentarse con valentía, magnanimidad y fortaleza. Son estas cualidades las que te permitirán darte cuenta que los hijos, que no te pidieron venir a la tierra y que no tienen la culpa de tus errores, deben de ser tu prioridad. No puedes construir tu felicidad como tú creas, ni menos sobre el dolor de tus hijos: eso se llama cobardía. Así es que, si quieres ser verdaderamente feliz, renuncia a tus sueños, reencanta a tu mujer, y entrega tu vida a ellos: a tu esposa y a tus hijos—.

Mientras veía alejarse a su maestro, el doctor Luengo recordaba lo bien que le había hecho esa conversación, a diferencia de ésta que le transmitía cuán atrasado estaba su maestro respecto a procedimientos metodológicos.

Comenzó a sentir el breve cosquilleo de siempre, con un suave dolor de cabeza y un leve estado nauseoso. Lo ignoró y quiso seguir en la tarea de ese día, pero se sentía desganado.

Recordó, además, que tenía que llevarle dos ampollas de morfina a Iván Smey.

—¡Diablos, exclamó, se me había olvidado la reunión de esta noche.—

Con apresuramiento buscó en su escritorio el talonario que portaba siempre consigo: una libreta rectangular con cheques para estupefacientes. La extrajo con un cierto temblor de manos; alguna transpiración le humedecía el cuello y el tórax, y sentía más náuseas. Resistiendo los síntomas, extendió un cheque a nombre de Iván Smey que valía por 10 ampollas de morfina, para un tratamiento de diez días. De esa cantidad, él se quedaría con tres, como siempre lo hacía cuando dispensaba opiáceos a sus pacientes aquejados por dolor crónico. Para ello, una vez que éstos compraban la droga, él les decía que deberían apartar tres ampollas para usarlas en sueros. Así Favio Luengo tenía siempre una reserva grande de morfina, de modo que apenas su cuerpo comenzaba a pedirla, no tenía más que inyectársela. Lo que lo tenía muy incómodo era la intromisión en su vida de este abogado, al cual tuvo que acudir en su calidad de profesional, desde el día en que acordó con los padres de un niño con glioblastoma multiforme, practicar la eutanasia.

— Nada habría sucedido si no se mete la abuela, pensaba.

Salió de su oficina, se dirigió a la sala de urgencia y pidió un equipo de curación “para un paciente que tenía en el consultorio”. La auxiliar de enfermería se lo entregó, sin llenar la correspondiente orden de compra para la farmacia del hospital. Con frecuencia, el doctor Luengo hacía esto, pero el encargado de la farmacia central, que surtía a toda la clínica con drogas, medicamentos y con el resto de insumos clínicos no le ponía reparos. Sólo bastaba con que el doctor Luengo firmara la orden que indicaba que el fármaco se había ocupado en la sección de dolor crónico, de la cual él era el jefe, para que todo pareciera haber cumplido con el rigor administrativo.

El médico se puso la inyección y guardó la ampolla vacía en un bolsillo de su bata médica; más que tener una seguidilla de síntomas físicos si no se inculaba, usaba la morfina para estar más tranquilo. Luengo vivía a dos bandas: en el hogar tenía que lidiar con el arribismo de su mujer y de su hija, y en el hospital, con los avances en la profesión que lo iban dejando al margen. Ya casi no trataba médicamente a los pacientes; daba órdenes a otros médicos quienes eran los que ejercían todo el arte terapéutico. Como el servicio de urgencias era un lugar de alto recambio de pacientes graves, era muy usado para entrenar a médicos que quisieran especializarse en esa rama médica. Por cierto, estos profesionales llegaban con toda la información de última hora, con conocimientos de los recientes adelantos en esta especialidad y, obviamente, él, en su calidad de jefe del servicio, iba aprendiendo de ellos sin que se sospechara siquiera, de que se volvía cada vez más ignorante. No le era difícil, entonces, ponerse al día y estar bien informado de los avances científicos; bastaba que hiciera preguntas: las respuestas lo iban informando, incluso, quedaba como un gran especialista y docto en su especialidad delante de los médicos en formación.

Pero esta situación le iba atormentando; sabía que no sabía y, por lo tanto, era plenamente consciente de que, en su condición de profesional, era cada vez más peligroso. Esta circunstancia se agudizaba con motivo de las reuniones clínicas, ya que era allí donde el médico queda expuesto al juicio de sus colegas: si hablaba, podría hacerse evidente su

ignorancia o, al menos, su retrasada información; y, si no hablaba, corría el riesgo de ser desplazado de su alto cargo.

No hacía mucho, había ingresado a Urgencias Pelayo Méndez, un niño de doce años afectado por un tumor cerebral maligno, muy comprometido físicamente, presa de intensos dolores de cabeza, irritabilidad, períodos de gran somnolencia y lapsos cortos de intensa angustia que llegaba al pánico. Los padres, René Pelayo y Marina Gracia, muy angustiados, pusieron a este hijo al cuidado del doctor Favio Luengo, médico prestigiado en tratamientos de Urgencia y en cuidados paliativos.

Después de pedir la opinión a los especialistas en oncología neurológica, el doctor Luengo les comunicó el ominoso futuro de su hijo.

El dolor de los padres era tan grande o mayor que el del pobre niño; el sufrimiento ya les había horadado la fe y la esperanza. Lo que la congoja y la aflicción no habían herido en ellos, era el amor y, en las alas de este, pidieron a Favio que terminara con el calvario del pequeño.

El doctor Luengo no había pasado por un trance tan delicado como éste y les expresó que debía reflexionar profundamente sobre el asunto.

– Les ruego me den unas horas para cavilar, para adentrarme en las trascendentes implicancias de esta decisión. El médico no está para dar muerte; el médico es un ser que vive para preservar y estimular la vida–, les dijo.

– Pero tampoco está para aliarse con la enfermedad y ser cómplice en la tortura–, dijo la madre con lágrimas en los ojos.

– Es que el sufrimiento de nuestro hijo es tan terrible, que nos produce daño esta sensación de inutilidad que tenemos; es inhumano verlo dominado por el dolor, y es tan angustiante oír cómo nos pide que tengamos piedad de él y que le demos un alivio, que no vemos otra salida,– dijo René Pelayo Méndez.

– Pero, se atrevió a replicar el médico, ¿cómo podría eliminarse a un hijo con el fin de resolver la angustia de los padres? ¿No les parece que es mejor buscar ayuda médica que los fortalezca para enfrentar esta situación sin tener que proceder contra su hijo? Díganme: ¿No han pensado que la consciencia les va a pesar después y que les será difícil librarse de dicho peso? Estaría por asegurarles que el sentimiento de culpa que los invadirá será tan aterrador que, a poco andar, se convertirán de amantes esposos en encarnizados adversarios el uno del otro, y no se darán tregua en esta lucha hasta poner en evidencia quién sería el verdadero culpable.–

Ambos cónyuges se miraron; Marina Gracia bajó los ojos y sollozó en silencio. El hombre calló por un momento y después volvió a hablar:

–Ayúdenos, doctor; ayúdenos por amor a Dios.–

El médico pensaba: – ¿Quién de ellos será el que lanzó la idea? Y el otro, ¿la aceptó; la discutió, se opuso?–

Quedaron de reunirse en la noche. Entretanto, Luengo hizo inyectar morfina al niño, en el

cráneo, un procedimiento de última línea que es una terapia muy efectiva de dolores intratables.

El tiempo corría veloz.

Favio Luengo necesitaba consejo.

Entonces, llamó urgente a Jonás Taylor.

La reunión fue breve, pero muy profunda. Se consideraron los aspectos médicos de alivio del dolor y se apartó de la enfermedad del niño, el sufrimiento de los padres. Estuvieron de acuerdo en que era el niño quien debía recibir atención ante una enfermedad devastadora, sin posibilidades de recuperación y con un pronóstico mortal en días.

– No, le dijo Jonás al doctor Luengo; la eutanasia es definitivamente criminal, porque ahí, en el corazón, tienes escrito el No Matarás. Por otra parte, dijo el viejo doctor, la terapia con un dispositivo en el cráneo para instilar morfina puede dar muy buenos resultados. Hasta allí puedes llegar. Habla con sus padres y evita la eutanasia. No te lo perdonarás, si lo haces.–

– Pero, ¿qué sentido tiene prolongar la agonía del niño si se la puede acortar; por qué puede significar un proceder delictivo el actuar por piedad?–

– Piedad para quién, preguntó el doctor Taylor: ¿Para los padres desesperados o para el muchacho quien, con la extensión de ese tumor, es probable que- a sus doce años- no tenga perfectas sus capacidades de entendimiento como para permitirle un discernimiento ?–

–Juraste preservar la vida, Favio, prosiguió Jonás Taylor; actúa en consecuencia.–

Esa noche, Favio Luengo se reunió con los padres y después de una muy sincera conversación, estuvieron de acuerdo en que, si el niño no sufría, no iban a insistir.

El doctor Luengo volvió a la pieza donde yacía el niño: estaba plácidamente dormido.

Luengo, más relajado, tal vez contento por el resultado del diálogo con los padres, se sentó al lado del lecho del enfermito. Por azar metió su mano en su bolsillo y halló la ampolla de morfina vacía, la misma que había ocupado en sí mismo hacía pocas horas. La miró con detención y, absolutamente distraído por la tensión vivida, la depositó en el velador del muchachito, junto a las demás ampollas vacías que correspondían a las medicinas recibidas por el niño.

Satisfecho, se retiró.

Marina Luz, la abuela del niño, llegó poco después de que Luengo se hubiese retirado. Se sentó en absoluto silencio al lado de la cama de su nieto. No lloraba; a los setenta y cinco años se acepta más la vida tal como es; se tienen menos fuerzas para gritar contra lo que se considera injusto.

El niño parecía dormir plácidamente. Por fin, después de tantos días de lastimeros quejidos por el intenso dolor de cabeza, Pelayo descansaba. El orificio abierto en el cráneo para colocar allí un reservorio desde el que pasara un goteo de morfina a la vena sagital del cerebro, había dado resultado. Y lo mejor era que se necesitaba apenas la décima parte de una ampolla del opiáceo para conseguir alivio completo del dolor, de ese terrible dolor que lo tenía devastado.

Ella amaba a este niño; él, había re encantado su existencia. Pelayo la acompañó en la soledad de su viudez; con él volvió a salir de compras; rió de los comentarios inocentes del pequeño; lo cargó en brazos muchas veces, y ello la hizo recordar el calor de la ternura; llenó, con la presencia del nieto, muchas horas de soledad.

Lo amaba.

Lo amaba entrañablemente.

La abuela se sentó en una silla muy estrecha, al lado de la cabecera del lecho del muchachito. Le tomó una de sus manos y lo contempló largamente.

Tenía el corazón destrozado la pobre vieja; el corazón y el alma; la pena le oprimía el pecho y la llenaba de angustia.

Las sombras de la tarde traían en sus brazos al reposo.

La pieza donde estaba hospitalizado el niño lentamente se fue cubriendo con la penumbra; y el agobio de la mujer, que había demolido su cuerpo añoso, le cerró los párpados.

Marina Luz, dormida, soltó la mano de su nieto, dobló su cabeza sobre el pecho y se inundó con el sosiego de la modorra.

Mucho rato después fue despertada bruscamente por la llegada de dos enfermeras.

Ninguna la saludó.

Era como si la vieja no existiera.

Una de ellas encendió una lámpara de velador que iluminó suavemente el lugar.

La otra, con movimientos rápidos y precisos, tomó la sábana por un borde y la extendió para cubrir la faz del pequeño Pelayo.

La enfermera que había encendido la luz, mientras tanto, desconectaba los sueros que mantenían hidratado al enfermito. Hizo otro tanto con el reservorio que estaba en el cráneo y puso todos los frascos en un receptáculo de loza cubriéndolos con un paño blanco.

La mujer que hacía esta tarea se detuvo bruscamente y se volvió hacia su compañera:

—¿Cuántas ampollas de morfina recibió el niño?,— le preguntó, extrañada.

—Sólo se ocupó la décima parte de una—, le contestó.

—Pero aquí hay dos ampollas: una vacía y la otra a medias, comentó la primera; ¿estás segura?—

—Por cierto que lo estoy; acabo de poner yo misma la morfina y dejé la ampolla con el resto del líquido sobre el velador.—

—Pero aquí hay dos ampollas,—insistió la otra.

Las dos enfermeras se quedaron mirando sin lograr entender lo que sucedía y, con cierto temor, la que parecía de mayor autoridad administrativa dijo:

—Esto es muy grave; debemos dar cuenta de inmediato a la dirección del hospital y a farmacia.—

Marina Luz entre tanto, se había levantado de la silla donde se había adormilado y, con temor por no haber pedido permiso para hacerlo, descubrió la faz de Pelayo, le hizo cariño en la cabeza y lo besó en la frente, mientras las lágrimas caían sobre el rostro del pequeño.

Las enfermeras, siempre ignorándola, salieron.

Volvió el silencio a la pieza.

Y la vieja abuela se quedó, de pie, al lado de su nieto que ya se había ido en el carro que transporta hacia el infinito.

El niño era travieso; cuando salía junto a su abuela, corría como el viento, pero volvía cuando su abuela lo llamaba.

Marina Luz, ahora, susurraba: Pelayo, Pelayito; pero el muchacho no volvió.

XI

Lucía Victoria terminó de recoger los fierros y cartones que ese día había recolectado junto a su padre. Esmerindo lentamente se había recuperado, pero la limitación de sus fuerzas era evidente; su cara redonda, que terminaba en un mentón aguzado y regordete, definitivamente mostraba los efectos residuales de la parálisis facial producida por la hemorragia cerebral sufrida hacía ya siete u ocho años.

La mujer estaba delgada; sus manos agostadas dejaban ver la estructura ósea; en ellas, la piel se había llenado de pequeñas cicatrices, producto de los cortes que frecuentemente se hacía a causa de vidrios rotos o esquirlas metálicas que prefería recoger ella misma, para que su padre no se hiriera.

El bello rostro de Lucía Victoria permanecía con su expresión plácida, pero sus mejillas se habían sumergido ostensiblemente dejando que el apéndice nasal se destacara con nitidez.

Era su cumpleaños número veinticinco y el acontecimiento la encontró afanando en lo de siempre. Había cumplido con su promesa de terminar con éxito el curso vespertino de Ingeniería en Computación en la misma universidad en que Esteban cursaba su carrera de medicina. Seguiría acompañando a su padre y, en lo posible, trabajaría profesionalmente en casa.

Lucía Victoria se presentaba a cada concurso que llamaban diferentes empresas ofreciendo trabajos bien remunerados; sin embargo, todos eran para desempeñarse fuera de la ciudad en donde vivía con Esmerindo.

Rechazó todos los ofrecimientos que se le hicieron, porque privilegió la vida de su padre.

Desde que Esteban entró a la Escuela de Medicina, Lucía Victoria no se encontró más con él; su ex compañero había decidido repartir sus diarios mucho más temprano, de manera que no era probable que lo hallara cualquier día, como antes, en su camino.

Para poder tener más ingresos, Lucía Victoria había puesto a la entrada de su casita, un aviso: Reparación de PC. Software.

Programación. Aun no había ido nadie a hacerle algún encargo de este tipo, pero confiaba que pronto podría tener algunas tareas en su domicilio.

Por alguna razón recordó al padre Juan. A ella le gustaba la forma de ser del clérigo; por lo demás, éste había sido gran sostén de su padre desde que enviudara e, incluso ella misma, pudo ser criada en sus primeros años por la doméstica del cura, Jacinta, con la cual tenía gran cercanía. Recordaba bien a la Chela que la crió, en la casa del doctor Taylor, cuando era bebé; y a Jacinta, con la cual logró estrechos lazos, porque ésta la protegió desde la infancia hasta la adultez.

Lucía Victoria iba cada sábado con su padre a la misa vespertina del párroco Juan Pedro Oñate. Habitualmente el cura invitaba al cartonero y a su hija para cenar juntos. Las veladas eran preciosas para la joven mujer, no sólo por la comida que siempre le sabía deliciosa, sino porque el cura hablaba de Dios, y eso la cautivaba.

Cuando el padre Juan dialogaba acerca de Jesús, ella podría haber permanecido allí, oyéndolo, por siempre. Le encantaba saber lo pobre que Jesús era, la cercanía que tenía con los desamparados, la inmensa misericordia que mostraba ante las fragilidades del ser humano y su bondad, su incalculable bondad.

Le gustaba saber que era dilecta del Señor, porque recoger fierros, trastos viejos y cartones como apoyo a su padre, la acercaban al ideal cristiano en la obediencia y en el amor.

El padre Juan era en extremo bondadoso con ella, y con su padre, y con muchas personas.

De hecho, ella misma, tres veces por semana, iba a la pequeña parroquia a cocinar para los desamparados. Una treintena de hombres, mujeres y niños hacían fila frente a una entrada lateral de la parroquia mientras, en silencio, esperaban que la maravillosa puerta se abriera. Juan había construido, con maderas regaladas por empresarios del sector maderero, una pieza no muy espaciosa, en la que había puesto dos mesas rectangulares para acomodar 40 personas. Se había esmerado en que el lugar tuviera buena ventilación en verano y fuera cálido en los días de invierno. Los muros, también de madera, tenían cuadros alusivos a la pasión del Señor y, por sobre el dintel de la puerta de entrada, colgaba una cruz desnuda, de metal, que el mismo Esmerindo había hallado entre los trastos viejos y los cachivaches que recogía.

Un día, uno de los pocos días en que Taylor había ido a visitar al cura respondiendo a una invitación de éste, el mismo párroco le contó a Lucía Victoria que habían charlado ambos acerca de esa cruz y le había confiado que el viejo doctor ya no era creyente.

La joven mujer jamás se preguntó qué era ser creyente y nunca se le había ocurrido la idea de ayudar a otros con el objeto de ganarse el cielo; sólo sabía que amaba a Jesús y que por Él, ella haría cualquier cosa. Además, con frecuencia, el padre Juan le había dicho que el cielo no se gana, sino que se regala.

—Hay que pedirlo como si uno fuera un niño, le decía.—

—Por eso, Lucía Victoria cocinaba y repartía los almuerzos tres veces por semana desde hacía varios años. Los pordioseros la conocían y la amaban tanto como a Juan, quien siempre almorzaba con ellos. En ocasiones, esta comida era la única que recibían los indigentes. El resto del día era frecuente que se alimentaran de las sobras que estaban o en el muladar o en las bolsas de basura que los vecinos dejaban a la puerta de sus casas esperando que las retirara el camión municipal.

Una vez que Lucía terminaba de repartir un plato de comida y una marraqueta a cada uno de los abandonados, Juan invitaba a todos a rezar antes de alimentarse. El pobre cura no sabía si rezar el Padre Nuestro o sólo recitar una acción de gracias por los alimentos recibidos.

Juan comía exactamente lo mismo que sus “invitados”, como los llamaba, y ellos, bien compuestos en sus lugares, trataban de conducirse de acuerdo a las reglas de la buena educación. A veces había un extraño silencio y otras, un ambiente cálido y alegre; pero, nunca hubo algarabía.

A los fieles que iban a misa, Juan Pedro les pedía, a manera de limosna, que llevaran alimentos no perecibles. Por cierto, la feligresía llevaba muy poco; la parroquia estaba asentada en una población marginal, a cuyos moradores, muchas veces, les entraban ganas de ir también a esos almuerzos.

En una ocasión en que almorzaba con sus invitados en el comedor parroquial, Juan le comentó que obedeciendo su ministerio sacerdotal visitaba a los enfermos del hospital Del Buen Samaritano. Con entera confianza le relató a la joven que, cuando había visto a su antiguo monaguillo se preguntó: ¿Será Esteban? El cura y la joven se rieron como si fueran cómplices de un mismo sentimiento.

El cura prosiguió relatando con la mayor exactitud posible:

— ¡Tanto tiempo que no te veo, le dije; con ese uniforme de médico me pareces otra persona.—

—Pero, continuó con el relato, me armé de valor y me acerqué al facultativo—.

— Entonces, siguió contándole a la muchacha, le di el buenas tardes, doctor, susurrante y con un tono impregnado de gran respeto. Iba a seguir hablando, pero fui interrumpido por la alegre voz del joven médico:

— ¡Padre Juan, qué gusto verlo por aquí! casi gritó, sinceramente complacido. Y con el rostro inundado de alegría le repitió a Lucía Victoria: —era el mismísimo doctor Esteban Alberó—.

Recordaba muy bien el padre Juan lo que siguió aconteciendo en su encuentro con Esteban:

— Mi muchacho, ¿cómo estás? Hace mucho tiempo que no vas a verme, años que no has ido a la parroquia, creí que te habías olvidado de nosotros,— le había dicho.

Lucía Victoria, presa de gran entusiasmo por el relato, pudo ser testigo de lo sucedido aquella tarde en el hospital, por la forma cómo Juan Pedro le narraba el encuentro:

Sin responder, Esteban me tomó por un brazo, relató el cura, y me invitó a seguirlo a una salita que servía de espera a los pacientes que iban a examinarse con el especialista en

oftalmología, y que sólo venía en las mañanas al hospital. Ambos tomamos asiento en el estrecho lugar, y nos contemplamos con una mirada que envolvía muchos sentires: nostalgia, cierta sensación de no haber correspondido a la amistad entre ambos; aprecio, cariño, recuerdos; una de esas miradas que envuelven sin palabras, y cuyo silencio retumba con miles de emociones en el alma.

– Qué ha sido de ti, Esteban?, – preguntó el padre Juan.

– Tendríamos que estar aquí muchos días para poder contarle todo, padre, – le había contestado Esteban.

– Nunca me hablaste de que querías ser médico; fue una gran sorpresa verte vestido así, le expresé con sincero aprecio; entonces, me puse de pie, extendí mi mano sobre su frente y le hice la señal de la cruz. –

– Se emocionó Esteban, Lucía Victoria, y me dijo lo que vas a escuchar: –Es que llegó un momento, padre, en que ya no me quedó tiempo de ir a verlo; mi papá me dio el trabajo de repartidor de diarios y yo tenía que cumplir con la obligación de ir al colegio. Hasta ese tiempo, yo ni siquiera sospechaba lo que quería hacer de mi vida. Un día, un viejo doctor que vive en el barrio, y al cual le dejo diariamente el periódico, conversó conmigo acerca de la profesión médica. En un comienzo no le hice caso, no lo pensé; yo creo que ni siquiera me interesó. Pero a Esmerindo el cartonero, le vino una hemorragia cerebral hace ya como siete u ocho años y lo atendió el doctor Jonás Taylor, el mismo al que le entrego el periódico. El hecho de ver cómo actuó este médico me decidió y comencé a esforzarme en los estudios para poder ingresar a la escuela de medicina. Yo no sabía que usted venía al hospital como capellán. En las tardes, salvo algunos días que debo hacer turno, no estoy aquí sino en el consultorio externo que está en un lugar muy lejos del hospital; creo que es por ello que no nos hemos encontrado. –

– Esteban había tratado de hacer un apretado resumen de su vida, y hablaba casi sin pausas, continuó el padre Juan narrándole a Lucía Victoria, casi a la letra, lo conversado con el joven médico; pero también le importaba, y mucho, que yo no me fuera a sentir ofendido por su ausencia.

– Me dijo Esteban, que me apreciaba, dijo el cura: que me estimaba muchísimo. Me recordó que me había ayudado como monaguillo muchas veces y reconoció que le di una gran formación cristiana, pero que ahora la tenía abandonada. Lo otro que afirmó que me debía era haber aprendido a valorarse. En realidad, Lucía Victoria, yo le había enseñado que todos los hombres son iguales, porque son hijos de Dios, y que las diferencias surgen como expresión de la falta de amor o de consideración entre las personas. Le había mostrado que si se respetaba a sí mismo respetaría a los demás y que- de este respeto- nacía el deseo de ayudar al otro, o, al menos, la conciencia de no dañarlo. –

–Hasta ahí mi historia, querida niña. Lo que siento mucho es que desde entonces hasta ahora, y han pasado varios meses, Esteban no ha venido y me prometió hacerlo cuando nos despedimos. Después de conversar con él, el doctor Luengo me abordó para pedirme un extraño favor, que no vale la pena que sepas. –

XII

Juan se sentía muy enfermo, febril, y con gran dolor de cabeza.

Acababa de llegar del hospital; apenas había logrado cumplir con visitar a sus enfermos, porque no se sentía bien, y ahora ya ni siquiera tenía fuerzas para decir su misa vespertina.

Se recostó por un rato, creyendo que descansando se espantaría el malestar. Pero no pudo levantarse y pidió a Jacinta que fuera en busca de médico. Jacinta, que sabía de Taylor, a través de lo que había escuchado de Lucía Victoria, no dudó en decidir que él sería el médico que examinara al padre.

La fiel asistente de Juan se allegó a la casa de Jonás Taylor.

Cuando éste salió a abrir la puerta, Jacinta se encontró con un hombre muy alto, cuyo rostro de facciones bien delineadas, de cara ancha y mentón prominente, se adornaba con un par de ojos de un azul intenso y de mirar inquisitivo. Taylor acompañó a pie a la doméstica, llevando consigo su inseparable cabás; la parroquia quedaba a pocas cuerdas de su casa.

Jonás Taylor era poco observante; para ser franco, no era observante. Le cargaban los curas y las monjas, los popes y los rabinos; no tenía ningún sentimiento en lo religioso, no rezaba y, tal vez, no creía en Dios.

Antes había creído.

Antes.

Jacinta lo hizo entrar por el pórtico del templo; era la manera más fácil de entrar a la casa parroquial. Mientras recorría la pequeña nave, cuyas bancas estaban vacías a esa hora, al médico le dio la impresión de que se hallaba en una barraca, en un hangar. Los muros no tenían otro adorno que los cuadros que recordaban el Vía Crucis y, al frente, se destacaba un pequeño altar sobre el que descansaban dos velas y un crucifijo. Tras el altar, al medio del muro, se hallaba un pequeño tabernáculo con puerta de bronce, asistido por una lámpara que exhibía una lucecita roja que parpadeaba. Jacinta y el doctor cruzaron por delante del altar, doblaron después hacia atrás y entraron en la sacristía, lugar que mostraba sólo dos puertas: la que acababan de cruzar para entrar y otra, al fondo, para pasar a la casa parroquial.

La casa del párroco, en verdad, no podía llamarse así; tenía un pequeño recibidor que servía de cocina, comedor y alacena y, a su costado, una pieza que hacía las veces de dormitorio, oficina y sala de reuniones.

El cura no podía vivir en condiciones más miserables, pensó Taylor, mientras entraba al aposento en donde descansaba el párroco, preso de la tos y agitada respiración.

El lecho donde yacía el padre Juan Pedro era muy bajo, casi tocaba el suelo. A su costado, un cajón de frutas vacío cumplía las funciones de velador.

Jacinta acercó una silla y allí tomó asiento el médico, después de saludar con gran cordialidad al cura.

Al cabo de casi una hora de conversación, interrumpida por la tos y el esfuerzo que hacía el cura para expulsar esputos de sangre, el médico ya conocía todo acerca de la enfermedad de su paciente. Una vez terminado el examen físico, Jonás Taylor sabía que al padre Juan lo aquejaba una seria y agresiva neumonía.

—Padre, dijo el médico, tiene una neumonía y debe hospitalizarse hoy mismo, porque necesita tratamiento de apoyo a los antibióticos.—

El cura miró con ojos tristes a Jonás Taylor, mientras éste introducía en su cabás los instrumentos que había usado durante el examen.

—¿Y dónde se hospitalizan los que duermen en la calle, los miserables, doctor? —preguntó Juan Pedro.

—No se hospitalizan, padre; se mueren con el frío de la noche—, respondió Jonás, sin que se afectara su voz. Para Taylor la vida era como era; no había que adornarla con nada; la realidad era siempre dura y no tenía remedio.

—Entonces, doctor, déjeme aquí, al menos no tendré frío.—

—Se hizo profundo silencio en la pieza; el viejo doctor cerró su cabás y miró con sincero pesar al sacerdote. Después de algunos instantes le dijo:

—No sea tonto, padre; hospitalícese.—

—Doctor, yo no quiero tener un trato diferente al que se les da a mis hermanos de la calle; déjeme aquí, por favor.—

El dilema moral al que se enfrentaba el doctor Taylor, no era menor. Sabía que si no se hospitalizaba, el paciente se deshidrataría, le bajaría rápidamente la presión arterial, se alteraría el contenido de minerales en el cuerpo y, a raíz de la menor oxigenación, podrían producirse arritmias y hasta un paro cardíaco. No ignoraba Taylor que

Juan debería hacerse exámenes de sangre y, a lo menos, una radiografía de tórax, para estar seguro de que lo que lo afectaba era realmente una neumonía y no una tuberculosis, una embolia pulmonar o incluso un cáncer pulmonar complicado de infección.

Taylor permaneció callado. Meditaba y buscaba cómo convencer al cura de que su decisión no era razonable y entrañaba mucho peligro para su salud.

—Padre Juan, la neumonía es una enfermedad grave, incluso puede terminar mal.—

—Se terminará donde Jesús lo estime conveniente, contestó el sacerdote, y después de unos instantes prosiguió: la muerte, doctor Taylor es un nacimiento a una nueva vida en la que yo creo fervientemente. No tengo miedo a la muerte, tengo temor al juicio de Dios, a lo que Él me va a decir cuando pueda verlo cara a cara—.

—No es necesario Dios para vivir, ¿por qué habría de serlo para morir?, replicó el doctor Taylor.—

—Las personas necesitan a Dios, doctor; continuamente recurren a Él. Lo que sucede es que el hombre no quiere dejarse amar por Dios; si el hombre supiera lo mucho que Dios lo ama, pasaría sus días en la más grande de las alegrías. Es la soberbia la que al hombre no lo deja ver a Dios, o sentirlo. Recuerde que Él murió por nosotros hace dos mil años; nadie más ha muerto por el hombre, nadie más ha venido a socorrerlo sin cobrarse después.—

—¿Y a los pecadores, a los malos, a los incrédulos, qué nos va a pasar?—

—Nada, doctor, no les va a suceder nada, porque el Señor no vino tanto por los Diez Mandamientos como por la caridad; Él vino a remecer el corazón del hombre y a darle la seguridad de que si ama a su hermano, si lo ayuda, si lo cuida, si lo honra, entrará al cielo.—

—El único cielo, padre Juan, es hacer las cosas bien y andar con la conciencia tranquila. Y a este respecto, creo que usted está procediendo mal con usted mismo al negarse a un tratamiento que, por lo demás, no tiene ninguna dificultad.—

—Se equivoca, doctor, respondió el sacerdote dando a Taylor una especial sonrisa; lo que yo no quiero es ir al hospital, pero lo obedezco a usted en lo del tratamiento.—

—Ir al hospital es parte del tratamiento, padre.—

—Entonces yo quiero suplicarle que me deje aquí, aunque me cueste la vida, porque no deseo recibir ningún tratamiento que sea diferente al que puede acceder un mendigo.—

—El viejo doctor pesó bien los pro y los contras de no llevarlo a una sala de hospital, se aseguró de que Jacinta tendría cuidado en mantener hidratado al paciente y darle sus medicinas y volvió a repasar, detalladamente, los aspectos éticos implicados en esta situación tan delicada. Transcurridos algunos minutos, volvió a abrir su cabás, sacó de él un recetario y comenzó a escribir la receta.

Demoró un largo rato en esta labor tan delicada. Cuando hubo terminado, entregó a Jacinta los papeles escritos de su puño y letra, se despidió de Juan y salió de la pieza sin hacer comentarios. Con suavidad cerró la puerta tras de sí, pero casi de inmediato la abrió de nuevo, y volviéndose a sentar al lado del enfermo, le dijo a este:

—¿Por qué la cruz del fondo del templo no tiene la figura de Jesús?—

Juan lo miró con simpatía.

—Doctor Taylor, le dijo, si viene a la hora de almuerzo, cualquier día, podrá ver alrededor de treinta personas que bajan de la cruz y vienen a almorzar conmigo. La cruz no tiene a Jesús, porque él anda en cada uno de nosotros, en cada uno de los que lo necesitamos.—

El doctor no volvió a preguntar nada más y silenciosamente se alejó.

Mientras caminaba hacia su casa cavilaba seriamente en lo que había dicho el paciente: ¿qué era lo que lo hacía tan firme en no querer otro tratamiento que aquél que se entregaba a los menesterosos?

Él, si, él mismo, se preguntaba: ¿Tenía, yo, dos clases de tratamientos: uno para los que

podían pagar y otro para los que no tenían ni dónde caerse muertos? Él, en su calidad de médico, ¿había procedido así en su vida profesional?

Recordó cuántos no tienen acceso a tratamientos contra el dolor; pensó en los miles que están a la espera de ser operados de alguna patología crónica; pudo imaginar la realidad de muchos que no tienen posibilidades de hacerse ni siquiera el más simple y barato de los exámenes de laboratorio; y revivió las veces, las innumerables veces que algunos, que debían hacerse curaciones diarias, tuvieron que prescindir de ellas, porque en el gran hospital Del Buen Samaritano no tenían cabida.

Juan Pedro, mientras tanto, después de tomar un analgésico, comenzó a abrigarse para salir. Al sentir ruido en la pieza, Jacinta acudió a cerciorarse de lo que sucedía. Cual no fue su sorpresa, cuando vio al sacerdote presto para partir.

—¡Padre!, exclamó la mujer, ¿qué está haciendo?

—Tengo una reunión urgente, Jacinta; creo que es muy necesario que vaya, porque me compete en mi trabajo sacerdotal —, respondió el párroco.

—Pero, padre, dijo la mujer, con gran preocupación; usted tiene neumonía, no puede andar así en la calle; puede pasarle cualquier cosa.—

—Hoy ha sido un día muy intenso para mi, Jacinta; almorcé con los invitados de la parroquia; después fui al hospital a servir en mi calidad de capellán; me encontré con Esteban, ahora el doctor Alberó, con quien sostuve una emocionante conversación y, cuando ya me venía, el doctor Luengo, que es el Jefe médico del hospital, me insistió en acudir a un encuentro con él y con una señora que tiene urgente necesidad de hablar conmigo. No puedo faltar.—

XIII

Amelia Villanegra Lafont se acercó al hospital con mucho miedo; ya le habían anunciado que no iban a tomarla en cuenta:

– Tienes que tener hora para ver al doctor,– le había dicho alguien, pero ella iba muy maltrecha y se sentía realmente mal. Era tanto el dolor que tenía en el pecho, que casi no podía respirar. Presa de un intenso ahogo logró, sin embargo, subir la larga escala que llevaba al segundo piso, donde estaban las consultas médicas. Se acercó al escritorio de la secretaria del sector y con la voz entrecortada por el dolor pidió un médico, cualquier médico que pudiera verla. No bien había terminado, se desplomó violentamente al suelo, inconsciente.

Amelia era la hija del matrimonio de un hombre de negocios que comerciaba abarrotes y de una madre que, siendo hija de una familia de alcohólicos, cayó bajo la esclavitud del licor después de haber perdido a su esposo una mañana de Navidad, hacía ya casi diez y ocho años.

A partir de ello, poco a poco, Herminia Lafont comenzó a beber. Los primeros meses ella misma compraba la bebida y la escanciaba de noche. Su hija Amelia ya tenía 10 años. Era verdad que no la trataba bien, que la golpeaba con frecuencia, pero es que esta niña no me obedece en nada, decía a los pocos parientes que la iban a visitar. En tiempos pasados, cuando el dinero abundaba, sí que muchos iban a saber de ella y Herminia siempre terminaba por entregar aquello que le pedían. Es cierto que la iban a visitar, es efectivo que lo hacían porque la querían mucho; pero también era una verdad manifiesta que, cada vez, algunos de los que la visitaban: hermanos, sobrinos, primos y amigas del colegio, le pedían dinero.

—Te lo devuelvo la próxima semana.

—No te preocupes te lo deposito por transferencia bancaria en 15 días más.

—Estaré de vuelta con el dinero, sin falta, el lunes. Recordaba que eso era lo que le decían, mientras se echaban los billetes en la cartera o en los bolsillos.

Y no volvieron después de esa Navidad aterradora que la sumió en profunda depresión.

Hacía dos días, su esposo había ido a la ciudad cercana en el tren nocturno para volver la misma Nochebuena. El hombre había vendido lo que habitualmente negociaba y venía cargado de dinero, y de felicidad, a pasar la navidad con Amelia y con su mujer, Herminia. Una estación antes de llegar a destino, el tren se detuvo para tomar más pasajeros, en una estación elegante y bien surtida con escaparates adornados con llamativos motivos navideños. El tren se detendría veinticinco minutos y Alberto Villanegra quiso aprovechar de comprar un presente para su amada hija.

No entendía la animadversión que su esposa tenía contra esta hija que él amaba por sobre todo, y por esa misma razón, él la mimaba continuamente, lo que despertaba grandes celos en su mujer. Más de una vez ella le había dicho que lo acusaría por abuso de menores. Alberto nunca se hizo eco de esas falsas e injustas recriminaciones, apacible conducta que su esposa interpretaba como señal de que verdaderamente abusaba de su hija. Si no lo hiciera, se pondría furioso conmigo, pensaba Herminia.

El padre, en cambio, prefería no entrar en discusiones. Creía que estas brotaban expresiones hirientes que desenterraban, a su vez, distintas palabras, algunas sarcásticas y otras humillantes, que terminaban por hacer fracasar las relaciones. Prefería guardar silencio.

Deprisa buscó una tienda para no perder el convoy y entró a la que más le llamó la atención.

—¿Qué edad tiene la niña, señor?,— le había preguntado la dependiente.

—Señor, yo creo que es una niña muy pequeña, para que le haga este regalo,— le había respondido la mujer cuando Alberto le contestó que su niña tenía 10 años.

—Se lo pondrá cuando tenga quince, así es que me lo llevo, manifestó Alberto. Y, por favor, póngale en la cajita el nombre de ella.—

—Sí, Amelia; se llama Amelia.—

Volvió al andén; el tren ya había comenzado a moverse. Con desesperación, y con la angustia de imaginar que iba a perderse la Nochebuena en su hogar, sólo atinó a correr lo más rápido posible tras el convoy. Y lo alcanzó, a duras penas: difícilmente podía respirar, Tambaleándose a causa de la fatiga logró llegar hasta su asiento en un camarote individual y mientras descansaba, se le vino el sueño encima y no despertó más.

Cuando Herminia revisó las ropas del cadáver de su esposo no halló el dinero, pero sí encontró los regalos que traía Alberto, entre los que estaba una cajita que decía Amelia.

Herminia prefirió esconderla.

Meses después, Herminia se dio a la bebida y desde entonces Amelia comenzó a notar un cambio de conducta en su madre: despertaba cada día más tarde, su rostro se veía abotagado, los párpados se notaban edematosos y los ojos enrojecidos. Y la trataba cada

vez peor; pero ahora, sin miramientos, porque la golpeaba con lo que tuviera a mano; una vez, incluso, la acorraló amenazándola con un largo cuchillo. Casi a diario la obligaba, bajo amenaza de suicidarse, a comprarle licor.

Llegó a tal grado la dependencia al alcohol de la pobre mujer –que una vez que comenzaba a beber no podía detenerse – que en numerosas oportunidades, Amelia debió ir en busca de ella a la cantina cercana en la cual la hallaba durmiendo en el suelo, desgredada, harapienta, sucia y vomitada.

Al cumplirse casi cuatro años de la muerte de su padre, en la casa materna no había qué comer. Todo lo que recibía Herminia por concepto de intereses y montepío, iba a parar al fondo de una botella de alcohol.

Uno de los empleados de la cantina se ofrecía gustoso para ayudar a la joven Amelia. Esta, ya frizando los diez y seis, presentaba un cuerpo bien moldeado que hacía despertar el deseo de los hombres que la miraban. El empleado de la cantina era uno de los hijos del cantinero que, a su vez, era empleado de Favio Luengo, el médico del hospital Del Buen Pastor. Este hijo del tabernero le pidió a su padre que hablara con su patrón, para que le diera trabajo a la pobre Amelia.

Nada tenía de dobles intenciones el muchacho; sólo quería ayudar a la niña, porque había visto lo denigrante y cruel de su condición. Había observado, además, cómo la mujercita iba enflaqueciendo y palideciendo y, por ello, temía que fuera a enfermarse.

Una de las tardes en que Amelia tuvo que ir a socorrer a su madre, Julio Javier, el hijo del tabernero, le habló a la muchacha.

–No puedes seguir así, le dijo; te vas a enfermar. Me gustaría poder ayudarte de otra forma, pero no puedo. Estoy estudiando todavía, y no tengo medios para socorrerte más efectivamente.–

Como frecuentemente ocurría, Julio Javier y Amelia llevaron, casi a rastras, a Herminia a su hogar.

El muchacho observó la casa en que vivían Herminia y Amelia: vio los grandes cambios que había y que mostraban, como si hubiera ocurrido un terrible vendaval, suciedad, desorden, deterioro y pobreza extrema. Donde antes se lucían costosos adornos, sólo quedaba polvo; en los lugares en los que descansaban muebles de gran finura, había vacío. Todo había sido engullido por la enfermedad de Herminia que la había convertido en una piltrafa raquítica y abatida.

–Tu madre necesita atención médica–, le dijo, una vez que la hubieron dejado en su pobre y desvencijado lecho. En el hospital hay programas de rehabilitación; debes recurrir allí lo más pronto posible–.

–No tengo cómo pagar un hospital–, respondió con tristeza, Amelia.

–Mi padre trabaja para el doctor Favio Luengo, Jefe de Residentes del hospital Del Buen Samaritano. El puede ayudarte. Anda a verlo a nombre de mi padre –.

–Se llama Julio Javier Nero, igual que yo. El doctor lo estima mucho y te ayudará.–

Al día siguiente, Amelia se hizo de valor y habló con su madre sin adornar el lenguaje, expresándole claramente lo que debía hacer con su enfermedad.

Herminia, en el paroxismo de la ira, golpeó de tal manera a su hija, que esta, llena de pavor y mal herida, huyó del lugar, y no se le ocurrió otra cosa que acudir al hospital.

Amelia, después de caer inconsciente, fue llevada al servicio de urgencia, donde estuvo en coma durante una semana.

Cuando despertó, le dijeron que había sufrido una fractura costal que le rompió un pulmón y que un traumatismo craneano le había producido un hematoma cerebral, que debió vaciarse quirúrgicamente.

—Tu madre está aquí, le dijo el médico; quiere verte.—

Amelia, muy a su pesar, permitió la visita de Herminia quien, hecha un mar de lágrimas, le pidió perdón.

Amelia miraba a su madre con rencor; sentía cómo el llanto pugnaba por estallar, pero se contuvo. Y no le habló. No dijo palabra alguna. Herminia se retiró del lugar entre avergonzada y dolida, humillada y apesadumbrada.

Se acercaba ya el día del alta de la joven. Una mañana ésta se encontraba sentada al lado de la ventana de su habitación mirando a la lejanía. No sabía qué hacer cuando saliera del hospital; estaba segura, por otra parte, que no volvería al lado de su madre. Comprendía muy bien que sabiendo apenas leer y escribir, no tenía la preparación que le permitiera ejercer algún trabajo. Su madre nunca quiso enviarla al colegio, como castigo por ser la concubina de su padre, como se lo dijo mil veces durante sus borracheras.

Estaba hundida en estos pensamientos, cuando oyó que llamaban a la puerta.

Una voz preguntó: —¿ Puedo entrar?—

Era Julio Javier, el hijo del tabernero. Ambos jóvenes iniciaron una larga conversación. Julio Javier se esforzó por convencer a Amelia que volviera a su hogar, sin obtener resultados.

En medio de la charla entró el doctor Favio Luengo quien, con alegre ademán, saludó a ambos jóvenes y se dirigió a Amelia:

— Querida señorita, le dijo, me alegra mucho cómo está; los últimos exámenes resultaron muy bien, de manera que mañana podría irse a casa—.

Amelia guardó respetuoso silencio, pero éste fue interrumpido por el joven quien le expresó:

—Doctor, ella no tiene adónde ir; necesita trabajar y tener un lugar donde pueda habitar—.

Favio conocía al muchacho; lo había visto cuando iba a la cantina por razones del pago de sueldo al cantinero. No tuvo problema en explicarle que había conversado con su padre, quien le hizo saber la condición de Amelia, y que él estaba en condiciones de ofrecer a la joven un trabajo puertas adentro en su hogar.

—Conversé con mi esposa y está encantada de tener una persona que ayude a nuestra doméstica, dijo con afabilidad. Esto, siempre y cuando, la niña tenga el permiso de su madre, porque aun es menor de edad.—

Para Amelia, todo ocurrió muy rápido, y como en las novelas, pocas horas después se vio instalada en la gran mansión que el médico tenía en un elegante barrio de la ciudad.

La joven Amelia comenzó su trabajo con real empeño; servía la comida, lavaba la ropa y la vajilla, atendía a la hija del doctor, que tenía catorce años, y hacía el aseo de la casa. Terminaba rendida.

Sin embargo, el trato de la esposa de Luengo, Isidora, hacia Amelia era francamente humillante. En numerosas oportunidades le hizo saber a la niña que era doméstica, que no podía comer de lo que comían los dueños de casa, que siempre debía vestir con su uniforme, que el trato a su hija debía ser de señorita Valeria y que ella, en su calidad de doméstica, sólo podía comer de lo que sobrara o hacerse un pequeño refrigerio. Por cierto, jamás podría alternar con ningún invitado que llegara a casa.

—Eres la empleada, no vengas a darte aires de pertenecer a la familia,—le decía con frecuencia irritante.

Amelia se sentía muy mortificada y degradada; sabiendo que no mucho antes había vivido un estado de riqueza material que le permitía sentir que tenía todo lo que deseaba, la joven doméstica sufría aun más, sin tener muy claro si su congoja se debía a lo que había dejado de tener o a la situación que estaba viviendo.

Pasó un largo tiempo en esa casa.

Apenas veía al Dr. Luengo quien, por lo demás, apenas la saludaba. Desde que fue dada de alta del hospital, jamás el doctor le preguntó por su estado de salud.

Una tarde, tocaron el timbre y Amelia salió al recibidor. Abrió la puerta y se encontró con Julio Javier quien venía a dejar a Luengo una mercadería que enviaba su padre, el cantinero, a su patrón.

Conversaron muy brevemente y el joven le preguntó si podían salir juntos alguna tarde: —un paseo, una taza de té. No te asustes, conversaremos,— le había dicho.

Días después Amelia y Julio Javier se encontraron y pasearon felices y decidieron ir a un salón de te cercano al domicilio del patrón de Amelia.

Así supo que Julio Javier había hecho un curso de primeros auxilios y que - después de rendir exámenes complicados para él - lo habían aceptado como enfermero en el Hospital donde Luengo trabajaba. Amelia demostró mucho interés en la conversación y no dejaba de hacer preguntas acerca de cómo se desarrollaba el trabajo de su amigo.

Las horas fueron pasando y la joven debía volver a su trabajo, de modo que Julio Javier la acompañó hasta las cercanías de la casa de Luengo. Al despedirse, Amelia, no sabiendo cómo agradecer a su amigo, le dio un beso en la mejilla y, casi corriendo, cubrió los pocos metros que le faltaban para llegar.

Iba contento Julio Javier; quería a la muchacha, se sentía bien en su compañía y deseaba volver a verla.

XIV

Cuando Segundo y Esteban terminaron de conversar, el muchacho cumplió con lo que su padre le había solicitado y sostuvo una larga charla con su madre. Ella se sentía dichosa de la decisión de este hijo al cual tanto amaba. Por él había tolerado una unión matrimonial que, a poco andar, se había tornado en una pesadilla. De su familia no volvió a saber jamás; sabiendo cuánto había herido a su padre con su huida, prefirió no volver al seno de los suyos. Enterró todos sus recuerdos y se entregó por completo a ayudar a este esposo suyo que reiteradamente la ofendía por venir de una clase superior. Esmeralda jamás había considerado que el dinero o un apellido con más consonantes que vocales fueran atributos que avalaran una actitud discriminadora u otorgaran más derechos que a otros. Logró poner un kiosco y obtuvo el permiso para trabajar vendiendo periódicos. Además, se las arregló para conseguir mercaderías varias que pudiera expender en un modesto local. Y así comenzó su vida presente.

Esmeralda era muy hermosa; de talla mediana, porte elegante y cuerpo esbelto de formas llamativas, tenía un rostro ovalado que terminaba en un fino mentón. La nariz, estrecha, fina, con orificios nasales casi escondidos, se alzaba coqueta hasta insinuarse levemente entre los ojos, los que tenían un mirar fuerte, pero inquieto. Su carácter era muy inestable; amiga del orden y de la limpieza, no toleraba ni una sola falta al respecto: limpieza y orden, orden y limpieza. Para ella eran signos de distinción. Podría perdonar cualquier cosa, una mala palabra, un gesto poco amigable, un vestido viejo y ajado, pero no podía aceptar que se alteraran el orden y la limpieza.

Era irritable; amiga de pocas palabras, no soportaba repetir una orden, ni un consejo; lo dicho, dicho está, decía, cuando alguien le pedía reiterar lo que había expresado; esto le parecía una falta de atención hacia ella. Criada por un padre muy obsequioso y complaciente, propendía a ser siempre el centro de todo.

Segundo, su esposo, una vez nacido Esteban, se puso de lleno a demostrar a su mujer que desde su humilde origen podía ascender a los lugares más altos, pero casi siempre parecía estar viviendo un contrapunto. Si su mujer amaba la elegancia, a él, eso le parecía cursilería y arrogancia; Esmeralda se complacía en lo que parecía ser original; en cambio, Segundo, era más amigo de lo normal, de lo corriente. Esmeralda podía estar mucho rato admirando un cuadro, y hablar o sacar conclusiones de lo expresado por el artista. Ioī900998o Segundo sólo veía en la tela, lo concreto. Esmeralda leía autores famosos, sabía matemáticas y física, tenía buenos fundamentos en filosofía; Segundo, definitivamente, no entendía ni una brizna de estas materias.

El paso por el colegio significó un sufrimiento grande para Segundo: sus compañeros nunca le perdonaron que fuera preferido por las mujeres. Tenía suerte con ellas; le escribían cartas de amor, le regalaban lápices, cuadernos con estampados, linternas, insignias; él sólo se dejaba querer. Entre sus admiradoras hacía estragos. Hasta que descolló Esmeralda quien, con la decisión que siempre la caracterizó, se arrancó con él, lejos de su padre que la adoraba.

Segundo comenzó a sentir desasosiego en su matrimonio; algunas veces le hicieron saber que Esmeralda era la personificación de la gente que marginaba, que era como un patrón, y que ello lo hacía quedar mal a él en su calidad de esposo, porque ella no comulgaba con sus ideas de progreso, justicia, igualdad.

Para Esmeralda el progreso se lograba trabajando duro; la justicia era la obtención proporcional a lo sacrificado por obtenerlo, y la igualdad era un asunto que no la enredaba, porque no creía que los seres humanos fueran iguales. Tenía el convencimiento que se confundía igualdad con equidad; ella no era igual a la esposa de alguien con alcurnia ni a una de las mujeres que deambulan por barrios rojos; pero, por cierto, ella lucharía porque todos tuvieran, desde la infancia, las mismas posibilidades.

Para ella, la democracia sólo tenía una cuna: la educación.

Por lo mismo fue dura con Esteban en la exigencia escolar, en el cumplimiento de sus deberes, en el desarrollo de sus aptitudes. Para ella, todo debía ser adquirido por méritos propios; para Segundo, en cambio, se podía usurpar todo por medio de las armas cuando había injusticia.

Estas mismas razones motivaron a Esmeralda a mantenerse sin chistar ante la obligación impuesta por su esposo, de que su hijo siguiera repartiendo diarios hasta que completara al menos tres años de estudios médicos; pensaba, y se lo dijo claramente, que así no se olvidaría de sus orígenes humildes. Si el hijo tenía siempre presente de dónde provenía, todo aquello que la vida le diera de poder, dinero o fama, lo consideraría superfluo, porque lo único importante era ayudar con modestia; de otra manera, el dinero, la fama y el poder, lo deslumbrarían primero, lo enceguecerían después, y la soberbia lo invadiría hasta los tuétanos, llevándolo al fracaso y al error.

Los diarios repartidos de madrugada, las asignaturas de los primeros años de la carrera, el fuerte ritmo de estudio para obtener altas calificaciones, le impusieron a Esteban un

ritmo demoledor; casi no veía a sus padres; cenaba mucho más tarde que ellos, se levantaba de madrugada y salía para correr durante el día una maratón agotadora.

Cuando ya ingresó de lleno a los estudios clínicos, en los cuales debía alternar con pacientes y vivir la experiencia de la actividad hospitalaria, por primera vez se encontró con su padre en los pasillos del hospital. Estaba el joven de pie revisando con gran interés una ficha clínica; lo hacía algo inclinado sobre el escritorio que bordeaba el estrecho pasillo que daba acceso a las salas de hospitalización. De pronto, lo sacó de su ensimismamiento un respetuoso, “permiso, doctor”. La voz la reconoció de inmediato; se dio vuelta y casi rozándole, estaba su padre que empujaba una camilla sobre la que iba un enfermo grave. – ¡Papá!, exclamó Esteban; y de inmediato, sin decir más, lo abrazó. Cuando se apartaron, Segundo extendió su brazo y con la mano tocó con suavidad el hombro de su hijo diciendo: – Te quiero, hijo –, y volvió a empujar su camilla. Esteban, invadido de un intenso sentimiento de ternura le dijo: – Yo también, papá.–

Segundo siguió empujando la camilla llevando en su pecho el orgullo de ver a su niño convertido en doctor. Le faltaba todo el año, el último, pensaba, pero ya no tenía vuelta atrás; su hijo sería médico salvo que enfermara o cometiera una estupidez.

Pero una tristeza se apoderó de Esteban: no le gustaba ver a su padre en labores modestas. Se acordó de la ocasión en que éste le advirtió que se avergonzaría de él, porque la medicina convertía a sus cultores débiles, en soberbios y vanidosos. Su madre, en cambio, si bien no se había hecho eco de las prevenciones de su esposo acerca de este hijo de ambos, prefirió ir directo al grano y lo estimuló a mantenerse trabajando en labores humildes, para que no perdiera ni la sencillez ni el corazón dispuesto para otros.

Esteban tenía por su padre una secreta y grande admiración. Aun siendo él un rebelde y participar políticamente a favor de las ideas de izquierda, le había recomendado que no se involucrara en política de la manera como se hacía ahora.

Su padre y Jonás Taylor parecían pensar igual al respecto. De hecho, el viejo doctor Taylor le había reafirmado que el arma más importante de la política es promover la banalidad de las personas. Más tarde le había dicho que las gentes van aceptando que una persona, un grupo racial o un pueblo entero pueden ser banales y, por lo tanto, podrían no tener derecho a existir. Cada vez que un político denuesta a alguien a causa de sus ideas, se asemeja a aquel personaje de la historia que asesinó a millones de personas por el sólo hecho de ser judíos. Le tomó alrededor de seis años la tarea de hacerlos banales, de quitarles su dignidad. Después, por cierto que era posible eliminarlos, porque carecían del valor humano que tenían otros pueblos u otras razas. Un médico, jamás puede hacer algo así, hijo; por ser conocedor profundo del hombre está obligado a reconocerle en toda la dimensión de su dignidad.

A propósito de los judíos, recordó Esteban que Taylor le había hablado muy especialmente de ellos, cuando conversaron acerca de la cultura que un médico debía poseer. En esa oportunidad le había expresado que el pueblo judío tenía grandes pensadores, filósofos, artistas, científicos, músicos, literatos, y que él creía que ese hecho extraordinario se debía a que los judíos eran el pueblo elegido de Dios. Como este pueblo era amante del Señor, casi

desapareció por obedecer los mandatos divinos; casi fue exterminado por el sólo hecho de vivir como pensaba, le había dicho el viejo doctor.

En el curso de psiquiatría, una rama de la medicina que recién se comenzaba a enseñar cuando Esteban ingresó a la escuela universitaria, uno de los profesores, comentando el psicoanálisis, hizo una dura crítica a la persona de Sigmund Freud, y de otros científicos judíos. Siendo recién los años sesenta, todavía estaba fresco el recuerdo de tantas atrocidades, y aun en el mundo existía

el antisemitismo. Esteban Alberó, a quien Taylor le había inculcado lo trascendente de la dignidad del hombre, quedó muy inquieto con las apreciaciones de este profesor que lanzó diatribas contra Freud. Entonces, decidió ir a conversar con Taylor, porque necesitaba clarividencia. Él, en su calidad de médico, no podía permitirse alojar ni una pizca de ofensa o de menosprecio sobre cualquier ser humano.

Una tarde le planteó a Taylor nuevamente, la cuestión del horrendo, cruel, e inclemente sufrimiento al que los judíos fueron sometidos en los tiempos previos y durante la Segunda Guerra Mundial. Jonás Taylor lo había mirado con especial interés porque a él, en su calidad de ser humano sensible al dolor, no le había pasado desapercibido que tenía que haber alguna explicación para un hecho de tan increíbles dimensiones, no sólo en lo racial, sino en lo religioso.

– Los judíos fueron, al comienzo, un pueblo nómade pequeñito, Esteban; por lo mismo, fueron permanentemente perseguidos por otros pueblos y, al ver su sufrimiento e indefensión, Dios los hizo su pueblo. Los sacó de la esclavitud en la que estaban sumidos y los alimentó hasta que pudieron valerse por sí mismos al asentarse en el territorio que el propio Dios les asignó. Este pueblo, Esteban, amaba al Señor y obedecía sus mandatos. Entre estos preceptos destacaba, nítido y resplandeciente, el Decálogo y la exigencia de no resistir al mal, sino amar a los enemigos; rezar por ellos. Yo creo que así lo hicieron, hijo: nunca protestaron por la maledicencia de que fueron víctimas en la primera mitad del siglo XX. Como eran observantes de las leyes de Dios, se las enseñaron a su descendencia y así hacia delante. Todos los que sufrieron la persecución no resistieron al mal ni la injusticia con la que fueron tratados; y no la resistieron en sus casas, en la calle, en los lugares de trabajo, en los ghettos en los que los encerraron, ni en las cárceles ni en los campos de concentración en los que los apresaron. Por ello es que los llevaron al matadero, por amor a las leyes de Dios. Los judíos, sabedores de su grandeza de pueblo escogido, eran conscientes de su propia dignidad y de que ésta no era privativa de ellos, sino de todos los hombres; y, por ser éstos, algunos de ellos, sus verdugos, poseedores de la misma dignidad, no reclamaron nada para sí.

Y no se opusieron, no se rebelaron ni resistieron al verdugo.

Y casi los exterminaron.

La lección es una, querido hijo mío: vivir como se piensa; todo lo demás es traicionarse a sí mismo y ser esclavo de otros. Y si el médico no se hace cautivo de esto, no podrá tener la libertad de espíritu para ejercer su oficio. Aquí está el núcleo del poder que se tiene para

cumplir el deber: el deber ser para otros. Por este deber, el médico es para todos, como ya te lo expliqué. Ese ser para todos implica respetar a todo evento, a cada persona, porque si no tienes ese respeto, no podrás ser verdadero doctor: serás para algunos, no para todos.

Esteban guardaba esto como un tesoro en su corazón y no le era desconocido que su padre, a pesar de la ignorancia académica que tenía, poseía un razonamiento humano, meditación que, en el caso de Taylor, estaba, además, engarzada en la vasta cultura que permite a quien la posee, tener equilibrio y ponderación en la vida. La misma sobriedad que su padre acababa de demostrarle cuando, sin sonrojo, empujó la camilla donde iba un desvalido. Porque es aquí en donde se dimensiona al hombre: en el servicio.

XV

El párroco, bien arropado, salió de su casita.

Cuando el padre Juan Pedro llegó, en punto de las diez, la puerta de la dirección a la que iba estaba entreabierta. La empujó con suavidad y asomó la cabeza, para cerciorarse de si había, allí, alguien. Iba a llamar, cuando se le acercó muy erguida, la madre de Iván, Rita Preuz, acompañada por su hijo y Favio Luengo.

El cura extendió la mano en señal de saludo, pero ninguno de los tres hizo amago alguno por estrechársela; al contrario, la actitud del grupo fue absolutamente hostil.

Favio Luengo, con mucha seriedad invitó a los presentes a sentarse en sillones dispuestos en círculo, en un salón oval en el que había costosos cuadros en las paredes, y que se iluminaba con una preciosa lámpara colgante, cuyas lágrimas daban fulgores de diversas tonalidades. La pieza, totalmente alfombrada, tenía, además, una gran mesa de centro en la que había dos jarrones de porcelana y -en medio - un candelabro dorado.

El grupo se acomodó y de inmediato Iván Smey rompió los fuegos:

-Padre Juan, me imagino que no se habrá olvidado de mi; no habrá echado al olvido a su ex monaguillo, que quiso ser sacerdote y usted se lo impidió.-

-Lo único que yo hice, respondió Juan, fue certificar al Obispo que te conocía, que habías tenido una conducta reproable en el templo, y costumbres que no se encuadraban dentro de lo que se espera en un hombre de Dios. En dicha certificación no expuse ninguna materia que te incriminara o acusara; sólo estampé, en la carta, mi parecer.-

Mientras Juan hablaba, una mujer muy joven, vestida sólo en ropa interior llena de lentejuelas, atravesó la sala y se ubicó tras el sillón donde estaba el párroco. El cura quiso ponerse de pie, pero fue detenido por el fogonazo de varios flashes fotográficos.

—Usted ha dañado para siempre a mi hijo, padre; él tenía vocación. Su conducta es imperdonable, porque tronchó una vida que se iba a poner al servicio de la Iglesia, expresó casi a gritos, Rita.—

—La Iglesia es misericordiosa, señora, replicó el sacerdote, y si su hijo se acerca al Obispo y le da a conocer sus deseos, es posible que las cosas cambien.—

—No, padre; no hay salida para mi. Ahora soy abogado de causas criminales y, por cierto, no es allí donde Dios se mueve. Ya no estoy con su Dios; él tampoco me quiere,— dijo Iván, con sombrío rostro.

—Dios ama a cada hombre, lo conoce hasta en su más escondida intimidad; Él dio la vida por cada uno de nosotros y nos espera siempre, porque es la esperanza y la caridad. Él es un padre bondadoso con todas sus creaturas—, expresó Juan.

—Nosotros, dijo Iván, no necesitamos a Dios; gracias a nuestros esfuerzos, —y con una mano extendida señaló a su madre y al doctor Luengo,— hemos podido llegar al sitio en donde estamos, de modo que no tenemos que andarle mendigando nada. Por lo demás, agregó, su Dios nunca hace nada por nadie; es el destino el que rige el existir de las personas. Dios no maneja ni gobierna nada; y si lo dirige, ¡por favor que lo hace mal!, basta mirar cómo está el mundo.—

—En realidad, padre Juan, dijo el médico, lo citamos aquí para decirle que usted puede pagar esta deuda que tiene con Iván; el precio es su sacerdocio. Nosotros no creemos que usted sea digno de él, de manera que debe renunciar al sacerdocio.—

—Pero, doctor, ¿cómo un médico puede prestarse para este acto tan deleznable? ¿No sabe usted que lo que está tramando se llama crimen?—

—No hay cadáver, padre, no hay cuerpo del delito demostrable; por ello, aquí no hay nada que se acerque siquiera, al motivo por el que la justicia pueda implicar a persona alguna.—

Juan guardó silencio, no sabía qué decir.

Miró a Rita. Ésta arreglaba sus guantes, mientras miraba al pobre cura con un rictus de desprecio.

La mujer, al verse interrogada por la actitud del párroco, dijo:

—No se preocupe, padre Juan; no le será difícil dejar de ser cura. Nosotros lo ayudaremos.—

El buen cura estaba sinceramente acongojado; en su cerebro dominado por la fiebre y el miedo, no lograba ordenar sus pensamientos. Estaba absolutamente aturdido y desconcertado. Buscaba y rebuscaba entre sus pensamientos alguna conducta dolosa, alguna falta grave en el ejercicio de su ministerio, pero no hallaba nada que pudiera ser usado en su contra.

La voz de Iván Smey lo sacó de sus dolorosas cavilaciones:

—Esta misma semana, en el escritorio del Obispo, dijo con acento burlón, estará la fotografía suya donde aparece muy bien acompañado por una dama.—

—¡ Pero esto es una extorsión!—, exclamó el sacerdote, terriblemente angustiado. Ustedes me han tendido una trampa,— y sollozó.

La fiebre había vuelto a subir en el cuerpo del cura; comenzaron de nuevo los calofríos, y la tos, burbujeante y en violentos paroxismos, le hizo doblarse sobre sí mismo, hasta hacerlo caer desmayado.

Ninguno de los presentes se movió para ayudarlo; esperaron en silencio a que se recuperara y, a empujones, lo pusieron en la calle. Una vez allí, nuevamente lo asaltaron los espasmos de la tos y lo obligaron a apoyarse en el dintel en donde claramente se destacaba el número de la casa y el nombre de la calle: Javier Ercilla 418.

El fogonazo de una máquina fotográfica lo cegó momentáneamente.

El fuerte ruido de un portazo lo sobresaltó.

Como pudo, el párroco volvió a su casa. A duras penas abrió la puerta lateral del templo y, en medio de la penumbra, avanzó por el centro de la pequeña nave hacia su casa. La luzcecita roja del sagrario titilaba silenciosa e inocente. Juan no fue capaz de arrodillarse ante el tabernáculo, como siempre lo hacía. Se sentía desfallecer.

Entró a su dormitorio, se tendió en el lecho y los fantasmas de la fiebre lo envolvieron.

Jonás Taylor volvió a evaluar la condición médica del sacerdote muchos días seguidos. Obediente a los deseos de Juan, no volvió a hablarle acerca de la necesidad de que se hospitalizara.

Poco a poco el cura se fue recuperando, pero la larga convalecencia hacía estragos en su ánimo, que se había decaído ostensiblemente.

No era esta la evolución habitual de una neumonía y por ello el doctor Taylor, cada vez que lo visitaba, buscaba las causas que podrían tenerlo tan enfermo.

Llegó a tal grado el compromiso de la salud de Juan, que finalmente el viejo doctor consiguió que su paciente se hospitalizara.

Varios días se mantuvo el compromiso del estado general del enfermo; su condición mental era de absoluta demencia. El llanto fácil y los delirios preocupaban a los médicos que lo atendían. Una de las noches en que la enfermera se vio obligada a llamar al médico de turno, le correspondió visitarlo al doctor Esteban Alberó. Cuando éste llegó a la habitación de aislamiento en la que se hallaba el cura, el joven doctor tuvo una gran impresión. Hacía muy poco que ambos se habían encontrado y el párroco se hallaba muy bien; ahora, parecía un ser extraño: el rostro de Juan estaba crispado por las contracturas de los músculos faciales, y lo bañaba el sudor; los ojos, un tanto exoftálmicos, daban a la cara una expresión de terror; las manos, muy temblorosas, se observaban completamente extendidas y los dedos se tocaban entre sí, por los pulpejos, espasmódicamente. Era muy difícil separarlos. El cabello, totalmente desordenado, estaba mojado por el sudor; y el pecho subía y bajaba rápida y frecuentemente con la respiración. Esta, a su vez, tenía un ruido de burbujas gruesas que estallaban al inspirar. La almohada del paciente aparecía cubierta de secreciones bronquiales hemorrágicas.

Juan, muy inquieto, gesticulaba con excitación y balbuceaba: doctor Luengo, doctor Luengo, no me haga esto, no me haga esto. Alarmado por lo que veía, al doctor Alberó

no le cupo duda: el paciente estaba bajo una severa complicación respiratoria y presentaba la sintomatología de una deficiencia de calcio sanguíneo. Lo examinó con rapidez y pudo establecer que no había otras causales de mayor severidad, de manera que se sentó a escribir en la ficha médica las indicaciones de tratamiento. Inquieto, sin embargo, por el delirio, prefirió hablarle al enfermo, para explicarle con frases muy cortas que el doctor Luengo estaba en otro sitio y que si él quería, se le podría llamar para que viniera a verlo. No bien el médico había pronunciado el nombre del Jefe de Residentes, el cura se puso mucho más excitado y, ahora, daba gritos de pavor que obligaron a Esteban a inyectarle un sedante.

Una vez calmado el paciente, el joven médico se ubicó a los pies del lecho y lo contempló incrédulo: los estragos de la enfermedad estaban acabando con el buen hombre.

XVI

—**N**o hagas ruido, Segundo, nuestro hijo llegó muy tarde anoche y aun no ha despertado, dijo Esmeralda a su esposo; yo no sé cómo es posible que los turnos del hospital sean tan largos, y en la semana haya por lo menos dos noches en vela, tanto para ustedes los que trabajan de auxiliares, como para los médicos.

Hace muchos días que no vemos a Esteban; antes, cuando estudiaba la carrera, era porque no podía tener distracciones – y la familia se cuenta entre los pasatiempos, no se la considera dentro del buen vivir de una persona –. Y ahora que es médico, no duerme o duerme mal, porque el trabajo es agobiante.–

—No te preocupes, mujer; él es joven y puede aguantar el ritmo que le impone la profesión. Por lo demás, si no tiene condiciones físicas para el trabajo, sus mismos colegas lo harán a un lado; hay muchos médicos esperando un buen cargo con mejores remuneraciones, aunque sea sacrificado. Y él, que se ha destacado por sobre el promedio, no sólo deberá demostrar que sabe medicina, sino que tiene temple para ella.

Ya ves lo que pasó con el doctor Taylor. El pobre hombre se envejeció y ahora no le permiten ni siquiera visitar a sus enfermos en el hospital, en el mismo hospital donde enseñó y trabajó por más de cuarenta años. Yo mismo he tenido que buscarle las fichas de algunas personas que él necesitaba examinar, porque las enfermeras tienen órdenes de que a nadie que no pertenezca al hospital, se le entreguen antecedentes del enfermo.–

—¿Pero, por qué hacen eso? –, exclamó Esmeralda.

—Porque el cuerpo médico que trabaja en el hospital quiere evitar que médicos externos puedan cambiar indicaciones terapéuticas que, después, si fracasan, se las imputen a ellos y se expongan a enfrentar juicios,– contestó Segundo.

–Veo que has cambiado, respecto de Taylor,– dijo la mujer.

–¡Esmeralda, Esmeralda!, él se ha portado muy bien contigo, con nuestro hijo y conmigo. Sin considerar otras cosas, recuerda que él se la jugó cuando me acusaron de sabotear el hospital en la última huelga y, cuando estuve detenido esos días, fue el único, junto con el padre Juan, que me visitó y me llevó alimentos, fuera de ti y Esteban, por cierto.–

– A propósito, prosiguió: está hospitalizado el padre Juan, el capellán del hospital. Parece que se complicó de una neumonía.

Lo llevó el doctor Taylor, pero ahora no quieren que él lo siga atendiendo. ¿Serán torpes!?

–¿Y tú, has ido a visitarlo?–

–¡ Claro que sí, Esmeralda!, pero no se puede hablar con él. Todas las veces que he ido a su habitación, no sabe más que llorar y me habla incongruencias.–

–¿ Y cómo sabes que son incongruencias?,– preguntó Esmeralda.

–¿Y qué otra cosa puede ser cuando habla leseras acerca del doctor Luengo?–

–¡ Ay, Segundo! La enfermedad puede hacer cualquier cosa con una persona.–

–Bueno, Esmeralda; así es la cosa no más. Tendrás que acostumbrarte a que tu hijo trabaje mucho y lo veamos poco o nada.–

No bien Segundo había terminado de hablar, cuando por una puerta lateral apareció Esteban.

Se le veía contento; parecía descansado. Saludó con cariño a sus padres y los invitó a que juntos departieran un café. Ambos accedieron gustosos a esta sugerencia, que era como un verdadero regalo para ellos. Estar con este hijo tan querido y tenerlo sólo para ellos, era un hecho simplemente maravilloso.

Ni siquiera en la última navidad habían tenido esta ocasión tan especial y, ciertamente, Segundo fue el primero en preguntar a su hijo cómo estaba, cómo se sentía. Tenía ansias de que su amado niño le abriera su corazón y le hablara desde su interior.

– Papá, dijo Esteban, cuando me hablaste de discriminación, en un comienzo no te creí; perdóname por eso. No sólo viví ese doloroso proceso en mi escuela de medicina, también lo experimenté en el hospital–. Dio un sorbo a su café y le sonrió a su madre. Y prosiguió:

– Hace ya diez meses que hago mi estadía hospitalaria, y recién he comenzado a librarme de las cadenas de la burla que hicieron de mi mis colegas y el personal administrativo. Las únicas que me ayudaron fueron las enfermeras y las auxiliares trabajando codo a codo conmigo, y cumpliendo mis órdenes, aun sabiendo que yo era un médico inexperto.–

–Lo supe, terció Segundo, con voz baja y afligida, pero no quise hacer ninguna maniobra que pudiera ser interpretada torcidamente. Preferí que actuaras según tu propio criterio.–

Esmeralda miró a sus dos hombres con extrañeza y exclamó:

–¿ Se podría saber de qué hablan?–

Con un dejo de tristeza, Esteban contempló a su madre; ella no era culpable de lo que le sucediera; su padre tampoco, por cierto. La verdad era que es el corazón de las personas el

que es torvo y, a veces, amenazador y siniestro. Sin embargo, pensaba, no es culpa de ellas, porque indiscutiblemente no saben lo que hacen, y, en ocasiones, ni siquiera entienden por qué lo hacen.

Esmeralda quedó esperando la respuesta de alguno de los dos; padre e hijo se miraron pidiéndose licencia para hablar.

Esteban comenzó:

—Madre, cuando llegué al hospital me indicaron la sección en la cual trabajaría como médico internista los siguientes 12 meses; luego, me presentaron al equipo de enfermería y a dos auxiliares. Junto con eso, repitieron lo que yo sabía: la reglamentación del trabajo, mis deberes y mis derechos. Después de esta introducción, me llevaron a una pieza con seis camas, todas ocupadas por enfermos muy graves, y me hicieron saber que desde ese momento yo sería el médico tratante de los pacientes que ingresaran a dicho lugar. Me puse a la tarea de tratarlos de sus males, aliviarles sus síntomas, acompañarles lo más de cerca posible. No puedes imaginar lo que trabajé por ellos; cómo revisé horas y horas, días y días, centenares de páginas de trabajos de investigación con el objeto de encontrarles, a cada uno de ellos, alguna solución al magro estado en el que se hallaban.

Pero todo fue en vano, continuó Esteban; uno a uno se me fueron muriendo. Algunos, en mis brazos; otros, durante mis turnos de noche. Por cada uno de los que fallecieron, se me sometió a intenso interrogatorio: si administré bien los fármacos, si examiné a mis enfermos cabalmente, si investigué las complicaciones que los tratamientos pueden provocar; en fin, así, hasta el infinito. Y en cada investigación me asaltaba el horrible presentimiento de que sospechaban que yo era el culpable de esas muertes. No puedes imaginar las veces que lloré por la muerte de cada uno de mis pacientes; pero también lloré por mi impotencia, por no haber sido capaz de salvarlos. Hace sólo dos meses, supe la verdad: cada uno de esos enfermos estaba en fase terminal y los médicos del servicio tramaron, en un contubernio que me pareció espeluznante, juntar todos esos seres moribundos en una sola pieza del hospital, y decidieron que yo me hiciera cargo de ellos. Después me di cuenta, como lo aprecié con esa dura experiencia, que lo que buscaban era darme una lección para que fuera humilde. Pero, y tal vez es lo peor que podría relatarte, ninguno de ellos me preguntó jamás cómo estaban esas personas; muchos de ellos habían sido sus médicos tratantes. Y en un acto de extrema bajeza, no titubearon en abandonarlos en las manos de un inexperto como yo. Ese grupo de médicos pensó en acabarme al inicio de mi carrera médica, pero no pensaron que en el camino abandonaban a un indefenso. Todavía lloro por ellos, por los que se me murieron; pero también me duele que pueda existir un médico sin corazón y use a un paciente para otros fines que no sea el de acogerlo y salvarlo.—

En medio del silencio que se produjo tras esta dolorosa confesión, Segundo, con voz temblorosa le dijo a su mujer:

—Hace muy poco que lo supe; me lo dijo Julio Javier, un auxiliar de servicio que recientemente ingresó a trabajar al hospital. Lo trajo el doctor Luengo, porque es hijo del cantinero

que atiende un depósito de licores que es propiedad del doctor y que está ubicado lejos del hospital.–

Molesta, con creciente irritación y pena, Esmeralda le dijo a su esposo:

–¿Y tú no pudiste hacer nada cuando supiste este acto criminal?–

–Y qué iba a hacer, mujer; el doctor Luengo no es Taylor; él no habla con el personal el cual, por lo demás, le tiene mucho miedo.–

–No, papá, exclamó Esteban; no le tienen miedo. El es un hombre correcto, incluso me llamó a su despacho cuando llegué al hospital y me hizo saber que, dadas mis altas calificaciones, cuando terminara mi período de entrenamiento, debería postular al cargo de Jefe de Residentes, que es el que él sirve en la actualidad y desde hace tres períodos. Insistió en que si me destaco en mi trabajo, dará muy buenas referencias mías.–

–Hijo, ese doctor no puede ser bueno si permite que bajo sus barbas ocurran cosas tan espantosas como las que nos contaste.–

El es bueno, mamá; es bueno.–

XVII

Sábado, sábado de otoño; el dorado estaba por doquier en las hojas de los árboles; algo de frío se colaba por entre los rayos de un sol manso y tibio, y la brisa jugueteaba entre las hojas muertas.

Sábado; primer día de descanso después de semanas de agobiante trabajo para Esteban quien, con el espíritu alegre y ligero, había decidido hacer dos visitas: al doctor Jonás Taylor y a Esmerindo Campos. En realidad, hacía mucho que debía haber cumplido con ellos, quienes muy cariñosamente, le habían insistido en que se juntaran.

Enfrentó la casa de Taylor; las ventanas con sus geranios todavía floridos, no habían cambiado,. Entre las hojas, un mirlo trataba de cortejar a su compañera; y una mariposa, haciendo cabriolas en el vuelo, buscaba una corola donde libar.

Esperó, después de tocar a la puerta. Los pasos del anciano no parecían ser como los de antes. Ahora sonaban despacio; por momentos se arrastraban, producían ruido sobre el piso y se apreciaba en ellos alguna vacilación.

— ¡ Esteban, exclamó el viejo doctor, me honra que me visites!, y se abalanzó a abrazar al joven. Sin esperar, lo tomó del brazo y lo llevó por el pasillo hacia la sala que Esteban recordaba perfectamente. Había un cambio, sin embargo; en el piso, adosado a uno de los sillones, descansaba un cabás apenas entreabierto, por el cual asomaba una de las olivas de un estetoscopio. Los dos hombres se sentaron y Esteban, un tanto vacilante acerca de lo que iba a hablar, miró a Taylor con mucho cariño y le dijo:

—Doctor, he venido no sólo porque usted quería conversar conmigo; también estoy aquí, para agradecerle todo el empeño que puso para que yo fuera médico. Le contaré que no

puedo estar más feliz con lo que hago; me llena el alma mi trabajo, y me hace muy bien poder servir en algo a los que vienen a buscar mi ayuda médica. Ser médico se lo debo a usted y, por ello, le estoy profundamente agradecido.—

—Muchacho, dijo Jonás Taylor, te agradezco que hayas venido; he sabido mucho de ti, porque he conversado con médicos y enfermeras, y todos están muy contentos contigo. Quería hablarte, porque necesito decirte lo que es un médico, y ya es tiempo de que tengas plena conciencia de ello. Nadie te lo definirá, dado que es difícil, pero yo creo que, al menos alguien debiera darte una idea aproximada. Te aseguro que muchas veces me lo he preguntado y no tengo aun completa claridad; pero, a mi parecer, ser médico es acercarse a ser como Jesús, el mismo Jesús al que el padre Juan Pedro se refiere con tanto amor. Tú sabes que yo no tengo la suerte de creer como cree él o como Esmerindo, pero leyendo y leyendo, parece que el cura tiene razón. Así es que, si tengo que ser honesto contigo, el médico debe ser manso, humilde, comprensivo, caritativo, generoso, sabio, equilibrado, desapasionado, inocente, limpio de manos y de corazón puro; acogedor, consolador, desprendido, honesto, servicial, bien intencionado, responsable, veraz, incansable, capaz de ser inmensamente misericordioso y compasivo, perdonador.

Por otro lado, mientras más pienso en lo que significa ser médico, más angustia me oprime el corazón, porque si miro hacia atrás, ¡cuántas veces habré fallado; cuántas veces me habré dormido en la pedantería o en la altivez!; cuántas veces las lágrimas de una madre me dejaron inmovible; cuántas veces me habrá faltado dar un consejo profundo!. Y eso sucede porque el gran enemigo del médico es la soberbia que puede llegar a invadirlo.

Uno puede estar orgulloso de ser médico y hacer serios esfuerzos por parecerse a Jesús, la perfección, pero para lograrlo se requiere modestia en el ser, humildad en el vivir y generosidad en el pensar.

Y prosiguió: si el médico no tiene humildad se aleja del ideal del ser médico.

Te diré, además, querido muchacho que, en mi fuero íntimo considero que ser médico es casi imposible. Requiere heroísmo para enfrentar la adversidad del trastorno físico, psíquico, económico, moral, cultural y religioso del paciente; y precisa serenidad, energía y reciedumbre para hacerse uno con él. Y ello incluso cuando su honra como médico y como ser humano se vea ultrajada a niveles oprobiosos, debido a la compañía ofrecida a su enfermo para mitigar la desdicha que trae consigo la enfermedad.

Y lo que trato de decirte es aún más complejo, Esteban. El médico no es un censor moral del paciente; es un consejero en materias tan delicadas como la elección de la terapia de una enfermedad; un orientador en los graves problemas del alma o de la mente; un hombre bueno que no trata de imponer sus términos, su comportamiento o sus costumbres, ni trata de limitar la capacidad de decisión del enfermo. Es imperioso que lo gobierne el deseo de ser un guía confiable, intachable, leal, desinteresado y probo con todo ser humano: - hombre o mujer, rico o pobre, culto o iletrado, culpable o inocente, decente o corrupto, creyente o ateo.-Todos ellos deben sentir amparo y defensa en su compañía. El médico, en fin, debiera irradiar una belleza interior fundada en un modo de vida impregnado de disciplina, respeto a los demás y fe en la humanidad.—

Esteban escuchaba absorto al doctor Taylor. ¡Qué lejos estaban estas consideraciones de la realidad actual! Ni siquiera se habían insinuado estos principios en la escuela de medicina.

—Doctor, expresó el joven médico; no sé si tenga fuerzas para cumplir esta misión; aunque algunos de estos juicios parecen obvios, resultan, para los tiempos que corren, extemporáneos e incluso, obsoletos. Cumplirlos, y parecer débil, es todo uno. No sé si podré satisfacer estos requerimientos. Soy cobarde; no quiero que me marginen de nuevo; mucho me ha costado llegar a que me consideren un igual.—

—Pero, Esteban, yo te puedo dar algo que te ayudará; algo que cuando lo lleves contigo te dará la fortaleza para acercarte a ser el mejor médico. ¿Recuerdas cuando, hace ya ocho años o un poco más, conversamos en este mismo lugar acerca de que fueras médico? En esa ocasión te mostré esto,— e inclinándose hacia el suelo, tomó el cabás que estaba a un costado del sillón que ocupaba, lo levantó y lo puso en el regazo de Alberó.

—Aquí lo tienes; desde ahora te pertenece. No pudieras hacerme mayor favor que el de aceptarlo; y este maletín no podría tener mejor destino que tus manos.—

Esteban se quedó perplejo; nunca había esperado que algo así le sucediera. La solemnidad del momento acarició su alma y no le permitió pronunciar palabra alguna; un estremecimiento le apresó la lengua, pero la emoción se asomó a sus ojos que, con expresión de ternura, miraron al viejo doctor.

—Usted me dijo que este era un cabás mágico aquella vez que me lo mostró,— dijo, por fin, Esteban.

—Y lo es, querido colega,— dijo Taylor muy animado. Lo es, porque una vez que lo abres y extraes estas herramientas, te va susurrando que eres el albañil de la vida, el carpintero de la salud. Nunca te dirá que eres un perito o un experto en cuestiones de la enfermedad.—

—No me he equivocado. Un experto tiene instrumentos mucho más delicados que estos humildes artefactos que, en este siglo XXI, hasta parecen pasados de moda. Pero ellos, con inmensa humildad, te ayudarán a transitar por las rutas que el dolor obliga a caminar a tu paciente. Con estos utensilios no sólo podrás oír el soplo de un corazón desfalleciente o apreciar los reflejos de un sistema neurológico dañado, sino también, con el estetoscopio suspendido desde tu cuello, te ayudarán a acercarte a la entraña de tu paciente, allí donde residen su carácter, su valor y el espectro de sus miedos. Estos instrumentos te acercan al cuerpo doliente, y con ellos puedes ir restañando heridas, esas aflicciones de las que se vale la enfermedad para doblegar a un ser humano. Con estos artefactos, mágicamente, podrás convertir los temores en serenidad, la desesperanza en optimismo y la desilusión en aliento. Pero la magia del cabás depende de tu alma, de tu propio coraje, de tus conocimientos y de tu honestidad. Sin esos atributos, el estetoscopio no es nada más que un altoparlante; el termómetro, un receptáculo delicado donde duerme el mercurio; el martillo de reflejos, una forniture en desuso; y el aparato de presión, un juguete delicado.—

Esteban seguía sin articular más palabras que aquellas que denotan buena crianza. La alegría de poseer el cabás mágico opacaba su inquietud por llegar a ser un buen doctor.

Ambos se despidieron con cálido afecto.

Jonás Taylor no entró a su casa. De pie, en el umbral, vio perderse la figura de Esteban. Ya no era la estampa del muchacho corriendo con sus periódicos bajo el brazo; ahora era la de un médico llevando su inconfundible maletín de doctor: un cabás mágico.

XVIII

Esteban caminó con paso enérgico y alegre por las mismas calles donde solía encontrarse de madrugada con Esmerindo y su hija. Sólo que ahora, bien entrada la mañana, éstos ya no deambulaban tras la búsqueda de sus trastos viejos. Luego de una larga caminata, comenzaron a aparecer las viviendas de la población donde padre e hija vivían. Formaba el paisaje un grupo de diez a doce casuchas enclenques de aspecto enfermizo, hechas de material ligero. Los techos, planos, llenos de papeles, sacos, muebles en desuso u ollas rotas, cubrían viviendas de no más de cuarenta o cincuenta metros cuadrados cada una, que se alzaban trabajosamente, simulando a viejos encorvados afirmándose en cajas desvencijadas, polvorientas y frágiles. Las puertas miraban hacia el callejón de tierra apisonada que las emparejaba, de manera que, desde lejos, parecían un espejismo nacido del desierto caliente de la pobreza.

A poco andar por el lugar, Esteban enfrentó la callejuela. Allí, una pelota de trapo avivaba los sueños de grandeza de unos muchachitos que corrían tras ella. Un poco más allá, una mujer lavaba ropa en una artesa y, casi al final, mostrando pilas de fierros y cajas de cartón, se destacaba la casa que Lucía Victoria compartía con su padre.

Apuró el paso el doctor y se detuvo frente a la estrecha puerta de calle que, cerrada, otorgaba al bloque el rango de vivienda.

Respondiendo a la llamada, y rengueando, se asomó Esmerindo. Al ver a Esteban se le iluminó el rostro y se dibujó en él una gran sonrisa de acogida y cariño.

Esmerindo Campos hizo pasar al joven a la salita, una estrecha y corta habitación dotada de escasos muebles, de un aparador sin vidrios, de algunas sillas con tapiz desflecado y de un pequeño escritorio sobre el cual, presuntuoso, lucía un computador.

Después de haberse dado un abrazo muy estrecho y ruidoso, ambos, sonriendo, se miraron y volvieron a abrazarse. Esta vez el abrazo fue más largo y el cartonero se dejó arrullar en los brazos de su amigo. Era como tener al cielo entre las manos, como si un alero muy seguro lo estuviera protegiendo.

—¡ Tanto tiempo sin verte, doctorcito, tanto tiempo!, dijo Esmerindo;

¡ quédate a almorzar con nosotros!—

—Acepto gustoso, señor Campos—, dijo alegremente el joven, y se rieron ruidosamente.

—¡ Lucía, Lucía, gritó Esmerindo, mirando hacia el fondo de la sala; ven a ver quién está aquí!—

Secándose las manos y tratando de arreglar sus cabellos, asomó la joven mujer. Esteban la contempló maravillado; el tiempo sólo había hermoseado aun más a la muchacha. Alta, esbelta, llena de vitalidad, tenía el rostro de un hada; los cabellos, castaños y rizados, caían como un trisal doblado por el viento sobre los hombros de la muchacha. Por sobre su delgado talle se empinaba el tronco que mostraba el esplendor de un busto generoso sobre el que descansaba una modesta blusa de arpillera. Pero eso no era todo: caderas y piernas cubiertas por una larga falda regalaban a la joven un aire de dulzura y modestia, de fragilidad y elegancia, inexplicables.

Cuando Lucía Victoria se percató de quién era el recién llegado, dio un grito de sorpresa y cariño y se abalanzó sobre Esteban para darle, ella también, un fuerte abrazo. Ambos jóvenes se miraron un momento, en silencio, midiendo cada uno lo que el otro le significaba. Los ojos no fueron suficientes para abarcar más allá del cuerpo y apreciar los cambios con los que el tiempo, como un sastre habilidoso, los había vestido.

Al igual que antes, el corazón de Esteban sufrió el azote del sentimiento, y el cadencioso traquetear de su latido se trocó en loca carrera por los senderos de los sueños.

En un intento por reducir la emoción, Lucía Victoria le puso a su rostro una pizca de picardía y el tono de su voz se volvió solapadamente bromista e irónico:

—¿Tal vez el señor doctor se equivocó de domicilio?—

Esteban, en un intento de aunar en una frase, amor, amistad, ternura e inocencia, respondió:

—¿Quizás si la señora no puede pagar mis honorarios?—

La choza se llenó de risas, recuerdos, pensamientos; a ratos de nostalgia y por instantes, de calladas lágrimas.

El almuerzo transcurrió con gran alegría; hacía mucho tiempo que Esteban no había vivido una velada así; una tertulia inolvidable.

En el curso de ella, el joven médico miraba a Esmerindo con admiración; el hombre no tenía queja alguna acerca de su condición, sólo se afligía de que su hija no pudiera alcanzar sus sueños. Y aunque la muchacha le había dado claras muestras de que estaba conforme con su vida, y de que no tenía otra fantasía que la de seguir junto a él, su amado padre, Esmerindo sentía inquietud por el futuro de la muchacha. Durante el almuerzo, observó a

Lucía Victoria con una sensación de tierna melancolía, de una pena profunda envuelta en un amor indescriptible; un amor arrebujado en los pañales de la añoranza, pero sin llegar a precisar por qué. Lo que sí tenía absolutamente claro era que amaba a esta mujer, pero nunca se había dado la libertad de declarárselo.

Había sido cobarde: durante el período escolar, para no sufrir las burlas de sus compañeros que sospechaban que él distinguía a la muchacha por sobre las demás. Y cobarde, después, cuando cursaba la carrera de medicina en la universidad, porque privilegió el estudio por sobre cualquiera otra consideración. Pensaba, Esteban, mientras miraba a la hermosa joven, que quizás si ya la había perdido: seis años sin verla no era poco tiempo. Aunque mantuvo viva la llama de la ternura por su compañera, no estaba del todo seguro de si a ella le habría ocurrido lo mismo y, resignadamente, lo habría esperado. Recordaba el furtivo beso que ella le dio cuando juntos vieron las listas de aceptados en la escuela de medicina, y nunca olvidó la gran alegría que parecía haber inundado a la muchacha.

Su padre no la quería; ni a ella ni a Esmerindo Campos. Le decía a su hijo que ambos eran poca cosa para él; que, para casarse, un médico debiera volar muy alto para lograr la tranquilidad económica que le diera la familia de su mujer, y así poder ejercer la profesión sin la atadura del dinero que, de alguna manera, enturbia el quehacer médico.

Búscate una mujer con dinero y de buena familia, hijo; con tu profesión puedes saltar por encima de las castas sociales, le había dicho Segundo. Un matrimonio así te dará la tranquilidad para tener la majestad que un médico ha de poseer para bien de sus enfermos.—

Desde que el joven se dio cuenta de esta actitud de su padre, dejó de comentar con él cualquiera situación en la que pudieran aparecer Esmerindo y su hija; Esteban temía que las consideraciones o el afecto que demostrara a estos amigos, iban a ser objeto de contrariedad y resistencia por parte de su padre.

Ya terminado el alegre almuerzo, el cartonero se retiró a descansar, a tratar de dormir siesta.

El joven doctor lo observó. Su amigo se había envejecido desde el accidente hemorrágico cerebral. Aunque caminaba, aun lo hacía ayudándose de un bastón, y el brazo derecho, si bien estaba más firme, mostraba una evidente merma de las fuerzas. Lo mismo el cabello, el rostro y la actitud del cuerpo; todo anunciaba que el tiempo ya había hecho su faena, y que el duro trabajo y los sufrimientos físicos y morales por los que había pasado, habían terminado por ser los cabrones que envejecieron a su amigo.

Quedaron solos Esteban y Lucía Victoria.

Solos y envueltos en silencio.

No se estaban estudiando, ni pretendían mover las piezas de un juego virtual donde destacara alguno de los participantes.

Esteban no pedía perdón por su larga ausencia y Lucía no exigía explicaciones.

Se instaló a sus anchas, en un lapso de tiempo que el mutismo hacía parecer eterno, el desapacible instante en que los sentimientos que llenan el corazón necesitan salir por la boca. En la espera, cuando se prepara el corazón para vaciarse, juntar las migas que que-

daron sobre el mantel o arreglar la servilleta y jugar con la taza de café, parecen ser los distractores que ayudan a elegir la mejor estrategia, para que las palabras que se digan se interpreten en su verdadera dimensión, y no en la sinonimia.

Fue el cabás el que vino en ayuda del joven doctor.

Esteban, buscando el momento preciso para decir lo que bullía en su espíritu, encontró su flamante maletín cerca del escritorio que había en la pequeña sala. Se puso resueltamente de pie y fue a buscarlo con alegre ademán, lo tomó con cuidado y volvió sobre sus pasos acercándose a Lucía. Con solemne actitud lo depositó suavemente en la falda de la joven y le dijo: – Me lo acaba de regalar el doctor Taylor. –

Lucía Victoria puso sus manos sobre el cabás, lo acarició y mirando a Esteban, expresó:

–Lo recuerdo como mi primer juguete; yo solía entretenerme con él en casa del doctor y pasé momentos muy felices. –

–Como lo estoy pasando yo ahora, estando a tu lado. No puedes imaginar cuánto he deseado verte todos estos años, pero la cobardía de pensar que podrías rechazarme, y el agobio de mis estudios, fueron razones no menores que me impidieron buscarte para decirte lo que, desde hace mucho, tengo guardado en mi corazón. Sabrás, porque se me ve en la mirada, que te amo profundamente desde que éramos compañeros en la escuela y creo que no volveré a tener otra oportunidad mejor que ésta para confesarte que sólo contigo quiero compartir mi vida. –

Lucía Victoria se llevó ambas manos al rostro y sollozó quedamente. Esteban, en un impulso irrefrenable, acarició los cabellos de la joven y se inclinó hacia ella; con gran solicitud apartó las manos que ella aún mantenía sobre su cara, y mirándola con gran ternura, la besó en los labios todavía húmedos con las lágrimas que no cesaban de correr por el surco de la felicidad.

La mujer se levantó de la silla y dejó en ella el maletín de médico, alzó los brazos y envolvió con ellos el cuello de Esteban. Se miraron; las pupilas de ambos jóvenes estaban llenas de alegría, sus semblantes plenos de sonrisa; y la expresión, colmada de un júbilo indescriptible.

No hubo más palabras.

Sólo se quedaron allí confundidos en un largo abrazo, uno de esos que, sin palabras, pueden decirte que te quiero, soy tuyo, no quiero partir, tengo el firmamento entre mis brazos.

XIX

Esa mañana el Obispo tenía una importante reunión. Líderes demócratas le habían solicitado reunirse con él, porque en el parlamento debían votarse dos leyes: la del aborto y la de la eutanasia infantil.

Edgardo Lanas se había ordenado sacerdote hacía veinticinco años. Hijo de una familia acomodada, cursó estudios superiores en una universidad laica en la cual se destacó como líder estudiantil. Recibió su título con honores y se fue a trabajar a un bufete de renombre. Había mucho que hacer; el estudio tenía muchas causas en litigio tanto en lo civil como en lo criminal y a él, como recién llegado, le encomendaron el caso de un hombre acusado del asesinato de dos policías durante el atraco a un banco.

Cuando iba en su auto, se detuvo bruscamente frente al semáforo en rojo. No lo había visto, porque un camión tolva ubicado a su derecha le obstruía la visión. Una vez que la luz cambió a verde, algo le dijo que no avanzara; el camión, en cambio, comenzó su marcha lentamente. De pronto, una enorme mole pasó por delante de su auto y del camión tolva, que frenó casi al iniciar la marcha, lo que evitó un choque de proporciones. El convoy era un vehículo militar con acoplado que venía a gran velocidad, porque se le habían cortado los frenos. Si Edgardo Lanas hubiera avanzado en su auto sólo tres metros, estaría muerto. Una empinada cuesta delante del convoy permitió que la máquina perdiera velocidad y los hombres pudieran bajar rápidamente antes de que el vehículo se estrellara suavemente contra la pared de un edificio de granito. Era el muro de la catedral del lugar.

Un sudor frío le corría por el rostro y caía hacia el cuello; el corazón le latía locamente y un ahogo muy angustiante hizo presa de él.

Cuando todo el barullo había pasado y pudo continuar su viaje, no logró sino llegar a un estacionamiento público muy cercano, donde aparcó su coche y permaneció dentro de él,

cavilando. Estuvo así, tal vez, unas dos horas; todavía estaba preso del pánico y no se atrevía a bajar del automóvil. Para calmarse, encendió la radio. Súbitamente se interrumpió la música que estaba programada, para dar paso a una noticia escalofriante: hacía una hora, o un poco menos, se había declarado un incendio en el penal al cual se dirigía y, por el amotinamiento de los reos, no pudieron salir los que allí se encontraban, muriendo un número indeterminado de personas, pero por sobre el centenar con toda seguridad.

– Yo habría estado allí adentro y con seguridad sería cadáver–, pensó.

El camino de retorno a su trabajo prefirió hacerlo caminando. En su derrotero encontró un templo cuyas puertas estaban entreabiertas; un impulso irresistible lo obligó a entrar.

El lugar estaba en penumbras y nadie en su interior. Buscó una banca y se sentó allí.

Hacía muchos años que no entraba a un templo; había olvidado las oraciones que, con su madre, rezaba de pequeño. Para colmo, había participado en varias instituciones en las que la palabra Dios equivalía a tontera o fetichismo. Él, por cierto, no deseaba ser contado entre los débiles que detentan un credo y lo muestran. Apenas recordaba lo que era una misa.

Miró hacia el altar. La lucecita del sagrario bailaba alegre ante sus ojos que se posaron en un crucifijo y, sin saber cómo, comenzó a llorar a sollozos.

No supo cuánto tiempo estuvo en el templo, pero cuando despertó estaba en el servicio de urgencias del hospital Del Buen Samaritano. Lo acompañaba un médico y el párroco de la iglesia quien lo encontró desmayado en el suelo, bajo la banca en

la que se había sentado. El médico, después de conversar largamente con él, le explicó que había tenido un síndrome de bloqueo eléctrico del corazón y que debía implantarse, de inmediato, un marcapasos.

Un mes después, y sintiéndose plenamente recuperado, acudió a la parroquia en que había sufrido el síncope, y preguntó por el párroco. Quería agradecerle el favor de haberlo asistido.

–Sí, le dijeron; ese sacerdote fue párroco de este lugar hace treinta y cinco años. Cuando falleció fue sepultado en el patio de nuestro pequeño convento. Le podemos mostrar la tumba, señor,– le dijo el vicario que al presente regía el templo.

Con total incredulidad, pidió que lo llevaran al pequeño cementerio y pudo comprobar, con sus propios ojos, lo que ya se le había señalado.

A partir de allí, cuando iba a los controles médicos con Jonás Taylor, revivía esta experiencia con renovado sentimiento. Varias veces comentó el episodio con el doctor Taylor, pero el médico le repetía, una y otra vez, que él era agnóstico, que no tenía respuestas a sus preguntas, ni una explicación para lo que le había acontecido.

Sin embargo, en una de las consultas el doctor Taylor le dijo entre serio y en broma: a lo mejor Dios te quiere mucho. ¿Por qué no hablas con él?

Sin tardanza, Edgardo Lanas se dispuso a revisar los evangelios y luego comenzó a rezar. En un comienzo, se trató de un rezo con vergüenza, tal vez sintiéndose extraño de hablar a un Dios que nunca le contestaba. Pero poco a poco la fe lo inundó y tuvo la clara conciencia de que quería ser sacerdote.

Fue corto el período de estudios en el seminario; se le tuvieron en cuenta cursos hechos durante sus estudios en la escuela de leyes, de modo que en no más de tres años se consagró.

– El amor de Dios–, decía, fue lo que lo elevó al obispado, cargo en el que daba muestras de sabiduría y prudencia, y en cuyo servicio ayudaba a mucho miserable. Fue en estas labores que conoció al párroco Juan Pedro Oñate, a quien socorría no sólo económicamente, sino también consiguiendo víveres los que éste repartía entre sus protegidos.

Como siempre lo hacía, revisaba su correspondencia a primera hora y se aprestaba a hacerlo.

Entre ella encontró un sobre blanco de oficio, sin membrete, dirigido a su nombre, pero sin la habitual denominación de Monseñor. Algo le dijo que esa no era una carta norma o un envío oficial. Con cierta aprensión la abrió y, sin dificultad, extrajo desde su interior dos pliegos gruesos: eran dos fotografías que mostraban al padre Juan Pedro Oñate. En una, el padre aparecía sentado en un amplio sillón rojo, y muy cerca, y detrás suyo, una mujer semidesnuda que lo tenía tomado por los hombros. En la otra, el mismo Juan Pedro aparecía apoyado en el dintel de la puerta de una vivienda ubicada en Javier Ercilla 418. En ésta se veía a las claras que el hombre estaba muy a mal traer. Tratándose de un lenocinio, era obvio inferir que el aspecto del cura se debía al efecto de una borrachera.

Edgardo Lanás conocía muy bien a Juan; sabía la bondad extrema que lo caracterizaba, y lo correcto y formal de su conducta en todo ámbito de la vida. No le era desconocido que el cura compartía la pobreza de los miserables, y que su espíritu era vivir como ellos. Algunas veces el párroco se confesó con él, y tampoco en esas instancias tan delicadas como solemnes, aparecieron faltas que fueran de tal gravedad en lo moral, como las que estas imágenes denunciaban.

Sin embargo, el prelado no desconocía el corazón humano, un fondo torvo proclive al pecado y a la traición.

Cuando este pensamiento lo asaltó, tuvo un calosfrío; Juan, ni de lejos, parecía tener vicios o tendencias que lo hicieran aparecer malo; a la inversa, todo en él hablaba de una existencia sumisa con olor a santidad.

Guardó las fotos en su porta documentos y trató de apartar de su mente aquello que lo inquietaba; había otras cosas que reclamaban su atención y debía prepararse para ir a la reunión con los hombres del mundo político.

Poco le gustaban los políticos; sobre todo, pensaba, la mente de muchos de ellos privilegiaba primero la propia causa, el prestigio personal, la satisfacción de sus ambiciones; le parecía que no les importaba el concepto patria ni la dignidad del hombre. Le molestaba profundamente que algunos políticos, de todas las ideologías ciertamente, priorizaran el denuesto y las descalificaciones del adversario por sobre el diálogo transparente y honesto, generoso y comprensivo. Tampoco el mitrado podía aceptar que la mayoría de estos personajes dejaran a Dios fuera de la arena política; dicha conducta le parecía cobarde, doble y temeraria. Negaban a Dios durante toda la semana en el parlamento, y se avergonzaban de él en las reuniones plenarias y en las comisiones de trabajo, pero algunos, con hipocresía, iban al templo los domingos a vomitar su tibieza.

A veces los veía en el templo; observaban el ritual, parecían rezar como todo el pueblo; pero a la hora de decidir en conciencia y proteger al pobre, privilegiaban, o sus intereses particulares o aquéllos que detentaban sus sendos idearios. Sabía Edgardo Lanas que ciertos políticos parecían ser como los señores feudales de la edad media: dictaban las leyes que ellos no respetaban y cobraban impuestos que ellos, después, dilapidaban.

Lo que más desagradaba al obispo era lo rastrero de algunos: eran capaces de vender hasta su país si en ello iba involucrada su ambición de poder o de dinero, o el cantar de sus doctrinas.

Llegó a la reunión.

Los máximos jefes del partido estaban allí; los conocía a todos. Con ellos había compartido en cenas de caridad o en actividades oficiales de gobierno. De unos cuántos conocía a sus hijos e incluso muchas de las esposas de estos personajes habían ido a pedirle consejo, en confesión, acerca de cuestiones morales como el adulterio, la mentira, la extorsión.

Durante la sesión se trataron los dos temas a cuya discusión lo habían invitado para que él, en su calidad de Obispo, les precisara los deslindes morales o éticos que tuvieran relación con el aborto y la eutanasia.

En lo referente al aborto, discutieron hasta el significado de las palabras, argumentaron con los conocimientos de la fisiología y de la anatomía; se escudaron en el proceso vital que el tiempo arbitraba. Esto último fue lo que más le llamó la atención, porque decían que podría practicarse el aborto hasta las doce semanas de vida del embrión humano; después de ese tiempo, era un crimen o un acto inmoral. Y el obispo pensaba: si ya antes de las doce semanas el embrión tiene corazón y cerebro; si antes de la semana de gestación ya se aprecia actividad celular autónoma y ordenada hacia un fin, el de llegar a ser un cuerpo humano, ¿cuál era la diferencia entre este ser diminuto de algunos días y uno de doce semanas que permitía eliminar al primero y dejar con vida al segundo?

Llegó el momento en que al obispo Lanas se le pidió entregar su parecer. Y él, sin especiales conocimientos médicos, sin saber nada acerca de la embriogénesis, y sin otra luz que la de su fe, les expresó que el hombre tenía en su corazón el decálogo y de éste, les recordó el quinto mandamiento: No Matarás. Les dijo, con la inocencia de un niño, que esa era la razón fundamental por la cual no debiera aceptarse el aborto; en otras palabras, este acto de quitar la vida a un embrión humano era malo a los ojos de Dios. Y si con el aborto se quería proteger a la madre de cualquier circunstancia que la amenazase, dicha conducta era, en sí, mala, porque el acto bueno de ayudar a uno pasaba por el acto malo de dar muerte al otro. El fin, les dijo, terminando de hablar, no justifica los medios.

El silencio que se hizo en la sala fue a ratos, ominoso; se respiraba la agresión.

De pronto, una voz:

Señor Obispo, en la cámara las leyes se hacen de acuerdo a la razón y a la lógica, y se determinan en relación a las necesidades de la población o de la posición del país a nivel internacional; las leyes no se hacen con la Biblia o con la Torá, con el Corán o el Tipitaka, ni con el Rig Veda ni el Kojiki. Antes de entrar al hemicycle hay que dejar a Dios en el paraguero.

Lo mismo aconteció respecto del tema de la eutanasia. Lo que quedó claro a los señores legisladores era que los signos de muerte que exhibe el propio cuerpo del hombre al morir, vale decir ausencia de respiración y de actividad cardíaca, acompañados de dilatación paralítica pupilar y aparición, en un segundo momento, de livideces, no eran verdad. El momento exacto de la muerte era cuando el legislador lo dictaminase.

De nuevo le pidieron la palabra al obispo; éste tuvo que responderles lo mismo:

– La muerte, les expresó, es un proceso que termina en el cese de las funciones ya enunciadas. El hecho de que la medicina haya adelantado el diagnóstico de muerte a un estado previo, llamado muerte cerebral, es un artilugio para que el cuerpo pueda ser usado como donante de órganos. Y esto tiene connotaciones de muy delicada consideración. Yo, como Obispo, no me opongo a los trasplantes; no me opongo a que en el umbral de la muerte se diga que desde este instante hacia delante, sobreviene la muerte como tal, como se la conoció siempre. Lo delicado es que una familia que da los órganos, por convicción o por coacción, debe saber que su ser querido está muerto, pero no totalmente muerto; sino que está en un estado tal, que es seguro que de aquí a muy poco, morirá. –

Si en su intervención anterior el obispo produjo silencio, con esta respuesta causó indignación entre los asistentes. Le gritaron que con esa postura iba a dar al traste con los programas de trasplantes; que no estaba pensando en tanto enfermo que estaba esperanzado en obtener un órgano para seguir viviendo. Pero nadie le dijo que si un paciente declarado en muerte cerebral era candidato a ser donante, debiera ser considerado siempre persona.

Cuando caminaba hacia la parroquia de Juan Pedro, el obispo Lanas pensaba que ciencia y religión habían logrado un entendimiento porque la primera acepta la idea de Dios; pero que nunca se entenderán religión y política, porque ésta prescinde de Él, tal como sucede cuando un hijo niega a su padre.

Pensaba que al hombre le está pasando lo mismo que le sucede al adolescente de trece o catorce años: no quiere que su padre lo acompañe al colegio, y que sus amigos o condiscípulos lo vean con éste. El adolescente siente, en este período de su vida, vergüenza de su progenitor. El hombre de nuestro tiempo está recién en la adolescencia y, claro, se avergüenza de su padre Dios.

Llegó a la pobre parroquia.

–No, señor Obispo; el padre Juan está hospitalizado. Se encuentra muy grave, le había dicho Jacinta, la mujer que ayudaba al párroco.–

– Sí, lo están atendiendo en el servicio de urgencia del hospital Del Buen Samaritano.–

– Sí, señor Obispo; allí lo llevó el doctor Jonás Taylor.–

Monseñor Lanas se dirigió raudo al hospital y pidió autorización para visitar al paciente.

Una vez en la habitación del padre Juan, Monseñor Lanas se llevó una gran impresión. El párroco era presa de paroxismos de tos, alucinaba y presentaba un aspecto de gravemente enfermo. Esperó a que recibiera alguna medicación sedante y cuando el cura se durmió, le administró el sacramento de la Unción de los Enfermos. Se quedó allí unos instantes y

se retiró, preocupado. Lo que el Obispo Lanas no entendía con claridad era si estaba alarmado por la condición médica del sacerdote, o si su intranquilidad nacía al considerar los hechos que mostraban un par de acusadoras fotografías.

El Obispo iba por un pasillo hacia la salida del hospital Del Buen Samaritano cuando de súbito, se encontró cara a cara con el viejo doctor Taylor.

Hacía mucho tiempo que no lo veía; de hecho, había dejado de hacerse sus controles de salud, porque se encontraba muy bien. Sólo el cardiólogo lo evaluaba una vez al año y eso, para Lanas, ya era suficiente.

El viejo doctor reconoció al Obispo y lo saludó afectuosamente.

Después de charlar algunos instantes de cuestiones poco trascendentes o de lugares comunes que ayudan, a terminar pronto un encuentro fortuito o a iniciar un diálogo más profundo, Edgardo Lanas preguntó:

—¿Tiene algo de tiempo para que pueda exponerle un problema que tengo entre manos?—

Taylor asintió gustoso, llevó a Lanas a una salita y allí, con más intimidad, éste le relató lo de las fotografías. El médico las tomó entre sus manos y las observó con mucha atención.

—En la primera fotografía, señor Obispo, el padre Juan se ve asustado, los ojos están brillantes, febriles; se aprecia, también, sudor en el rostro y una mirada de miedo. Creo que nadie podría estar así, al lado de una mujer como ésta, si se encuentra con ella a gusto. En la segunda, prosiguió, definitivamente se puede concluir que el hombre está enfermo; no tiene el semblante de una persona bajo los efectos del alcohol, y la mirada, definitivamente, es de desorientación.—

—¿Qué es lo que le preocupa?—

Lanas miró al médico con cierta incredulidad, pero en su fuero interno pensaba que tenía razón. —Por lo demás, meditó para sí mismo, este es un profesional y tiene experiencia en observar—.

—Me preocupa, doctor Taylor, replicó el Obispo, el uso que pueda darse a estas imágenes, porque podrían hacerle mucho daño al padre Juan y, sin duda, a la misma Iglesia. Usted sabe cómo en estos tiempos, ésta ha estado bajo la atenta mirada pública al conocerse hechos delictivos que comprometen a sacerdotes cuyas vidas se creía — eran intachables. Ahora, por unos pocos, la Iglesia Católica, se encuentra acusada de graves faltas, y éstas no son fáciles de perdonar. Sobre todo, porque se la acusa de no haber seguido al Señor Jesús en cuanto a tener misericordia con los marginados; se la ha delatado de aliarse más bien con los poderosos y se la critica por no predicar el evangelio con la valentía que se requiere.—

—No tiene cómo resolver este grave obstáculo que le presenta la vida, Monseñor; si se publican estas imágenes en internet, rodará la cabeza del padre Juan Pedro, aunque sea inocente; y a usted, lo tildarán de encubridor, aunque jamás haya tenido relación con el asunto. La gente, señor Obispo, es así; la gente no piensa, no reflexiona, actúa por impulsos y éstos son más o menos buenos o más o menos malos, según los íconos que están en juego.—

—Monseñor, frente a este dilema moral, si usted tiene el convencimiento de la inocencia del acusado no debiera estar alarmado o turbado; al contrario, su proceder tendría que enfocarlo en la defensa del inocente. Si a su entender, si en su conciencia, el padre Juan está libre de culpa, no puede unirse a las voces que lo quieren lapidar, aunque a usted le cueste muy caro e, incluso, aunque se comprometa su propia honra.—

—Pero usted, doctor, ¿qué piensa?—

Jonás Taylor se llevó la mano al mentón y se lo acarició mientras miraba al Obispo directamente a los ojos.

— Monseñor, le dijo, el padre Juan Pedro llegó a primeras horas de la mañana de hoy gravemente comprometido en su salud. Hace una semana que le diagnosticué una neumonía y él se negó a hospitalizarse, porque quería que se le diera el mismo trato que se da al indigente. Según Jacinta, la casera que lo ayuda, esa misma noche, y le aseguro que estaba mal, salió de su habitación con rumbo desconocido, y no mucho tiempo después, volvió. Desde entonces he estado visitándolo diariamente y, como cualquiera que lo vea podría apreciar, ha sufrido una mala evolución de su enfermedad que, finalmente, lo llevó a este lamentable cuadro de septicemia desencadenado por un absceso pulmonar.

Entonces, estas fotos, prosiguió Taylor, necesariamente son de esa noche en que se inició su enfermedad y, créame que no estaba en condiciones para enredarse con una mujer, ni para emborracharse.—

—¿Cree usted, Monseñor que el padre Juan tiene algún enemigo, alguien que lo quiera dañar?—

—Sinceramente, no lo sé, doctor; yo tengo la mejor impresión de él como persona, y como sacerdote he visto cómo vive la pobreza y cómo se entrega a la caridad.—

—Entonces, señor Obispo, no olvide esta conversación que hemos sostenido.—

—Una sola cosa más quisiera que me explicara, agregó Lanas: mientras le administraba los santos óleos, llamaba a un doctor Luengo. ¿ Es éste su médico aquí?—

—No, Monseñor, el padre Juan está en una habitación que depende del servicio de urgencias. Este servicio tiene un equipo médico que vela por todos los pacientes. Hacen turnos de día y de noche y, por ello, el que aparece siempre como médico tratante es el Jefe de Residentes. Sin embargo, este profesional no hace atención directa de los pacientes; él conoce acerca de ellos y discute con su equipo las medidas que deben tomarse con cada caso. No, el doctor Luengo no es el médico tratante del padre Juan.—

—¿ Y cómo puede explicarse este iterativo referirse a ese doctor?—

— Tiene fácil interpretación: el doctor Luengo, en su calidad de Jefe de un Servicio muy grande, tiene responsabilidades sobre ciertas áreas del hospital. Dentro de ellas está el acompañamiento espiritual de los pacientes. Como el padre Juan es capellán del hospital, debe haber tenido contacto estrecho y frecuente con el doctor Luengo. De allí las palabras que expresan su delirio, probablemente, dijo Taylor.—

Con esto pareció que ambos hombres, tácitamente, daban por terminada la entrevista.

Cuando el obispo se disponía a cruzar la puerta para salir de la salita, Taylor detuvo su marcha y le dijo:

– Mucho me gustaría ir a conversar largo con usted; estoy viejo y necesito decirle algunas cosas que me inquietan.–

Con un tono francamente amable, Edgardo Lanas le contestó:

– Cuando usted quiera, doctor Taylor; no se imagina lo muy agradecido que le estoy por las atenciones que me ha brindado tan gentilmente con motivo de mi enfermedad al corazón. Estar a su disposición para lo que me requiera, será una magnífica oportunidad de demostrarle mi gratitud.–

Jonás Taylor guardó silencio y se quedó pensativo.

XX

Los días corrían deprisa y en sus manos cargaban los acontecimientos y sus circunstancias, las que se iban depositando en los recuerdos de la gente y en las páginas de los periódicos.

La ciudad, una estructura enorme que el hombre había conformado en el tiempo, llevaba en sus calles y en sus construcciones huellas del pasado que convivían con edificaciones del presente. De calles estrechas y largas que se cruzaban unas con otras, remedando un tablero de ajedrez, la urbe iba creciendo hacia la periferia, pero en forma asimétrica. Al oriente, la ciudad floreciente social y económicamente; y hacia el sur poniente, un amasijo viejo y desastrado en cuyo seno se tejía la rebeldía frente a su permanente miseria. Aquí se iban quedando los pobres y los padres viejos; hacia el oriente huían los hijos que, apoyados sobre los hombros paternos, habían logrado dar un salto hacia el bienestar. Ciertamente, los jardines brotaban en el oriente; había dinero para hacer germinar el césped y para hacer jugar el agua en fuentes maravillosas que se engalanaban de luces de colores por las noches. Al sur poniente, el estío había armado su tienda permanente, y el polvo del verano se convertía en fango en el invierno, cuando la lluvia llegaba, generosa, tratando de limpiar tanta miseria. Allá, cerca de la montaña, y queriendo jugar en sus laderas, todo parecía mejor, más nuevo, cuidado con esmero; y en los hermosos y extensos parques jugueteaba la felicidad de la mano de la vocinglera barahúnda de los juegos infantiles. Hacia el poniente, en cambio, el delgado curso de un río estrecho era el solaz de la niñez que, en sus aguas llenas de heces y desperdicios, sumergían sus débiles cuerpecitos ignorantes del grave riesgo de infecciones.

También los centros de salud se mimetizaban con el entorno. Al oriente, clínicas relucientes como diamantes, dotadas de todo adelanto médico. Al poniente, vetustos hospitales oscuros, deslucidos, sucios y hasta malolientes, que más parecían estercoleros que aleros del dolor. Aquí, enclavado en este muladar, estaba el hospital Del Buen Samaritano.

A dos leguas de él, y rogándole cada año al río que no se llevara su casucha, vivía Lucía Victoria con su padre. Esteban, en cambio, a unas ocho cuadras del hospital, habitaba una vivienda de paredes de adobe protegida por un techo de planchas de zinc que en verano se quedaban con el calor del sol hasta bien entrada la noche y que, en invierno, servían de altavoz a la lluvia y al granizo. Taylor tenía su casa en el límite borroso que separaba los extremos de la ciudad. El doctor Favio Luengo, en cambio, vivía en la zona oriente, en una mansión de corte moderno con techos planos y grandes ventanales, rodeada de extensos jardines en los que numerosos árboles jugueteaban con el viento de la tarde.

Por cierto que en esta ciudad hay voces que, sin saber el daño que producen sus palabras, la han dividido en dos. Tratándose de un pueblo montañoso, dijeron que una era la urbe de la cota Mil hacia arriba, y otra la que se extendía por debajo de este límite. Sin habérselos propuesto, con ello, obviamente, llaman a la recóndita conducta de la revancha que los pobres desean tomarse sobre los ricos. Lejos de procurar que la ciudad sea una sola, un solo corazón solidario y tolerante, se utilizó la amplificación de la lucha para dirimir las diferencias sociales. No saben lo que dicen porque, si no había odio antes de sus palabras entre quienes habitan bajo el mismo cielo, después de ellas se abrió un abismo que no se superará jamás. La historia se encargará de mantener sus brasas y el hombre, cuando le convenga, volverá a soplar sobre ellas. Lo de la Cota MIL llegó para quedarse.

La parroquia del padre Juan se asentaba a pocas cuadras del río y a unas seis del hospital; y las oficinas del Obispo se acurrucaban en el centro mismo de la urbe.

Todas estas personas nada tenían de común; se conocieron, unos por el efecto homogeneizador de la escuela, y otros por la acción de hermandad ante el dolor que confiere el hospital. Y por la vida misma, que entre las trencillas del destino reúne a los seres de un modo misterioso, en el que cada persona parece no tener posibilidades de elección.

Aunque se crea que uno es el dueño de su tiempo, el sólo hecho de albergarse bajo el cielo, no importa en qué lugar de la tierra, constituye un acontecimiento cuyas proyecciones no puede imaginarlas persona alguna. No es el hombre una marioneta de la casualidad, pero las líneas trazadas por el existir son capaces de hacerlo su cautivo. Lo que el hombre debe hacer, usando su libertad, es tratar de mejorar la condición que los hados le marcaron.

Y eso fue lo que sucedió con el padre del doctor Esteban Alberó, Segundo.

Segundo Alberó se estaba preparando para dejar su turno; había cumplido ya las doce horas previas con un trabajo agotador. Alrededor de las siete y media de la mañana comenzó a ordenar sus ropas y se preparaba para darse una ducha reparadora antes de volver a casa. Estaba en ello cuando Julio Javier Nero llegó en su busca:

—Segundo, le dijo, lo necesita la enfermera de turno.—

Molesto, en parte por el natural cansancio originado en el trabajo nocturno y por la irritación que le sobrevinía cuando alguna circunstancia lo obligaba a posponer lo que estaba haciendo, se dirigió de mal talante a la oficina de la enfermera jefe. Iban él y Julio Javier por el pasillo del tercer piso del hospital, lugar flanqueado a ambos lados por pabellones quirúrgicos. De súbito, se abrió violentamente una de las puertas de batiente de un pabe-

llón para dejar salir a un médico –vestido para efectuar un acto quirúrgico– quien corría rápidamente portando un extinguidor al que, nerviosamente, le iba retirando las abrazaderas. Con premura, y ahora casi pasando a llevar a Segundo, se precipitó al pabellón que se encontraba al frente de aquél que acababa de salir. Sin esperar, Segundo y Julio Javier siguieron al cirujano y entraron velozmente tras él.

En el pabellón había algo de humo; el equipo quirúrgico – dos cirujanos, un ayudante, una arsenalera, una enfermera, una auxiliar

de pabellón, un anestesista y dos médicos Internos – trabajaba concentradamente en una cirugía a corazón abierto. Al fondo del pabellón, a tres o cuatro metros de la mesa quirúrgica en que se encontraba el paciente, bailaba una pequeña lengua de fuego que se había originado en el interruptor del monitor que medía los valores vitales del paciente. El médico anestesista manipulaba la máquina de gases y preparaba una dosis de anticoagulante. De pronto, la pequeña llama saltó por encima de la espuma del extinguidor que se abatió sobre ella y, recorriendo con la velocidad de un rayo el piso del quirófano, se introdujo en la válvula que regulaba la salida de oxígeno: sobrevino un terrible estallido. El fuego, ahora, estaba por doquier; hasta en el cielo raso había llamas. Los médicos Internos, la arsenalera y el anestesista habían sido lanzados hacia la puerta de salida del pabellón y sus cuerpos yacían sin vida. Dos de ellos tenían el abdomen totalmente abierto y las vísceras colgaban de los jirones de carne chamuscada.

Sobre el paciente, y abrazándolo en un acto de querer protegerlo, ardía el cuerpo del cirujano. Segundo había alcanzado a llegar al tubo de oxígeno. Al estallar éste, una esquirla lo decapitó. Julio Javier fue expelido hacia la máquina de anestesia, cuyo acero le aplastó el tórax y lo oprimió con tal fuerza, que le produjo un estallido del corazón.

El doctor Alberó escuchó el estruendo producido por la explosión pero se encontraba practicando un drenaje, lo que le impidió moverse para cerciorarse de lo que había sucedido.

Pocas horas después, una vez que se fueron los bomberos, las ambulancias, la policía, el vagón del servicio de medicina legal y los curiosos de siempre, el hospital Del Buen Samaritano había sido evacuado completamente. Sólo permanecieron en su sala los pacientes del Servicio de Urgencia, porque era muy complejo trasladarlos.

El doctor Alberó terminó su trabajo y, una vez cerciorado de lo sucedido, guardando compostura impecable, salió rumbo a casa para hablar con su madre.

Iba con el corazón destrozado.

Había corrido hacia el lugar cuando le comunicaron el terrible suceso. Una vez que allí llegó, con inmenso amor y respeto se acercó al cuerpo de su padre. Este yacía de espaldas, y la cabeza, negra y con el cabello chamuscado, colgaba hacia un lado. Como pudo y en silente sollozo, acercó ésta al cuello de Segundo y, como si se tratase de una tarea en extremo delicada, como si a su padre fuera a dolerle esta maniobra, con dulzura la dejó en su lugar. Papá, le decía, ¿por qué te has ido así sin despedirte? ¿No sabes que, yo, mucho te quería? Nos quedaba aún tanto tiempo para conversar y reírnos de la vida, de sus mediocridades, de su levedad. Sé que no

te di el cariño que esperabas; pero, te aseguro, yo lo tenía bien guardado aquí en mi corazón. Sé que no te dije con frecuencia lo mucho que te amaba; que te admiraba por tu forma de ser, por la honesta postura que tenías ante tu propia realidad. Tal vez no sea el momento ahora, lo sé, pero nunca será tarde para pedirte perdón si alguna vez te falté.

Unas manos lo ayudaron a levantarse del lugar.

Nunca supo quién lo había consolado.

La noticia fue recibida por Esmeralda con silencio y llanto mudo; Esteban la abrazó tiernamente y le acarició los cabellos. Sentía en su pecho el estremecimiento de la mujer.

No logró hablarle.

No tenía cómo aliviarla ni confortarla.

Ambos se sentaron alrededor de la mesa del comedor donde hacía pocos días habían conversado tan alegremente.

Se tomaron de la mano.

Se miraron con tristeza.

No había de qué hablar; la realidad era tan pavorosa y la tragedia de tal envergadura, que las palabras nada tenían que hacer; nada podían cambiar ni remediar.

Al día siguiente, Esteban se dirigió al servicio médico legal. Éste estaba adosado al hospital Del Buen Samaritano.

Era muy temprano cuando llegó. Lo hizo solo, sin su madre. Quería evitarle a ella un nuevo dolor.

Cuando llegó estaban allí, quizás si desde el mismo día de la tragedia, los padres, hermanos, colegas y amigos de las víctimas, esperando que se terminaran de hacer las autopsias que mandaba la ley.

Entre ellos, a un costado de la sala de espera, se destacaba Jonás Taylor. Cuando vio a Esteban, se adelantó decididamente hacia él y lo abrazó con ternura. El joven médico devolvió el abrazo y se refugió en el regazo de Taylor, en el cual experimentó una mezcla de consuelo y amparo que lo hicieron gemir. Jonás Taylor, mantuvo entre sus brazos a su querido muchacho y le dijo:

—Reza por tu padre para que esté bien y no abandones a tu madre; ella te necesitará más que nunca—.

El funeral de Segundo Alberó fue al día siguiente, a las tres de la tarde.

No hubo responso; — él no lo hubiera querido—, dijo Esmeralda.

Desde el mismo domicilio salió el sepelio al que asistió muy poca gente.

Tras el ataúd caminaban abrazados, madre e hijo.

Tras ellos, acongojados y cabizbajos, los amigos de la niñez de Esteban: Esmerindo el cartonero, su hija Lucía Victoria y el doctor Jonás Taylor.

No hubo discursos de despedida; nadie dijo que Segundo había sido bueno como padre o como esposo; nadie expresó pesar por su ausencia en el trabajo. Tal vez fuera mejor; es

más realista callar que hacer aparecer a cada muerto como si hubiera sido un dechado de virtudes. No, el hombre no es eso; es un amasijo de bondades y maldades; una mezcla única de heroicidades y cobardías; un saco casi completamente ocupado por la niñez, en donde se ha colado, a veces, un poco de sabiduría y prudencia.

Esteban, siempre al lado de su madre, entendió de repente, como un relámpago, que la pobreza conduce a la tumba sin discursos. Para la sociedad de todos los tiempos, las vidas mínimas no son dignas de palabras de elogio, ni de discursos de despedida. Pero, para él, su padre era una vida insigne; era un hombre íntegro y coherente en el vivir de acuerdo a sus convicciones.

Comprendió, el joven doctor, que esta era la única forma de vivir.

Lucía Victoria se acercó a Esteban y furtivamente le tomó la mano en signo de compañía, y aprovechó de hablarle al corazón. Esteban no le habló; sólo atinó a besar la mano de la joven.

Antes de que finalizara el humilde funeral, la hija del cartonero se acercó nuevamente a Esteban y le preguntó.

—¿Has visto al padre Juan?—

—Lo visito y lo examino cada día; yo creo que se va a recuperar. Pero nos preocupa una profunda depresión cuyo origen, creemos, es por la enfermedad. En todo caso, es una depresión mayor, por instantes cercana a la demencia, que lo hace delirar—, respondió. Se quedó en silencio unos instantes, pero como si le hubiera llamado la atención algún hecho, continuó:

—El padre es importante; fíjate que lo visitó el Obispo, quien, incluso, le dio la Unción de los Enfermos.—

—¿Y qué tiene eso de raro?— preguntó Lucía.

—Es que no es frecuente que un Obispo se preocupe mucho por los curas; los curas viven muy solos y los obispos no los apoyan con la regularidad que debieran. Hay curas que nunca son visitados por su superior. Pero, si no hacen algo conforme a las órdenes de un prelado, caen sobre él como si fuera un delincuente.—

—Creo que tienes razón, apuntó la joven; a los comedores que el padre Juan tiene para los pobres, pocas veces se ha allegado el Obispo.—

XXI

Marina Luz estaba seriamente deprimida. La muerte de su nieto la hundió en un pozo ingrato de pensamientos nefastos. Con la partida del pequeño Pelayo, su propia vida parecía haber perdido su sentido.

Esa mañana, sin embargo, haciendo un gran esfuerzo, decidió ir a visitar a su hija. Hacía semanas ya que no la veía y sintió la imperiosa necesidad de conversar con ella un asunto que le corroía el alma.

Atravesó la ciudad y llegó a la parte alta, allá donde todo parece resplandeciente y ordenado.

La casa que habitaba su hija Marina Gracia junto a René Pelayo Méndez, su esposo, parecía un castillo. De estilo pintoresquista, mostraba sus muros con ladrillos a la vista, los techos eran de tejas planas a dos aguas y mostraba bow windows con vitrales en forma de rombos en sus ventanas. Los pasillos estaban revestidos en mayólicas brillosas con frisos. Y, para el invierno, contaba con grandes chimeneas en los cuartos y en el living principal.

A Marina Luz siempre le pareció que esta casa era muy ostentosa; que su hija no comulgaba ese estilo de vida. Pero, claro, René Pelayo era hombre dedicado a la política y debía mostrar las diferencias con el resto de sus congéneres. Harto delicada era su labor como parlamentario y merecía gozar, al menos, de un hogar cálido y acogedor, en un barrio tranquilo, ordenado y elegante.

Madre e hija se saludaron con tristeza; la amargura se veía en el rostro de ambas mujeres.

No tenían mucho que decirse; quizá cuál de las dos tenía la aflicción más honda.

Una mucama muy solícita les sirvió té y galletitas en una terraza del lugar.

Mientras Marina Luz echaba una pizca de azúcar a su infusión, le dijo a su hija:

–Marina, ¿estás segura de que a Pelayito le hicieron bien el tratamiento? –

–¿Qué me quieres decir, mamá,– respondió Marina; René Pelayo y yo hemos consultado con los mejores neurólogos y neurocirujanos del país y del extranjero, y nos hemos asesorado con numerosos y destacados oncólogos, de modo que a nuestro hijo no le escatimamos nada. No entiendo qué me quieres decir.–

–Marina, replicó la madre, cuando estaba acompañando al niño la misma tarde que falleció, ocurrió un hecho que ignoras.–

Con todo detalle, la madre de Marina Gracia le relató los sucesos que vivió y, por ello, se atrevió a preguntar otra vez:

–¿No crees que tengo derecho a saber si al niño le hicieron eutanasia?–

Fuerte resonó esta palabra en el alma de Marina Gracia; sabiendo que en algún momento abrigó esta acción en su mente, un cierto azoro asomó a su rostro, pero sobreponiéndose dijo a su madre:

–Mamá, ¿cómo se te puede ocurrir semejante cosa?–

–Ya te he contado todo, hija; ¿no crees que es el momento de investigar los hechos y determinar si el doctor que lo trató hizo algo tan deleznable?–

–Mamá, repuso un tanto inquieta Marina Gracia; el doctor Luengo, que fue su médico tratante especialista en dolor, nos guió sabiamente respecto de muchos aspectos relacionados al problema de mi hijo; problemas no sólo médicos, sino también, morales. No tengo nada de qué sospechar de este gran doctor.–

– Si tú no lo haces, lo haré yo; no podría proceder de otro modo, después de ser testigo de un hecho a todas luces criminal, si no por este doctor, por cualquiera otra persona.–

–Pero , madre, exclamó la mujer; es mi hijo y eso debe ser decidido por mi y por su padre.–

–Y yo soy su abuela y, en conciencia, creo que en su caso se ha cometido un delito.–

Cuando su madre se hubo marchado, Marina Gracia telefoneó a su esposo y le relató con detalles la conversación con su madre. Aunque preocupado por el cariz que iba tomando el asunto, René Pelayo tranquilizó a su esposa y le prometió que hablaría, si fuera posible hoy mismo, con el doctor Luengo.

René Pelayo Méndez era de mediana estatura, destacando más el tronco que sus extremidades, las que más bien parecían un tanto cortas respecto de la proporción que debieran tener en relación al cuerpo. El rostro presentaba casi el mismo ancho en las sienes con relación a las mandíbulas, dando al conjunto un aire de terquedad. Era un individuo muy trabajador, fiel a sus ideales. Su naturaleza práctica lo hacía preferir enseñar a la gente cómo hacer las cosas y establecer las normas de lo que se haría. Por esta razón, como técnico, se contaba entre los mejores. De hecho, era un gran ingeniero y había vaciado todo su esfuerzo en servir como parlamentario. Apenas terminado su ajetreo laboral, decidió ir a entrevistarse con el doctor Favio Luengo.

Como todo buen político, tenía su secretaria que le satisfacía los más increíbles caprichos, y un chofer que lo llevaba, a cualquiera hora, a cualquier parte.

Cuando llegó al hospital Del Buen Samaritano, lo estaba esperando el propio doctor Luengo. El médico, aun vestido con su bata, estaba muy interesado en conversar con el político. Casi minutos antes de que lo llamara René Pelayo Méndez, su abogado Iván Smey le había comunicado que se había presentado al juzgado del crimen una acusación por homicidio contra quien resultara responsable de la muerte dolosa de Pelayo Méndez junior, y que siendo él Jefe de Residentes, debería estar al tanto del libelo acusatorio.

– Los jueces, doctor, obedecen a las leyes, le dijo el abogado Smey; las palabras escritas de los cuerpos legales les impiden pensar y ejercer justicia con reflexión. Y, un buen abogado, un abogado “macuco”, como dice la gente, puede torcer el significado de las palabras. Recuerde que macuco viene de ma, que quiere decir mamá y cuco, que recuerda a Mefistófeles. Y, yo, soy macuco. Un buen juez, que interpreta las leyes a la perfección, pero que no piensa, será un buen bocado para mi, –bromeó Smey.

La reunión de ambos hombres transcurrió sin incidentes y René Pelayo le aseguró al doctor Luengo que sería retirada la demanda: él conversaría este tema con su suegra.

XXII

Amelia salió muy temprano ese domingo; había quedado de juntarse con Julio Javier para pasear y almorzar juntos; por cierto, aprovecharía de preguntarle qué había sucedido con la explosión de hacía algunas semanas en los pabellones quirúrgicos del hospital Del Buen Samaritano, que era donde él trabajaba. Su patrón, no le había contado nada y, en la mesa familiar, a la hora de la cena, mal podía informarse.

Amelia fue al mismo café donde hacía cuatro semanas, también en domingo, había pasado una deliciosa velada con el joven enfermero.

Como el muchacho no llegara, Amelia decidió ir a la cantina donde Julio Javier trabajaba.

Con temor, dado que el local siempre estaba atestado de parroquianos que iban a beber, se acercó a la barra y preguntó por su compañero. Uno de los barman, muy extrañado, prefirió decirle a Amelia que esperara y desapareció tras la barra.

Un poco después apareció el padre de Julio Javier, quien de inmediato abordó a la joven:

– Señorita, ¿en qué puedo servirla?–

– Señor, respondió Amelia, quisiera saber cómo hallar a Julio Javier Nero, que trabaja en el hospital Del Buen Samaritano.–

El padre de Julio miró a la joven con bondad y tristeza;

– Soy su padre, le dijo, con los ojos ya húmedos y la voz temblorosa.– Tomó a Amelia por un brazo y la llevó fuera del bullicioso local.

– Señorita, mi hijo falleció hace 4 semanas en la explosión que hubo en el hospital donde trabajaba– y comenzó a sollozar.

Amelia, muy atribulada, no podía creerlo; incapaz de pronunciar palabras, abrazó al padre y se despidió de él. Cuando había dado algunos pasos, el hombre la llamó y le preguntó qué deseaba. Amelia le contó que había hecho una hermosa amistad con su hijo, pero que no había nada entre ellos, salvo eso.

Tampoco Julio supo qué otra cosa decir a la joven mujer; le dio pena la pena de ella.

—Si en algo puedo serle de utilidad, le ruego venga por aquí; ya veré cómo podré ayudarla.—

Ambos se separaron y no volvieron a encontrarse.

La muchacha volvió sobre sus pasos y decidió ir a visitar a su madre; hacía mucho tiempo que no la veía y ésta podría ser una buena ocasión.

Cuando llegó a la casa de su niñez, nada había cambiado; los pocos muebles que habían quedado sin ser vendidos por su madre para poder seguir bebiendo, estaban en los mismos lugares de siempre. Es cierto que la casa estaba más limpia y ordenada, pero el ambiente rezumaba soledad y pobreza. El pequeño jardín que estaba a la entrada, se había secado.

Herminia la recibió con vivas muestras de cariño, pero Amelia no pudo responder de igual manera; aun conservaba animadversión hacia su madre; aun no le perdonaba la violencia que sobre ella había ejercido, mientras era presa de los efectos del licor.

Las dos mujeres, sin embargo, pudieron conversar sin rencor manifiesto, pero resultaba evidente que entre ambas, parecía que se había interpuesto alguna sombra de indiferencia. A pesar de todo, en un momento más íntimo de la conversación, tal vez cuando los perdones tratan de aflorar a la superficie de los resentimientos.

Herminia se levantó de su sillón y se dirigió al dormitorio. Después de muy poco tiempo, volvió al lado de su hija con un paquetito de regalo. Este, muy bien envuelto, tenía en el exterior la palabra Amelia.

—La noche de navidad en que tu padre murió, le dijo a su hija, ya hace diez años, él tenía entre sus ropas este regalo para ti. El alcohol y la rabia que sentía en contra tuyo en ese tiempo, me hicieron no entregártelo. Creo que hoy es una muy buena ocasión para ello y para pedirte perdón por mi vicio. Yo, hija mía, nunca he dejado de amarte, te lo confieso; y, aunque sé que tú podrías odiarme, y con razón, te ruego me perdones por el daño que te causé.—

Amelia ya no tenía sino leños secos en el corazón; no le conmovió la solicitud de su madre. No contestó nada a la demanda de perdón hecha por ella. La violencia que Herminia había ejercido sobre la muchacha en medio de los efectos del alcoholismo, había cubierto a Amelia de una capa de apatía e indolencia de la cual no pudo o no supo librarse. Fue así como ambas mujeres se despidieron: no hubo un beso, un abrazo, una palabra que moviera a pensar en que habría otro encuentro.

Era tarde ya; Amelia volvió a la casa de sus patrones.

XXIII

El padre Juan Pedro se recuperó de su complicada neumonía.

Volvió a su parroquia en la cual fue recibido con vivas muestras de cariño por todos. El cura volvió a compartir los almuerzos con sus marginados, y Lucía Victoria se mantenía ayudándolo.

Uno de esos días, el párroco fue llamado al arzobispado.

El cura, casi olvidado del desagradable asunto vivido con Smey y el doctor Luengo, nunca sospechó que fuera este episodio el causante de esta citación.

Acudió con presteza y se presentó al secretario del Obispo Edgardo Lanas. Nunca había estado en el lugar, de modo que, mientras esperaba, se admiró de la finura y elegancia que allí había. Las paredes tenían hermosas pinturas de autores conocidos; los muebles eran de ricas maderas; la alfombra parecía ser de esas de muy alto costo, que son capaces de absorber cualquier ruido y hacer sentirse al que la pisa, como si fuera a hundirse en un tejido delicioso. Las lámparas de cristal colgaban desde el techo, luciendo sus lágrimas a ratos, luminiscencias tornasoleadas. Había tres grandes puertas que daban a diferentes oficinas. Por allí, no muy visible, un crucifijo miraba cómo se lucía la riqueza y el fasto.

Juan no se hizo comentario alguno; ni siquiera comparó este lugar con su oficina dormitorio. Tampoco pensó que le faltaba una alfombra, aunque fuera sólo una esterilla para cubrir su piso de linóleo. Menos aun se preguntó, por qué era tan pequeño el recuerdo del crucificado y tan grandes las fotografías de obispos ya desaparecidos.

Pocos minutos después de su llegada, pudo entrar al despacho del señor Obispo.

Ambos se saludaron muy respetuosamente; el prelado tenía gran admiración por el párroco Juan Pedro Oñate y este confiaba en su Obispo. Es cierto que Monseñor Lanas rara-

mente fue a visitar al cura, pero en algunas fiestas religiosas se encontraban en el presbiterio y cruzaban miradas de simpatía.

Pero ninguna palabra.

—Le he pedido que venga, dijo Edgardo Lanas, poniendo en su rostro una máscara de seriedad, porque se me ha enviado un sobre, sin membrete, sin firma, sin esquila, en una palabra, sin remitente, con unas fotos que lo incriminan, padre.— Y diciendo esto, le entregó a Juan Pedro el gran sobre conteniendo las fotografías en donde este aparecía acompañado de una mujer joven, muy joven, de pie, tras él; y otra en la cual, Juan, en evidente condición de “ebriedad”, se afirmaba en el dintel de la puerta de una conocida casa de citas.

El párroco recordó, con dolor, ese enojoso y repugnante episodio. Miró con atención ambas imágenes con mucha vergüenza. Su rostro más bien pálido, que mostraba una faz llena de bondad; algo mofletudo y orlado por un par de ojos grises saltones, se tornó de un encendido rojo, y algunas gotas de sudor aparecieron en la frente ya surcada de numerosas arrugas y manchas marrón.

Después de haberlas observado con franca aprensión, las devolvió al Obispo.

Se incorporó un poco más en el sillón en donde se había sentado, frente a su superior, y tratando de ser lo más claro posible, le relató dicho episodio.

Edgardo Lanas escuchaba sin dar expresión alguna a su rostro; podría decirse, incluso, que tenía un leve asomo de aversión y antipatía que se mezclaba, sutilmente, con cierto aire de incredulidad.

El cura Juan era crédulo, inocentón; su bondad traspasaba todo límite racional. De hecho, a su enfermedad la había encarado como una persona de bajos recursos, y vivía casi como un marginado.

Después de haberlo oído, el Obispo le dijo:

—Deberé presentar estos hechos al consejo episcopal, padre; la prensa ya publicó estas fotografías en varios periódicos de hoy en la mañana, y los cronistas y redactores me pidieron una conferencia de prensa para una hora más. En las páginas de estos diarios se dice que usted asistía con frecuencia al lenocinio, y que tenía relaciones con una menor, que es la que aparece en la fotografía que le acabo de entregar.—

—Pero, Monseñor, dijo, titubeante y tartamudeando el cura Juan; jamás he estado en ese lugar. Acabo de explicarle las circunstancias que me obligaron a ir allí, por una sola vez, y hace varias semanas. Y nunca, por cierto, he faltado a mis votos de castidad.—

—Si es una carta anónima, le ruego no le dé valor. En primer lugar, porque mienten las imágenes; y en segundo lugar, porque le estoy diciendo la verdad.—

—¡La verdad, la verdad! La verdad está aquí, padre Juan; no tiene cómo ocultar este flagrante y real hecho. Las fotos no mienten. La dirección de la casa donde usted estuvo, tampoco.—

—Monseñor, le ruego que hable con el señor Smey; él, muy enojado por la carta que yo envié años atrás, no recomendando su entrada al seminario, es el autor de esta calumnia.—

El Obispo no quiso decirle a Juan que, pocos días atrás Smey y su madre fueron a visi-

tarlo para referirle lo sucedido. Le narraron, también, la íntima amistad que este tenía con algunas de las chicas de la calle Javier Ercilla 418. Tampoco quiso decirle al párroco, que Smey y su madre, piadosa y muy generosamente, habían dejado una donación en dinero que sobrepasaba, en mucho, el presupuesto del arzobispado de todo un año, para que el señor Obispo dispusiera de ello como lo estimara conveniente.

La reunión con la prensa resultó como era de esperar: el cura había estado allí, en una casa de remolienda, a horas, a todas luces dedicadas a actividades oscuras; sí, también; era cierto: era una menor de edad.

No, eso no se puede tolerar; ninguna persona puede tocar a un menor, mucho menos un representante de la Iglesia, de cualquier Iglesia.

Los diarios lapidaron a Juan, al día siguiente. Sin someterlo a un juicio, ya estaba precipitado al abismo del oprobio; de buen cura, pasó a criminal, así, de un salto, sin que nadie pensara en los hechos y cuál era su verdadera dimensión.

Lo extraordinario ocurrió en la parroquia: hasta los mendigos le dieron la espalda. Para todos era un delincuente. El mismo que compartía el pobre pan con los miserables, ahora era un malhechor, un delincuente.

Juan cayó en la más profunda de las depresiones; su vida, oscurecida por la vergüenza y el dolor, se vio amenazada, porque él mismo deseaba, en la sima de la oscuridad, desaparecer entre sus propias manos.

El suicidio se fue conformando en su mente; lentamente apareció como la solución para este terrible momento que vivía.

Quiso salir de su casa. Para ello comenzó a caminar, como siempre lo hacía, por el pasillo central del templo. Como tantas otras veces, enfrentó al altar y se encontró con la lucecita roja del sagrario, que titilaba como siempre.

Se arrodilló.

Se metió el rostro entre las manos y lloró amargamente.

Mírame, Señor; me he convertido en un paria. Tú has venido para los parias. Pero no te siento, me pareces tan lejano; me asalta el pensamiento de que me has olvidado, de que me has abandonado. Pero, Señor, tú sabes que soy inocente..... No, no encuentro que seas injusto, pero mira lo que me ha pasado..... Ayúdame, ayúdame.–

Volvió a gemir; el peso del agobio no lo dejaba pensar.

De pronto, llamaron a las puertas del modesto templo.

Juan Pedro se sobresaltó. Se limpió las lágrimas y se dispuso a ver quién era el que tocaba.

Con cuidado, temeroso de que fuera la prensa, entreabrió una hoja de las gran puerta.

–Buenas noches, padre Juan; soy yo.–

Era Esteban, Esteban y su cabás.

El doctor tenía el rictus del dolor en la faz; estaba más delgado, mucho más delgado. Desde la muerte de Segundo Alberó acaecida hacía semanas, el joven doctor no había

logrado conformidad. Arrastraba todavía los recuerdos de su padre.

No había dejado de trabajar y lo hacía sin tregua: en el hospital, en el consultorio, en el servicio de urgencia; en casa, con su madre, para consolarla; en casa de Esmerindo para ayudarlo en su recuperación. El trabajo era para él una terapia.

Juan no dijo palabra alguna.

—Padre Juan, dijo Esteban, vengo a conversar con usted; ¿puedo entrar? —

Avanzaron por la nave hasta el dormitorio-oficina del cura. Juan Pedro, aún silencioso, se sentó en el borde de su lecho.

—Padre, repitió Esteban, ¿podemos conversar?—

Juan se veía demacrado y macilento, y su rostro estaba humedecido por el llanto. Su fisonomía era la de un enfermo.

—Perdone que haya venido tan tarde, pero quería saber cómo estaba. Estuve preocupado por usted cuando se encontraba hospitalizado y eso me trajo hasta aquí.—

—¿No sabes qué me ha pasado, Esteban; no te has informado por la prensa?—

—No sé de qué me está hablando, padre Juan, dijo extrañado el joven doctor. Hace mucho que no leo la prensa; sus lugares comunes, los odios que despierta, la muestra de chismes y falsedades que algunos de sus cultores viven proclamando, han hecho de nosotros una comparsa de mediocres. No, no quiero compartir eso, porque creo que cada persona merece respeto, cosa que muchos periodistas no aceptan, y si lo aceptan, no lo cumplen.—

Juan miró un tanto incrédulo a su interlocutor, pero se armó de valor y le relató con detalles aquello que le había sucedido.

Esteban se devastó con lo escuchado y tuvo temor de que el cura fuera a tomar erradas decisiones respecto de sí mismo.

—¿Y qué hará, padre?—, preguntó casi con inocencia.

—No lo sé, mi querido doctorcito; no lo sé. Estoy abrumado, angustiado, desorientado. La vida se me puso negra de súbito y no tengo lucidez alguna para reflexionar.—

—Además, prosiguió, de acuerdo a la enseñanza de Jesús, yo debería poner la otra mejilla y no reclamarle al que me ha robado, —la honra—, en este caso—. Y lo que es más: en la fe, estoy obligado a rezar por los que me persiguen. En otras palabras, querido amigo, sea lo que sea que el episcopado o su consejo decidan sobre mí, yo debiera acatarlo en silencio.—

—Padre Juan, replicó el doctor Alberó, ¿no cree usted que está siendo muy fanático en cuanto a respetar al pie de la letra lo que expresa el evangelio? —

—Esteban, las palabras de Jesús son para cumplirlas; no hacerlo es convertirse en tibio y Él, abomina y vomita a los tibios.

—Si es así, padre, todos somos tibios o lo hemos sido en innumerables ocasiones,— repuso el médico, un tanto preocupado por el giro que tomaba la conversación con el párroco.

—Ese es el nudo de la realidad de nosotros los cristianos, Esteban; somos tibios, nos atemorizan las palabras del Maestro. Por cierto, que nadie pone la otra mejilla; todos in-

dicen con el índice al culpable; la caridad no se ejerce con el prójimo, y así... ¿Para qué te sigo dando más ejemplos? Basta con unos pocos para que puedas apreciar lo mediocre que somos. Todos. Los curas y los fieles. Y ello es porque tenemos miedo de desaparecer nosotros mismos; miedo de que nos tilden de tontos o de inocentones; miedo a que nos exploten por satisfacer el mandato del evangelio; temor a ser despojados de lo que tenemos; vergüenza de parecer muy dogmáticos, o como dicen ahora, fanáticos o talibanes. Eso es lo que nos pasa a los cristianos. Si unos pocos fuéramos verdaderamente observantes del pedido de Jesús, el mundo sería un paraíso.–

–Además, hijo mío, no tengo ninguna posibilidad de ser de otro modo. Pero me entristece no ser mejor, ser más congruente con lo que pienso.–

–¿Por qué lo dice, padre Juan?–

– Porque, si de verdad creyera que en el sagrario está Jesús, en cuerpo y alma, yo debería permanecer de bruces en el templo y no sólo de rodillas.–

– Pero soy cobarde y te diré por qué: Si lo hago, dirán que me he vuelto loco o que soy fundamentalista. No, doctorcito, no soy fundamentalista, porque no persigo al no creyente, no lo ataco, no lo humillo, no le quito su trabajo ni su comida en el nombre de Dios. Sin embargo, sí que puedo ser tildado de loco por postrarme de bruces. Me da miedo de que crean loco, porque me despedirán de mi trabajo y no podré ejercer el ministerio que tanto amo. Es por ello que sólo me pongo de rodillas. Pero, profundo en el corazón, siento que estoy traicionando a Jesús, porque no estoy reconociéndolo, como debiera, delante de los otros.–

– Padre, no sea tan exigente consigo mismo,– le contestó el doctor.

– Pero hay que serlo, doctorcito; es preciso vivir como se piensa; de otro modo, inevitablemente terminaré pensando como vivo.–

Esteban se tomó la cabeza con las manos y escondió su cara.

Sentía que, de pronto, toda su fe se hubiera venido abajo. Percibió, con la luminosidad de un relámpago, lo lejos que estaba de creer y advirtió, con prístina imparcialidad, que para vivir la fe se requería de muchísimo valor.

– Padre, no sé qué contestarle; perdone por ser tan rudo o ignorante, pero no sé cómo ayudarlo a salir de este embuste.–

– Mucho me consuela que hayas venido. Ya casi todos me han dado vuelta la espalda. Es como si de pronto me hubiera cubierto de llagas y nadie se me quisiera acercar.–

–Es muy siniestro y repugnante lo que ha hecho cierta prensa con usted, padre Juan, musitó Esteban. Siento, y perdóneme por lo que voy a decirle, que han matado a una avecilla inocente.–

–Esteban, tú eres médico. Hace tiempo ya que tienes experiencia con el hombre. Se puede decir que lo has ido conociendo en toda su trágica dimensión. Es por eso que me atrevo a disentir contigo. Nadie es inocente, todos tenemos nuestros pecados, nuestras culpas. Yo también he pecado, he mentido y he deseado los bienes de otros. También he mirado pornografía y así... Pero por el mismo Jesús te juro que jamás he manchado, ni con

la fornicación ni con el adulterio, a mi sacerdocio. Esas fotos no están trucadas, son reales, pero lo que muestran no es la verdad. Se trata de un montaje inteligente del que no me percaté. Y te lo digo de corazón: si me hubiera dado cuenta, no se los habría impedido.–

Pero, ¿por qué no?–, preguntó el médico.

– Porque Jesús no lo hubiera hecho,–dijo Juan.

– ¿Quiere que lo examine, padre?–

Esteban, desarmado, incapaz de hallar un consuelo inteligente y sensible, abismado con lo que la maldad era capaz de planear, procedió a hacerle esa pregunta al hombre que se estaba ahogando en la denigración y en el abandono. Era lo único que podía ofrecerle. Le parecía que hacer un examen físico le permitiría buscar entre la carne triturada por la angustia, algún sobrante del despojo que pudiera tratar con cualquier píldora.

Una sonrisa triste, de esas que se dan sin esperanzas, fue la respuesta del párroco que, obediente, comenzó a desvestirse.

Ya había cavilado Esteban sobre esta ceremonia en la que interactúan médico y paciente. En ella, ambos se hermanan en busca de una respuesta a un dolor, a un problema, a un morbo. En esa asociación existe un misterio insondable: el paciente entrega su cuerpo para ser examinado y el médico ofrece su sapiencia y diligencia en pos de hallar algo que permita ubicar aquello que es el núcleo de la dolencia y el origen de ella.

Esteban sacó su estetoscopio, una vez más. Sabía que el cura no tenía ya dolencia que descubrir con este instrumento, pero al usarlo le comunicaba una brizna de aliento y un poco de serenidad.

El joven doctor, sin ningún apuro, como si todo el tiempo perteneciera a este acto solemne, extrajo de su cabás uno a uno sus artefactos y los usó en cada etapa del examen, con esmero y agilidad. A medida que corrían los minutos, el padre Juan miraba a Esteban con nuevos ojos: el canillita de otrora estaba allí, arrodillado a su lado, preguntándole a su cuerpo agotado cómo podría aliviarlo.

Terminó el examen.

Se vistió Juan Pedro.

Guardó sus herramientas el galeno.

Y volvieron a mirarse, ahora preguntando el cura y pensando el doctor.

–¿Cómo estoy?–, preguntó Juan.

Es que resulta imposible no interrogar al médico cuando éste ha terminado el examen. Sólo él puede saber qué aconteció con el cuerpo y, según eso, cómo se le puede auxiliar.

– Está muy bien, padre Juan; se ha recuperado completamente–, fue la respuesta.

Es tal la ansiedad con la que el examen médico inunda al enfermo, que la respuesta tranquilizadora del doctor resulta un verdadero bálsamo para cualquier herida física o espiritual; es como saber que el cuerpo, estando bien, puede ayudar a la fragilidad del alma.

Después de que ambos se despidieron, las sombras volvieron a envolver a Juan. Esteban

salió del lugar con el corazón apretado, no sólo por el momento aciago que vivía el cura, sino porque él, en su calidad de médico, no había tenido palabras de consuelo. Eso era lo que más le importaba, porque creía fuertemente que el médico debería ser un pozo inacabable de sosiego y solaz para el que le pidiera ayuda. Por primera vez tenía la convicción de haber vivido un acto médico casi perfecto en donde comienza el diálogo entre el médico y el paciente; entre un sano y un enfermo; entre un hombre que se siente solo y uno que ha nacido para acompañarlo; entre uno que no sabe lo que su cuerpo doliente quiere decirle y otro que conoce el diccionario de la patología y cómo descubrirla; entre un hombre al que la enfermedad ha despojado de todo y otro que tiene el poder de ahuyentarla al menos.

Sólo cuando Esteban había terminado su trabajo médico con el padre Juan Pedro, logró identificar que había contemplado esa realidad que revolotea entre médico y paciente: ambos, habitualmente, no tienen conciencia de lo que les está sucediendo; entre ellos va surgiendo una tercera condición que no es la del médico ni aquella del enfermo; es un estado en el que ambos se hermanan en la búsqueda de algo intangible, pero escondido entre los pliegues de la salud: la enfermedad. Este tercer componente así originado es la argamasa formada por la vida, el alma y el cuerpo del paciente martirizado por los síntomas; y el médico, que recibe la vida, el alma y el cuerpo de su enfermo, para hacerlos uno con él y crear una armadura que proteja de la muerte y del dolor a uno y del error al otro.

Esteban, el doctor Esteban Alberó, comenzó a asombrarse de lo sucedido con su enfermo.

A medida que transcurrían los minutos, la conversación, quizás si preguntas y respuestas en un principio, fue deviniendo en un fluir de hechos, sentimientos, opiniones, ruegos, esperanzados pensamientos, confesiones de circunstancias íntimas que sólo se revelan al médico, porque el enfermo cree que si algo le oculta a él, a su doctor, éste puede errar el diagnóstico por no haber contado con todos los hilos que permiten crear la red que aprese a la enfermedad. Él, en su calidad de médico en tanto, escuchó, volvió a preguntar y fue entrelazando acontecimientos de la vida con los síntomas. Después, ordenó los síntomas para configurar un morbo y, una vez tenida la silueta de éste, la pintarrajeó con otros antecedentes y con cualquier sustancia que hubiera tomado su paciente; no fuera a ser que éste, en la desesperación de buscar alivio, hubiera acudido a elementos nocivos que fueren los que ahora simulaban enfermedad, o no fuere a ser posible que la dolencia se hubiere complicado a causa de aquéllos.

Mientras tanto, sus ojos, los ojos del doctor no sólo escrutaban las pupilas de su enfermo; también examinaban su rostro, las características de sus manos, el tono de su voz, el contenido y la forma del lenguaje, las prendas de vestir que usaba, la expresión de su fisonomía, la forma en la que enfrentaba algunas situaciones; la actitud del cuerpo que, respondiendo a los contenidos del cerebro, hablaba por medio de los gestos y ademanes. Y, en medio de toda esta bulliciosa multitud de incidentes, contestó las preguntas que le hizo su paciente. Esteban tuvo clara conciencia de que sus preguntas, hechas en su condición de doctor, fueron iluminando acontecimientos que otrora a Juan Pedro le parecieron insignificantes, pero que ahora, se mostraron con su verdadera significación. También fue evidente para Esteban que este increíble acto, el acto médico, puso en evidencia que, eventos que para su paciente Juan Pedro fueron de señalada importancia,

de la mano del médico habían aminorado su agobiante peso moral. Y se asombró de que el sólo diálogo con el doctor logra muchas veces aliviar congojas en el paciente y apreciar con nuevos ojos trances o sucesos que no merecían tanta preocupación.

Para el doctor Esteban Alberó este caminar por los senderos del dolor de la mano con su enfermo haciendo una sola alma con él, le permitió mirarse a sí mismo y valorar el hecho que innumerables veces las experiencias de los pacientes son similares a las del médico. Es allí donde éste puede calibrar su propia estatura moral, sopesar su coraje frente a la vida y reflexionar acerca de su temple y su carácter. Inexplicablemente y con frecuencia, aquél paciente que parece un niño asustado frente a la enfermedad o a los embates de la vida, y que corre a protegerse bajo el amparo del médico, se yergue como un ser humano de excepción que ha vivido la existencia con heroicidad y valentía, dando así un fuerte y valioso ejemplo al doctor que, por cobardía, quizás cuántas veces se negó a sí mismo o le negó a otros alguna muestra de bondad. Cuando apreció la hondura a la que se puede llegar en la relación con un paciente, el doctor Alberó descubrió súbitamente, que ni éste ni el médico se dan cuenta de que el escenario vacío en el que se encontraron en un comienzo se fue llenando con el dolor, la mutilación, la falta de fe, el miedo y la cobardía de ambos, quienes como cachivaches se despliegan sobre una gran alfombra: la estera de la enfermedad. Y el proscenio se iluminó, poco a poco, con las luces potentes del conocimiento del médico y de la humanidad dolida del enfermo; con el fulgor maravilloso de la solidaridad del médico y la entrega confiada del paciente.

Ni el médico ni el paciente perciben que la ligazón que alcanzan es inapreciable, que no conoce de límites; que es asombrosa por la ternura que la envuelve y divina por el amor que bate allí sus alas. Porque hay amor tanto en el paciente que entrega su cuerpo estropeado para que el médico lo repare, como en el médico que coloca a este ser, que viene a pedirle ayuda, en el regazo de su compasión.

Comenzó su vuelta a casa, sobrecogido de emoción; ya podía atestiguar que, en la tierra, este acto, el acto médico, es el más sublime entre los seres humanos; en él, dos miserias se hermanan para ayudar al más necesitado; dos almas se unen para comprender que la vida hay que aceptarla como es y adornarla con la misericordia y el perdón permanente; dos vidas se entrelazan para perseguir el sueño del bienestar y regalarlo a aquél que le falta; dos conciencias que se miran sin bochorno ni sonrojo, se comprenden y tratan de entender la realidad sin sindicarse con el índice acusador, sino con la estrella de la comprensión. En otras palabras, el doctor es el eventual sanador del enfermo y éste, una potente luz que ilumina las sombras del médico. Entre él y su paciente, en un suceso de inconcebible solemnidad, Esteban logró aprender que siempre se puede empezar de nuevo; que nunca hay que rendirse sin haber luchado con denuedo; que es necesario aceptar las propias limitaciones; que es posible alcanzar, en la tierra, un pedazo de cielo; que siempre debe haber fuego en el alma y oportunidades de dar vida a los sueños; que no siempre hay respuestas; que no se puede cambiar el pasado; que no importa tropezar y caer siempre y cuando no se permanezca en el fango; que hay sufrimientos y penas que parten el alma y que el llanto, tanto del paciente como del médico, recoge los pedazos y los arma de nuevo.

XIV

Iván Smey y Favio Luengo se reunieron un tiempo después de que aquél entregara el sobre con las fotografías acusadoras al Obispo Lanas.

—Tenemos tres problemas, Iván, y hoy mismo deberemos resolverlos. Si no lo hacemos, voy a enloquecer, dijo el doctor Luengo. Vamos al grano.—

—Tu problema con el cura Juan Pedro ya no está en tus manos; el que pierda o no su condición de sacerdote depende del juicio canónico y, salvo tus influencias sobre el Obispo, nada más se puede hacer. El otro asunto que debemos abordar es a la acusación que me ha hecho la abuela de Pelayo. Tal como estás enterado, por ser mi abogado, está presentada una demanda contra mí, por homicidio en la persona de un niño, Pelayo Méndez. Aquí hay implícito un problema de drogas, porque las enfermeras ya me informaron que, cuando encontraron dos ampollas de morfina en el velador del niño, comentaron el hecho en voz alta sin percatarse de que la abuela del muchacho las oía. En ese velador debería haber habido sólo una ampolla del opiáceo, y casi llena, porque se requería apenas la décima parte de su contenido para cumplir con la indicación médica.—

—Y, en tercer lugar, ello terminará por hacerme aparecer como adicto a la morfina y como traficante, porque será difícil ocultar que eran para comercializarlas. Es verdad que yo podría reconocer que eran sólo para mi y ni siquiera mencionarte en un juicio. Pero no podré continuar proveyéndote de la droga, porque, si no fuera por el hospital yo no tendría acceso a ella.—

Ivan Smey, con sus ojillos de lince asustado, miró con un mohín de picardía al médico. Era diestro en cuestiones legales y su alma no tenía límites en lo moral. Su profesión era una buena armadura para protegerlo.

– No se preocupe doctor, le dijo con un acento liviano en la voz; el cura, solito se va a cocinar; los hombres como él son frágiles, son perdedores. Es de esa clase de personas que no lucha ni un ápice por sí mismo; pero, además, aunque ayude a otros, no busca innovar, no es capaz de crear nuevas rutas para enfrentar un antiguo problema. Usted mismo lo puede apreciar: hace años que está en la misma parroquia, que casi se cae a pedazos, pero no se ha movido para remozarla.–

–De la abuela de Pelayo habrá que preocuparse en su momento. Hasta ahora, usted no ha sido llamado por la fiscalía como parte de la investigación; no se ha hecho la autopsia al cadáver del muchachito; no se han tomado declaraciones a las enfermeras; en fin, ni siquiera se sabe el texto de la acusación ni sus fundamentos. De manera que queda mucho por delante, tiempo suficiente para que uno pueda llegar a arreglos con la familia.–

–Es que yo no he hecho nada, abogado Smey; no he tocado a ese niño; no le he dado ni un milígramo más de morfina del que necesitaba. Sólo cometí el error de dejar una ampolla vacía en su mesita de noche, que es la que yo utilicé en mi mismo para aliviar ese intenso dolor que me ataca de vez en cuando.–

–Tranquilícese, doctor, nada le sucederá. Cuando ganemos el juicio, a la vieja le incoamos una causa por perjurio o calumnia y le cobramos hasta las ganas, con lo que usted y yo quedamos muy bien para el resto de nuestros días.–

–De lo que no estoy muy seguro es cómo seguiremos con la morfina; yo la necesito y si usted no me la da, creo que podría tener problemas. –

– ¿ Qué quieres decir, con eso?, preguntó con cierta desazón Favio Luengo.–

–Quiere decir que si no tengo mi dosis, usted puede perder el juicio al que se va a enfrentar, porque si me sobreviene una crisis por abstinencia no podré reaccionar y deberán hospitalizarme por largo tiempo. Y si yo no estoy presente para exponer su defensa, poco podrá hacer usted–, respondió con aire maligno, Ivan Smey.

Al doctor Luengo volvió a asaltarlo el dolor; una cefalea tan severa por instantes que parecía que lo iba a matar. Esta vez, a diferencia de otras, sintió un poco de náuseas y debilidad en las piernas. Luengo pensó que ello se debía a la ingrata discusión que acababa de tener con su abogado.

Por unos momentos se quedó quieto a la espera de que cesara, pero como se fue sintiendo cada vez peor, se levantó y con pasos inseguros, se dirigió al baño.

Extrañado por el brusco cambio que experimentó su interlocutor y cliente, Smey esperó a que Luengo saliera. Mientras tanto, se entretuvo hojeando algunas revistas que había en la oficina del médico.

Pero pasó mucho tiempo, media hora quizás; la situación lo volvió inquieto y decidió averiguar qué pasaba.

Tocó a la puerta del lavabo y llamó a Favio, pero no obtuvo respuesta; volvió llamar, ahora con más fuerza en la voz y en los nudillos.

Silencio.

Giró el pomo de la puerta con cuidado, la entreabrió y pudo ver a Luengo en el suelo, sangrando por una herida en la frente, y sin conocimiento.

Corriendo por los pasillos del hospital, a viva voz, Smey llamaba a un doctor. Unas enfermeras que estaban en su estación de trabajo se asomaron al oírlo. Con voz entrecortada, les contó lo que sucedía y regresó con ellas al despacho del Jefe de Residentes.

Poco rato después, el doctor Luengo se había convertido en paciente. Algunas horas más tarde yacía en la sala de cuidados intensivos, dormido a causa de la medicación administrada. Las tomografías axiales del cerebro mostraban un extenso hematoma en la zona frontal, producto del sangramiento por ruptura de un aneurisma.

Esa misma noche fue intervenido quirúrgicamente.

XXV

El consejo episcopal se reunió como cada viernes, esta vez sin tabla de trabajo.

Alrededor de una mesa oval, que daba cabida a diez y seis personas, estaban el Obispo, y doce párrocos; el secretario del Obispo y un abogado del obispado.

Esta vez no hubo el habitual discurso introductorio para informar acerca de los temas que se tratarían. En vez de ello, Monseñor Edgardo Lanas hizo un relato detallado del caso del reverendo padre Juan Pedro Oñate, párroco de la Santísima Trinidad, una parroquia pequeña, engastada a pocas cuadradas del río, en medio de una población marginal.

Y terminó su descripción señalando que el padre Juan Pedro Oñate estaba en ese cargo desde hacía veintidós años.

Edgardo Lanas no hizo comentario alguno respecto de la carta que Juan Pedro había enviado, dando malos informes de un postulante al seminario.

Todos conocían al padre Juan Pedro; sabían de su comedor para indigentes; no ignoraban la miseria en la que el sacerdote vivía.

Después del relato del Obispo, los religiosos allí reunidos se miraron unos a otros sin hacer ningún comentario.

Pasaron los minutos sin que nadie se atreviera a discernir valorando los hechos en su dimensión. Fue entonces que Edgardo Lanas, visiblemente molesto, dio cuenta de la conversación que había sostenido en los días previos con el acusado. Reconoció Lanas que el padre Juan Pedro se había declarado absolutamente inocente; que las fotografías, aunque no estaban trucadas, no mostraban la verdadera situación que vivió en esa oportunidad, y que pocas horas después de los hechos tuvo que ser hospitalizado por un grave cuadro de neumonía.

— ¿Y quién tomó las fotos?,— preguntó uno de los clérigos.

Nadie pudo contestar la pregunta.

—¿Cómo se enteró usted, Monseñor, de que existían estos documentos incriminatorios?,— preguntó otro.

—¿Qué puede estar elucubrando alguien con el objeto de comprometer al padre?—

Edgardo Lanas no entregó una respuesta absolutamente clara, pero reconoció que, al menos uno de los acusadores, era un abogado de nombre Iván Smey. Aclaró que era hijo de Rita Preuz y que él daba fe de su intachable vida y gran corazón.

Un tercer párroco se atrevió a preguntar:

—¿Y quién es Rita Preuz, cuyo nombre se menciona como si todos debiéramos conocerla o como si todos los presentes la conociéramos?—

—Rita Preuz, contestó Edgardo Lanas, es la esposa de Rodrigo Smey, dueño de la cadena de diarios Universo y Acción.—

—Es odioso este hombre, prosiguió Edgardo Lanas; a diferencia de su señora, que es muy solidaria con la Iglesia, él es un come frailes; es un crítico temible de la curia, porque ve en ella un mal ejemplo para los cristianos. En particular nos acusa de ser muy proclives al dinero, de no estar privilegiando a las clases necesitadas, de usar el púlpito para desarrollar pensamientos políticos y no religiosos; de no predicar a Jesús, de ser poco misericordiosos con el marginado, y explotadores de Dios.—

Las palabras de Edgardo Lanas fustigaron las mentes de los curas. Ninguno de ellos se reconocía en los dichos del periodista; casi todos creían que eran honrados, que predicaban a Cristo, que obedecían sus mandatos lo mejor posible; que no eran ladrones ni comerciantes y que vivían entendiendo y acogiendo a los centenares que pecan por violencia, crímenes, robos, y otras culpas y vilezas de ocurrencia diaria transversales en el género humano. Muchos sacerdotes, pensaban, viven en la miseria, como éste a quien se está juzgando ahora; subsisten en gran soledad e indefensión; protegen a los miserables y desvalidos y comparten con ellos la marginalidad y el dolor; el oprobio y el abandono.

Pensaban, casi todos los párrocos allí reunidos, que los curas de estos tiempos viven la vergüenza de ser considerados malhechores y abusadores y por culpa de unos pocos que han delinquido, la sociedad ha metido a todo sacerdote en la mazmorra de la maldad y de los bajos instintos. Y la prensa, que con esto vende, no ha trepidado en denunciar como verdades, y como si ya estuvieran probadas, incluso las sospechas infundadas. La gente, por otra parte, desilusionada del clero, ha ido abandonando los templos y se ha alejado de Dios, como si el Señor fuera el culpable de lo que sucede. Como ya se ha dicho por allí, los cristianos han abandonado el templo para encontrar a Dios.

Uno de ellos pidió la palabra.

—Amigos, les dijo: ser sacerdote en estos tiempos no es fácil; la gente no nos cree nada y tiene la peor impresión de nuestra labor. Pero nosotros debemos seguir siendo fieles al Señor y a su palabra; si por nuestra culpa o por el mal ejemplo de algunos religiosos, los

fieles se han alejado de Dios, debemos trabajar con ahínco para que vuelvan; y rezar, rezar mucho, porque la oración es la única fuerza que podrá ayudarnos a que fructifiquen nuestros débiles empeños.–

–¿Qué podemos hacer con el caso del padre Juan Pedro Oñate?– preguntó el Obispo, dando un abrupto corte a lo que los párrocos querían expresar.

–Por razones de prudencia, dijo uno de ellos, este párroco debe ser removido del cargo y enviado a otro lugar.–

Nuevo silencio entre los asistentes.

–Ya fue juzgado en las páginas de los tabloides, dijo otro cura; si nosotros lo declaramos inocente, nos echarán en cara la realidad de las imágenes fotográficas y nos tratarán de encubridores y adúlteros. Y si lo hallamos culpable, volverán a decirnos que somos un hato de sinvergüenzas y mentirosos. Yo les propongo que el señor Obispo converse con el padre Juan Pedro, le exponga esta dura y cruel realidad, y que le pida que, en bien de la Iglesia, se retire.–

–Todo lo que hemos expresado, dijo el secretario del consejo, que había estado muy silencioso durante toda la reunión, no pasa de ser un lavado de manos tal como lo hizo Pilatos cuando se juzgó a Jesús. Lo que hemos afirmado o propuesto en esta reunión nos hace aparecer como personas incapaces de pensar, como seres cobardes que escondemos nuestras propias convicciones si presentimos o vislumbramos que otros podrían disentir, sobre todo si esos otros tienen poder o manejan mucho dinero. No me parece adecuada ni conveniente esta conducta, en individuos que tratan de seguir las enseñanzas evangélicas.–

–Ni siquiera nos hemos dado el trabajo de reflexionar acerca de este asunto; simplemente hemos creído en las fotografías; pero a él, un sacerdote al que todos conocemos por su gran bondad y rectitud, no le hemos dado ninguna oportunidad de defenderse, dijo el más viejo de todos, un cura de baja estatura, de frondosa barba y ojos pequeños y saltones que miraban inquisitivamente. Y continuó:

Aquí nos estamos perfilando como fariseos de la peor especie: estamos señalando, escandalizados, la paja en el ojo de nuestro hermano y, como si fuéramos un rebaño de farsantes e indolentes, no nos damos cuenta de la viga que tenemos en el nuestro.–

–¿A qué viga se refiere padre? , preguntó otro de los párrocos presentes; porque aquí, yo no veo curas drogadictos, no me impresionan como pendencieros ni ladrones, y ninguno de nosotros tiene hijos repartidos por allí y escondidos para que no se sepa.–

Entonces, el cura viejo de espesa barba y ojos interrogadores, muy malhumorado, exclamó:

–¡Padre, no nos saquemos la suerte entre gitanos!; ¿Será necesario que repase el Decálogo y veamos cuánto hemos pecado nosotros?

Porque no somos santos. Todos hemos caído y errado de una u otra forma; todos hemos traicionado a Jesús alguna vez, igual que Pedro. Pero, a diferencia de éste que lloró su culpa, nosotros preferimos apuntar con el índice bien extendido y visible, los pecados de otro. Pienso, además, que estamos faltando a un valor central en nuestra fe: la misericordia. Nin-

guno de nosotros ni siquiera ha insinuado que debemos acompañar al padre Juan en esta hora triste para él, porque le tenemos pavor al qué dirán; y como tememos ser lapidados por la prensa, le hemos dado vuelta la espalda, lo hemos abandonado.–

Estaba asustado, Edgardo Lanas, del giro que se adueñaba de la reunión; él no quería ser el blanco de las críticas sociales si declaraba que el caso merecía una investigación, porque podrían apuntarlo como encubridor.

–Muy bien, exclamó, en tono conciliador; iré a conversar con él y tomaré, después, mi decisión.–

– Monseñor, dijo otro de los párrocos, uno que había estado muy silencioso; este es un buen momento para que cavilemos acerca de nosotros mismos. Cuando percibo que la gente no necesita al cura sino para pedirle algún favor: un bautismo, una oración por un difunto y ojalá en el cementerio; visitar a un enfermo grave y sólo casi en las últimas..... entonces uno se pregunta con cierta pena: ¿solamente nos necesitan para esto? –

Parecemos un clero desanimado, cansado, dormido, sin esperanza, abatido, que no sabe qué pensar ni qué hacer en la época que vivimos. Un clero que trata de perpetuar lo que hay y que siente, en el silencio de la conciencia y, quizás, en forma dramática porque afecta directamente a la propia vocación personal, que eso ya no sirve ni para el presente ni para el futuro. Un clero que- ante lo que sucede- se ha arrinconando, con miedo, sin ánimo misionero. Un clero sin fuerza, que ha perdido el amor primero, si lo hubo realmente. Un clero que ya no es sal de la tierra, ni levadura en el mundo complejo de hoy. Un clero avergonzado y, muchas veces, enfurecido por tantos hechos extraños, escandalosos e hipócritas que han ocurrido en la Iglesia, los que ahora, con la masificación de los medios de comunicación, han llegado a ser de conocimiento y enjuiciamiento inmisericorde de todos.

La gente cree que podría seguir viviendo sin el cura, y creyendo en Dios. –

– ¿Qué dejan en nuestros feligreses los dos años de preparación para la Primera Comunión y la Confirmación? Los jóvenes han ido desapareciendo de los templos. Ellos viven su vida; sus intereses son otros. La Iglesia y el cura no están en su hoja de ruta. La juventud no quiere ahondar en el conocimiento cordial y admirativo de Jesús; lo que los jóvenes desean es conocer los nuevos avances de la tecnología y acceder a ellos; quieren un Jesús al que no le importe la fornicación; un Jesús complaciente, como lo son sus propios padres que ni siquiera han tenido la valentía de hacerles ver el peligro del sexo temprano y del exceso de alcohol. Y a nosotros no se nos ha ocurrido cómo presentarles a Jesús y hacer que la juventud lo quiera y lo siga. –

– Y uno se va sintiendo extraño, un extraterrestre, un personaje curioso y, a veces, ajeno a la vida de ellos. Hoy día, los medios de comunicación han convertido al cura en un individuo peligroso por su forma de vivir y por su estado de celibato; un don nadie.–

–Y aquí, mostrándoles el corazón a ustedes, hermanos míos en el sacerdocio, se me viene al pensamiento la vida de Jesucristo: lo admiraban, lo espiaban para encontrar de qué acusarlo, le traían los enfermos y Él, sin importarle que estuvieran acechándolo, los

sanaba. Hablaba en voz alta tanto de lo bueno como de lo malo, y a Él no le preocupaba si lo escuchaban o lo repudiaban: su misión era hablar la verdad, sin acomodarse y tratar de complacer a la gente, ni a sus discípulos ni a las autoridades religiosas o políticas. Era Él mismo ante el sumo sacerdote, ante la mujer sorprendida en adulterio o ante el gobernador romano Poncio Pilato. No pedía permiso para ser, para vivir, para hablar, para enseñar, para respirar, para entrar a comer y hospedarse en la casa de un pecador público. Era libre, digno, valiente; no retrocedía ante la adversidad y ante la conspiración en su contra. Y los tiempos en que le tocó vivir eran tan brutales como los de hoy.....y siguió su camino, no se escondió, no tuvo vergüenza de ser semejante y distinto a los demás; no bajó la voz; no se decepcionó del miedo que demostraban algunos de declararse, en público, sus admiradores; no tuvo temor a permanecer solo y aislado y ser visto como un extraño por sus parientes, discípulos y la sociedad que lo rodeaba; de ser considerado un loco y agitador político por los ricos y los sacerdotes. No se decepcionó de su propia vida ni de ser nada más que el poco de levadura en la masa; o la semilla más chica- la de mostaza- o un poco de sal para gustar la vida. No se descorazonó de que, muchas veces, la mayoría de las veces, sólo lo buscaran para pedirle favores: pan y salud.-

-¡Y hasta el día de hoy lo recordamos a Él! No a los discípulos. A Él.-

Todos callaron. Por cierto, se acordaron de la debilidad con que han luchado contra los males sociales de ahora echando mano de la filosofía, de la política o de la sociología; pero, no lo han hecho valiéndose de la palabra de Jesús, porque les produce vergüenza de que ella sea una palabra simple comparada con la altisonante fraseología del mundo.

-Me dan vueltas en el corazón estas cosas- prosiguió.

-Y pienso en Jesucristo y en el papa Francisco. Especialmente en Jesús: ¿cómo pudo vivir todo lo que vivió, contra la corriente? ¿De dónde sacó tantas fuerzas? ¿Tenía esa fuerza solamente porque era Dios?-

-¿Y nosotros?-

No tenemos esa fuerza, esa claridad y esa voluntad. Somos hombres, débiles, tímidos, pecadores.

Hasta los jóvenes que llegan al Seminario para ser sacerdotes lo hacen sin conocer a Jesucristo, y no les interesa mayormente. Sí les interesan otras cosas.

Yo ya estoy viejo y, tal vez porque el vigor de mi espíritu va decayendo es que me nuble, me enredo y me pongo más sensible en las relaciones humanas.....y reaparecen mis inseguridades e incertidumbres frente a mi futuro en la parroquia. Y comienzo a buscar un lugar adecuado a mi edad, a lo que he vivido. Siento, a veces, que me cuesta salir de la parroquia y encontrarme con el presente.

Aunque....., lo reconozco, me produce una sensación de bienestar poder ayudar a alguien.....pero, me cuesta.

Pienso en Jesús que siguió hasta el final, sin rendirse. Pienso que me gustaría morir en el frente de combate, por los demás, y no mirando una flor con la mente semi perdida.

Me he estado dando cuenta que necesito tener la compañía de una mujer. Una mujer un poco menor que yo, inteligente y alegre.

Pero, recapacito y pienso que nacemos solos; caminamos, en realidad, solos, y vamos quedando solos en la vida y ante el misterio de lo desconocido. Pienso que en el confesionario uno aprende que el matrimonio es lo mismo: los cónyuges viven, acompañados, sus propias soledades. Es entonces cuando desecho la compañía femenina, porque nada va a cambiar en mi vida la presencia de una mujer.

Y me gustaría morir en la misma pieza pobre, humilde y pequeña en la que vive el padre Juan, quien, con esa inocencia de los buenos me dijo:

—Estoy esperando que Él me venga a buscar.—

XXVI

Es un aneurisma muy grande, dijo el neurocirujano a su equipo quirúrgico mientras, a través de la craneotomía que había practicado al doctor Luengo, contemplaba, incrédulo, cómo había sido posible que alguien pudiera haber vivido durante cincuenta y cinco años con ese trastorno y haber llegado a ocupar tan alto sitio en su profesión.

Los días del post operatorio fueron dramáticos; una infección de los catéteres a través de los que se pasaban medicinas y sueros al paciente, se complicó de una septicemia que lo tuvo al borde de la muerte.

Los médicos hicieron esfuerzos casi heroicos para devolverle la salud, y enfermeras y auxiliares se esmeraron para que Favio Luengo viviera.

Y así fue como un día, después de casi tres meses hospitalizado, pudo volver a su hogar. Su cuerpo, otrora fornido, se había tornado en una macilenta figura frágil, desgarbada, y de caminar vacilante ; su rostro de mirada suave presentaba un mentón aguzado, en cuyo extremo un lunar azul daba una especial impresión al contexto. Ahora, en la convalecencia, la mancha azul destacaba insolente. En los tiempos en que Favio Luengo gozaba de salud, sus dientes, anchos y muy blancos, presentaban una notoria diastema que era exhibida iterativamente por la retracción leve del labio superior cuando reía. El enflaquecimiento de ahora, en cambio, hacía ver a la dentadura como si fuera una prótesis desproporcionadamente grande para su boca. El grueso bigote, afilado hacia las puntas, que era lo que hacía aparecer como recia una fisonomía que trasuntaba más bien alguna debilidad, ahora estaba desflecado y mustio y las puntas miraban hacia el suelo.

El médico altivo, locuaz, de voz fuerte y ademanes firmes y seguros, se había transformado en un ser de complexión achacosa, amortecido y enclenque. Su brazo derecho temblaba y su pierna derecha se arrastraba al dar el inseguro paso que acompaña la hemiplegia.

Apenas se le podía oír.

Pasaba los días amodorrado en un sillón extensible a cuyo costado se había hecho lugar para una mesita con algunos libros.

Por mucho tiempo, ninguno de éstos fue abierto.

El médico ni siquiera podía leer.

Esteban Alberó había sido comisionado por sus colegas, para que asistiera al Jefe de Residentes en su hogar; es así como el joven médico iba a visitarlo con alguna frecuencia. Como debía estar temprano en el hospital Del Buen Samaritano para pasar su primera visita a los pacientes hospitalizados, el doctor Alberó salía de su hogar a las seis de la mañana para acudir a la casa de su colega paciente, evaluar su estado y examinarlo con tranquilidad.

Favio Luengo miraba al doctor Alberó cada vez que éste lo examinaba, observándolo fijamente y en silencio.

Durante muchos meses, médico y paciente no se hablaron. La enfermedad había enmudecido a Favio, y Esteban sabía que éste no comprendía muchas de sus palabras. En un afectuoso intento de expresarle aprecio a su ex Jefe de Residentes, el joven doctor, antes de despedirse, le mesaba cariñosamente los cabellos y le daba un beso en la frente.

Muchas veces, el doctor Alberó recordaba la dureza con la que el doctor Luengo gobernaba a sus médicos e impartía órdenes a las enfermeras y al personal paramédico. Sin haber sido nunca un jefe aprovechador o que se sobrepasara en sus exigencias, Favio Luengo no daba tregua a sus subordinados; a veces, incluso, les gritaba. Su carácter irascible lo hacía salirse con frecuencia de sus casillas; los enojos alcanzaron también a Esteban, con quien tuvo fuertes encontrones, pero siempre dentro de un marco de mutuo respeto. Era tal la rigurosidad de Luengo que lo hacía ser un hombre temido.

Esteban también le temía. Su temor, sin embargo, se había esfumado en el momento que Favio Luengo, demostrando absoluta frialdad, no sólo no se había conolido con Esteban a la muerte de su padre, sino que jamás había mencionado el incidente. Desde entonces que el miedo que Esteban le tenía a Favio se había trocado en piedad. No era posible que un médico no tuviera palabras de aliento para el que había sido vapuleado por la desgracia.

No, para Esteban, Favio era un ser que sufría por algo, y había que comprenderlo.

Cuando el joven médico llegaba a casa de su paciente, recibía la sonrisa de Amelia quien, solícitamente, lo acompañaba hasta la recámara de Favio y allí aguardaba, en silencio, hasta que hubiera terminado su trabajo. El doctor casi nunca encontraba a Isidora, la esposa de Favio Luengo; las pocas oportunidades en las que se habían encontrado fueron aquellas en las que la mujer se quejaba de los onerosos gastos en que incurría para el cuidado de su esposo. Esteban no tenía inquietud al respecto, porque él no cobraba honorarios y tenía especial diligencia en mantener tratamientos irrenunciables, pero de bajo costo.

Un día, se percató de que uno de los autos estacionados dentro del gran antejardín de la casa de su jefe, había desaparecido. Sabía que Luengo tenía tres, y todos de lujo.

En otra oportunidad, ya no vio el segundo automóvil. A medida de que el tiempo fue pasando, pudo advertir que el jardín estaba descuidado; que en la gran sala de estar faltaban algunas piezas de relojería muy valiosas; y que un escaparate de vidrio conteniendo porcelana de alto valor, se había evaporado. Poco a poco la casa iba quedando más vacía.

Y así, la enfermedad se fue engullendo el patrimonio de su Jefe de Residentes.

En una ocasión, no pudo ir a visitar a su colega paciente tal como acostumbraba, de madrugada. Y por eso es que hoy decidió ir en la tarde. Llegó cercano a las nueve de la noche a casa del doctor y, después de golpear a la puerta, esperó a que le abrieran.

Al igual que en horas de la mañana fue Amelia quien salió a recibirlo. La muchacha lo acogió como siempre con afecto, y ambos comenzaron el recorrido hacia el dormitorio del paciente. Al atravesar uno de los pasillos, Esteban halló, a un costado, una sala iluminada; era el comedor familiar en el cual, animadamente, conversaba Isidora con un desconocido.

Trató de detenerse y tuvo la intención de entrar a saludar a la dueña de casa, pero desistió de hacerlo y continuó hacia el cuarto de Favio siguiendo los pasos de Amelia.

Cuando estaba por terminar su trabajo clínico, el desconocido entró, junto a Isidora, a los aposentos de Favio y se adelantó a saludar al médico.

– Soy Iván Smey, –dijo, y le extendió la mano.

Esteban lo saludó con cortesía y – luego de la presentación – se dio el tiempo para contestar las preguntas del abogado de Luengo. El médico se sintió obligado a responder con evasivas las demandas de Smey relacionadas con el pronóstico del paciente. Le incomodaba tener que hablar delante del enfermo; si bien era posible que por la afasia Luengo no entendiera todo el lenguaje, Esteban no estaba absolutamente seguro si era capaz o no de comprender las palabras que oía o de interpretarlas correctamente. Es por ello que, antes de despedirse, le pidió al abogado que se dirigieran a otra habitación, para que allí pudieran sostener una charla con mayor libertad.

En un pequeño salón aldaño continuaron dialogando.

Como se hacía tarde, Smey anunció que ya debía retirarse y lo mismo hizo Esteban.

Al salir, Smey se dio cuenta de que el médico no tenía movilización propia y lo invitó a viajar con él, hasta algún lugar que a ambos les acomodara. Smey le dijo adónde iba y Esteban aceptó la invitación; su casa quedaba en la ruta que el abogado recorrería.

Una vez en el auto, Smey le explicó que la fortuna de Luengo estaba muy disminuida, porque se había gastado mucho en el tratamiento de su enfermedad. Isidora no podía, sin embargo, disponer de los bienes que quedaban, y que no eran pocos, porque requería de la aceptación de su esposo a través de una cesión de derechos al estilo de un poder amplio.

– Pero como usted comprenderá, doctor, la ley obliga a que el sujeto que otorga un poder debe estar en plena posesión de sus facultades mentales, cosa que no es así en el caso del esposo de Isidora, dijo el abogado,. Es por ello que resulta ineludible y forzoso contar con un certificado que lo declare interdicto –.

–Siendo usted su médico tratante, está en las mejores condiciones para ello y la corte no tendría que nombrar peritos.–

—Uno, en su calidad de médico, puede otorgar esta certificación; pero es preciso tener plena seguridad del estado de la persona a la que se quiere limitar en sus derechos, dijo Esteban; vale decir, el profesional no debe abrigar duda alguna acerca de la capacidad de una persona para ejercerlos. En este caso, yo no tengo esa convicción; no tengo la certeza de que el doctor Luengo sea un discapacitado mental.—

—Pero doctor, dijo Smey, con acento burlón. ¿Sinceramente cree que él puede llevar adelante todos sus negocios, ejercer su profesión y defenderse de estafadores?—

—A decir verdad, respondió el doctor Alberó, él tiene una discapacidad física, pero puede pensar. Sólo le es difícil expresar lo que siente, porque presenta una forma de afasia especial.—

—No sea ingenuo, doctor; si no es usted, será otro médico el que nos dé la certificación.—

Esteban se quedó anonadado; el curso que había tomado la conversación le supo increíble; se ponía en juego, por primera vez, su postura solidaria frente a un paciente. Súbitamente, la vida lo obligaba a tomar partido por algo: o a favor de su paciente o en contra de él. Continuó pensando.....no podía ir contra su conciencia: su enfermo no tenía todas las condiciones obligadas para ser declarado interdicto.

—En realidad, señor Smey, no estoy en condiciones de dar ese documento; sería como robarle a mi paciente y eso no lo puedo aceptar.—

—Nadie va a robar nada, doctor, a su paciente. Es necesario, sin embargo, proceder a la venta o a la liquidación de sus bienes, porque se requerirá enviarlo a una casa de reposo; además, su esposa necesita vivir con más tranquilidad. La enfermedad del doctor Luengo ha contagiado el hogar y lo ha descompuesto. La mujer está en condiciones deplorables y yo quiero ayudarla.—

—Lo siento, señor abogado; no puedo dar ese certificado.—

Smey, visiblemente molesto, continuó:

—Doctor, usted podría recibir una gran suma de dinero por este documento; piénselo. Ni siquiera posee automóvil y ya tiene varios años de médico; esta es una buena oportunidad que le ofrece la vida para subir hacia el bienestar.—

—Pero no puedo hacerlo a costa de un enfermo—, replicó Esteban.

Iván Smey detuvo el vehículo; ya habían llegado al punto en el que el doctor Alberó debería bajarse. El joven médico abrió la puerta con lentitud; parecía preocupado, apesadumbrado. Percibió una sensación extraña, algo así como si lo hubieran ofendido o denigrado.

Cerró con suavidad la puerta del auto y se ubicó junto a la del conductor para despedirse. Cuando se disponía a hacerlo, Smey bajó el vidrio de la ventana y, en vez de extenderle la mano, le dijo con franco enojo:

—Lo va a lamentar, doctor; le sucederá lo mismo que le pasó al padre Juan,— y el vehículo arrancó haciendo rechinar sus neumáticos.

XXVII

Algún tiempo después de la sesión del consejo episcopal, el Obispo Lanas decidió ir a conversar el desagradable asunto de las fotografías con el párroco de la Santísima Trinidad. Los periódicos y las estaciones de televisión habían difundido amplia información sobre el caso, entregando detalles que llamaban la atención. Hasta se dijo que el padre Juan Pedro tenía una gran fortuna y que la escondía como un avaro.

Toda la presión de la prensa hizo su trabajo: Juan Pedro Oñate, definitivamente, pasó a la categoría de delincuente, y la Iglesia local guardó absoluto silencio.

Los comedores parroquiales se cerraron y la misa que el cura oficiaba en el templo, casi no tenía asistencia. Mucho menos aun, el rezo del rosario, el cual, muchas veces, Juan Pedro debió rezarlo solo.

Lloraba el sacerdote; no sabía si lo hacía por saberse marginado, porque era víctima de una denigrante maledicencia o porque creía que Jesús lo había abandonado.

Cuando el Obispo Lanas llegó a la parroquia y se enfrentó a la realidad, sintió un escalofrío: una pobreza propia de poblaciones miserables; un templo vacío que mostraba su único tesoro, el tabernáculo custodiado por la fiel lucecita roja que bailaba siempre; bailaba para el Señor.

Jacinta abrió la puerta.

La elegancia del purpurado contrastaba con la desnudez de la barraca que hacía de templo o del templo que parecía cualquier albergue. La mujer lo llevó al comedor y le ofreció una silla.

Juan Pedro salió de su dormitorio oficina, saludó con deferencia y sumisión a su superior jerárquico y permaneció de pie esperando a que el Obispo dijera algunas palabras.

Ambos se miraron por unos instantes.

El cura, empobrecido, casi harapiento, desaliñado, triste, cabizbajo y enflaquecido era la imagen de la desgracia. Cuando Edgardo Lanas bajó la vista hacia el suelo se encontró con los zapatos del párroco, casi demolidos, el cuero deslustrado, llenos de arañazos y con la punta muy adelgazada.

El Obispo aparecía como un señor de elegante atuendo y satisfecha sonrisa.

Lanas se dirigió al padre Juan; le explicó los conceptos vertidos en la reunión del consejo Episcopal; le hizo saber la enorme influencia intimidante del periodismo en relación a su problema; las implicancias morales derivadas del hecho; el significado de todo esto en la feligresía; el testimonio que debería dar la Iglesia y la difícil situación de él como garante de la pureza en la conducta de sus clérigos y pastor de la feligresía.

Juan Pedro oía; apenas escuchaba. El único sonido que sentía era el estruendo de su verdad: era inocente. No, no levantaría la voz contra los que lo perseguían. No, no resistiría al mal.

Tal como Jesús se lo había enseñado en los evangelios.

Habiendo terminado de hablar el señor Obispo, el párroco, con inmensa tristeza, le manifestó que era absolutamente inocente de lo que se le acusaba, y que no tenía ninguna pretensión de que se lo defendiera.

— No se preocupe, Monseñor; mañana me voy a otra parte; sólo le ruego que no me prive del ministerio sacerdotal, porque es mi único tesoro.—

Edgardo Lanas no podía creerlo: tan fácil que había resultado todo.

Y pensaba: —Seguro que el pobre cura es culpable; por eso es que prefiere cortar por este camino que no debiera traerle mayores dificultades. Incluso puede ser cierto que tenga mucho dinero.—

— No sé qué decirle, padre, dijo al párroco, con suave voz; pero si a usted le parece que ésta es una buena decisión, mucho le agradecería que la tome. La Iglesia podrá así mostrar que ha procedido como se debía y los fieles tendrán la respuesta que esperaban.—

Y como demostrando prisa, se puso de pie, miró comprensivamente a Juan y, sin darle su bendición, le extendió la mano para despedirse. Juan Pedro se inclinó y le besó el anillo episcopal, con enternecedor respeto.

El párroco quedó muy triste; era duro poner la otra mejilla y era casi insoportable no reclamarle a quien le había robado, tan abyectamente, su honra.

Con inmensa necesidad de consuelo se arrodilló ante el sagrario.—Señor, aquí me tienes. No tengo cosas nuevas que contarte; Tú lo sabes todo.

He querido venir a acompañarte antes de dejar mi querida parroquia. En presencia tuya he vivido un tiempo maravilloso.

Ahora, cuando me vaya, yo sé que irás conmigo, pero te extrañaré porque no estaré mirando el tabernáculo donde te siento a mi lado. Cuando me voy a dormir sé que estás

acompañándome, porque, como sabes, tengo mi habitación muy cerca tuyo. Ahora, en cambio, no te sentiré materialmente. Como soy un pobre hombre, me hará falta tenerte en la hostia y contemplarte en tu casa.

Señor, Tú sabes que no he procedido mal; perdona a quienes quieren involucrarme en una situación repugnante.

Ellos no saben lo que han hecho.

La angustia que tengo es muy grande; Tú puedes verla; pero, no es la angustia por lo que sufro, sino porque, a medida que te voy conociendo más, más te amo y más comprendo que no estoy ni a la altura de un can para adorarte. El perro te moverá el rabo, te mirará con sus ojos tristes y lamerá tu mano; no te dirá nada con los labios, porque te lo ha expresado todo con sus pupilas. Allí estará, a tus pies, atento a tu mirada.

Yo, en cambio, ni siquiera tengo un rabo para decirte que me siento feliz a tu lado. Lo estoy, pero mis ojos se mueven inquietos buscando naderías; mis labios apenas musitan tu nombre, pero se mueven raudos diciendo necedades todo el día; soy menos que un perro, pero tengo la altivez de pensar que merezco una vida mejor; no he besado tus pies como el can que puede lamerte, pero quiero besar bagatelas.

El perro se ha echado a tus pies, fiel y leal. ¿Y yo? Yo, que sé quién eres; que conozco que diriges el universo, que te obedecen las galaxias y haces jugar a las nubes en el cielo; que pusiste perfumes de aromas diferentes en las flores, que creaste infinidad de aves, animales, peces, insectos, bacterias y otros seres vivos, yo debiera estar ante ti, de bruces en el suelo, con el rostro a tierra. Pero, ya ves, el orgullo sólo me deja quedarme de rodillas.

Te confieso que he querido estar de bruces ante ti, pero he tenido miedo, miedo de que me consideren loco y que por ello me expulsen de mi trabajo y, cesante, no encuentre mi sustento.

Entiendo que estoy loco, es cierto, pero lo estoy porque no te adoro de bruces con el rostro en tierra; y el orgullo me ha llenado del miedo de perder el mendrugo de pan de cada día si alguien me ve en esa postura.

Por eso vengo a pedirte perdón; por la falta de fe.

Porque a pesar de saber que estás primero que mi trozo de pan, te pongo en un segundo lugar. Sin embargo, allí, allí donde te he puesto, escondido entre mis timideces y rubores, me esperas sin decirme una palabra de reproche. Cuando me acuerdo que te he dejado esperando, vuelvo a buscarte y te encuentro con los brazos abiertos. Y allí, en silencio, y avergonzado, me refugio de mi cobardía.

¿Cuándo te cansarás de mi?

¿Por qué no me dejas y partes a otros sitios?

Te he negado con frecuencia; muchas veces te he ofendido. En innumerables ocasiones me he quejado de la cruz que me tocó arrastrar. Y en tan pocas oportunidades te he dicho que te quiero.

Me voy de tu lado y vuelvo; persigo una quimera, y por correr tras ella te abandono; me fascina el canto de una ilusión, y por oírlo te escondo en un desván del corazón; me deja ciego un sueño y sin reflexionar, desdibuja tu grandeza.

Por cierto, cuando vuelvo a retomar mi cruz; cuando en la desilusión se terminó la quimera y desperté de la ficción y del mito, bajé a la buhardilla del alma adonde te dejé olvidado, y, en puntillas, para que no me sintieras, me vine aquí, al sagrario, a llorar como un pequeño.

Señor; Jesús mío: ¡ Cuántas veces te dije que yo quería ser tu cirineo!

¡Qué muestra más grande de soberbia!

¡Tu cirineo!

Pero, si apenas cargo con el liviano madero de mi vida... ¡Cómo voy a ser tu cirineo!

Cuando hago el remedo de seguirte; cuando te engaño diciéndote: ahora sí, ahora sí que te quiero, ahora sí que te acompaño: me miras bondadoso sin decirme nada. Y dejas que me incline a tomar un extremo de tu fardo, sabiendo que, al primer vagido de una

fantasía cualquiera, dejaré caer tu madero y, corriendo tras la estela del desvarío, me perderé entre la turba para gritarte ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! Ya no lo quiero.

Llega la noche.

Silencio.

Hasta oigo mi respiración.

Adivino tus pasos cerca de mi lecho.

Y con tristeza, con aquélla de verme tan mezquino y traicionero, comienzo a hilvanarte una oración.

Sé que estás ahí.

Me avergüenzo de mi nada.

Y hablándote con el titubeo del azoro, vuelvo a decirte: te quiero.

¡Y es verdad!

¡Te adoro!

Pero soy cobarde te digo, mientras el sueño viene y, con tu amorosa mano, bajas mis párpados rendidos para decirme que me esperas, que siempre estarás aguardando mi llegada.

Y me duermo en el regazo de tu amor.

Seré más valiente mañana, Señor; más resuelto para acompañarte.

Pero, una palabra más:

Déjame seguirte, aunque sea de lejos; no me apartes de la huella de tus pasos y dame, de cuando en cuando, una mirada.

Así sabré que no me has olvidado.

XXVIII

Esteban Alberó iba creciendo en fama, pero a costa de grandes sacrificios. No eran sacrificios para buscar renombre, sino para servir lo mejor posible a sus pacientes. El duro trabajo en el hospital y en el consultorio externo, lo demolían cada día; extenuado, llegaba a su casa sólo a dormir.

Esmeralda lo acogía con el cariño que sólo una madre entrega y no le hacía comentarios. Tras la muerte de su esposo, la mujer había envejecido de súbito; ya no se hallaba capaz de mantener su negocio y, un día cualquiera, le dijo a Esteban que lo había cerrado.

El médico, poco conversaba con su madre; creía que mantenerla sin angustias económicas era el secreto para que ella estuviera bien y a gusto con la vida; pero eran escasas las oportunidades en que se hablaban al corazón. Entre ambos ocurría algo similar al silencio de la tarde, que contempla el ocaso y se admira del arrebol, pero no le expresa su emoción. A veces se tomaban de la mano y, siempre en silencio, como si fueran compañeros, se dormían sentados uno al lado del otro, cada uno soñando con sus fantasías y anhelos, pero unidos por el cordón umbilical de las manos y mecidos en la cuna del amor.

Un día, al llegar a casa, tarde como solía hacerlo habitualmente, Esteban encontró llorando a Esmeralda. Como buen hijo que era, conversó con ella inquiriendo por el origen de esa pena. Fue así que se enteró que el padre de Esmeralda, su abuelo, estaba enfermo. Esmeralda lo supo por casualidad y, por cierto, quiso ir a ver a su progenitor.

Con el apoyo de Esteban, la madre pudo viajar cómoda. La indómita hija que había huido hacía casi treinta años del lado de su padre, comenzó así el camino en busca del perdón paterno.

Durante el viaje, Esmeralda pasó revista profunda a los hechos de su vida. Era cierto que su hijo era su gran tesoro, pero, el amor que le tenía y el modo en que había huido de

su hogar y la razón para hacerlo, no mitigaron los dolores físicos y espirituales que, con esta aventura, sufrió. Era evidente que el amor por su esposo se había desvanecido entre la malquerencia de las apreciaciones bastardas de la clasificación social y de las diferencias con las que la cultura, señala y singulariza a las personas. A Segundo Alberó, su esposo, no le alcanzó el amor para perdonarle que ella fuera rica y culta; a Esmeralda no le alcanzó el amor para perdonarle este despropósito.

La huida desde el lado de su padre le impidió acrisolar quizás qué realidades; si no hubiera escapado tras la estela de una pasión, su vida sería muy diferente. Pero, las angustias por sobrevivir, el duro trabajo desde la madrugada hasta la noche, la humilde vivienda que habitaba, el hambre que a veces golpeó fuerte a su puerta, fueron duros pagos para recompensar tanto desatino.

En su hogar de la niñez y de la juventud, allí donde nacen los primeros sueños y estallan las primeras quimeras, nadie sabía que ella regresaría.

Esmeralda, con el corazón batiendo alas en un intento por salir de la garganta y, ahogándola por la emoción, golpeó a la puerta.

Su madre abrió.

La mujer, una anciana de cabellos cortos y blancos; rostro apergaminado, alargado, y ojos grandes a través de cuyas pupilas asomaban cataratas, miró con extrañeza a Esmeralda. La expresión de perplejidad en la anciana duró fugaces instantes, después de los cuales sobrevino una explosión de alegría, mezclada con lágrimas, risas, gritos y palabras sin hilar, como si el collar de la felicidad se hubiera desgranado y las perlas hubieran rodado en desorden.

Ambas mujeres se estrecharon en un abrazo fuerte y se acariciaron el cabello; ahora, sin palabras; ¿para qué? Ya había hablado el corazón.

Abrazadas, una al lado de la otra, como si no quisieran separarse, entraron al amplio y elegante salón intensamente iluminado y totalmente alfombrado. Al fondo, el hogar, sin fuego; a un costado de éste, en una silla mecedora y con las piernas cubiertas por un grueso chal, un hombre, un nonagenario que, un poco confundido por las risas y los gritos de alegría, no sabía si ponerse de pie o seguir allí, leyendo un grueso tomo de una novela histórica escrito en Braille.

—Está ciego, Esmeralda; hace siete años que no ve. La diabetes lo dejó así—, dijo la madre, haciendo señas a su hija para que se detuviera un instante antes de acercarse a su padre.

Anselmo Freire, el padre de Esmeralda, intuyó que delante de él se desarrollaba un acto que no podía apreciar; sólo sentía que allí había ocurrido un hecho inusual, cargado de emoción.

Celinda para el registro civil; Celinda Órdenes, esposa de Anselmo, contempló a su marido. Como se avanza a hurtadillas para dar una sorpresa, Celinda se aproximó, le tomó una mano y susurrando le dijo:

—Viejo, te tengo una sorpresa; una linda sorpresa.—, pero no pudo seguir hablando, porque los sollozos la acallaron.

Anselmo dirigió su ciego mirar hacia la voz de su esposa; primero un rostro de pregunta y después, una luminosidad en la expresión dio paso a un grito de amoroso eco:

—¡Esmeralda, es Esmeralda! Y de inmediato se puso de pie y abrió los brazos, esperando llenarlos con la presencia de su hija, de su adorada hija.

Padre e hija se confundieron en un solo ser, uno que contiene ternura y desagravio, esperanzas bruscamente cumplidas, sueños consumados; penas transidas vividas tanto tiempo y en silencio, que ahora se pueden romper, como las olas en el roquedal, en el peñón del retorno.

Todos lloraban. Todos reían. Nadie habló, para no interrumpir ese instante de eternidad y dulzura; un instante en el que rabias, desilusiones y desencantos se enterraron en las simas del olvido.

—Hija mía, no sabes cuánto te he querido todos estos años—, exclamó Anselmo, con el rostro todavía encendido por la tea de la felicidad. Y seguía abrazando a su hija. Y palpando su rostro, para hacerlo renacer de entre las cenizas del olvido y la pena, lo recorría con tierna suavidad para acariciarlo con los tules de la melancolía.

—Ya estás aquí; te echaba mucho de menos, hija; agradezco a Dios tu venida.—

El resto fue pura fiesta para el corazón. No es posible describir la algarabía familiar; las visitas que, una tras otra llegaron para ver a Esmeralda, sólo colmaron de alegría el hogar de Anselmo.

A medida que pasaban los días, poco a poco todo fue volviendo a la rutina, a lo habitual, a aquello que llena los días sin especiales acontecimientos que, sin embargo, una vez que pasan a la buhardilla de los recuerdos, relucen como tesoros cuando la memoria los vuelve al presente.

Una noche, solos los padres y su hija, salió a la luz de la charla la fuga de la joven en busca de la felicidad. No hubo emoción, encono ni resentimiento por este recuerdo. Por el contrario, Anselmo comprendió los afanes de su niña y la madre, siempre llena de bondadosa comprensión, nunca pensó que el acto de su preciosa hija fuera perverso o injusto. Para ella, la vida era así; estaba llena de sorpresas y había que vivirla bajo el palio de la comprensión, la indulgencia y la tolerancia.

—No me fue bien, papá, expresó Esmeralda, tomando la mano de su padre que acogió a la suya con fuerza y aceptación. No me fue bien, porque Segundo cambió mucho; me acusó de que yo no quise renunciar a las insalvables diferencias sociales que él creía que existían entre nosotros, y me celaba de continuo. Es posible que los celos y el disgusto por creer que era menos valioso que yo, lo hicieran alejarse de mí y tratarme, si bien con respeto, con mucha lejanía.

Pero, nació mi hijo Esteban, una potente luz en mi existencia; un hijo bueno, inteligente y digno. Él es un doctor en medicina y miembro de un importante hospital de mi ciudad. Es toda mi vida, papá; le tengo gran apego; yo creo que más que el de cualquier madre normal.—

—Ten cuidado, hijita, dijo Anselmo; los hijos son un préstamo de Dios y, cualquier día, se van. Yo pienso que son ellos quienes nos enseñan lo que es el verdadero amor; ese sin

medida, sin preguntas, sin resabios, sin envidias ni posesión. Con los hijos se aprende a conocer en alguna medida el destello de lo que es el amor de Dios. Es justamente este amor a los hijos el que, al hombre y a la mujer, los hace imagen de Dios. Sin embargo, y vuelvo a repetírtelo, los hijos no son posesión de los padres; son personas independientes que tienen que ejercer la libertad de hacer de sus vidas lo que ellos crean mejor, aunque ello no satisfaga las secretas expectativas de los padres.—

— Todo lo que has vivido, hija mía, ha sido para tu bien; no hay mejor yunque para ser bueno, que el amor y el sufrimiento, porque ambos moldean el alma y la hacen divina.—

—¡Ay, papá; dijo Esmeralda; no todo es celeste con mi hijo. Él tiene una novia, la hija de un carretonero, de un cartonero, a quien conoce desde la niñez. Fueron compañeros de escuela y mi hijo nunca dejó de quererla, aunque mi esposo y yo hicimos esfuerzos por mantenerlos separados. Pero, Esteban ya es un hombre hecho y derecho y poco puedo hacer yo, para que renuncie a sus pretensiones o intereses. Con todo, no quiero que se case con esa

muchacha; no es para él. Su condición social es de las más bajas y Esteban ha ido ascendiendo hasta ubicarse cerca del cielo.—

—Pero, hijita, replicó Anselmo, con un tono de condescendencia, tú sabes que no es así.—

—¿Por qué dices eso, papá?—

— Porque, Esmeralda, y no te molestes por lo que voy a decirte, él al igual que nosotros, es nadie en esta sociedad nuestra. Recuerda que el médico nació esclavo y después, a expensas de su saber, alcanzó la libertad. Hasta ahora, si bien no ha perdido esa condición de liberto, no ha ganado la condición de aristócrata. Por ello es que, aunque puede alternar y relacionarse con individuos de sangre azul, éstos saben que el lugar del médico está entre los de la servidumbre. Pienso, hijita mía, que está bien que así sea, y te digo esto, porque la servidumbre del doctor es un vasallaje en el amor. Es una esclavitud auto impuesta por amor a los demás; es como la servidumbre que tuvo y ejerció el mismo Jesús.—

Era evidente que la ceguera de Anselmo le había abierto los ojos del alma. Ni su esposa ni Esmeralda habían escuchado antes sentencias iguales.

—Y, continuó el padre, no debieras intervenir para torcer el destino de tu hijo. El hado es una propuesta de la vida al ser humano, y es éste, ejerciendo los derechos que le otorga el de ser libre, puede aceptar o rechazar el rumbo que le disponga—.

Esmeralda calló; en su espíritu bullían sentimientos encontrados. Pensaba, la madre de Esteban, que todos los hombres son iguales por su naturaleza de humanos, aunque diferentes por las aptitudes y las facultades que les fueron, por gracia, regaladas. Pero, el poder, el dinero, y el abolengo pasaron a tener un valor insólito y son, hasta ahora, los causantes de injustas discriminaciones. Pensó, ella, que por haberse relacionado con los pobres haciendo caso omiso de las desigualdades, por haber compartido la misma escuela y estudiado codo a codo con ellos, había puesto un grano de arena para contribuir a la equidad. Pero se había equivocado: la equidad, en lo más profundo del corazón del hombre, no depende sino de la bondad, del amor, de la misericordia. Ninguna ley puede promover u obligar a una verdadera equidad, si los hombres mujeres y niños de esta tierra no son educados al

respecto. Pensó, la mujer, que se había traicionado a sí misma; creía que por haber “descendido” al puesto de canillita consideraría iguales a quienes pertenecían a un estrato social inferior. No era así: ella se equivocó, porque no tenía en su alma la concepción prístina de la equidad; y, a su vez, aquellos a quienes creyó favorecer con su conducta igualitaria, no la aceptaron jamás, porque, para lo uno o lo otro se requiere tolerancia, benevolencia y magnanimidad, valores escasos entre los seres humanos.

Se condolió de sí misma; halló en el recóndito lugar de su conciencia, una voz que le dijo que a ella le faltó lo que a muchos: afabilidad y dulzura.

—No puedo, papá; no puedo tolerarlo. No quiero que mi hijo sea mirado en menos a causa de la esposa que tendrá; no quiero que se lo discrimine por la compañía de incultos y míseros como lo son ella y su padre. ¡Imagínate, papá: el es un cartonero! ¡Un cartonero! Mucho me costó llevar a mi hijo al sitio que tiene y no me puedo conformar con que lance todo al basural.—

—Piénsalo bien, hija; no vayas a estropear la relación con tu hijo, mira que es más poderoso el llamado a unirse el hombre con su mujer que el de mantenerse en el hogar paterno.—

—Otra cosa debes aprender, Esmeralda. Tienes suficientes años como para no escandalizarte, y por ello me siento con pleno derecho a decírtelo: El hombre nació con la palabra mujer, en su frente. Ella, es, en último término, el resumidero de todos sus afanes, de toda su vida, de todos sus anhelos. Por ella es capaz de ser héroe e incluso morir, y por ella es, también, capaz de matar. No hay, querida hija, ninguna fuerza más poderosa que la que ejerce la hembra sobre el macho. De manera que, tu hijo, ya está bajo el embrujo de ese sino. No te enfrentes a eso, porque perderás.—

XXIX

Marina Luz, representada por un brillante abogado, puso una demanda criminal en contra de quienes resultaran responsables de la muerte del niño Pelayo Méndez, hijo de René Pelayo Méndez y Marina Gracia, su hija.

La demanda contenía los datos, fechas, hechos, circunstancias y otros elementos que todo requerimiento judicial ordenaba.

—Sí, señora, dijo el secretario del juzgado; traiga a los testigos que necesite. Aquí se verá si cumplen la calidad de tales.—

—No señora; el juicio puede demorar años.—

—Sí, señora; el Fiscal de turno a cargo de la investigación es el señor Alfredo Swimb.—

—No, señora; no puede contactar con él sino cuando la llame, para no interferir en sus indagaciones y pesquisas.—

Marina Luz y su abogado se retiraron sin hacer más preguntas.

El fiscal, cuando recibió la instrucción de no demorar más de un mes en este caso, resolvió poner todo su empeño para cumplir con ella. No era fácil: había que entrevistar a dos enfermeras, al médico de cabecera del occiso, a los médicos que lo intervinieron quirúrgicamente, a la misma abuela que puso la demanda, y a los padres del niño. Parecía evidente que, existiendo un fármaco entre las causales de muerte, la autopsia sería un requisito que no podría eludirse, y ello significaba que también habría que interrogar al médico legista.

Al día siguiente se puso en acción.

Los cirujanos que hicieron la craneotomía al pequeño Pelayo, declararon acerca del acto quirúrgico propiamente tal. Lo único que habían hecho fue conectar un reservorio de plástico

con el seno venoso sagital del cerebro, para que en él se pudieran depositar drogas, expresaron.

– Sí, respondieron se trata de un procedimiento habitual en casos de dolores intratables.–

Alfredo Swimb no halló indicios de dolo.

En el mismo día citó a testimoniar a su despacho, a las dos enfermeras que atendieron al niño en sus últimos días. Tampoco en ellas encontró motivos para encausarlas ni halló indicio alguno de participación de ambas en circunstancias punibles.

Pocos días después se entrevistó con Marina Luz, la abuela de Pelayo Méndez, y lo único que logró fue rubricar los eventos que el abogado había descrito con meticulosidad en el escrito de la demanda. No quiso escuchar los comentarios que Marina Luz hizo respecto de sus sospechas fundadas en contra del doctor Favio Luengo, médico tratante de su nieto.

Para tomar declaración a los padres, Alfredo Swimb decidió conversar con cada uno de ellos individualmente, pero el mismo día y a la misma hora. De ese modo evitaría que pudieran dialogar entre sí y restarle autenticidad al testimonio que darían.

René Pelayo Méndez fue llamado en primer lugar a la indagatoria. La conversación entre él y el fiscal Swimb fue larga; se le preguntó no sólo por la enfermedad del hijo, sino por los esfuerzos que él, como padre, había desplegado para tratarlo médicamente. Fue en esta entrevista, y haciendo caso a su hondo sentir, que René Pelayo Méndez le confesó al fiscal que había tenido el imperioso deseo de practicar eutanasia en su pequeño. Mientras confesaba esta intención, le hizo saber al fiscal que era tal su sufrimiento como padre, y tan severo el calvario que veía sufrir a su esposa frente al padecimiento del niño, que le sugirió a Marina Gracia la idea de llevar a cabo el procedimiento de quitarle la vida a Pelayo.

René Méndez no escatimó ninguna palabra en su favor; al contrario, se declaró culpable de haber, al menos, deseado la ejecución de dicha práctica.

Mientras sollozaba, no podía dejar de menospreciarse y humillarse:

–Era tan espantoso oír al niño gritar de dolor, que hasta tuve ganas de matarlo yo mismo. No lo hice, señor Fiscal, porque fui cobarde; no lo hice, no por amor, no por conmisericordia, sino, se lo vuelvo a repetir, por miedo. Es que yo me sentía desesperado por no poder ayudar a mi hijo y carecer de las armas para terminar con su sufrimiento. No pensé en otra cosa que en la muerte, para liberarlo de tan horroroso suplicio.–

Alfredo Swimb estaba profundamente conmovido; ver llorar a un padre a causa de una desgracia como la vivida por éste, era para destrozar a cualquiera.

–Y yo mismo fui quien habló con Marina Gracia, mi esposa, para proponerle tal acción; por lo tanto, si alguien es culpable del delito de intento de asesinato, ese soy yo.–

–¿ Hizo usted algo más a ese respecto?, preguntó Swimb.

Decidimos con mi esposa que le pediríamos al doctor Favio Luengo, quien era su médico tratante, que nos comprendiera y procediera a practicarle eutanasia a nuestro hijo. Pero él nos hizo ver que lo que queríamos, más bien, era hacer la eutanasia de nuestro dolor, y eso no era posible. Insistió en que se trataba de un acto condenable y que nunca debiera ser invocado para resolver un problema médico, por más complejo, doloroso y sin esperanza que fuera.–

Poco rato después el Fiscal hizo pasar a Marina Gracia, quien contestó prácticamente lo mismo que su esposo.

—No, señor Fiscal; en ningún momento mi marido me obligó a tomar una decisión que fuera resistida por mi conciencia.—

En pocas semanas, Alfredo Swimb había logrado reunir los testimonios de los testigos más importantes del caso. Sólo faltaba, para dar por terminada la investigación antes del juicio, tomarle declaración al doctor Favio Luengo.

A la semana siguiente estaba llamando a la puerta de la casa del médico.

Lo salió a recibir Amelia, quien acababa de finalizar sus labores de aseo, y se aprestaba a cocinar la cena de ese día.

—Alfredo Swimb, dijo el Fiscal a Amelia, mostrándole unas credenciales que la muchacha no se molestó en mirar; vengo a visitar al señor Favio Luengo.—

Amelia lo hizo pasar al gran salón y le explicó que el doctor dormía, pero que le pediría a la dueña de casa, a la esposa del doctor, que lo despertara.

Pero Swimb quiso cerciorarse de la realidad de ese hogar y le pidió a la empleada que se quedara un rato con él para hacerle unas preguntas.

Amelia se tornó ansiosa; la inquietud se le adivinaba en un leve temblor de las manos y en que tragaba saliva a cada instante.

—¿Cuánto tiempo que trabaja para el doctor Luengo?—

—Casi tres años, replicó Amelia; pero es posible que no siga aquí, porque el doctor está muy enfermo y se lo quieren llevar a un asilo.—

—¿Y por qué a un asilo?—, inquirió extrañado el Fiscal.

—Bueno, eso es lo que dice el señor Smey todo el tiempo.—

No sabía Swimb a dónde iría a terminar todo esto. A fin de recabar la mayor información posible, decidió continuar preguntando a esta muchachita que, al parecer, contestaría todo lo que se le preguntara y hablaría, también, de lo que supiera si creía que podría servir para completar alguna respuesta.

—¿Y quién es el señor Smey?—

—¡Ay, perdóneme, yo creí que usted lo conocía, — respondió Amelia.

—No, no lo conozco, pero me interesa mucho lo que usted tenga que decirme acerca de él, dijo el Fiscal. No me ha contestado quién es ese señor—, prosiguió.

—El señor Iván Smey es el abogado del doctor; viene todas las noches a conversar con la señora y a discutir con el doctor

Alberó. Dice que el doctor Luengo está mal de la cabeza y que no puede comprender nada y, por eso, el doctor Alberó no tiene que oponerse a declararlo estricto—, dijo Amelia.

—¿No será interdicto?—, expresó Swimb, sonriendo.

Amelia devolvió la misma expresión al Fiscal, diciéndole:

–Es eso; tal como usted dice; interdicto.–

–¿Y qué quiere el señor Smey?–, preguntó con aire inocente el Fiscal.

– Bueno, le dijo al joven doctor que se cuidara si no lo hacía, porque, como ya se lo había dicho otra vez, le pasaría lo mismo que al cura.–

–¿Sabe usted a qué se refería el abogado? –

–No, señor.–

Un tanto intrigado, Swimb decidió que ya era hora de interrogar al doctor Luengo y le pidió a Amelia que lo llevara al lugar donde se hallaba el médico.

Amelia quiso ir en busca de Isidora, pero el Fiscal se lo impidió con una gentil orden:

–No, Amelia; no moleste a su señora.–

Ambos entraron sigilosamente a los aposentos de Luengo, pero el médico estaba despierto.

Sin que en el rostro se le dibujara alguna expresión, Favio Luengo miró a los recién llegados.

–Buenas tardes, doctor–, saludó el Fiscal, sin dar un tono especial a su voz.

Luengo emitió un sonido ronco e ininteligible.

Swimb le pidió a Amelia que le hablara a su patrón, que le dijera cualquiera cosa.

–Don Favio, dijo la mujer, ¿le traigo té?–

El médico quiso incorporarse, pero no pudo; sin embargo, meneó la cabeza en señal de aprobación.

Este gesto le bastó a Swimb para pensar que, si bien el doctor Luengo estaba semi-paralizado, algo podía comprender su mente; y que el sólo hecho de haber aceptado una sugerencia, le permitía a él, como Fiscal, buscar el modo de interrogarlo y que las respuestas de este testigo se admitieran como legítimas por el tribunal.

Admitiendo que este trabajo le sería especialmente lento y penoso, decidió postergarlo. Con afabilidad, se despidió de Amelia y del médico.

No bien hubo llegado a su oficina, le pidió a su secretario que ubicara al doctor Esteban Alberó y lo citara para una entrevista en la misma fiscalía.

XXX

Se había envejecido Jonás Taylor; sus pasos cortos, la voz baja, el temblor de las manos y el anciano rostro, eran muestras más que suficientes del menoscabo que le habían acarreado los años. Como un escultor, el tiempo se había encargado de labrar en sus ojos arcos blancos que circundaban el iris; en los párpados había realizado un trabajo delicado, haciendo descender algo más uno de los superiores, de modo que éste aparecía estar haciendo un guiño permanente, pero sin la expresión ladina del signo; y a los inferiores los había inflado de tal manera, que se evertían mostrando el rojo de la conjuntiva. Ésta, irritada por el contacto permanente con el ambiente, hacía aflorar lágrimas que corrían constantemente por las mejillas, dejando en ellas un tenue surco. Los labios del viejo doctor presentaban arrugas verticales que asemejaban una empalizada que los empujaban hacia adentro; al sonreír, los dientes parecían más largos.

El tiempo había segado sus cejas raleándolas con la hoz de las horas.

El caminar cansino del viejo Taylor hacía más evidentes los estragos en sus carnes y en el pantalón. Éste mostraba parte del pasacintos doblado hacia fuera, de modo que por sobre el cinturón, asomaba el forro de la prenda; el costado, a la altura de la línea de las caderas, se veía muy holgado y las botas caían sobre el empeine de los zapatos; las pinzas y la encajadura de tiro no existían: la apariencia posterior del pantalón semejaba una cortina.

A pesar de su aspecto, el viejo mantenía intactas las funciones de su cerebro, lo que le permitía divertirse leyendo y resolviendo puzzles.

Chela lo cuidaba lo mejor que podía y lo acompañaba largas horas, en silencio.

Todavía Jonás Taylor recibía el periódico, cada mañana; ahora se lo traían otras manos; ya no eran las de su querido Esteban, aunque el joven doctor lo visitaba de vez en cuando.

Cada visita era una oportunidad para que ambos sostuvieran diálogos amenos para Taylor y aleccionadores para el joven doctor Alberó. Esteban llevaba su cabás y aprovechaba de examinar a su viejo amigo. Al momento en que Esteban abría su maletín de doctor, ambos reían mientras lo miraban; era de allí que salía la magia que hacía reír a Jonás y asomaba la gracia de poder acompañar, de Esteban.

Por el periódico supo lo del padre Juan. Ese mismo día de la noticia había enviado a la Chela a casa del cura, pero ésta había regresado informándole que la Jacinta no sabía dónde se había ido el párroco.

—Sí, Chela, había dicho Jacinta; aquí estuvo el señor Obispo. Después de eso, se marchó el padre Juan Pedro.—

Muy triste había quedado el viejo doctor Taylor; admiraba al cura; hubiera querido ser él quien lo acogiera; hubiera deseado ser él quien lo consolara. El hombre quería mucho al cura párroco de la Santísima Trinidad; lo sabía de extremada bondad y sentido de caridad y misericordia. Muchas veces había acudido en su ayuda con alimentos, ropas o dinero para los desposeídos que el padre Juan auxiliaba. Muchas veces había sostenido largas conversaciones acerca de Jesús, pero, aunque se admiraba de que el Maestro fuera un hombre - Dios, Jonás no podía albergar fe en su corazón. Secretamente, sin embargo, comparaba a Jesús con la figura del médico y deseaba que éste pudiera parecersele.

Hizo desesperados esfuerzos por encontrar al sacerdote, pero fracasó en sus intentos.

Por cierto que Jonás Taylor no creía nada de lo publicado por la prensa y, poco a poco, se fue enristeciendo al pensar que la aciaga suerte de este inocente, clamaba al cielo por su injusticia flagrante.

Llegó a su puerta, como otras veces, Esteban.

La Chela, complacida con su visita, lo hizo entrar.

Como lo hacía antes, se sentó frente a Jonás en el saloncito que había sido testigo mudo de sus conversaciones con el viejo doctor; y, como siempre que entraba allí, los aromas de la casa lo llenaban de melancolía.

Chela trajo el té y galletitas para amenizar la conversación de los dos hombres y, antes de retirarse, dijo a Taylor con voz de picardía:

—Doctor, su amigo viene en auto.—

Una amplia sonrisa floreció en el rostro del viejo y acercándose a Esteban le expresó con satisfacción:

—No me digas que eres doctor con auto; ¿cuándo lo compraste?—

—Es larga la historia, doctor. Se la voy a contar. Ya se la voy a contar.—

—Hace meses que nosotros no nos vemos. Desde la última vez que lo hicimos, han sucedido cosas. Mi madre fue a visitar a su papá. De esa visita nació en ella el deseo de que yo conociera a mi abuelo y, aprovechando días feriados y permiso administrativo, viajé a donde él vive. Mi abuelo me recibió como si siempre me hubiera conocido. En realidad, puedo decirle que fueron días muy felices los que viví con él.

Mi madre se quedó un tiempo más con su padre. El cambio en ella ha sido impresionante: está más alegre y distendida, y piensa comprarse un departamento en la parte alta de la ciudad.

Viéndola más dueña de sí misma y más satisfecha con la vida, aproveché para hablarle de Lucía Victoria. Cuál no sería mi sorpresa cuando, abrazándome, me dijo que yo hiciera mi vida según me pareciera, guardando siempre la prudencia y la bondad en todo. Ni corto ni perezoso, le conté ahí mismo que quería casarme con Lucía Victoria. Mi madre, cuando terminé de hablar de este tema tan sensible para ella, lloró un poco primero y después me dio su bendición.

Yo no cabía en mí de felicidad. Hablé con Lucía Victoria y le pedí su mano a Esmerindo. Y a eso he venido, a contarle que me caso con la mujer de mis sueños en dos meses más.—

Jonás, poniéndose de pie, abrazó cariñosamente al joven y le deseó toda suerte de parabienes.

Volvieron a sentarse y, después de hacerse bromas y recordar tiempos pasados, Jonás preguntó a Esteban:

—¿Y el auto? —

—¡Perdón, doctor, me había olvidado!.— Cuando ya tuvimos la decisión matrimonial, lo primero que hice fue avisarle a mi madre.

Por cierto, como era de esperar, se lo contó a mis abuelos. Yo creí que todo iba a llegar hasta ahí, pero, ocurrieron dos sucesos asombrosos. Como regalo de bodas, mi mamá me regaló la casa en la que vivimos actualmente, de modo que allí podré llevar a Lucía Victoria y a Esmerindo. Como le dije, mamá se cambiará a un departamento en la parte alta de la ciudad, pero pasará el máximo de tiempo posible con sus padres que están muy ancianos. Y el otro suceso es que ayer en la tarde, cuando volvía a casa, estaba, a la puerta, este auto que usted acaba de ver, engalanado con una cinta de regalo. Era el regalo de bodas de mis abuelos.—

—No le puedo expresar con palabras lo henchido de felicidad que está mi corazón con todos estos acontecimientos y, lo primero que he querido hacer es compartírllos con usted, quien ha sido y es tan importante en mi vida.—

Vuelta a reírse ambos. Vuelta a sentirse muy felices.

Los tiempos de llanto, necesidad, dolor y luto, se habían quedado atrás, opacados por el fulgor del ahora.

—Pero no todo es felicidad, doctor, dijo, después de unos momentos de silencioso goce, Esteban. Hace unas semanas me llamó el Fiscal que investiga un caso de sospecha de eutanasia infantil. Sucede que en dicho proceso se ha acusado al doctor Favio.

Luengo como el hechor y, por ser yo uno de los médicos que ha atendido al niño cuya muerte se investiga, el Fiscal me pidió testificar.

Cuando llegué a la oficina del Fiscal, después de declarar todo lo que yo sabía y había vivido en relación a la atención médica de ese pequeño, el investigador me preguntó por un cura acerca de quien el abogado de Luengo le había hablado sin aparente sentido.—

En pocas palabras, el doctor Alberó relató a Taylor su desagradable experiencia con el abogado Smey, referente a la solicitud de interdicción de Favio Luengo.

Al amenazarme ese señor, comparó el daño sufrido por el padre Juan con el que yo podría padecer si no firmaba el documento. Eso me extrañó muchísimo, pero no volví a pensar en el asunto hasta que me citó el Fiscal y sacó a relucir el problema. ¿Sabe, usted, algo del padre Juan, doctor?

—No tengo la menor idea de lo que me hablas, muchacho, replicó Jonás Taylor. Lo que sé es lo que ha publicado profusamente la prensa visual y escrita, en que se acusa al párroco de frecuentar lenocinios y tener relaciones sexuales con menores.—

—Pero eso es una gran falsedad, doctor Taylor—, manifestó Esteban, apesadumbrado.

—Sin embargo, continuó Jonás, no hay una demanda contra él en la justicia ordinaria, aunque sí te puedo informar que la Iglesia ya tomó

cartas en el asunto, porque hace meses que el padre Juan no está en su parroquia. Y esto sucedió después de que el padre Juan recibiera una visita del Obispo, según lo que Jacinta, la asistente del párroco, le informó a la Chela, quien, a su vez, me lo contó.—

—¿Y qué tendrá que ver con esto el abogado Smey?—, preguntó Esteban.

El viejo doctor no supo qué responder.

Esteban tomó otro sorbo de té. Mientras masticaba una galleta, con aire más bien distraído, le habló a Jonás:

—Es curioso, doctor; cuando el padre Juan estuvo hospitalizado, fue víctima de grandes alucinaciones. Lo que me llama la atención es que tenían un sólo contenido y se relacionaban con el doctor Luengo. Tanto pavor sentía en el curso del delirio, que si uno nombraba al doctor, el padre Juan tenía accesos de pánico muy intensos. El problema es que el doctor Luengo se encuentra con un grado de afasia que le impide expresarse, pero comprende bien lo que uno le pregunta. Entonces uno queda siempre bajo la duda de si verdaderamente está en sus cabales.—

—Sin embargo, dijo Taylor, debes explorar cómo está el lenguaje escrito; entre los pacientes con afasia hay algunos que no tienen capacidad de manifestarse mediante la palabra hablada, pero son capaces de tener perfecta expresión a través de la palabra escrita. Otros pueden perder la palabra oral y escrita en su idioma nativo,

pero no pierden la capacidad de comprender y hacerse entender en un idioma que hayan aprendido. Y, así adelante; hay muchas mezclas en la afasia y se debe explorar cada una de ellas, de manera que en no pocos casos, el paciente puede ser aceptado como víctima de un muy restringido límite de sus capacidades; y, si bien puede ser difícil sostener un fluido diálogo con él, un médico logra tener la certeza de que dicho enfermo puede librarse de la calificación de demente.—

—Me queda mucho por aprender, doctor Taylor; usted me acaba de abrir un gran abanico de posibilidades para ayudar al doctor Luengo; desgraciadamente, dada su condición actual, ya hay quienes quieren declararlo interdicto e intervenir en todos sus asuntos.—

—Y no es poco el patrimonio que Luengo tiene, dijo Taylor; Luengo ha tenido mucho

éxito en su profesión y ha juntado una gran fortuna. Es obvio que muchos deben desear quedarse con algo de ella. O con todo.–

Esteban quedó pensativo. Todavía le daba vueltas la cuestión del padre Juan y de Iván Smey, sin lograr atar cabos.

XXXI

La mañana de Edgardo Lanas había comenzado muy ajetreada. Estaba llena de reuniones y no tenía tiempo para casi nada.

Le llamó la atención, sin embargo, que un tal señor Alfredo Swimb quisiera conversar con él. Mal día era hoy para una entrevista, pero siendo Fiscal el que la solicitó, era mejor aceptarla cuanto antes; no quería que el Obispado se viera envuelto en escándalos o comentarios ingratos de la gente.

Cuando llegó a su oficina, ya estaba esperándolo el Fiscal quien, respetuosamente, cuando lo vio, se puso de pie y le tendió la mano para saludarlo.

Una vez en el despacho de Monseñor Lanas, y después de comentarios acerca de la condición climática, Alfredo Swimb dijo:

—Monseñor, estoy aquí, sin saber claramente lo que debo preguntarle; en todo caso, voy a relatarle la razón fundamental de mi visita y le ruego que una vez que me escuche, piense si puede ayudarme. En ningún caso vengo a visitarlo en mi calidad de miembro del poder judicial ni a obtener declaraciones de corte legal. Sólo quiero que conversemos.

—Estoy dispuesto a servirlo en lo que requiera—, señor Swimb, dijo el Obispo poniéndose más cómodo en su amplio sillón.

Alfredo Swimb se refirió con detalles a la demanda contra Favio Luengo como autor del delito de asesinato contra un menor, interpuesta por la abuela de éste. Le explicó, asimismo, lo que había declarado el doctor Alberó acerca de dicho asunto y le hizo notar que, en esa conversación, había salido a la superficie algo que lo intrigaba: Un abogado de nombre Iván Smey era el asesor legal del doctor Luengo y andaba tras el fin de declararlo inter-

dicto. Para este objeto, dijo Swimb, el abogado Smey conminó al doctor Esteban Alberó, médico tratante del doctor Luengo, a firmar un documento legitimando la interdicción de su paciente; como el médico se negara a extender ese certificado, el abogado Smey reforzó esa solicitud con una amenaza, y en ese ultimátum intimidatorio había aparecido una clara referencia a un sacerdote que pertenecía a la jurisdicción del Obispo Lanas.

—Por eso estoy aquí, Monseñor; a ver si me puede ayudar. Ya fui a la parroquia de la Santísima Trinidad, pero no había nadie que pudiera darme alguna información, excepto una mucama de nombre Jacinta, la que me contó que el padre Juan Pedro Oñate había partido hace meses con rumbo desconocido.—

Y continuó:

—¿Sabe usted algo de eso, Monseñor?—

Lanas se inquietó; no sabía dónde estaba Juan Pedro, y de eso se sentía culpable; en su calidad de pastor, no se había preocupado de saber adónde iría su subordinado; no tenía conocimiento de cómo vivía; no había reparado en que el párroco necesitaría ayuda económica y se acusó de considerar en su fuero íntimo que, tal vez, el padre Juan tenía suficientes medios de subsistencia y por esa razón no se había preocupado de esto. Reflexionó y pudo apreciar que tampoco dio refugio espiritual al sacerdote, a pesar de verlo muy anonadado con el problema que lo hizo alejarse de la jurisdicción parroquial.

La pregunta del Fiscal era quemante para Lanas; el Obispo se sentía atrapado entre su deber de responder con la verdad y su condición de deudor de agradecimiento hacia Smey, ya que éste le había proporcionado una suculenta suma de dinero para que la utilizara libremente.

Con marcado nerviosismo, el Obispo Lanas respondió:

—El señor Iván Smey me hizo llegar unas fotografías que relacionaban al padre Juan con actos reñidos con la moral.—

Lanas se explayó más en lo referente a dicho problema y mostró las fotografías al Fiscal, quien le rogó que se las prestara por unos días.

—Sí, no tema Monseñor, apenas las desocupe se las devuelvo. Tendré especial cuidado en no filtrar a nadie su contenido. Pero, continuó: ¿Ha hecho esta denuncia a la justicia ordinaria? Se lo pregunto, porque la acusación de abuso de menores está especialmente castigada por la ley, y si usted no hace la denuncia, podría ser acusado de encubridor o de estar obstruyendo la acción de la justicia. Para que no tenga problemas a causa de esto, y porque ya existe una gran demora en hacer la denuncia, le sugiero que sea esta la ocasión que sirva para tal efecto. Así, nadie pondrá en duda su clara posición frente a este deleznable crimen.—

Fue así como se originó, tras algunas horas, la orden de arresto contra Juan Pedro Oñate.

XXXII

Los diarios y los noticieros de televisión publicaron en grandes titulares la noticia y la fotografía del perseguido.

Ciertamente que la noticia también llegó a Smey quien al acabar la lectura del periódico mostró una amplia sonrisa.

Aduciendo que el caso del prófugo Juan Pedro Oñate tenía relación con la acusación de eutanasia sobre un paciente del hospital Del Buen Samaritano, Alfredo Swimb solicitó ser el Fiscal del caso al tribunal de garantía.

Fue en esa condición que pocos días después, en la noche, cerca de las diez, llamó a la puerta de Javier Ercilla 418.

La mujer que abrió le preguntó si tenía cita para esa noche, pero la respuesta de Swimb se tradujo en un furibundo empujón a la puerta después del cual mostró sus credenciales y ordenó que la mujer de la foto viniera a conversar con él, al instante.

—¿Conoces a esta mujer? ¡ Debo hablar con ella de inmediato!—

La inquilina de la casa de citas, asustada, partió precipitadamente a cumplir la orden. Tras unos instantes regresó acompañada de una damisela de curvilíneo cuerpo, rubia, de andar sensual y facciones bonitas. La muchacha se acercó al Fiscal y lo saludó con una mezcla de sorpresa, admiración y temor.

—Señorita.....

—Estela, señor; me llamo Estela Cifuentes,— interrumpió la joven al Fiscal.

—Señorita Estela, entonces, sonrió Swimb. Soy el Fiscal de una causa en lo criminal y vengo a solicitar su testimonio, de manera que le ruego me conteste algunas preguntas.—

—¿Cuándo y en qué circunstancias conoció, usted, a Juan Pedro Oñate?—

La joven mujer quedó de una pieza. — Jamás he conocido a nadie de ese nombre, señor, contestó.—

El Fiscal miró impertinentemente a Estela y le replicó:

—Señorita, si usted no me responde con la verdad, la llevaré al tribunal, donde deberá hacerlo bajo juramento.—

Se asustó la mujer y se puso muy nerviosa; le temblaron algo las manos y la barbilla, y pareció acometerla un leve estado nauseoso.

—Le preguntaré de nuevo: —¿Cuándo y en qué circunstancias conoció, usted, a Juan Pedro Oñate?—

—Créame, señor Fiscal, no conozco a nadie de ese nombre,— respondió Estela.

Profundamente molesto, Swimb extrajo desde un sobre dos fotografías y, sin articular palabra, las entregó enérgicamente a la joven para que las examinara.

La sorpresa de Estela fue enorme.

Reflexionó mientras observaba las imágenes y le respondió al Fiscal, pero ahora con el rostro relajado y sonriente:

—A este sí que lo conozco, lo vi una sola vez y me acuerdo muy bien de él; pero no se llama así, se llama el padre Juan.—

Al Fiscal le entraron ganas de ahorcarla, pero se contuvo; al menos, pensó, ya reconoce algo.

La mujer le narró a Swimb que el padre Juan había venido una noche a la casa y que, en esa oportunidad, estaba reunido con un doctor y con una señora, a los que no conocía, y con el abogado Iván Smey, que es el que lleva los asuntos legales de la dueña de este local.

Usando un tono semi-burlesco, Alfredo Swimb preguntó:

—¿ Y por qué, usted aparece con el padre Juan en las fotografías?—

—De eso hace ya casi un año, señor; pero recuerdo que esa noche, el abogado Smey me mandó llamar y, con señas, me ordenó que me ubicara tras el padre y que le pusiera las manos en los hombros. Yo pensé que era para estar atenta por si al sacerdote le ocurría algo, porque lo vi en muy malas condiciones; parecía muy enfermo.—

—Y las fotos en que el padre aparece en la puerta de esta casa?—.

—De eso no tengo la menor idea. Después de que me fotografiaron, subí a mi dormitorio. Estaba con un cliente.—

Si fuera necesario, la llamaré a testificar, dijo Swimb. Puede retirarse. Muchas gracias por su cooperación.—

No había terminado de decir esto cuando, con un brusco gesto, se adelantó un paso y trató de detener a Estela:

—¡ Señorita, señorita!, llámó; ¿ Qué edad tiene usted?—

—Veintidós años, señor Fiscal. ¿Las prefiere más jóvenes? —

El Fiscal pensó: si lo que le había narrado Estela había ocurrido hace un año, la joven entonces tenía un año menos que ahora, pero más de tres años por sobre la edad para ser considerada una menor.

Y le asaltó una intensa preocupación: había dado orden de aprehensión sobre un inocente; al menos, contra un inocente de abuso sexual. El problema para él no era menor, dado que no podía equivocarse en esto de detener a alguien. Si se equivocaba o transgredía los derechos ciudadanos sería juzgado duramente.

Pensó escrupulosamente cuando llegó a su oficina.

El problema que tenía entre manos podía ser muy complejo de resolver y, para peor, todavía no tenía ni sospechas siquiera del papel que en todo esto jugaba Smey y, mucho menos, el doctor Favio Luengo. El otro asunto que le parecía de extrema gravedad era la posición del Obispo quien, en la práctica, no sabía lo que había hecho.

Preso de una muy ingrata inquietud decidió que en las próximas horas tenía que conseguir el testimonio de Iván Smey y del doctor Luengo; y, en lo posible, ubicar al padre Juan.

XXXIII

— ¡Cómo está, don Favio!, exclamó el doctor Alberó. He venido temprano para conversar con usted.—

Favio Luengo levantó su mano derecha con vigor, como si quisiera decir que estaba de acuerdo.

Sin mirar directamente a su paciente, sino que hablándole mientras hacía el ademán de escribir, Esteban le preguntó mirando por el rabillo del ojo:

—¿ Puede tocarse la oreja derecha con la mano izquierda?—

Para gran sorpresa de Esteban, Favio cumplió la orden rápida y perfectamente, sonriéndose.

Esteban decidió, entonces, darle diversas órdenes, absolutamente al azar.

—Muéstreme el índice izquierdo; el derecho; cierre los ojos; saque la lengua; mire hacia la ventana; indíqueme con su mano izquierda, donde tiene la rodilla derecha; gire la cabeza hacia el velador.—

Todas y cada una de las órdenes fueron cumplidas sin titubeos ni yerros.

El doctor oye, y comprende el lenguaje hablado, se dijo Esteban. Ahora es preciso cerciorarse de cuánto puede expresar por medio de la escritura.

—¿Le gustaría escribir, doctor,—

Luengo contestó con una amplia sonrisa; la primera en mucho tiempo. Esteban, con excitación y urgencia, tomó el cuaderno que la auxiliar de enfermería usaba para estampar en él las novedades de cada día respecto al comportamiento del enfermo, sus actitudes; la alimentación que recibía; los valores de la presión arterial y del pulso; la cantidad de orina recolectada en 24 horas, etc. Alberó, con un gesto de alegría, entregó el cuaderno y un lápiz a Luengo, quien lo tomó torpemente con la mano izquierda.

—Escriba su nombre,— le indicó.

Con trazos débiles a causa de la enfermedad y por tener que escribir con la mano izquierda, dibujó las letras de su nombre de modo que fueran perfectamente legibles. Esteban aprovechó la oportunidad para observar que Favio Luengo aún no mostraba mucha recuperación de la parálisis de brazo derecho. Las dificultades para usar su mano izquierda, anunciaban que el trabajo de escribir sería duro para el enfermo y corroboraban que habría que armarse de mucha paciencia para esperar a que Favio respondiera.

A medida que se fueron cumpliendo cada una de las órdenes de Alberó, éste fue dándole indicaciones cada vez más complejas a su paciente; incluso, le pidió que resolviera una multiplicación.

Esteban Alberó se emocionó; el doctor Luengo no podría ser declarado interdicto. Todo lo había escrito atingente y claramente.

Preso de entusiasmo e impaciencia, Esteban tomó el cuaderno y escribió en él:

—¿Cómo se llama usted y su esposa? —. Y volvió a entregarlo al médico.

La respuesta fue asombrosa; Favio no sólo había escrito correctamente la respuesta, sino que además había agregado una letra “n” a la palabra “llama” que Esteban había incluido en la pregunta. Y era lo correcto: la pregunta debiera haber sido: ¿Cómo se “llaman” usted y su esposa? Esta corrección hecha por el médico era fundamental, porque hablaba de una reflexión y abstracción intactas.

Esteban no cabía en sí de entusiasmo. Se atrevió, entonces, a escribir la siguiente pregunta: ¿Es posible que el señor Iván Smey haya extorsionado al padre Juan, párroco de la Santísima Trinidad y Capellán del hospital Del Buen Samaritano?

Temblando de emoción le pasó el cuaderno a su ex Jefe de Residentes. Favio leyó la pregunta con atención y, después de unos instantes, miró a Esteban directamente a los ojos y movió la cabeza en signo de afirmación. Algunas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Esteban miró con gran afecto a Favio, le dio un gracias emocionado y un beso en la frente.

Iba avanzando por el pasillo hacia la salida, cuando de pronto se abrió la puerta que daba al salón. Apareció Isidora, la esposa del doctor Luengo, acompañada de Iván Smey. La mujer, muy descortésmente y fuera de sí, observó fijamente a Esteban y vociferó:

—¡No vuelva nunca más a aparecerse por aquí; patán pildorero!—

Esteban no contestó a la grosera conducta y al insolente lenguaje de Isidora, y con gesto de gran amabilidad, le dijo:

—Como usted lo desee, señora; si me necesita para algo en relación a la salud del doctor, le ruego me llame.

—¡Jamás, jamás vuelva a aparecerse por aquí; los de su clase nunca entrarán a mi casa!—

Esteban guardó silencio y, haciendo una venia deferente, se alejó rumbo a la salida; allí esperaba muy compungida Amelia, que había sido testigo del suceso, para abrirle la puerta.

Una vez en la calle, comenzó a caminar sin saber a dónde; estaba abrumado y abatido.

Con gesto cariñoso, apretó su cabás con ambas manos contra el pecho y murmuró:

—No nos quieren allá adentro, muchacho; es la realidad, y yo me había olvidado de ella.—

Caminó mucho, pensando, rumiando dolor y humillación. Lo que le había dicho su padre, años atrás, acababa de cumplirse. Se hacía manifiesto no sólo que el ejercicio profesional honesto es resistido por los que cazan incautos para llevar a cabo sus viles ambiciones, sino que la profesión de médico no es una coraza ni un traje de etiqueta que autorice a creerse socialmente en la cresta de la ola. Al contrario, por ser una actividad tan noble, a muchos les irrita, los zahiere y mortifica, cuando ven la medicina de la mano de un fulano que no se sabe cómo la sedujo.

La sensación de humillación y desprecio lo mortificó enormemente, pero se acordó de Taylor. Fue él quien siempre le enseñó que el médico debe ser modesto, comprensivo, misericordioso; que debe entender al que lo insulta, porque, con alguna frecuencia, el dolor puede transformar a quien lo sufre, en perverso y soez.

El agravio recibido sin resentimiento, sin embargo, se adueñó del espíritu del doctor Alberó y lo hizo avergonzarse con tal intensidad, que se sintió despreciable.

Mucho le costó restaurar su sentir; la afrenta y el desdén sufrido, destruyeron casi toda la armazón de modestia que ocultaba su natural soberbia. Entonces, ya no tuvo enojo en contra de la que lo ofendió, sino que se molestó con la falta de honestidad consigo mismo; se ruborizó por saberse orgulloso, por comprobar que tenía un delgado estuco, un enlucido de amor que no resistió un pequeño quebranto.

XXXIV

El padre Juan en su pequeña maleta había puesto, junto a su escasa ropa y a elementos de aseo personal, el alba, la estola, el cáliz cubierto con un velo; una patena con algunas hostias sin consagrar; el corporal, un purificador, vinajeras para vino y agua, una jarrita para el agua, un aguamanil y una toalla pequeña; todos, elementos necesarios para officiar misa y que le habían sido regalados por sus padres cuando recibió la ordenación sacerdotal.

Salió esa tarde, después de conversar con el señor Obispo, sin saber a dónde ir; no tenía caminos que seguir; estaba absolutamente desorientado acerca de qué hacer.

Antes de salir, se aseguró de que quedara prendida la lucecita roja que anunciaba la presencia de Jesús sacramentado.

Comenzó a caminar. Se dio vuelta, después de haber avanzado algunos metros, para darle una última mirada a su templo e imaginar el tabernáculo donde se quedaba, solo, Jesús.

Su templo: muchos años sirviendo aquí al Señor; muchos años sin claudicar ante la soledad y las tentaciones de la carne y el embate de los deseos, de la codicia, del orgullo, de la desesperanza.

Nunca tuvo mucho tiempo para él; oficiaba misa, rezaba el rosario, visitaba enfermos en sus hogares, atendía a los que lo llamaban en su calidad de capellán del hospital, rezaba el breviario, visitaba al santísimo, recibía a las personas que le pedían asistencia espiritual, rezaba los responsos y las misas de difuntos que le solicitaban, atendía los comedores públicos para los desamparados.

No, no tenía tiempo para él.

Tampoco tenía tiempo para estudiar alguna materia que lo invistiera como profesor académico de una disciplina. No veía televisión, porque llegaba agotado a su dormitorio-oficina.

No recibía el periódico, salvo en los tiempos en que Esteban le llevaba uno de los sobrantes del día anterior y que, a veces, ni siquiera lograba hojear.

Era, por la tanto, como un cura de pueblo venido a menos; una vida mínima, dirían otros; una vida como Esmerindo o como Lucía Victoria, que lo ayudaban como podían.

El padre Juan se dirigió a la estación del ferrocarril y allí pasó la noche; no comió.

Sólo rumió.

Su pena.

En la mañana tomó un tren, ya sabía adonde ir; al convento de San Crisóstomo, distante sólo media hora de la ciudad. Allí tenía un fraile muy amigo, al que visitaba dos o tres veces al año. Juan Pedro era bienvenido por los monjes y le daban alojamiento y comida cuando iba. Llegó cerca del mediodía. A medida que se acercaba al lugar, comenzó a escuchar los cantos de la oración del día, los que fueron un remanso para su agobiado corazón.

Esperó a su amigo en la portería, el que no tardó en hacerse presente.

Juan, sin guardarse ningún secreto, relató al monje lo sucedido. A medida que se desarrollaba la narración de los hechos el monje se iba inquietando; le sugirió que era necesario que hablara con el prior.

Juan, obediente, habló con el Abad quien, comprensivo, lo acogió.

—Por corto tiempo, padre, le dijo; no podemos tenerlo un período mayor, porque estaríamos contraviniendo las decisiones que tomó el Obispo.—

Pasaron los días y el ánimo del cura se fue aquietando; solo en su celda, oficiaba su misa mientras gruesas lágrimas caían sobre el cáliz. Se sentía muy agobiado y pedía fuerzas para resistir este duro trance, sin menoscabar su fe.

Poco tiempo después, lo llamó el Abad.

Cuando entró a la humilde celda del prior, éste lo saludó con respeto y, sin hacerle ningún comentario, le mostró un periódico. Grandes titulares informaban que era prófugo; en el borde superior de una fotografía con su imagen, y bajo ésta, en letras más pequeñas, se detallaba una reseña del problema.

—Ya no podremos tenerlo con nosotros, padre, le dijo el Abad; con gran pesar, debo pedirle que nos deje lo antes posible.—

—Lo entiendo, padre Abad, y le agradezco de corazón los días que me ha dado albergue. Partiré de inmediato. Antes de irme, quiero reiterarle padre Abad mi inocencia; le ruego que me crea.—

El Abad lo miró con afabilidad y comprensión, pero no le habló. Sólo le tendió la mano para despedirse.

A Juan le había salido una barba que ya tenía cerca de varias semanas; blanca, poblada, y algo hirsuta, ocultaba notablemente su fisonomía y le daba aires de un judío ortodoxo. En la misma estación de ferrocarriles que lo vio llegar, compró el periódico que el Abad le había mostrado, y con gran atención leyó la noticia acerca de su búsqueda por ser

abusador de menores. El miedo lo invadió: lo andaba buscando la policía. Se apresuró a comprar un pasaje de regreso para presentarse a la comisaría más cercana a la estación a la que arribaría el tren. Cuando iba a entrar al andén, un par de fornidos brazos lo atezaron e inmovilizaron.

—Muéstreme sus documentos,— le dijo uno de los hombres que lo detuvieron, sin poner en su voz, acento alguno.

Juan no habló. Con lentos movimientos, según se lo ordenaron los policías, se llevó las manos al bolsillo de la raída chaqueta que llevaba y sacó un fajo de papeles arrugados entre los que, con algún grado de temor, buscó el documento. Lo miró con atención y lo entregó al detective quien, después de examinar minuciosamente el pasaporte del cura, le dijo:

—Juan Pedro Oñate, usted está detenido por abuso de menores.—

Y le pusieron un par de esposas.

Inmovilizado salió de la estación flanqueado por los dos guardias. Se produjo un pequeño tumulto cuando los pasajeros que esperaban el tren se percataron del suceso. Súbitamente, la estación que era habitualmente bulliciosa, se convirtió en una cámara silente. Centenares de ojos miraban al preso; unos con rencor, otros con lástima y unos cuantos con desinterés. De pronto, el silencio se rasgó por un grito agresivo y soez: —¡Cura degenerado, abusador de menores!—

A ese bramido insolente, atrevido y procaz, se unieron otros chillidos que, por el contenido provocador y violento, obligaron a los detectives a apurar la marcha y sacar al reo a toda prisa del lugar.

Juan Pedro Oñate fue formalizado de inmediato. Antes de ponerlo en una celda, le quitaron lo que traía: la maleta, el cinturón con el que afirmaba sus pantalones, el cordón de los zapatos y el rosario. Lo obligaron a abrir la maleta sin privacidad alguna. Con violencia, arrojaron sobre la mesa del comisario todo su contenido. Rodó el cáliz, que cayó al suelo junto con la patena. Las vinajeras se quebraron. Juan trató de recoger el sagrado vaso, pero un culatazo en el rostro lo detuvo, fracturándole el maxilar inferior y produciéndole una hemorragia en el ojo. El dolor era insoportable.

El cura quiso llevarse las manos esposadas a la boca para mitigar el intenso dolor, pero otro culatazo, ahora en un costado del pecho, le cortó la respiración y lo hizo desplomarse al suelo, sin sentido.

Sin comer, sin beber, aislado, aterido de frío, con gran dificultad para respirar y viendo por un solo ojo, fue trasladado dos días después en un furgón policial a una comisaría de su ciudad junto a una veintena de delincuentes. El hacinamiento dentro del vehículo hacía irrespirable el ambiente.

El cruel y repugnante viaje duró dos horas que al cura le parecieron interminables.

Bajó del furgón encadenado por los pies a otros delincuentes, de tal modo que entre todos fueron formando una hilera de hombres harapientos y sucios, muchos de ellos cojeando visiblemente o mostrando, además, heridas en diversas partes del cuerpo.

En esta nueva comisaría lo aislaron a la espera de que llegara el Fiscal.

Alfredo Swimb había sido informado de la detención del sacerdote la noche anterior, y solicitó, sin dilación, que de inmediato el cura fuera dejado en libertad.

—Mándeme el fax con esa orden firmada por el juez de turno—, le respondió el policía que recibió el mandato del Fiscal.

La noche, con su elixir de somnolencia y el ajeteo en el interior del recinto policial producto de riñas, robos, detenciones por sospecha, drogadicción y alcoholismo, hicieron su trabajo aniquilador: el fax quedó bajo cientos de papeles; y el policía que lo había solicitado olvidó rescatarlo, porque se encontraba atareado buscando las briznas de verdad entre el mar de mentiras de las declaraciones de decenas de detenidos.

Cuando Swimb llegó a la comisaría, inmediatamente lo hicieron pasar a la celda de aislamiento en la que se hallaba el sacerdote.

El Fiscal lo encontró en el suelo, gimiendo por agua, orinado en sus pantalones, quejumbroso por el dolor del maxilar y hecho un zarrapastroso.

Alfredo Swimb se llevó la mano a la barbilla en un gesto de desesperación.

Desde la legalidad, lo sucedido al sacerdote era extremadamente grave.

Con la orden de libertad inmediata firmada por el tribunal de garantía con data de 16 horas antes, se presentó iracundo al comisario del lugar, el que fue presa de gran temor. El incumplimiento de una orden del tribunal era castigado con proceso judicial.

—Llegó así, señor Fiscal; llegó así. Nosotros no lo hemos tocado siquiera, —dijo, anhelante, el comisario jefe.

Apretando los dientes Alfredo Swimb dijo al policía:

—Suéltelo de inmediato y llévelo al hospital Del Buen Samaritano para comprobar lesiones, curarle las heridas y, tal vez, dejarlo hospitalizado.—

Decenas de periodistas de medios escritos y audiovisuales se encontraban apostados en la entrada del hospital. Al llegar el furgón que traía al sacerdote convertido en un guiñapo humano, reporteros y camarógrafos dieron una exclamación de horror. El horror se trocó en silencio cuando vieron avanzar al cura por entre ellos, para entrar a las dependencias hospitalarias. Entre los destellos de los flashes avanzó el padre Juan, cojeando dolorosamente; con el tronco inclinado hacia la izquierda para disminuir la fuerte puntada en el pecho y con una mano sobre el maxilar inferior, para reducir el agudo y lacerante dolor de la fractura. Tenía abierto un solo ojo con el que miraba dificultosamente.

El silencio de los corresponsales y reporteros se rompió al día siguiente: los titulares de los tabloides, con fotografías que mostraban el deplorable estado del ex párroco, informaban que “En una descomunal gresca atacaron al cura prófugo de la justicia”. A continuación, los detalles de la noticia daban cuenta de cómo, en una especie de linchamiento, el sacerdote casi había perdido la vida si no hubiera sido rescatado por la policía.

Juan Pedro fue reconocido de inmediato por el personal auxiliar del servicio de urgencia del hospital; sin decir nada, y con muestras de cariño, lo condujeron a una sala de examen

donde, una vez que lo tendieron en una camilla, le tomaron la presión, le midieron la temperatura, le contaron el pulso y le conectaron un oxímetro al índice derecho.

Las enfermeras y los auxiliares que llevaron a cabo estas mediciones esperaron junto a él a que llegara el médico de turno que lo examinaría.

Unos minutos después, e ignorante de lo que iba a encontrar en la sala de examen, apareció el doctor Esteban Alberó Freire, el hijo de Segundo y Esmeralda, ex canillita, y ex monaguillo del párroco de la iglesia de la Santísima Trinidad.

Esteban se acercó al paciente que estaba cubierto con una sabanilla celeste. Al observarlo, grande fue su sorpresa al reconocer el rostro de su amigo.

—¡Padre Juan!,— exclamó con una voz, en la que se mezclaban la conmoción del encuentro, el horror ante la piltrafa en la que habían convertido a un ser humano, y la pena de que así hubiera ocurrido.

Más de una hora demoró el doctor Alberó en llevar a cabo el cometido médico y, otro tanto, en recabar su informe para la justicia.

—Padre Juan, le dijo, es absolutamente necesario hospitalizarlo; habrá que hacer drenajes de la sangre acumulada en las pleuras y alrededor del corazón; intervenir quirúrgicamente la mandíbula; reparar, si fuera posible, el globo ocular, y evaluar el resto del cuerpo para establecer si existen o no otros daños que puedan ser peligrosos.—

Juan no contestó. Sólo tomó la mano de Esteban y la apretó en señal de comprensión y agradecimiento.

XXXV

Iván Smey se encontraba en su bufete estudiando informes periciales. Se hallaba absorto en esta tarea, porque preparaba el delicado asunto de declarar interdicto al doctor Favio Luengo. No deseaba que este objetivo se le fuera de las manos; si lo cumplía una cuantiosa cantidad de dinero iría a acrecentar la considerable fortuna que ya había amasado.

La codicia le abrasaba el alma y el cerebro; si bien a veces se preguntaba si era o no correcto desear siempre los bienes que otros poseían, prefería pasar por alto estas pequeñas muestras de auto reproche; hartó, consideraba él, le había costado llegar a ser abogado y mucho esfuerzo el lograr reunir la fortuna que tenía.

Golpearon a su puerta.

Se levantó con enojo para abrir; pensaba que su secretaria no estaba haciendo bien su trabajo de evitarle interrupciones.

Con brusco ademán tiró de la puerta.

En el umbral, vestido elegantemente, y acompañado de un Notario y de un policía, estaba el Fiscal Alfredo Swimb, sonriente y distendido.

—¿Puede explicarme esto?,— preguntó, muy enfadado, mirando fijamente al Fiscal.

—Soy Alfredo Swimb, Fiscal Regional. Se me ha encomendado interrogarlo por el caso de Juan Pedro Oñate; me acompaña el Notario como testigo de fe y un policía, por si encuentro razones para detenerlo—.

Una vez dicho esto, sacó de su bolsillo un papel que desdobló cuidadosamente, y lo entregó a Smey, cuya expresión de enojo había cambiado repentinamente por una de intensa preocupación.

Era la orden emanada del tribunal de garantía.

Iván Smey los hizo pasar y contestó cada una de las preguntas de carácter general que le hizo el investigador.

Poco a poco fue recuperando su aplomo y se tranquilizó.

—Señor Smey, dijo el Fiscal, mientras le entregaba tres grandes fotografías, ¿Por qué envió estas fotos al señor Obispo?—

—¿Y quién le dijo que yo tomé esas fotografías?—

—Señor Smey, no le he dicho que usted las tomó; sólo le pregunté por qué razón se las envió al Obispo.—

El abogado inclinó un tanto la cabeza y comenzó a acariciarse nerviosamente el mentón mientras observaba con cautela a Swimb.

— Es una vieja historia, Fiscal Swimb; no vale la pena perder el tiempo en ella.—

— El cómo usar el tiempo es algo que decidiré yo, y la calificación de cuán valioso o no es cualquier asunto relacionado con esta investigación, es de mi responsabilidad. Ahora bien, le pido responder a mi pregunta.—

El abogado relató la circunstancia vivida con Juan Pedro Oñate y que derivó en que su solicitud de ingresar al seminario fuera rechazada. Y terminó el breve relato diciendo:

—¡Pero esto sucedió hace casi veinte años,; no tiene sentido ni recordarlo!.—

—Esa historia, señor Smey, no contesta a mi pregunta. Espero que quiera responderme aquí y no en el juicio oral.—

Seguro de su accionar, dados los conocimientos de su profesión, Smey repuso con desparramo:

—No tiene materia para juzgarme en un tribunal.—

—¡No le daré información al respecto, señor; sólo límitese a responderme!— dijo, casi gritando, el Fiscal.

—Las envié al Obispo, porque quería castigar al cura; quería que, con él, la Iglesia hiciera lo mismo que me hizo a mí y que lo condenara a perder su ministerio sacerdotal,— exclamó malhumorado, descortés y descarado, Ivan Smey.

El Fiscal esperó a que se tranquilizara el declarante. Cuando hubo transcurrido un tiempo razonable, volvió a preguntar:

— ¿Tiene usted, alguna relación con un médico llamado Favio Luengo?—

Iván Smey frunció el ceño mostrando extrañeza. Para él, la figura de Luengo no era sólo la de un cliente, sino, y sobre todo, la de una persona que lo abastecía de morfina de modo que pensó ser extremadamente cauteloso en sus respuestas, para no acabar con la fuente que saciaba su vicio.

—Sí, soy su abogado, respondió, con atrevimiento.—

—Estuvo con usted en Javier Ercilla 418 la noche en que tomó fotografías al sacerdote?—

—Sí.—

—¿Cuál fue la razón para de que un médico estuviera allí con usted?—

—Fue un encuentro casual; yo le había pedido que visitara a mi madre que se sentía algo enferma. Y el doctor llegó en el mismo momento que el cura.—

—¿Cómo pudo llevar a su madre a un sitio así?, —preguntó extrañado el Fiscal.

—Es un lugar tan bueno como cualquier otro; es la casa de mi amiga y ella me prestó una habitación para que el médico pudiera examinarla.—

—¿Y usted, no tiene casa?—

—No señor Fiscal, duermo en mi bufete, el sitio en donde usted se halla en este momento.—

Swimb miró fijamente a Smey. No hizo más preguntas y le dijo que volvería a entrevistarle si fuera necesario según el curso que tomara la investigación. Pero no aclaró qué investigación.

Y Smey no lo preguntó.

XXXVI

Muy extrañada estaba Lucía Victoria; hacía un tiempo que no veía a su prometido. Pero la muchacha estaba acostumbrada a que Esteban dedicara gran parte de su tiempo a la vida hospitalaria, sin considerar ello como un obstáculo en su relación con él. Al contrario, a la joven le gustaba mucho que Esteban ejerciera con libertad su profesión, y no le hacía reparos por las ausencias, a veces prolongadas.

Lucía Victoria se preparaba para cenar con su padre. De pronto, un bocinazo muy cerca de su casa la sobresaltó. Era extremadamente raro que circularan automóviles por el callejón donde vivía. Curiosa, recorrió las cortinas de la ventana: se le apareció un hermoso coche estacionado delante de su puerta. Como era tarde, y estaba oscuro, decidió salir a ver quién era. Cuál no sería su sorpresa cuando vio que, desde su interior y henchido de orgullo y contento, asomaba Esteban.

La joven dio un agudo grito de felicidad al ver a su prometido, lo abrazó cubriéndolo de besos e ingresaron a la casa.

Mientras compartían la mesa familiar, el joven médico relató a su novia y a su futuro suegro que sus abuelos le habían regalado este hermoso auto.

—Pero no sólo eso, continuó diciendo Esteban; les tengo una sorpresa: mi madre, como presente de bodas, nos regaló la casa en que ambos vivimos actualmente. Ella adquirió un departamento al cual se mudará, pero ha decidido que pasará más tiempo con sus padres, de modo que, cuando lo queramos, podemos irnos a vivir allí.—

Esa noche fue de fantasía para los tres amigos. Como si un hada los hubiera tocado con su varita mágica, estaban dejando atrás mucho tiempo de sinsabores y estrecheces; parecía que esa noche era navidad.

Cuando la emoción dio paso a la calma, Lucía Victoria preguntó a Esteban:

–¿Has visto al padre Juan? Supe que está hospitalizado con graves heridas, pero como la prensa miente tanto, creo que es mejor que nos cuentes si has tenido noticias de él.–

Esteban se puso muy serio, se sentó de nuevo a la mesa y comenzó a jugar con un vaso de bebida, mientras miraba con prudencia a Lucía. Después de unos instantes dijo:

– El padre llegó hace pocos días al hospital; venía con fracturas múltiples, con un hematoma intracraneano; un derrame pleural de sangre con ruptura del pulmón y un estallido ocular con luxación del cristalino que casi lo deja tuerto. Hubo que operarlo de la mandíbula, vaciarle la sangre del espacio pleural, poner un drenaje para ayudar a cicatrizar el pulmón, vaciar el hematoma intracraneano, y operarle el ojo, el cual no quedó tan mal.

No he podido conversar aún con él para indagar acerca de las razones que lo llevaron a tan lamentable estado. Apenas esté mejor, podré preguntarle y les informaré.–

– Está muy solo él, dijo Lucía Victoria; todos se tragaron los cuentos de los periódicos y le han dado vuelta la espalda. Hasta los que iban a pedirle comida lo insultaron el último día que estuvo en la parroquia.–

–Siempre es así, amor mío, contestó Esteban; el ser humano es habitualmente desagradecido y no hay que hacerse falsas expectativas en cuanto a que habrá un cambio de parecer de las personas. Una vez que se ha logrado meterle algo en la cabeza a la gente, y a pesar de demostrarle la verdad, se queda con lo que le han dicho. La gente no tiene capacidad de reflexionar y de reconocer sus errores. Pero, aunque uno sepa esto, creo yo que es mejor comprenderla: la gente ya no tiene tiempo de pensar, vive muy apurada, le importan únicamente sus cosas y raramente se ocupa del vecino.–

Esmerindo escuchaba con interés; el cartonero apreciaba mucho al ex párroco y consideraba que tenía una deuda con él. Inquieto por la situación del sacerdote, le dijo a Lucía y a Esteban:

–Ustedes se van a casar pronto y tendrán una buena casa donde vivir; yo podría quedarme aquí y el padre Juan tendría un lugar para albergarse mientras decide qué hará en el futuro.–

Los novios se miraron tratando de comprender bien lo que vendría en un futuro cercano. Esteban, que deseaba llevarse con él a su futuro suegro, veía con preocupación que éste se quedara en una casucha cercana al río, mientras él y Lucía gozaban de un pasar notoriamente superior. Para él, esta situación era del todo ingrata y lo intranquilizaba.

Lucía no sabía qué pensar; si se casaba debería seguir a su esposo adonde éste fuera y, de ser necesario, tendría que dejar a su padre. Le era evidente, en su corazón de hija, que no contemplaba esta posibilidad. Invadida por estos sentimientos, no se atrevió a dar su parecer; prefirió callar. Pero, Esteban la apremió al preguntarle:

– ¿Qué piensas, tu, Lucía?–

–No quiero dejar solo a mi padre, Esteban; él me necesita.–

–El que se casa, casa quiere, dijo Esmerindo alegremente; yo puedo valerme por mí mismo, de modo que ustedes no tendrán que preocuparse por mí.–

Por primera vez un nubarrón vino a cubrir su, hasta ahora, maravilloso cielo. Y no es que creyera que su prometida no lo amaba; pero estimó que el amor de Lucía por él no era como había creído. Esteban tenía en su alma la concepción de un amor dispuesto a todo evento, pero privilegiando al amado. Las palabras de Lucía Victoria le habían dejado muy en claro que ella tenía prioridades en donde él, no estaba.

Para ocultar estos sentimientos, sonrió dulcemente a la joven, se puso de pie y dijo:

—No vale la pena apurarse en tomar decisiones; al padre Juan le queda un buen tiempo en el hospital y ese tiempo nos dará la oportunidad de volver a conversar y decidir de acuerdo a la realidad que se presente.—

Cariñosamente se despidió de Esmerindo, dio un beso a su amada Lucía y salió sin hacer otros comentarios.

La novia de Esteban se quedó preocupada; lo amaba sin restricciones, sin condiciones; pero, ella no quería ser oprimida ni avasallada. En su alma, la idea de su amor era que cada uno, ella y Esteban, se entregaran en alma y vida, pero sin reclamar para sí nada del otro; un amor dadivoso, que no duda, que busca el bien del amado sin exigirle cosa alguna.

Y no fue eso lo que apreció en la réplica de Esteban ante el comentario de su padre.

Decidió que sería necesario tener una profunda conversación con su prometido.

XXXVII

Muy temprano llegó el Fiscal Swimb a la casa de Favio Luengo. Esta entrevista era la que faltaba para cerrar el caso del niño Pelayo Méndez y dilucidar cómo este caso se relacionaba con el problema que enfrentaba el padre Juan.

Cuando llegó a la recámara de Luengo, el médico estaba sentado en un confortable sillón y miraba un programa de noticias en la televisión local. Amelia se encontraba allí, ordenando el dormitorio y presta a hacer la cama.

En las imágenes de la televisión, todas de archivo, se mostraba la llegada de Juan Pedro Oñate muy malherido al servicio de urgencia del hospital Del Buen Samaritano.

El Fiscal no quiso interrumpir a Luengo, quien estaba muy interesado en la noticia, y escuchaba con especial atención lo que se decía, todo lo cual daba por sentado que Oñate era un criminal y depravado.

Swimb avanzó algunos pasos y se puso al frente del enfermo, sin ocultarle la visión del televisor. Tan concentrado estaba el médico en el programa, que no se dio cuenta, sino después de pocos minutos, de la presencia del Fiscal.

Cuando Luengo encontró la mirada de Swimb, se sonrió levemente y, alzando su mano izquierda, quiso saludarlo e hizo un esfuerzo para que el saludo pareciera lo más normal posible a pesar de la torpeza que aún lo afectaba.

Con palabras simples y pronunciadas lentamente, el señor Fiscal le explicó la razón de su visita. Cuando terminó, Luengo pidió con señas a Amelia que le pasara el cuaderno, el mismo en el que días antes había escrito las respuestas a las preguntas que le hiciera el doctor Alberó.

Comenzó a escribir con desusada calma. Swimb no tenía apuro. Cuando hubo terminado, Amelia entregó el cuaderno al Fiscal quien pudo comprobar lo allí escrito:

– “Lo comprendo todo”.–

La entrevista, que se llevó a cabo con una lentitud a ratos enervante, duró alrededor de cuatro horas.

Al finalizar, el Fiscal solicitó a Luengo que le permitiera llevarse el cuaderno con las respuestas, a lo que el médico accedió.

Swimb se despidió de su testigo y Amelia lo acompañó hasta la puerta de calle. Una vez allí, le dijo a la muchacha:

–También debiera interrogarla a usted, pero se me hecho tarde. ¿Podría ir mañana temprano a mi oficina?–

Amelia no puso reparos y aceptó la citación de buen grado.

Una vez que pudo tener un rato de sosiego, Swimb comenzó a repasar, con mucho interés y reflexión, cada una de las respuestas que el doctor Luengo le escribiera en el cuaderno.

Con ello pudo hacerse una completa idea de lo que acontecía en este difícil caso. Lo más evidente era que el doctor no había practicado eutanasia en Pelayo Méndez; que era un paciente afectado por cefaleas muy severas secundarias a un aneurisma cerebral y eso lo había llevado a ser consumidor de morfina; que Smey, abusando de su condición de abogado, extorsionaba a Luengo cuando se dio cuenta de que este podía proveerlo de la droga; que Luengo no había tenido injerencia en la mentira tejida alrededor del padre Juan Oñate como venganza frente a una correcta acción del sacerdote. Y además, dada la condición

intelectual que había demostrado el médico con cada una de sus respuestas, el Fiscal tenía muy claro que Luengo no podía ser declarado interdicto.

Comenzó su declaración al tribunal de garantía y terminó solicitando la autopsia al cadáver de Pelayo, haciendo notar que se trataba de una diligencia muy importante para determinar si sus tejidos mostraban o no impregnación con opiáceos.

XXXVIII

Esteban Alberó aún estaba dolido por el episodio vivido con la esposa de Favio Luengo. Sentía que era una exageración de su parte darle tanta importancia a un hecho trivial. Era cierto que ella lo había ofendido, pero era evidente, también, que la pobre mujer estaba ofuscada por los problemas que le habían ocasionado la enfermedad de su esposo.

En el alma del doctor Alberó se agregaba además una sensación de frustración surgida luego de la conversación con su novia; todavía le daba vueltas en la cabeza el hecho de que ella le había dado más importancia a la situación de su padre que a su futuro matrimonio. No quería, en su interior, reconocerlo; pero, mientras más lo pensaba, más claro le quedaba: Lucía Victoria lo tenía a él, en un segundo plano.

Las múltiples actividades de Esteban y la carga que le imponía el trabajo médico se convirtieron en un alivio para su espíritu; se echó al hombro las desilusiones y se hundió en su quehacer.

Cuando Juan comenzó a recuperarse, volvió la jovialidad en el sacerdote; ahora, esperaba a Esteban sentado en su lecho y, mostrando una sonrisa, lo bendecía.

Una noche, noche de turno de Alberó, éste fue a visitar a Juan. No lo hizo en su condición de médico, sino en su calidad de amigo. Cuando entró a la sala, Juan leía, lo que era señal de lo bien que parecía haberse recuperado.

—Padre Juan, le dijo el joven doctor; en unos días más le darán el alta: ¿Tiene pensado lo que va a hacer, dónde va a vivir, dónde obtendrá su alimentación?—

La pregunta denotaba ansiedad, esa que nace por ignorar cómo va a seguir la vida; ese desasosiego que sobreviene cuando se trata de otear al futuro, sabiendo las dificultades que entraña.

—No te inquietes doctorcito; Jesús se preocupará de eso. Lo que importa, por el momento, es salir de aquí y detenerse a pensar en lo que Dios quiere para uno.—

—Padre Juan, ¿me puede contar cómo le hicieron esas heridas y fracturas que casi lo dejan sin vida?—

—Me golpearon con la culata de un fusil; pero deja ya de preocuparte de todo. No tiene caso volver sobre aquello que sucedió y envenenarse la sangre persiguiendo a los hechores. Recuerda que el Señor dijo que no había que resistir al mal; y al que te robara, no se lo reclamases.—

—Es que me da mucha rabia como lo han tratado, padre; me parece muy injusto.—

—Olvidalo, Esteban; no te llenes de odiosidades el alma; vive con tranquilidad y que no te espante cosa alguna. Lo que me sucedió, desde la llegada a esa casa de citas hasta ahora, tiene la marca del maléfico; cualquier cosa que yo haga será malvada y todo se interpretará de acuerdo a los designios del demonio. Y no es que esté delirando o siendo fanático; el único que puede hacer jugadas maestras es él, y lo más señero es que sólo la oración perseverante puede cambiar todo lo hecho por satán. De modo que, en vez de entristecerme, en lugar de preocuparme, rezo.—

—Padre Juan, replicó un poco molesto Esteban, todo esto ha sido una gran injusticia; es usted inocente de todo lo que han dicho; han tejido sobre usted mucha mentira y, creo, que usted tiene la obligación de defender su honra.—

—Que de eso se preocupe el Señor; déjale a Él ese trabajo. No te inquietes.—

Desarmado, el doctor Alberó decidió no seguir haciendo preguntas; entonces, sacó sus instrumentos del cabás y examinó a Juan Pedro. El resultado lo dejó tranquilo; todo el grave compromiso que el cura había sufrido en su cuerpo estaba en franca vía de recuperación.

Meditaba y se preguntaba cuál era el origen de la fuerza que Juan tenía. Él, en cambio, sentía gran inquietud y rencor por lo que le había sucedido; veía con impotencia cómo el ex párroco había sido pasto de la difamación. Pensó, también, que si a él le sucediera algo similar, no tendría el valor de aceptarlo.

Recordó, quizá por qué razón, las palabras de Lucía Victoria. Comprendió que la intención de la joven había sido proteger a su padre y no la de agredirlo a él, su futuro esposo. Caviló acerca del amor, de nuevo, y tuvo la sensación de que era algo demasiado frágil cuando se lo envolvía con la soberbia o con el egoísmo. Pero, se dijo, es de humanos tratar de poseer a la persona que se ama; es de humanos creer que, así como el otro está primero en nuestra vida, uno también debiera estar en el mismo sitio en el corazón del otro. Reflexionó acerca de lo que sucedía con su novia; los celos fueron sembrándole dudas, de tal manera, que el esplendor de su cariño pareció oscurecerse.

¿Sería verdadero amor el que sentía por ella, o era, en cambio, algo parecido, algo comparable al amor pero, en realidad, se trataba de un sentimiento avaro y egocentrista?

Se avergonzó de sí mismo; hacía varios días que no la visitaba creyendo falsamente que se debía a que tenía mucho trabajo. Pero, lo que en verdad le sucedía, era que quería casti-

garla, porque deseaba ser amado tal como creía que él amaba. Y algo más lo apesadumbra-
ba: pocas horas antes le había dicho al doctor Taylor que a su casa se llevaría a Esmerindo.
Con ello había dado la imagen de ser un hombre bueno, generoso, comprensivo. Pero no
había sido así; cuando llegó el momento de hacer realidad lo que pensaba, falló. La traición
hacia sí mismo lo hizo sentirse muy mal.

La conversación con el cura Juan lo había vuelto a la realidad. O se ama así, sin pedir
nada, sin exigencias, o lo que se siente no es amor, sino deseos de posesión.

Pensó en la medicina que ejercía: puro desprendimiento y entrega hacia el otro; ninguna
exigencia. Él se consideraba pertenencia de cada enfermo y no perseguía ser el dueño de
éste. Esa perfección del amor es la que otorga seguridad a un enfermo, quien de este modo
puede tener la plena libertad de cambiar de médico cuando lo estime necesario. Si ello no
fuera así, si el doctor se creyera poseedor del paciente, le impediría al enfermo perseguir el
camino a la curación que él decidiera. El profesional no puede ser el dique que impida al
enfermo buscar otros derroteros para su salud. Lo mismo sería para Lucía Victoria: él era
de ella, pero no podía obligarla a que ella conculcara, a causa de él, su libertad.

—Voy a volver a conversar con Lucía. Me he portado como un bribón,— se dijo.

Iba saliendo de la habitación en la que Juan convalecía, cuando otro médico lo tomó del
brazo y le dijo:

—No me digas que eres el médico tratante de un perverso, de un depravado.—

Esteban miró a su colega y le dijo:

—No soy el censor de su proceder o de sus actos; soy su médico, y como tal, debo cumplir
con mi juramento.—

—La prudencia dice que dime con quién andas y te diré quién eres—, respondió su colega.

—Prefiero correr el riesgo y respetarme a mí mismo—, replicó Esteban.

Cuando quedó solo fue asaltado por un cúmulo de emociones indefinibles; de un lado,
por el hecho de proteger a uno de sus pacientes al negarse a declararlo interdicto, la es-
posa de éste lo había ofendido y humillado; y del otro lado, por estar amparando en su
enfermedad a Juan Pedro, también había sido denostado, pero ahora por un colega, por un
individuo que tenía la obligación de saber cómo debiera proceder un doctor. Estimó que
no tenía mucho que esperar de quienes ni siquiera sospechan lo que significa ser médico.

Era tiempo, ya, de ir a conversar con Taylor; con él podría sincerarse.

XXXIX

El tribunal de garantía encontró encomiable el trabajo investigativo de Alfredo Swimb. La información que dio respecto de Favio Luengo fue suficiente para liberarlo de toda sospecha en el caso de la eutanasia y comprender que la adicción del médico por los opiáceos había sido gatillada por el aneurisma cerebral.

Pero en relación a ser testigo de acoso a un sacerdote y no denunciar este hecho a la justicia; a consentir en ingeniar un plan para que pareciera cierta la difamación y participar activamente en ese punible acto; y haber incurrido en amenazas sobre el cura, lo hacían culpable del delito de calumnia y deshonor sobre una persona, situación que merecía un juicio oral que impartiría justicia en el seno de otra corte.

Respecto de Smey, el tribunal de garantía le solicitó a Swimb que investigara más acerca de su condición de adicto; que estudiara su relación profesional con el señor Favio Luengo y que esclareciera los hechos que lo llevaron a extorsionar al sacerdote Oñate; que descubriera qué responsabilidad le cabía directa o indirectamente en el grave politraumatismo del sacerdote Oñate, y si tenía alguna injerencia en la operación del burdel de la calle Javier Ercilla 418, sea como dueño del inmueble o como gerente del negocio.

XXXIII

Llegó el día del alta médica del cura Juan. Estaba en muy buenas condiciones; su recuperación había sido excelente.

Se levantó temprano a esperar que se completara el trámite en el hospital y ya, alrededor de las nueve, estaba sentado a los pies del que fuera su lecho de enfermo con su vieja maleta que contenía lo que le quedó, desde el día que lo tomaron detenido. El alba ya no estaba y la estola se veía hecha jirones. El cáliz aparecía abollado y la patena y el paño que cubría el cáliz, habían desaparecido. Y, por cierto, sabía que las vinajeras fueron hechas trizas.

Por la puerta de entrada a la habitación, apareció Esteban vistiendo su bata blanca y llevando su estetoscopio colgado alrededor del cuello, como si fuera una chalina.—

—Estamos listos, padre Juan; ¿dónde lo llevo?—

El cura miró a Esteban con extrañeza; no se había hecho esa pregunta mientras estuvo hospitalizado y ahora, cuando súbitamente se encontraba liberado del hospital, bruscamente, también, había surgido la necesidad de tener alero en alguna parte.

El sacerdote le pidió a Esteban que se acercara; quería hablarle bajito, pues no deseaba que la conversación que tendrían se filtrara a la prensa.

—Doctorcito, no te lo había dicho, pero me acabo de dar cuenta de que no tengo adonde.—

Esteban se sobresaltó, porque la única vez que se había preocupado de esta situación había sido en casa de Lucía, hacía bastante tiempo, en una cena maravillosa en donde Esmerindo había propuesto alojar en su casa al cura. Pero, después de esa noche, nada habían vuelto a conversar.

—¿Y no tiene algún amigo donde acudir, padre?— preguntó preocupado el médico.

Juan guardó silencio, un enmudecer que cubría la pobreza de no tener habitación, y la tristeza de no saber si tenía amigos.

El joven médico no sabía qué pensar, pero sin perder más tiempo, y a pesar de no saber cómo resolver el problema del cura, lo tomó del brazo, cargó la maleta y comenzaron a caminar hacia la salida.

En la puerta del hospital se había juntado un gran número de reporteros de diferentes medios. No bien el sacerdote apareció en el umbral, siempre tomado del brazo por Esteban, se descargó una tormenta de flashes que acompañó a ambos hasta el mismo auto del médico quien, sin mostrar apuro alguno, acomodó al clérigo en el asiento del copiloto y depositó la maleta en el asiento posterior.

Los periodistas no hicieron preguntas.

La actitud tranquila de estas personas les dijo algo, pero no fueron capaces de traducirlo en palabras. Con la misma paz con la que cura y doctor abordaron el vehículo, Esteban encendió el motor y suavemente comenzaron a dejar atrás los jardines del gran hospital.

Siguiendo una conducta automática, el médico se dirigió a su casa.

Cuando llegó a su puerta, metió la llave con delicadeza en la cerradura para no sorprender a su madre; como ésta no respondiera a su llamado, volvió a salir para ir en busca del padre Juan que se había quedado en el auto.

Ambos se sentaron en la salita que precedía a un pequeño comedor y se dispusieron a esperar a Esmeralda. A su llegada, Esteban la llevó al dormitorio y allí le rogó que albergara a Juan por pocos días, mientras él le buscaba algún lugar en donde pudiera vivir.

Esmeralda no puso reparo alguno; al contrario, le dijo a Esteban que él y el sacerdote podrían quedarse allí, porque ella ya tenía listo su departamento y en poco tiempo más, viajaría a visitar a sus padres.

—Mientras yo esté donde tus abuelos, podrás disponer de tu hogar como desees, le dijo; recuerda que en dos semanas más te casas y deberás saber cómo resolver los problemas que se te presenten.

—¡Gracias, mamá—, dijo Esteban, con gran alegría, y ya distendido de la preocupación que le produjo no saber qué hacer con el padre Juan.

Los periódicos del día siguiente, en primera página, volvían a mostrar la figura del sacerdote, esta vez saliendo del hospital y, ahora, acompañado del médico. Bajo la fotografía se destacaba escuetamente el alta del sacerdote y el nombre del médico que lo escoltaba.

Todo continuó apaciblemente; Juan ocupó el dormitorio de Esteban y éste el de su madre, y así comenzó para el ex párroco su nueva vida.

Cuando Esteban salía muy de mañana a cumplir sus deberes en el hospital, Juan oficiaba su humilde misa en la mesa del comedor. Esteban le había traído velas, y las botellas de la alcuza se habían convertido en vinajeras.

El domingo, el padre Juan le preguntó a Esteban si quería asistir a la misa que él rezaría. El joven doctor aceptó sin dudar un instante. Los dos se sentaron a la mesa y el cura dio

comienzo al oficio. Al promediar la elevación de la hostia en la consagración del pan y el vino, pareció que la casa temblaba; una andanada de piedras, huevos, papas, fruta descompuesta y botellas de plástico se estrellaba contra sus paredes, puertas y ventanas con un ruido lúgubre y amenazador acompañado de airadas voces que gritaban insultos, groserías de gran calibre y frases burlescas en contra del cura. Este, mientras elevaba la hostia, lloraba.

Esteban no se movió de su silla hasta que el oficio terminara y sólo entonces, se asomó a la puerta de su hogar.

Las pullas y la chacota lo recibieron irreverentes. Parecía que la turba, unas cien personas, lo conocían, porque gritaron su nombre y lo asociaron a crímenes sexuales y a proxenetismo. Esteban trató de hablarles de pie frente a su puerta, pero los gritos destemplados de la multitud se lo impidieron. Agobiado por no poder dar explicaciones a lo inexplicable, bajó ambos brazos; fue el momento en el que una botella de vidrio le dio en pleno rostro haciéndole caer al suelo, sin sentido. La multitud, como si una orden lo hubiera dispuesto, desapareció como por arte de magia. En la estrecha calle sólo quedaron las basuras que, silenciosas, rodeaban al inconsciente médico. Un hombre joven, sin embargo, se devolvió y

se aproximó al desmayado, lo tomó con suavidad, le examinó la cara y le puso un paño de colores bajo la cabeza, para que esta no descansara directamente en el pavimento. Después huyó.

Cuando el silencio hubo retornado, Juan que había permanecido aterrado al interior de la casa, se atrevió a salir y se encontró con su amigo, inerte, en el suelo.

Mientras trataba de animarlo, Juan pensaba: él no podría seguir allí, debería irse a algún lugar donde nadie lo supiera, porque era evidente que estas manifestaciones podrían continuar.

Como pudo, y ayudado por algunos vecinos que salieron a curiosear, Juan trasladó al joven hasta su dormitorio. Esteban no despertaba, transpiraba copiosamente y no emitía sonido alguno. Entonces, juntando fuerzas, decidió ir en busca de un médico; de Jonás Taylor. La casa no distaba mucho de la de Esteban, de modo que con paso rápido podría alcanzar hasta ella en pocos minutos.

Golpeó con fuerza a la puerta de Jonás Taylor, con fuerza y apremio.

El viejo doctor abrió.

Antes de que Jonás pudiera darse cuenta de la situación, el cura se postró a sus pies para rogarle que fuera a examinar a su amigo. Jonás, con suave ademán, instó al sacerdote a ponerse de pie y escuchó con atención lo que éste le relató con afligido tono. Una vez que escuchó el relato, volvió a entrar a su casa para buscar su cabás, pero no lo encontró. Recordaría entonces que lo había regalado a Esteban.

Con pasos cortos, algo rígidos y el rostro impasible, Taylor acompañó al cura sin volver a hablar.

Al llegar a la casa del médico, éste se había recuperado del traumatismo y estaba tendido en su cama, descansando de la gran tensión que había sufrido.

Una vez que Esteban terminó de relatarle lo ocurrido, y lo peligroso que era que se supiera el paradero del sacerdote, el doctor Taylor le dijo:

—No te preocupes; vivirá en mi casa.—

—Puedes llevármelo en la noche, muy tarde; te diría que alrededor de las dos de la madrugada. A esa hora nadie lo verá. En cuanto a Chela, le pediré que guarde absoluto silencio.—

Así se hizo.

El padre Juan ocupó una pieza que hacía mucho no se le había dado uso.

Al día siguiente, ambos hombres desayunaron juntos y pudieron conversar largamente.

—No, padre Juan, dijo Jonás; es imposible que la gente se haya juntado espontáneamente frente a una dirección desconocida. Alguien debe haberla citado allí, a una hora determinada. Alguien es el cerebro de este maldito y cobarde agravio.— Y continuó:

—¿Y por qué a usted, padre; hay algo contra la Iglesia en todo esto? —

— No, doctor; por cierto que contra la Iglesia no; pero sí en mi contra, por haber sido honesto con mi comunidad.—

Y dicho esto, procedió a narrarle al viejo doctor, todo lo que lo condujo a este triste desenlace.

Jonás Taylor, médico de amplia experiencia, diestro y versado clínico, sospechó del abogado Smey, pero no se lo dio a saber al padre Juan. El haría, solo, las averiguaciones.

XL

Pocos días después de la traumática experiencia del padre Juan Pedro, Jonás Taylor decidió ir al hospital Del Buen Samaritano a conversar con Esteban. Éste había sido médico del cura y lo conocía bien, de modo que podría tener una opinión fundamentada de la manera de ser del ex párroco. La medicina, la buena medicina, permite adentrarse hasta lo más recóndito del corazón humano y él se lo había enseñado a Esteban. De manera que, sin

necesidad de que renunciara al secreto médico, bien podría darle las seguridades de cómo era el sacerdote.

Conversaron largo rato.

El cariño que ambos se tenían era muy grande y confiaban mucho el uno en el otro.

– Creo que tiene razón, doctor, dijo Esteban; iré donde el Fiscal a cargo de esta investigación y, como voy a darle información acerca de un hecho criminal que ya parece no comprobable, él mismo investigará acerca de este presunto autor.–

Antes de despedirse, Jonás le expresó a Esteban:

–Hijo, ve a visitarme; cuando puedas; pero hazlo, por favor. Conversemos. Hace mucho que no lo hacemos. Recuerda que yo estoy muy viejo y cualquier día me las emplumo. No vaya a suceder que, por esperar tanto, no me encuentres ya en la tierra y tengamos que postergar un diálogo que, al otro lado, no tiene sentido alguno.–

XLI

Iván Smey acababa de salir del domicilio de Favio Luengo. Había preparado el documento en el que se solicitaba la interdicción de su cliente, y lo había traído para la firma de la esposa. Isidora estaba muy molesta con la demora en la preparación de la solicitud. Ella quería terminar con esto lo más pronto posible, internar a Luengo en una casa de reposo y vivir de sus rentas, viajar un poco y re encantar su vida.

El abogado venía distraído revisando algunas hojas del libelo y comprobando si se encontraban en orden correlativo. Cuando se acercó a su automóvil, lo abordó un hombre; era Alfredo Swimb, el Fiscal.

—Buenas tardes, señor Smey; no es mi intención importunarlo, pero debemos conversar otra vez; hay nuevos antecedentes que he recabado por allí y necesito cotejarlos con su declaración. Lo espero en la fiscalía dentro de media hora—.

Iván Smey se quedó de una pieza. Un Fiscal debía tener una razón muy poderosa para presionarlo de ese modo. Recordó algunos detalles: el uso de morfina, las fotografías incriminatorias del cura de la Santísima Trinidad, la solicitud de interdicción de su cliente Luengo. No, no había nada de lo que pudiera sacar algo en limpio y usar el Fiscal en su contra.

Con aire desenvuelto y sintiéndose confiado de su situación, a la hora señalada llegó al despacho de Swimb.

El Fiscal lo recibió sin expresión alguna en su rostro; lo invitó a tomar asiento y, nuevamente, se presentaron un Notario y un policía.

—Son las reglas, dijo Swimb; no se inquiete, señor Smey.—

—El Tribunal de Garantía me encargó lo que voy a leerle; esa es la razón por la que me he dado prisa para dar un corte a este asunto lo antes posible. El tribunal me pidió investigarlo respecto de su relación con la tenencia y uso de morfina; que esclareciera los hechos que lo llevaron a usted a extorsionar al sacerdote Oñate; que descubriera qué responsabilidad le cabía directa o indirectamente en el grave politraumatismo sufrido por el sacerdote; indagar si tiene alguna injerencia en el funcionamiento del burdel de la calle Javier Ercilla 418, sea como dueño del inmueble o como regente del negocio; y, una novedad que no me esperaba, si tiene usted responsabilidad en el acoso y agresión al doctor Esteban Alberó, en su domicilio, el domingo recién pasado. Para que no seamos interrumpidos, le ruego entregarme su teléfono celular y yo lo esperaré mientras usted se informa del documento del tribunal.—

Acto seguido, el Notario se acercó a Smey y le pidió que le entregara su teléfono móvil. Una vez que Smey se lo pasó, escribió una nota en un papel debidamente timbrado.

El interrogatorio fue extenso; el Fiscal tenía ante sí el cuaderno en que se anotaba la evolución de la enfermedad y los tratamientos que recibía el doctor Favio Luengo. En el mismo cuaderno estaban estampadas, además, las pruebas clínicas que había realizado el doctor Alberó para establecer el grado de salud mental del médico, y la entrevista que el propio Fiscal le había hecho al paciente. Por cierto, de esto nada sabía Smey.

Amelia, a quien Iván Smey había interrogado exhaustivamente, nada le dijo acerca del cuaderno. Sólo se limitó a contestar las preguntas del abogado de Luengo, sin omitir nada.

Salvo la existencia del bendito cuaderno, por cierto.

—Entonces, señor Smey, iremos por orden para poder entender mejor esta situación:

—Lo de la morfina. Usted me dijo que el doctor Favio Luengo era quien le proporcionaba la droga y que, también, él era adicto. Me explicó hace pocos minutos que el doctor sacaba la droga desde la farmacia del hospital. ¿Anotó eso, señor Notario?—

—¿Le exigía, usted que el médico lo aprovisionara de la droga?—

—Son muchas sus preguntas, señor Fiscal, y es una sola la respuesta: el doctor Luengo me daba morfina como parte del tratamiento de mi adicción al fármaco, y él la obtenía de la farmacia del hospital Del Buen Samaritano. Yo nunca compré morfina en una farmacia de la ciudad. Por cierto, cuando me sentía muy mal, exigía la droga a mi médico, pero nunca usé de subterfugios o amenazas para que me la proporcionara.—

—¿Nunca lo amenazó?—

—Ya se lo expliqué; jamás lo amenacé.—

—Sin embargo, señor Smey, el médico Favio Luengo, a quien acabo de entrevistar, me confió que usted lo había amenazado con que perdería en el caso de eutanasia en el que él está imputado como cuasi homicida.—

—Pero Luengo no puede haber dicho nada de eso, porque está demente. Usted me está interrogando con artimañas, usando señuelos para que yo entre en contradicciones.—

—Piense como quiera, Smey; piense como quiera.—

Después, continuó Swimb:

—Ahora vamos al suceso de las fotos:

¿Cuál fue la razón que lo llevó a tomar fotos que incriminaran al señor Juan Pedro Oñate en el salón de un burdel conocido de la ciudad? ¿Era menor de edad la mujer que aparece tomando de los hombros al sacerdote Oñate?—

Smey frunció el ceño con muestras de sorpresa y respondió:

—Pero señor Fiscal, yo no soy el guardián de mi hermano; el señor Oñate acudió a dicho lugar invitado por el doctor Luengo para que conversara con mi madre. Yo, nada tuve que ver en dicho encuentro. Respecto de la mujer en la fotografía, jamás la había visto antes, de modo que ignoro si era o no menor de edad.—

Y fue avanzando el interrogatorio; para el Fiscal fue muy provechoso, porque cada una de las respuestas las pudo cotejar con las que, frente a similares preguntas, le había dado el doctor Luengo. Obviamente eran absolutamente contrapuestas. En relación al severo traumatismo múltiple sufrido por el cura a manos de la policía, por cierto que Smey se declaró inocente; y no sólo eso, sino que declaró ni siquiera haberse informado de dicho suceso.

Pero cuando el Fiscal Swimb lo interpeló buscando el responsable de la gerencia y la identidad del dueño del lenocinio de Javier Ercilla

418, Smey titubeó. Este asunto era en extremo peligroso, porque dicho inmueble se encontraba inscrito a su nombre como casa particular y, como tal, no pagaba los impuestos que corresponderían a una propiedad del área comercial. Pero si se descubría la verdad, estos tributos serían tan altos que, sumados a reajustes e intereses, no podrían pagarse sin que su patrimonio se viera seriamente deteriorado. Aterrado frente a esta eventualidad, Smey negó todo conocimiento del negocio; no tuvo inconveniente en afirmar una y otra vez que dicho edificio era su casa habitación.

No hizo comentarios el Fiscal.

Lo que sí pudo apreciar Iván Smey, es que Swimb traía las preguntas escritas en un cuaderno que, con frecuencia y después de cada una de sus respuestas, consultaba con profundo interés.

—Ya estamos casi por terminar con esto, señor, dijo el Fiscal. Sólo me queda hacerle una pregunta más.—

Antes de formularla, relató a Smey la atemorizadora y violenta manifestación que se había producido hacía pocos días frente al domicilio del doctor Esteban Alberó. Le relató, también, los gritos vociferados por la multitud, los daños en la casa del médico y el alevoso ataque que el médico había sufrido y que lo había dejado sin conocimiento.

Se detuvo unos momentos y después hizo la pregunta:

—Señor Smey, ¿Tuvo usted alguna relación con los hechos que acabo de exponerle?—

—No estuve involucrado en esos hechos.— respondió, con voz apenas audible.

—Ni siquiera incitándolos, señor?—

—No estuve involucrado en esos hechos,— repitió.

—El problema, señor Smey, es que no es sólo el acto el que está siendo investigado; también es necesario dilucidar contra quién iba dirigido. Me explico: esa vil manifestación organizada para denigrar al sacerdote Oñate, resultó, a fin de cuentas, en contra de un médico que, además, casi resultó asesinado. Por lo tanto, más le vale que explique claramente su participación en estos hechos porque, de lo contrario, tendré que formalizarlo a usted por cuasi delito de homicidio.—

Smey guardó silencio.

El Notario dejó de tomar el acta.

Swimb, con singular actitud de triunfador, mientras le devolvía al abogado el teléfono móvil que le había requisado, dijo:

—Su teléfono móvil lo acusa.—

—Anote, señor Notario, expresó, con aire de gran habilidad; aquí, en el teléfono móvil del señor Iván Smey Preuz está la invitación a participar en una protesta frente a la casa del doctor Alberó el domingo recién pasado, firmada por él mismo.—

XLII

Pocos días después de que el sacerdote se instalara en la casa de Jonás Taylor, éste, como de costumbre, se levantó y caminó hacia la ventana de los geranios en busca de su periódico. Lo tomó y se aprestaba a leerlo, cuando escuchó ruidos en la pieza que había cedido al padre Juan. Taylor sigilosamente se acercó a la puerta que estaba entre abierta, y pudo observar al sacerdote elevando la hostia. Estaba en plena consagración. Una oleada extraña lo recorrió; se le vino a la memoria el tiempo en que era pequeño y rezaba con su madre; se acordó que, a veces, cuando estaba abatido, no sabía por qué se arrodillaba frente al sagrario de cualquier templo que hallara abierto. Se ponía de hinojos sin decir palabra, tal como veía hacerlo a su madre.

Era emoción lo que sintió; no quería aceptar esta sensación, pero, al final, tuvo que reconocerlo. Algo le había sucedido al contemplar la consagración del pan y del vino que hizo el sacerdote Juan Pedro.

Esa misma mañana, por lo tanto, decidió hacer lo que semanas atrás había prometido al Obispo: conversar. Pero no iría donde el prelado; hablaría con el padre Juan.

Aprovechó la oportunidad que le daban las terribles noticias acerca del ex párroco y que aparecían en la prensa. Con este tema partió el diálogo.

— Venía a conversar con usted, padre Juan. No puedo negarle que las noticias, que lo han dejado muy mal frente a la opinión pública, me preocupan; pero me preocupan, porque pienso que son una flagrante injusticia.—

— Cuando conversé con Esteban hace pocos días, me contó que usted no quería defenderse ante los tribunales y eso me pareció una mala decisión; usted es un hombre bueno; no veo la razón por la cual no cuide su honra.—

– Doctor Taylor, mucho le agradezco que haya venido a charlar conmigo, no sólo porque me siento acompañado por usted, sino porque está a mi lado a sabiendas de que lo pueden culpar de encubridor o del mismo crimen que tan injustamente me achacan.

Es evidente que si acoge a un paria, como lo soy en este tiempo, la gente pensará que usted es uno de los mismos o es un cómplice.–

–Padre Juan, ya he vivido casi toda la vida; soy octogenario. Y el camino que he recorrido me ha ayudado a tener una visión del presente bastante crítica. He podido concluir que no solamente el individuo, sino la colectividad, la sociedad entera, comete los mismos errores que antaño. Y esta sociedad, cristiana en su mayoría, parece no haber comprendido aún el mensaje de Jesús, un mensaje claro, directo, y por eso persiste en ser acusadora y mantener al marginado fuera de las puertas de la ciudad, tal como antes se hacía con los leprosos.–

–Un cristiano, doctor Taylor, como lo hemos conversado otras veces, necesita ser valiente. Y se lo digo, porque la actitud de Jesús de poner la otra mejilla, de no reclamarle al que a uno le roba o de dar más que lo que pide a quien acude a solicitar ayuda, no pasa de ser un mensaje que, si se cumple, deja como un necio al que lo ejecuta. En estos tiempos, igual que antaño, nadie quiere parecer incauto, y es por eso que no se cumple con lo que Jesús pidió.–

–Padre Juan, no puede ser que Jesús quiera eso; sería como pedirle a los cristianos que no se defendieran del mal. Si hacen eso, el mal se los engullirá.–

–Sí, doctor, Jesús dijo eso, que es de una simpleza abismante; uno no podría ignorarlo, doctor; sólo cabe asumirlo. Uno debiera partir de la base de que Jesús nos ama y nos aconseja o nos ordena desde el amor. Por lo tanto, hay que tener la valentía de parecer incauto y cumplir lo que Jesús mandó, por amor a Él. Para cumplir con ello, querido doctor, lo único que yo he hecho es no reclamarle al que me robó– en este caso, – la honra;– y si quien me robó viniera a pedirme algo y yo pudiera dárselo, tendría que hacerlo. De modo que estoy tratando de ser congruente con mis principios cristianos.–

–Padre Juan, volvió a insistir el viejo doctor, usted ve cómo ha disminuido en número los católicos; posiblemente ello se deba a esa carga tan difícil de llevar. Usted ve que hasta de las actas constitucionales se ha sacado la palabra Dios. Es el tiempo real: el hombre no necesita a Dios. Para muestra un botón:

En el parlamento Europeo y en el nuestro, ya no se inician las sesiones en nombre de Dios; el otro botón es que están sacando las imágenes religiosas y los crucifijos de todas partes– escuelas, hospitales, casas de albergue, etc.– esgrimiendo que existe la libertad de credos. En otras palabras, con la anuencia de los cristianos, se ha desterrado al Dios de los Judíos y de los cristianos, de los islámicos y ortodoxos. En resumen, Dios ha sido eliminado.–

–El problema que tengo, y si reflexiono en ello me aterra, es que no somos nosotros los que eliminamos a Dios de nuestros quehaceres, de nuestras leyes, hogares o colegios, cárceles y hospitales; no, claro que no. Si Dios no lo hubiera querido, ello no hubiera sucedido. Lo que me aterra es que Dios se ha ido. Y eso es como si el padre abandonara el hogar y no cuidara a sus hijos. Entonces es fácil pensar que vendrá el ladrón, que no habrá comida ni luz; que nada podrá saciar la sed porque se acabará el agua.–

—El hombre aún no se ha dado cuenta de esto. Al igual que los niños que se quedan solos en casa, que hacen y deshacen, el hombre sin Dios ni esperanza en ÉL va a deshacer porque no tiene luz para apreciar la vida; va a desnutrirse moralmente porque no tiene las reglas que Dios le promovió en el corazón; y morirá de sed, de la sed de felicidad, porque no hay el agua que da Dios.—

—Dios no se ha ido, padre Juan; no se irá nunca.—

—Y tiene toda la razón, doctor; nosotros le importamos a Dios, y de seguro que nos esperará a que sentemos cabeza. El problema es que, mientras estamos a la espera de llegar a ser más juiciosos, podemos hacer muchas leseras y eso nos puede causar mucho daño.—

—Padre, no quiero que nos desviemos del tema, volvamos a usted. ¿Qué va a hacer? —

—Nada, doctor, nada. Si el Señor quiere que yo oficie mi misa en una pobre parroquia, así lo haré. Si es su voluntad que yo viva sin parroquia y marginado de todos, así viviré. Si decide que viva en la miseria, lo aceptaré.—

—¿Pero, por qué?, —preguntó Taylor.

—Porque ÉL sabe lo que me conviene; él tiene los ojos en la eternidad, algo que yo no puedo apreciar; es allí, en la eternidad, en donde Él ve lo que me conviene ahora, en la vida perecedera. Por eso obedezco.—

—Le van a querer hacer mucho daño, padre; debe cuidarse,— expresó Taylor.

—El que deberá cuidarse es usted, doctor, replicó el cura; Dios le hace falta. Usted está viejo y yo sé que no es un hombre malo, que ha sido y es una buena persona; pero también creo que a Jesús mucho le gustaría que usted le hablara.—

—¿Y para qué me va a necesitar, padre Juan, si Él ya lo tiene todo?—

—No, doctor, no lo tiene todo; le falta usted. Y a lo mejor me mandó a mí a buscarlo para decirle que Él lo ama y lo necesita.—

—Para eso hay que tener fe, padre, y yo no la tengo.—

—Pero usted tiene un corazón dispuesto, un corazón de buena voluntad; no le estoy diciendo que sea necesario que pertenezca a una religión o sea miembro de un grupo religioso particular; no, lo que debo insistirle es que busque al Señor en su corazón, hámbele, él le contestará.—

—¿Y la parroquia, la sinagoga, la mezquita; ¿para qué son?—

—Es allí donde los hombres con fe se encuentran con el Dios de sus amores, con el Dios que se les sembró en el corazón cuando fueron niños, con el Dios al que se les enseñó a amar. Pero a usted nadie le enseñó eso; es por ello que sólo el raciocinio le puede confirmar que un Dios hay; un ser supremo que creó todo esto; un ser que ordenó el firmamento, que da las órdenes al viento y que hizo tantas maravillas que aún hoy, la mente del hombre no puede crear. Piense en una hormiga, en su comportamiento como ser colectivo; en su capacidad de cuidar a sus ninfas y de acumular para el invierno sin siquiera saber nada del cambio de estaciones; obtiene el alimento y no se sabe cómo una llama a las otras sin tener voz. Tampoco el hombre ha logrado crear ni una flor silvestre

siquiera, una flor de campo, de esas que duran un día y desaparecen. Hay Dios; es claro que lo hay. Pues bien, este Dios lo creó a usted para amarlo. Y eso sí que me lo puede entender, si piensa en la siguiente semejanza:

Usted se hizo médico para amar de una manera determinada a otro ser humano; para amarlo cuando estuviera preso del dolor o de la enfermedad; para amarlo cuando estuviera solo y marginado. Pues bien, Dios lo creó a usted, para amarlo no en una determinada dimensión, sino para amarlo en la totalidad de su ser humano, con sus luces y sombras; con sus heroicidades y cobardías; con su bondad y su maldad. Atrévase, doctor Taylor; búsquelo y díglele que lo ama. Él le responderá.–

–Mientras más envejezca usted, más frágil se tornará, más débil se sentirá, menos esperanzas y sueños tendrá. Pues bien, para esta miseria de la vejez,– en la cual parecen ahogarse la salud, la fuerza, el pensamiento, la altivez en el vivir, la sensación de auto valencia, la respetuosa consideración por parte de los otros–, más necesario es su encuentro con Él, porque le iluminará y le mostrará la inmensa riqueza que se tiene cuando uno es miserable. Él vino para estar con nosotros, para acompañar a los que somos miserables; no para los letrados o los poderosos.–

Taylor miró con cariño al cura.

–Padre Juan, mi madre me enseñó a rezar, pero perdí esa costumbre y después abandoné a Dios. No fue difícil; bastó que viera la miseria y el dolor, el hambre y la necesidad, y pensé que si existía Dios, estas cosas no podrían suceder.–

–Pero, querido doctor, al contrario; es justamente en esos dramas donde vive Dios en la persona de Jesús que vino para que, amándonos los unos a los otros, no hubiera hambre ni dolor. En la medida en que no nos reconocemos en el otro, es que surgen las guerras, los conflictos, las enemistades, la avaricia, el robo y otros vicios que nos corroen.

Yo no me engaño, doctor; los curas somos grandes en fragilidad,

en debilidad, en estupidez, muchas veces; somos capaces de camuflar orgullos que son flaquezas como la de todos los seres humanos; grandes para pedir a escondidas, al Señor, y muchas veces con el corazón abatido, que sostenga nuestra vida humana, física y espiritual.....y nos alegramos de las cosas más mínimas y sencillas, (como una hoja de otoño que cae, la sonrisa de una madre que mira a su hijo en brazos, el humo solitario de una fogata de unos arrieros) porque la vida y los años nos han enseñado a resistirnos a caer en las trampas brillantes y seductoras de este mundo, y a permanecer serenos y ansiosos mirando el rostro de Jesucristo. Lo mismo sucede con los hombres: tenemos que darnos cuenta de que no reconocemos a Dios porque nos inunda el orgullo y la soberbia; es como si todavía estuviéramos enojados por haber sido expulsados del paraíso.–

–Padre Juan, yo también debo sincerarme con usted; tal vez no es a Jesús a quien desterré de mi alma; probablemente fue a los curas, cuando me di cuenta, al frisar los 65 años, que Dios no era como me lo describieron o como me hicieron verlo durante el tiempo en que, en el colegio, teníamos ejercicios espirituales. En ese entonces, estos ejercicios duraban tres días y el inmenso patio de mi colegio, que estaba circundado por grandes corredores

en todo su perímetro, se llenaba con cuadros con imágenes pavorosas de almas en pena que habían sido pecadoras y que, ahora, sufrían los atroces tormentos del infierno. Allí, en las láminas fijadas en las paredes de los corredores, se podía ver cómo colgaban hombres y mujeres aprisionados por gruesas cadenas, mientras dragones, alimañas y demonios de todo orden, con figuras aterradoras, les hundían picas u horquetas en la boca, en los genitales, en las manos, y así, en las partes del cuerpo que se hubieran usado para pecar. En dichas imágenes el sexo se representaba como algo indeseable y sucio, y no como una hermosa función de reproducción y de expresión genuina del amor. Mientras en los corredores se exhibían estos castigos por los pecados sexuales, en los patios algunos curas metían sus manos dentro de los pantalones de algunos de mis compañeros a modo de caricias. Otros alumnos que miraban esto, envidiaban a los acariciados. Cuando uno advierte tamaña desvergüenza ya está dejando de ser niño y no le es difícil comprender la incongruencia que hay entre los cuadros del corredor y la conducta de algunos sacerdotes en los patios de recreo. Ese contrasentido, esa incoherencia fue tan maligna como los mismos cuadros.

Después, padre, como se lo he dicho, Jesús parecía un ser sacado desde los cuentos de hadas. Nadie osó decir las cosas por su nombre, tal como Jesús lo dijo; era como si los curas quisieran congraciarse con una religión suave, acomodaticia, tibia; en circunstancias que el mandato de Él era, a todas luces, casi imposible de cumplir: “Sed Santos como Mi Padre que está en los cielos es Santo”. Para ser santo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. Y, por cierto, ese camino es muy pedregoso, lleno de renunciaciones y esfuerzo. Y da miedo seguirlo.

Tampoco nadie nos dijo que, al menos, hiciéramos el esfuerzo y que, si no nos sentíamos capaces, fuéramos honestos y nos reconociéramos ineficaces, indignos de Él y que pidiéramos perdón. Al contrario, ¿Sabe lo que sucede ahora? Bueno, ahora nadie quiere ser como Jesús, porque da vergüenza parecer cobarde cuando se obedece a su palabra de poner la otra mejilla; nadie quiere ser tenido por tonto cuando se obedece caminar dos millas si a uno le piden caminar una; y nadie quiere asemejarse a un loco si uno no le reclama al que le roba cumpliendo el mandato del Señor: “No le reclames al que te roba”.

—Por otro lado, padre, he visto ejemplos de heroicidad cristiana en mi madre, en algunos pacientes y en usted mismo, que me han hecho reflexionar. Por eso estoy aquí, para conversar con usted.—

—Doctor Taylor, no se maree con mucha teología, replicó el sacerdote; sólo le ruego que, primero, avive el pabito humeante que tiene en su corazón y piense en Jesús, en todo el tremendo esfuerzo que hizo para ayudarnos y enseñarnos a vivir; y, agradecerle que haya dado su vida por cada uno de nosotros.—

Jonás guardó silencio un momento, pero después contestó:

—Padre Juan, no me voy a preocupar de nada; yo sé que Jesús me quiere y que yo no tengo cómo pagarle con el mismo amor; lo que sé es que si cumplo con amar al otro, especialmente a través de mi profesión, estoy cumpliendo su voluntad. No, no me voy a meter en cuestiones teológicas, porque el sólo hecho de querer explicar qué o quién es Dios, es, a mi parecer, una falta de respeto a la divinidad. Si un perro quisiera estudiar cómo se origina mi

pensamiento sería mucho menos impío y descarado que si un hombre decidiera estudiar la divinidad.—

—Hágalo como usted lo ha pensado, doctor; pero no se pierda a Jesús. Creo que lo que más lo puede acercar a ser como Jesús es siendo un buen médico; y usted lo es; y tiene buen corazón, porque me acogió en su casa conociéndome apenas.—

—Pero eso no basta, padre; hay que poner la otra mejilla y no reclamarle al que nos roba. Me falta mucho para eso.—

—No se desanime, doctor. El mismo Jesús al que usted busca le dará lo necesario no sólo para hallarlo, sino para poseerlo en su corazón y comenzar a paladear, desde ya, su dulzura. Y de los curas, no se preocupe mucho; sólo rece por ellos, porque se les tomarán cuentas más estrictas, pero no sólo por el pecado común, sino por no haber sido buenos testigos en la misericordia.—

—Taylor pensó: ya veré que hacer.—

Por el momento trataría de consolar al padre Juan.

XLIII

Iván Smey fue condenado a cinco años de cárcel por perjurio y por evasión de impuestos.

No recibió la visita de su madre, porque Rita vivía muy lejos y le era muy difícil viajar. Pero lo visitaba Amelia quien, una vez a la semana, se preocupaba de llevarle alimentos preparados por ella misma. Era así como la muchacha estaba retribuyendo la conducta cariñosa que Smey siempre había tenido con ella.

En una de las visitas, Iván le manifestó a Amelia que estaba arrepentido de haber actuado tan torvamente respecto de Favio Luengo y del padre Juan, pero no le mostró a la muchacha cómo podría ser ayudado. En otras oportunidades, sobre todo al promediar el período de encarcelamiento, la falta de morfina, el aislamiento, la agresividad de que era objeto por parte de algunos reclusos y el hacinamiento a que se veía sometido en la celda de castigo, lo hacían ponerse muy irritable y angustiado. En esas ocasiones recibía de muy mal talante a Amelia, pero ésta siempre le mostró gran bondad y comprensión.

Una mañana, una de esas en las que se permitía recibir visitas en el penal, Iván se dirigió a la gran sala en donde los reos podían alternar con quienes los iban a acompañar, pero no encontró a la muchacha. Esperó un rato y volvió a su celda con un peso en el alma; la echaba de menos. No es que extrañara los alimentos que ella le traía, ni las golosinas que le endulzaban un poco los tristes días de encierro; no, era a ella a quien extrañaba. Percibió que este sentimiento de tanta cercanía y acompañado de una profunda nostalgia no lo había experimentado antes.

Sí, la echaba mucho de menos.

Desde allí en adelante, los días que faltaban para la próxima visita le parecieron eternos.

Su mente viajaba hacia el corazón y aquí, habitaba la imagen de Amelia que lo llenaba de alegría y de ternura, sentimientos que le hicieron cambiar su conducta altiva e insolente en el penal. Poco a poco se hizo capaz de conversar con sus compañeros de celda, de escuchar sus preocupaciones y de participar en el juego de naipes con el que aquéllos cerraban el día, antes de que sonara la señal de silencio en el penal.

El siguiente día de visita, se afeitó bien y se puso lo más compuesto posible. Cuando escuchó su nombre por los altoparlantes, supo que alguien había venido a verlo, pero no se le anunciaba al reo qué persona era la que había llegado. Comenzó a caminar por el estrecho pasillo que llevaba a la gran sala de visitas, y la vio.

Era ella.

Amelia había vuelto a verlo.

Como las veces anteriores, se sentó al lado de la joven y le tomó ambas manos y, antes de que ella pudiera decirle alguna palabra, Iván Smey se deshizo en lágrimas mientras le agradecía su constante preocupación por él. Amelia se conmovió con las palabras de Iván y le confió que lo hacía porque así se lo dictaba su conciencia.

Pero Smey no podía dejar de hablar de lo que le inundaba el corazón y le dijo a la mujer:

—Amelia, yo no soy un hombre bueno. Poco a poco me he ido dando cuenta del odio que tengo en el corazón y de cómo ese sentimiento me ha hecho perpetrar malas acciones. Aquí, en la cárcel, he ido apreciando los valores que hace mucho tiempo abandoné. Por esta razón es que no era leal, veraz ni amistoso. Se me podía ocurrir cualquier acto malo y yo lo llevaba a cabo. Pero tú has sido una inspiración en mi presente. No tengo idea acerca de lo que me sucede, pero te echo mucho de menos; pienso y pienso en ti todo el día, y lo que sé claramente es que tengo necesidad de ti, de estar a tu lado.

—Pero, señor Smey, respondió Amelia con el acento respetuoso de siempre; yo soy una empleada de servicio y usted es un abogado; y tiene una condición que le impide tomar decisiones que puedan considerarse como poco convenientes socialmente. No lo van a comprender si se relaciona conmigo; no le perdonarán que se rebaje a mi nivel. Agradezco cada una de sus palabras; agradezco que me considere, pero yo no soy una mujer para usted; hasta podría ocurrir en un futuro que usted se avergüence de mí.—

—¡Amelia, Amelia!, exclamó Iván; no me hables así; yo siento que verdaderamente te quiero; que siento hacia tu persona algo tan hermoso que no lo puedo definir. No me digas que no me crees.—

—Señor Smey, contestó Amelia, no he querido decirle que rechazo su cariño; sólo que es posible que la soledad de la cárcel y el hecho que nadie más venga a visitarlo puedan haber puesto en su alma un sentimiento de agradecimiento y ello haberlo confundido respecto de mí.—

—Amelia, no me digas más señor Smey; dime Iván, eso me hará sentirte más cercana.—

Guardaron silencio ambos.

La visita estaba ya por terminar.

Smey tenía húmedos los ojos y contrito el corazón.

Sonó la alarma que marcaba el término de la visita y la obligación de los reos de volver, de inmediato, a las celdas.

Smey no sabía cómo despedirse de Amelia. Estaba intentando decirle adiós de alguna manera menos formal, pero, de súbito, la joven se empinó un poco, tomó de los hombros a Iván, le besó suavemente en los labios y se alejó del reo. El abogado se quedó mirándola hasta que la vio desaparecer tras las grandes puertas que marcaban los límites del encierro.

El hombre llegó a su celda; lo esperaban sus otros compañeros. Cuando entró guardaron respetuoso silencio.

El rostro de Iván Smey lucía entre luminoso y triste; era el fulgor del amor, que resplandece por luz propia que quizás de donde le viene y que se envuelve en tristeza. Porque el amor verdadero hace despertar la nostalgia del ser amado, pero no una nostalgia de querer verlo o tocarlo o abrazarlo; es una forma de añoranza que lleva en su talega de afecto un ansia indescriptible de entrega.

Todos lo interrogaron; se mostraron felices con lo que le había dicho a su amada, y con pena por las respuestas de la muchacha; pero cuando Iván les contó que Amelia le había dado un leve beso en la boca, se alegraron y saltaron como niños.

—Me queda un poco más de tres años, les dijo Iván a sus amigos, tres años que súbitamente se me han convertido en una eternidad. Antes de hoy contaba los años desgranándolos en días y, aunque estos son muchos, tienen un final. Pero ahora, un día sin verla me parece una eternidad; tres años sin estar con ella son más que muchas eternidades.

Smey, de carácter agresivo, espíritu ladino y pensamiento astuto, a quien poco le importaban las personas; distante con su madre y capaz de urdir el mal en contra de quien quisiera, sin tener por ello remordimientos; Smey, pendenciero y altivo en la cárcel; Smey, un hombre duro y de temer, estaba atravesado por un sentir que lo transformó en frágil. Y en vez de vivir el día en brazos del orgullo, comenzó a aceptar a los demás y a ver en ellos las penas que les amargaban el alma. De pronto sintió la necesidad de estar con los otros, de hacerlos partícipes de su propia felicidad; una dicha que había roto los barrotes de acero del penal y le daba la libertad de soñar y de esperar.

Fue a partir de entonces que Smey puso su profesión a la orden de muchos de los reos que tenían, por una u otra razón, cuestiones pendientes en los tribunales, y se convirtió en un gran consejero legal de numerosos hombres ya juzgados que, usando pequeñas franquicias legales, podían divisar la luz de la pronta libertad.

El trabajo de buscar para otros, sin pedir nada a cambio, lo hacía cavilar profundamente sobre sí mismo. Muchas veces se preguntó qué fue lo que le hizo cambiar el rezo por la mentira; no se explicaba la razón por la cual cayó en las redes de la droga; no lograba comprender cómo la vida puede ir carcomiendo el andamio frágil del alma del hombre. Porque en él, como una piara de cerdos, se alojó el mal, disfrazándose de valentía; la malicia, vistiéndose de astucia; la perversidad y la vileza, camuflándose con el antifaz de la bondad; y la crueldad, la iniquidad, y la depravación se encontraron en esa porqueriza, absolutamente a

sus anchas. Llegó un instante en su vida sin freno en el que la oración que aprendiera desde niño le pareció un flagrante desatino, un error. Su alma se oscureció y no quiso buscar una luz que lo guiara y, perdido en los efluvios de la droga y la molicie, la idea de pecado se desvaneció en las llamas de la lujuria y la codicia. Todo lo quería para sí; su ego se transformó en su amo, y encarceló en las mazmorras de la envidia, del resentimiento y de los celos, toda consideración generosa. Un día, en un raptó de vesania, desterró a Dios de su conciencia y sólo quedó iluminado por las brasas del rencor. Poco a poco, fue germinando la sensación de ser un fracasado, de haber naufragado en el mar tempestuoso de la realidad de cada día, y sólo la morfina fue capaz de consolarlo en su regazo de anestesia y sopor.

Amelia no fue a visitarlo por un espacio de tiempo que a Smey le pareció muy largo. Durante ese período, sin embargo, no estuvo muy solo: lo fue a visitar el padre Juan Pedro Oñate.

Ese día los altoparlantes nombraban, uno a uno, los reos a los que les había llegado visita.

—¡ Smey, Iván Smey! —Se oyó en el recinto.

El reo Smey estaba discutiendo con otros compañeros de presidio, algunas sutilezas legales que pudieran servir para obtener la ansiada excarcelación.

El corazón le dio un brinco.

En lo más profundo de su ser abrigaba la esperanza de poder volver a ver a Amelia. Corrió hacia el salón de visitas buscando ansiosamente a la mujer, pero no la encontró. Recorrió un poco más el amplio lugar, y como no hallara a nadie que conociera, comenzó la vuelta al interior del penal.

Una equivocación, pensó; no era raro que, a veces, se llamara erróneamente a un interno a esa sala del encuentro con amigos, con familiares o con el perdón.

Iba ya a salir, cuando una voz lo llamó:

—¡Iván, Iván!—

Se detuvo y dio un giro rápido tratando de encontrar a quien lo llamaba. De pronto, un hombre muy viejo, calvo, con una leve asimetría facial y un ojo más cerrado que el otro, le sonreía. Smey frunció el ceño; ¿Quién será?, se preguntó.

El hombre le hizo señas de que se acercara.

A medida que Iván se iba aproximando, pudo apreciar a un hombre vestido pobremente; la ropa le colgaba un poco. Era como un espantapájaros vivo.

Cuando Smey estuvo a menos de un metro de este remedo de persona, le preguntó:

—¿Me llama a mí?—

—¿No me conoces, Iván?,— le respondió el desconocido.

Smey ni siquiera reconoció la voz del que le hablaba; con inocencia y con algún tono de disculpa contestó:

—No; no lo conozco.—

La voz habló de nuevo:

—No importa, podremos conversar de todas maneras. Soy Juan Pedro Oñate, Iván; el cura Juan Pedro.—

Iván volvió a mirar al que había desconocido. Con gran inquietud le dijo:

—¿Qué es lo que le pasó, padre?—

Juan se sentó en una de las bancas cercanas y lo invitó a acercarse; con sentidas palabras le contó todo lo que le había sucedido, mientras Iván miraba, muy circunspecto, al suelo.

Cuando el cura terminó su relato, escueto, real, sin expresiones de lamento ni rencor, Smey se volvió a mirarlo y le dijo:

—No pensé, padre, que iba a suceder algo tan terrible; no estuvo en mi el deseo de que sucediera esto.—

El sacerdote, bajando la cabeza, le contestó:

—No he venido a nada más que a pedirte perdón; tampoco yo quise que estuvieras encarcelado; jamás se me pasó esta idea por mi mente. ¡Perdóname!—

Profundamente conmovido, Iván Smey tomó una de las manos del cura y se la besó. Y luego, con gran emoción, le dijo:

—Padre, soy yo el que tiene que pedir su perdón; usted procedió bien. Soy, yo, el malhechor.—

Y ambos hombres se abrazaron mientras trataban de no llorar.

Antes de despedirse, Smey le dijo al cura:

—Padre, le ruego me haga un gran favor. Vaya a la casa del doctor Luengo. El tiene una doméstica que se llama Amelia; hable con ella y dígame que yo le mando mi corazón.—

—¡Hágalo, padre; por favor!—

—No puedo Iván, no puedo ni siquiera salir a la calle, porque la gente me ataca y quieren hacerme daño. Ya te conté lo que sucedió en casa del doctor Alberó.—

—¡Ay, padre Juan!. Yo soy el culpable de eso y también estoy muy arrepentido por tan cobarde conducta. Vea usted, entonces, cómo hacerme este inmenso favor que le pido; pero, se lo aseguro: si no veo a Amelia, me moriré de pena.—

XLIV

—¡Chela Chela! quiso gritar Taylor, pero su grito se quedó enredado entre la maraña de nervios de la laringe. Taylor sentía cómo se ahogaba; las tos daba salida a espuma rosada por la boca y en el pecho lo atenazaba una gran angustia.

No podía respirar.

Por la garganta, como queriendo asomarse a ver los colores de la tarde, el corazón del viejo doctor daba desordenados latidos y cada uno resonaba en sus sienes, llenándolo de temor.

Una arritmia, pensaba Taylor; una arritmia.

—¡Chela Chela!

Como pudo, se levantó de su sillón y caminó algunos pasos. Una de sus piernas tropezó con el borde de la mesa del salón, volcándola; el florero, que exhibía orgulloso dos grandes geranios, cayó al suelo haciendo un ruido de vidrios quebrados que alertó a la mujer.

Chela corrió hacia el living:

—¡Doctor, doctor!—

Taylor, aun de pie, tenía la cara congestionada; sus labios cianóticos resoplaban y el rostro presentaba, indeleble, la máscara de la desesperación.

La mujer, como pudo, llevó al viejo a su dormitorio y llamó a Esteban Alberó.

Mientras esperaba la llegada del doctor, fue ayudando al paciente a desnudarse y a ponerse más cómodo con un pijama grueso, porque ya comenzaban los fríos.

Poco rato después hizo su aparición Esteban Alberó.

Recordó que el viejo doctor le había pedido que conversaran, pero el trabajo, las reunio-

nes académicas, su matrimonio, el cambio de casa de Lucía Victoria desde su hogar a la vivienda matrimonial; los concursos para acceder al cargo de Jefe de Residentes, la internación de Favio Luengo en una casa de reposo, la muerte de uno de sus abuelos maternos y el nacimiento de Esteban Segundo, su primogénito, habían copado toda su agenda. Si hasta veía muy poco a Esmerindo y casi nada al padre Juan, a pesar de que éste y su suegro, convivían muy amistosamente en la casucha que Esmerindo tenía cerca del río.

Entró a la habitación de su viejo amigo. Se sentó cerca de la cabecera del lecho y logró ejecutar con maestría todo el acto médico. Taylor se dejó examinar sin oponer resistencia a nada de lo que pidió el doctor Alberó. Una hora destinó el médico a su trabajo, para luego indicar el tratamiento y explicarle sucintamente a Jonás Taylor qué es lo que habría que hacer en un futuro cercano.

Le dio las seguridades de que vendría al día siguiente y partió a cumplir con sus otras obligaciones.

Jonás Taylor no dijo palabra alguna al doctor; únicamente atinó a apretarle la mano. Con ese gesto agradecía todos los cuidados de Esteban, que no sólo incluyeron el examen, sino que también las inyecciones de digital que le administró y que fueron las que, en definitiva, lo aliviaron del terrible cuadro de edema pulmonar que lo tuvo muy cerca de la muerte.

A Esteban Alberó no le llamó la atención la pusilánime actitud de Jonás Taylor; éste estaba muy gravemente comprometido por la crisis que presentó, de modo que, pensaba, quizá ni se haya dado cuenta de quién era el médico que lo atendió.

Llevaba a Taylor en su corazón; el viejo tenía un edema pulmonar y se moriría pronto, pensaba; lo iba a echar de menos.

Como andaba cerca de su casa, decidió ir a departir un poco con Lucía Victoria y con el niño. Al llegar, enfrentó de inmediato la sala de estar donde estudiara con su madre muchas veces, y conversara con su padre otras tantas. Ahora, claro está, los muebles habían cambiado; el joven médico agrandó la casa con dos habitaciones más; y la cocina, otrora un pequeño espacio en el que apenas cabían dos personas, estaba convertida en una amplia y luminosa dependencia en la que se podían apreciar, no sólo una elegante cocina eléctrica, sino un refrigerador de doble puerta, un horno micro ondas, una gran juguera y una caldera que servía para calefacción central y agua caliente. Era evidente que la pobreza había salido por la ventana y el amor ondeaba sus reales en el recinto.

Un poco más allá, una gran ventana permitía apreciar el patio. Éste, que antes era un resumidero de periódicos y revistas, ahora se había convertido, por la varita mágica del trabajo hogareño de Lucía Victoria, en un jardín precioso. Cerca de una pileta en la que cantaban dos chorros de agua, jugaban Esteban Segundo y Amelia.

Esteban jugó con el niño un rato. Lucía Victoria no estaba en casa.

Se tomó deprisa una taza de café y volvió a salir tras sus obligaciones.

Una vez en su automóvil recordó algo que lo tenía inquieto. Mañana darían los resultados del concurso para Jefe de Residentes del

Hospital Del Buen Samaritano. Desgraciadamente había dos problemas que ensombrecían su postulación: el doctor Favio Luengo, quien había dejado el cargo por enfermedad, no pudo dar las recomendaciones que le había prometido; y el hecho de ser médico y protector de Juan Pedro Oñate le había traído serios reparos de parte de algunos de sus colegas, que no veían con buenos ojos que Esteban cumpliera su juramento hasta estos niveles de compromiso.

Hasta sospechaban que pudiera tener un grado de encubrimiento de las fechorías del cura.

Lo asaltó el recuerdo de Amelia. La joven había quedado cesante tras el traslado del doctor Luengo a una casa de reposo. No mucho tiempo después de que éste fuera internado en este recinto, Isidora había vendido la casa y parte de los enseres, y había adquirido un elegante departamento en la parte alta de la ciudad. La mujer contaba ahora con la libertad que siempre deseó para dedicar su vida a lo que más deseaba: jugar bridge. Podía pasar semanas enteras en esta función lúdica que desarrollaba en diferentes casas de amigas o clubes que consagraban toda su actividad en este entretenido pasatiempo.

Al quedar cesante, Amelia acudió casi de inmediato a visitar, en el mismo hospital Del Buen Samaritano, al doctor que se había hecho cargo de los cuidados médicos de Favio Luengo, quien la había contratado años atrás, cuando su madre le diera una paliza que casi la mató. El doctor era Esteban Alberó, quien no tuvo inconveniente alguno en presentársela a Lucía Victoria para que la ayudara en las labores del hogar. Recordó, Esteban, lo importante que era para su esposa, permanecer independiente y ejercer su profesión. Le molestaba depender económicamente de su esposo y se enorgullecía de ser capaz de ganarse el dinero con su propio esfuerzo.

Mientras seguía conduciendo su auto, Esteban tenía estos destellantes recuerdos desordenados y espontáneos. Al recordar a Amelia, no pudo dejar de pensar en Iván Smey y en lo violento que éste había sido cuando, en su calidad de médico, se negó a declarar interdicto a Favio Luengo. Ahora, viendo cómo iban desarrollándose los hechos, Esteban se felicitaba de no haberse involucrado en un acto tan perverso como el que Iván Smey proponía. Recordó, también, al padre Juan, quien había sido víctima de la perfidia de Smey. Se felicitaba entonces, que Juan viviera ahora con Esmerindo, el cartonero, suegro suyo: entre ellos se apoyaban y se acompañaban. Es verdad que no había ido a visitarlos, pero a eso iba Lucía Victoria, de modo que él tenía la tranquilidad de que si hubieran necesitado algo, su esposa se lo habría hecho saber.

Era buena su mujer, pero desde la llegada del hijo le parecía que él había pasado a un segundo plano. Quiso desechar este sentimiento por estimarlo egoísta, pero si lo sentía, era por alguna razón. Sin embargo, no pensó más en el asunto y volvió a concentrarse en lo que iba a hacer.

Smey, ¿Qué habrá sido de él, en la cárcel? se preguntó. Lleva allí mucho tiempo y nunca se me ha ocurrido ir a visitarlo, pensó; y siguió diciéndose: ¿Y qué obligación tendría de hacerlo?

XLV

Cuando Esteban había partido a iniciar su ronda de visitas domiciliarias, llegó a casa Lucía Victoria. Le iba bien en su trabajo; era cierto que pasaba muy poco en su hogar, pero todavía el niño era muy pequeño y podía ser asistido por otra persona; ya habría tiempo para dedicarle cuando fuera un poco mayor y tuviera que ir al colegio. Total, Amelia era muy buena niñera y ello le permitía pensar que ella no estaba obligada a estar más tiempo con el pequeño. Por lo demás, ella había sido criada por su padre, poco menos que arriba de un carretón, y nunca había sentido que la presencia de los progenitores fuera muy importante en la vida de un niño.

Después de jugar con Esteban Segundo, invitó a Amelia a que fuera con ella a visitar a su padre. Así fue como partieron ambas con el niño, y tuvieron una animada reunión con Esmerindo y el padre Juan. En un momento Juan Pedro pidió a Amelia que lo escuchara, porque tenía que darle un recado. Fue así como Amelia supo del sentimiento que había despertado en Iván Smey. La muchacha no pareció sorprenderse y le aseguró al sacerdote que volvería a visitar a Iván.

Pocos días después, Amelia fue a cumplir su palabra.

Se vistió lo mejor que pudo con algunas prendas que Lucía Victoria le prestó, y su hermosura, que yacía escondida entre sus pobres ropas, emergió radiante. Se puso, también, zapatos de taco alto y medias, prendas que terminaron por darle a su figura una estampa de fina elegancia. En el cuello, y por primera vez, se colgó el collar que su padre le había comprado antes de morir en un tren, la noche de navidad de hacía ya muchos años.

Iván no cabía en sí de alegría; al verla acercarse con paso gracioso y distinguido, quedó mudo. La emoción le invadió el alma conmocionándolo de tal manera, que se sentía casi ahogado; tenía seca la boca y el corazón le palpitaba en las sienes, y, por cierto, en el abdomen, aleteaban mariposas.

—Te quiero, Amelia, le dijo con voz temblorosa; no tengo para ti otro sentimiento que no sea sino un inmenso amor en mi corazón.—

Y la abrazó con ternura.

Amelia había tenido mucho tiempo para pensar en Iván; las numerosas veces que lo visitó le permitieron conocer el espíritu y carácter de este hombre al que, parecía, la vida se había encargado de hacerle las cosas muy difíciles. Amelia aprendió que el hombre se había hundido en la morfina para escapar del rencor social que lo invadía; para huir de la sensación de que Dios lo había rechazado y que, además, ni siquiera lo aceptaba. Su rencor se había acrecentado a niveles de tal exaltación, que creía no ser merecedor de felicidad.

Amelia se amparó en los brazos de Iván; estaba feliz. Nunca alguien la había abrazado así, con ternura y alegría; con fuerza y delicadeza. Se sentía protegida y dichosa en presencia de ese hombre que le había confesado, sin omitir hechos, todos los sucesos de su vida; una existencia gris y tormentosa, una existencia turbulenta, oscura, borrascosa; una vida en el delito.

Pero Iván había cambiado; parecía que el amor lo había despojado de sus sombras y las había llenado de luz; le había arrancado el rencor y lo había troncado en perdón; la sed de venganza se había transformado en olvido; y el egoísmo, la codicia y la egolatría, se los había convertido en abnegación y solidaridad.

Esa tarde Iván Smey le contó a su amada lo que logró obtener para sus compañeros reos: varios habían obtenido la libertad haciendo mínimos cambios en sus solicitudes.

Asimismo, le habló del padre Juan, y le confió que le era imperioso resarcirlo de tanto daño, y buscar los medios para poder consolarlo de tanto dolor y desilusión. Fue así como le pidió que pensara en cómo ubicar a Méndez, René Pelayo Méndez, porque éste podría servir de ayuda a sus inquietudes acerca del ex párroco.

Ese día, Iván Smey fue cautivo del amor en toda la dimensión infinita de su trama, donde se entrelaza el sentimiento; la belleza con la que convierte lo ruin e infame, en sublime; y las horas ordinarias, en algo esplendoroso. Estaba tan penetrado y vencido por el amor a esta modesta mujer, que hasta la cárcel le parecía un cielo.

Un beso; un beso y otro más. Un abrazo fuerte, una mirada de infinitud se cruzó entre los amantes; una mirada que contenía dos corazones y un universo mientras aleteaba, por allí, sosegada y silenciosa, la melancolía; esa tristeza que aparece cuando el amor humano comienza a descubrir que no nace de la carne y que se mete entre los huesos hasta impregnarlos de lo nunca imaginado. Iván Smey comenzó a llorar.

Amelia se empujó para secar, con sus labios, las lágrimas de felicidad del hombre que amaba.

Por los parlantes volvió a sonar el nombre de Iván: tenía otra visita.

Aunque extrañado, pidió, a Amelia que no se apartara de él y que lo acompañara. Nada tenía que ocultarle, le dijo; por eso le insistió:

— Quédate conmigo.—

Quedó desconcertado: era René Pelayo Méndez, el poderoso político y dueño de una cadena de medios de comunicación escrita y audio visual.

XLVI

Tarde a tarde, Esteban estacionaba su coche frente a la puerta del domicilio de Jonás Taylor. Poco a poco, el viejo médico se fue recuperando y ese día lo encontró, como antes, sentado en su sillón cabeceando un ligero sueño.

Entró a la salita y, en silencio, se detuvo frente a Jonás. Lo miró con amor; parecía un niño viejo con su cabeza doblada sobre el pecho, un árbol añoso recibiendo el sol poniente en su tronco ya sin hojas; un gigante aplacado por la dulzura del sueño.

Con gran sigilo puso en el piso alfombrado su cabás y lo abrió con suavidad. Después, tomó asiento frente al médico.

Y esperó.

Se despertó Jonás y una sonrisa apareció en su rostro cuando vio a Esteban.

Como antes, conversaron animadamente.

—No, Esteban; hoy no me examines; estoy muy bien. Tengo una sensación de bienestar como nunca la había sentido. Tengo paz.

No puedo explicarte lo que es, pero lo siento así. Una complacencia con la realidad, un experimentar que la vida tiene un dulzor que no siempre se lo aprecia, porque la ambición o el egoísmo nos hacen gustar sólo lo amargo. Somos incapaces de vivir contemplando, de observar a cada hoja cuando el sol las viste de dorado; nos cuesta imaginar que cada piedra tiene en su seno, cautivo, a un espacio del tiempo; que el pétalo de una flor que se desmaya al contacto con el viento, es un regalo inmerecido. Yo te estoy contemplando, pero no veo al doctor altivo, seguro y complaciente que me devuelve la salud, sino al muchachito que me traía el periódico cada mañana. Miro tu maletín, y parecen salir de él estrellas y lunas, rayos

de sol y cometas, astros que te dan, sin que te lo pueda explicar, un aire de magia y encanto que irradia serenidad, amistad y sosiego. Este es el momento que esperé por tanto tiempo; un instante que nunca pude siquiera imaginar, pero que ahora, en que ya viví como médico y que acabo de apreciar como paciente, sí que lo estoy viviendo.

—¿Qué me quiere decir, doctor?—

—Que acabo de saber lo que es ser médico. Y tú me lo has mostrado; has sido como un espejo en donde me he visto reflejado en toda su increíble y asombrosa dimensión. Te lo dije hace muchos años atrás, pero en ese tiempo, orgulloso y soberbio, no lo supe apreciar: ser médico es sobrecogedor y deslumbrante. Ser médico es acercarse a la misericordia de Jesús y llenarse el alma con la comprensión más profunda y noble del ser humano. Misericordia y comprensión que le permiten hundir sus manos en las mazmorras de la enfermedad y del dolor, y rescatar desde ellas el alma del hombre para devolverle su refulgencia; es liberar al cautivo de la vergüenza y restituirle su honra; es recobrar para el marginado, su dignidad.—

Esteban guardaba silencio.

Después de algunos instantes, Taylor continuó:

—No he logrado alcanzar la cima que te acabo de exponer, pero te juro por lo más sagrado, que traté; siempre traté. De modo que no es ese mi pecado. Mi falta es no haber tenido conciencia de lo que es ser médico.—

—Y te pido me perdones — terminó de decir el viejo doctor.

—Es que resulta muy agobiante ser médico, doctor, replicó Esteban Alberó. No sé si se puede lograr ascender a las alturas que usted ha señalado.—

—Súbelas, hijo; súbelas. Lo terrible es que, para llegar a la cima, sólo se puede acceder a ella con humildad y esta virtud la perdió Adán en el paraíso. Y si lograras hallar de ella un poco aquí en la tierra, te la arrebatarán unos rufianes que se llaman dinero, notoriedad, fama, poder, éxito, prestigio.—

—Tráeme un poco de agua, por favor,— expresó Jonás, y volvió a guardar silencio.

Esteban salió de la salita, buscó agua en el refrigerador de la cocina y, volvió a donde estaba el viejo.

Cuando llegó el momento de partir, Chela tomó el cabás de Esteban y se lo dejó en el interior del automóvil aprovechando que ambos médicos se despedían. Esteban subió a su auto y partió de regreso a casa.

Tomó su maletín y al levantarlo, lo notó algo más pesado. Le llamó la atención, pero no pasó de eso.

Al abrirlo al día siguiente, tuvo ante su maravillada vista la explicación: dentro del cabás había una caja de cuero bermejo que, al abrirla, le mostró un oftalmoscopio y un otoscopio, herramientas que no había podido adquirir por su elevado costo.

Taylor, nuevamente, le traía felicidad.

XLVII

La llamaron muy temprano de la casa de reposo; Favio Luengo estaba, desde hacía varias semanas, con dolores musculares muy intensos, dolor de cabeza y algunas crisis de ceguera brusca. El médico del lugar había probado varios medicamentos, pero con ninguno de ellos cedían los síntomas. El paciente estaba, además, muy enflaquecido, y todas las tardes le habían comprobado alzas de la temperatura.

Isidora, con un gesto de impaciencia, colgó el teléfono; le molestaba mucho que se la interrumpiera y sobre todo ser despertada por una llamada así.

Pensó en Favio; había tenido un buen matrimonio con él, pero a medida que pasaron los años, las relaciones se habían deteriorado. El médico ocupaba casi todo su tiempo en el hospital, de modo que bien poco se le veía por su casa. Es verdad que cenaban juntos cada noche, pero era cierto, también, que la vida de Favio estaba fuera del hogar. Éste era, en la práctica, sólo su dormitorio.

A Isidora no le faltaba nada; disponía del dinero que Luengo le entregaba con generosidad; podía ausentarse cuando quisiera y su esposo no le hacía preguntas. Se vestía en las mejores tiendas del ramo y tenía una fortuna invertida en zapatos y carteras que, por docenas, ocupaban casi totalmente dos grandes closets.

Luengo era sexualmente muy activo; a lo menos tres veces por semana la requería como mujer, algo que no la tenía muy cómoda, porque había perdido mucho el interés en esta actividad; sobre todo que Favio no era muy buen amante. De hecho, cuando éste quería tener relaciones íntimas, la acariciaba muy poco; Isidora sentía que los besos de su esposo eran mecánicos y repetidos, y que toda actividad previa al coito era de escasa duración e intensidad. A Isidora le parecía que su esposo era anodino en el sexo; y si se trataba del coito

mismo, bueno.....quedaba muy insatisfecha. Sin embargo, prefería que así fuera; no podía negar que esta actividad matrimonial le desagradaba un poco y le temía, porque, en

ocasiones, su hombre estaba más fogoso y le pedía hacer cosas que le disgustaban. En conversaciones con sus amigas se enteró que éstas tampoco lo pasaban muy bien; de allí que algunas se consideraban muy buenas personas porque consentían a sus maridos frente a estas exigencias; y cada vez que cumplían con su deber, más niño les parecía el esposo.

Isidora sabía que el macho nace con la palabra vagina escrita indeleblemente en su frente, y que es capaz de hacer cualquier sacrificio cuando esta parte de la anatomía femenina está en juego: iniciar una guerra, perder un amigo, matar a un rival o perder toda su fortuna. Había comprobado repetidamente, que este rasgo era el que le otorgaba un enorme poder sobre su esposo, por lo que, en verdad, ser un tanto complaciente no le era tan sacrificado.

Era una mujer con estilo, distinguida, poseedora de un amplio vocabulario que hacía que, muchas veces, Favio le preguntara el significado de las palabras que ella pronunciaba con absoluta naturalidad. Por esta misma razón, el médico le tenía un gran respeto e incluso un cierto temor, lo que hacía que este matrimonio funcionara normalmente sin que le acecharan peligros. De allí que Isidora pudiera tener tanta libertad como para no dar cuenta de los grandes gastos que hacía, ni de dar explicaciones por tantas tardes fuera del hogar. Luengo no sabía que Isidora tenía una severa adicción al juego, en especial al bridge, en cuyo placentero azar intelectua perdía mucho dinero.

Cuando Favio enfermó, Isidora perdió libertad de acción para dedicarse a su pasatiempo y debió restringir su participación en dicho juego. La enfermedad de su esposo no sólo lo afectó a él, sino a ella también, porque la limitó importantemente en sus posibilidades de satisfacer esta adicción. La insatisfacción le provocó una gran irritabilidad y nerviosismo; su espíritu se tornó un tanto melancólico y fue creciendo en su interior la sensación de que su esposo la estaba castigando. En ocasiones, cada vez más frecuentemente, presentaba insomnio que hacía aun más penoso el paso de los días, sobre todo de aquéllos en los que ya no podía jugar.

Se agriaba tanto su carácter que contestaba de muy mala manera frente a algún requerimiento simple, y era capaz de proceder groseramente si se sentía amenazada.

Y eso fue lo que había sucedido hacía dos años atrás, cuando expulsó de su casa, con improperios e insolencia, al médico que atendió a su esposo en los inicios de esta cruel enfermedad; al doctor Alberó.

Vendió todo lo que pudo para pagar deudas de juego y eso la tenía tranquila.

Pero ahora, una gran animadversión contra Favio había comenzado a anidarse; era él el responsable de su estado actual, situación que la hacía sentirse muy desgraciada.

De muy mal talante fue a la casa de reposo.

Cuando llegó al lado de Favio, quedó estupefacta: el hombre estaba sentado en una silla de ruedas; tenía las piernas cubiertas por un chal y se le veía adormilado. Su rostro, macilento, era casi inexpresivo.

La enfermera a su cargo le explicó lo que estas últimas semanas había aquejado a su esposo, y le expuso las dificultades que hubo para llegar a un diagnóstico al que aún lo envolvía una gran incógnita.

—Hasta puede estar haciendo un cáncer, le dijo la enfermera; tal vez sea mejor hospitalizarlo.—

Isidora se violentó con la enfermera y la acusó a ella y al personal de la casa de reposo, de ineficiencia.

Un día después el doctor Favio Luengo era ingresado al hospital Del Buen Samaritano.

Todos los exámenes practicados fueron inespecíficos; toda la gama de estudios radiológicos resultó normal. Como hechos indiscutibles sólo estaban la fiebre, la cefalea, el compromiso muscular y la gran caquexia que hacían que el médico se viera muy mal, muy enfermo.

Isidora, angustiada y temiendo lo peor para su marido, decidió pedir la colaboración de Esteban Alberó, tal como se lo habían sugerido otros médicos del hospital. Alberó era, a la sazón, el médico con más experiencia clínica del hospital, y probablemente de la ciudad.

Luego será nombrado profesor de Medicina, le dijeron, de modo que también sus pares en la academia le han reconocido como de alto valor médico.

Ella misma, en el límite de la angustia, se dirigió a la casa habitación de Alberó. Cuando llegó, éste la invitó a pasar y le presentó a su esposa, a su hijo y, mientras le mostraba a Amelia, se sonrió y le dijo:

—A ella sí que la conoce; estamos felices de tenerla con nosotros.—

Isidora sólo vio rostros amables que la acogieron comprensivos y solidarios.

Después de algunos minutos, ella y el doctor Alberó partieron al hospital.

Esteban se acercó a su maestro de clínica y ex Jefe de Residentes, lo miró con singular interés y le habló afablemente. Un asomo de sonrisa apareció en la faz de Favio, pero casi de inmediato volvió a mostrar la severa falta de fuerzas que lo invadía.

Esteban pidió quedarse solo con el paciente y después de muy largo rato, le confió a Isidora lo que él creía que debía hacerse. Isidora estuvo de acuerdo y además, le rogó al doctor Alberó que oficiara de médico de cabecera.

Esteban sintió una oleada de rabia contra esta mujer que lo había humillado en el pasado; y junto a la odiosidad, reconoció los síntomas del orgullo de ser, en ese instante, el dueño absoluto de la situación. La Medicina le estaba entregando sobre la fuente de una enfermedad grave, la ocasión de la venganza. Estuvo a punto de negarse a ser el médico de su maestro; a punto de enrostrarle a Isidora lo grosera que había sido, y a exigirle explicaciones por ello. La jactancia y el endiosamiento dominaban al médico, quien, de pie y con su cabás en la mano, escrutaba no sólo el rostro de Isidora, sino el alma de ésta, buscando una brizna de humildad. Pero no halló lo que buscaba; tal vez la esposa de Favio Luengo mostraba resignación. Pero Alberó quería más; deseaba destruir en Isidora todo rastro de alarde, de altivez; toda muestra de autosuficiencia y petulancia; necesitaba que la mujer se sintiera degradada, empuñecida y despreciada.

Miró a su cabás mientras la mujer le hablaba y comprendió que lo estaba traicionando; su querido cabás era puro consuelo, pura esperanza; su cabás era el receptáculo mismo de su alma.

Cuando Isidora terminó su ruego, Esteban replicó:

—Lo cuidaré con todo gusto, señora.— Y salió de la habitación.

En la boca, el regusto acibarado le recordó que estuvo sometido a gran estrés; y la tristeza que le invadía el corazón, era la palmaria evidencia de que vencer el orgullo tenía un precio: el dolor de someterse al amor por el otro, incluso con detrimento de la propia consideración.

XLVIII

—Soy el padre Juan Pedro Oñate, dijo el cura cuando le abrieron la puerta de la casa de reposo; vengo a visitar al doctor Favio Luengo. ¿Podría pasar?—

—¿Lo llamó alguien de aquí, padre?—, preguntó la auxiliar de enfermería.

—No, señorita; vengo en calidad de visita.—

—Es que el doctor llegó hace poco del hospital y está recién recuperándose, — dijo la mujer.

—Estaré muy poco tiempo con él, pero necesito verlo.—

Favio Luengo estaba semi sentado en su silla de ruedas; se le veía mucho más recuperado y tenía movimientos más vivos. Cuando vio que en el umbral de su puerta se destacaba la figura del ex párroco, se incorporó con prontitud acusando renovada energía. Sonrió mientras levantaba ambos brazos en señal de alegre bienvenida. Con fresco ademán invitó al sacerdote a sentarse cerca de él y le tendió la mano. Ambos se saludaron vigorosamente, como si nada hubiera ocurrido entre ellos.

Favio Luengo no podía hablar todavía; el fonoaudiólogo que lo ayudaba a superar la afasia de expresión había avanzado un poco en la recuperación del habla de este enfermo; Favio sólo articulaba algunos vocablos.

Juan le hizo un gesto de que no se preocupara y le preguntó si él podía dirigirle algunas palabras.

Favio Luengo asintió con movimientos de cabeza.

— Me atreví a venir a verlo, doctor, porque me preocupé por su salud cuando supe lo que le sucedió. Venía a acompañarlo un rato, nada más, pero como lo veo tan bien, me atrevo a expresarle que también lo hago como sacerdote por si necesitara algo en que yo pudiera servirle.—

Favio se inclinó hacia el cura, le tomó la mano y, apretándola le dijo balbuceando:

—¡Perdón!—

Juan se conmovió y en un impulso irrefrenable, se levantó de su silla y acercándose mucho más a Favio, se inclinó y le dio un beso en la frente.

El doctor Luengo lo abrazó y allí se quedaron por unos instantes sin decir nada.

Las palabras sobran cuando el corazón palpita; las palabras logran expresar el contenido de la razón, pero no pueden traducir la infinitud del sentimiento.

Se retiró Juan con el corazón henchido de ternura. Había dejado en la buhardilla del olvido todo lo sucedido, y no volvería a mirar hacia atrás.

XLIX

René Pelayo Méndez, esposo de Marina Gracia y padre de Pelayito, quien había fallecido por un tumor cerebral hacía más o menos tres años, estaba en su despacho ubicado en el octavo piso del edificio que albergaba las instalaciones del periódico del que era su dueño y director. René Pelayo Méndez era un hombre de baja estatura, un tanto obeso, rubicundo, de orejas grandes algo más bajas respecto de su línea con las cejas; éstas, francamente arqueadas y espesas, habían perdido ostensiblemente la cola, de manera que daban al rostro del hombre un aspecto de bondad.

—Lo busca un médico, señor Méndez,— dijo la secretaria.

Méndez levantó la cabeza para mirar bien a la mujer.

—¿Tiene alguna cita?—

—No, señor Méndez.—

—Entonces dile que se vaya, expresó.—

La secretaria, sin responder, se dio media vuelta y comenzó a recorrer el amplio espacio entre el escritorio y la puerta de salida de la gran oficina; cuando estaba casi por desaparecer, resonó la voz de Méndez:

—¿Cómo es?—

—Es muy viejo, dijo ella; no se ve del todo bien. Parece enfermo.—

—¡Ah!; dile que pase; pero tú, apenas hayan pasado dos o tres minutos, sácamelo de aquí aduciendo cualquier razón.—

Pocos segundos después apareció Jonás Taylor.

Méndez lo miró y reconoció de inmediato al médico que había tenido alguna injerencia en las decisiones tomadas frente a la enfermedad de su niño. No olvidó René Pelayo Méndez la tranquilidad que le había dado la opinión sabia de este médico, cuando el doctor Luengo lo llamó para asesorarse con ocasión de la solicitud de eutanasia que él y su mujer habían hecho, desesperados por la grave enfermedad de su pequeño.

Taylor había sido quien, con suaves palabras, les hizo claridad sobre el asunto: mal podían proceder con la eutanasia, porque dicha acción habría sido para librarlos a ellos del dolor y no para aliviar al menor. En sus palabras había habido gran comprensión y cariño y un respeto tremendo por él y Marina Gracia, su mujer, y madre de Pelayito.

Tampoco había olvidado que, cuando tuvo que comparecer en el juicio oral por la demanda que la abuela del niño había interpuesto en contra de los que resultaran responsables de la muerte de éste, Taylor había sido muy claro en afirmar que los padres del menor estaban desorientados y muy angustiados; y que, presos de este dolor, no contaban con la tranquilidad necesaria para valorar las terapias que pudieran ofrecerse para tratar tan terrible enfermedad de su hijo.

Sí, estaba muy agradecido de Jonás Taylor y no se lo había dicho; nunca lo ubicó para conversar con él.

—¡Doctor, Taylor, qué placer verlo!—

Y poniéndose de pie le dijo con cortesía:

—Tenga la bondad de sentarse.—

El rostro del viejo doctor, tenía una expresión de tranquilidad. Sus ojos, un tanto más pequeños que hace tres años, dejaban traslucir algo de la insuficiencia cardíaca que lo aquejaba.

Taylor tomó asiento con lentitud y se inclinó levemente hacia delante, como quien desea decir algo en secreto o sugerir un grado de mayor intimidad.

Así lo entendió Méndez quien, dejando el mullido y amplio sillón de su escritorio, se sentó al lado de Jonás. Sin vacilar, el médico puso su mano sobre el brazo de René Pelayo Méndez como queriendo decir algo que no tiene expresión oral.

Jonás Dril le contó la historia del padre Juan Pedro Oñate; no se guardó detalle.

Méndez, mientras escuchaba, recordaba los titulares con que los periódicos bajo su dirección, habían enterrado la honra del sacerdote; recordaba las risas de sus reporteros, las burlas acerca de la sexualidad del cura.

Las palabras de Jonás Taylor lo inquietaron terriblemente; él siempre había promovido un periodismo pulcro y recto, una prensa escrita y oral que se sujetara a la verdad; una comunicación a las masas que no deshonrara a nadie. Se preguntaba qué era lo que le había sucedido a él que lo había llevado a traicionar sus más férreos principios. Por algunos instantes, le asaltó la idea de que el cura podría querellarse contra el diario y dejarlo a él en la pobreza, si se demostraba tamaña torpeza y equivocación. Además, su carrera política podría irse al traste si se llegaba a sospechar que, tácitamente, estaba de acuerdo con la tortura aplicada al religioso.

No, los tiempos no estaban para esto.

Terminó de hablar Taylor y calló a la espera de lo que tuviera que decir su interlocutor.

Méndez callaba; por un rato se mantuvo en silencio, Realmente no sabía qué decir. Por un lado, si reconocía el mayúsculo error que había cometido, la justicia podría caer sobre él e incluso podría perder la libertad. Si mantenía lo escrito sin retractarse, el tiempo, de algún modo, pondría en evidencia la verdad y sería mucho peor. Tendría que pedir perdón. Pero él no había hecho nada en contra del cura, salvo permitir la circulación de las noticias. Por otro lado, la Iglesia quedaría en flagrante ridículo, porque aparecería como cruel y renuente a investigar, y con esta conducta aparecería actuando de un modo inicuo y abusivo en contra de un inocente.

— Comprendo, doctor Taylor; comprendo, pero no sé qué hacer. Se lo digo sinceramente. No sé qué hacer.—

— Señor Méndez, dijo Taylor, no vengo a pedirle nada; sólo quise exponerle la verdad, cosa que la puede refrendar el abogado Smey, ahora en la cárcel; y el propio doctor Luengo, a quien usted conoce muy bien.—

Méndez lo miró con afable gesto, pero sin replicarle nada.

Se despidieron, cada uno con sus sentimientos.

Cuando estuvo solo en su despacho, hizo sonar el timbre y casi de inmediato apareció su secretaria.

— Lila, le dijo, ubícame a al Fiscal Alfredo Swimb. Dile que necesito hablar con él, urgentemente.—

L

Después de haber sostenido la conversación con Isidora, el joven Alberó decidió visitar a otros pacientes del hospital en un intento de borrar, con trabajo, el sinsabor que lo atenazaba. Se le hizo muy tarde; estaba bien entrada ya la noche. Yendo a buscar su auto al solitario estacionamiento del hospital se le acercaron dos personas. Temeroso de que fuera a ser asaltado, trató de apurar el paso mientras abrazaba su cabás. Uno de los individuos le dijo:

—No tenga miedo, doctor; somos los hijos de Genaro Cifuentes a quien, usted, hace varios años, mandó a operar de un apéndice,

dijo uno de ellos. Sólo vinimos a acompañarlo, porque no queremos que le roben su auto.

Esteban Alberó, lleno de temor, recordó que al inicio de su carrera profesional, debió cumplir una estadía de dos años en los consultorios populares que estaban en la periferia de la ciudad. Viajaba a diario a los suburbios y fue allí que entró en contacto con la miseria más profunda.

Su fama de médico comenzó a extenderse por esos pagos hasta tal punto, que se formaban largas filas con decenas de personas que lo requerían, y la espera de cada paciente podía llegar a ser de tres o incluso de cuatro horas. Los pacientes vivían en chozas que ellos mismos habían fabricado; eran parecidas a la casa en la que Esmerindo vivía, pensaba Esteban, pero quizás si eran más pobres aun.

Más de una vez le correspondió cumplir con los turnos que obligaban a un médico, por todo un día, a hacer visitas domiciliarias en el sector. Cuando Esteban llegaba a una de esas pocilgas se le apretaba el corazón, como ahora: Entró por una estrecha abertura que se llamaba puerta, porque así lo indica el diccionario de definiciones, pero no era más que

una abertura que se cubría con una cortina que, generalmente, era una frazada. Al entrar en la vivienda, todo estaba a su vista: una cocina a gas o a parafina, desvencijada, sucia, con restos de alimentos recocidos. Una palangana grande en la que yacían los platos y el cubierto. Los platos, amarillentos y saltados, se entreveraban con cucharas, cuchillos y tenedores doblados, descascarados y opacos. Sobre la cocina, colgando de un cordel que cruzaba toda la habitación, se mecían, al calor del fogón, ropas de diversas tallas y colores, prendas interiores hechas jirones, camisas sin cuello, calcetines de caña alta. Cerca de la cocina, una débil mesa hacía las veces de comedor; estaba cubierta de un mantel de plástico de colores chillones, y sobre ella había vasos y tazas con restos de alimentos; el mantel generalmente se veía chorreado con café y, rociado profusamente con migas de pan adheridas a la superficie. Hacia un costado, un aparador mostraba botellas vacías de licores de diversas marcas; insignias de clubes deportivos, estampas religiosas, estatuillas que representaban figuras de pájaros; conocidas obras de arte de la cultura greco-romana y tarros de cerveza vacíos. Lejos del fogón, un jergón hacía las veces de cama, flanqueada por una silla desvencijada que reemplazaba a un velador. La pieza, cocina-dormitorio-sala, estaba iluminada por una ampolleta que colgaba de un alambre, al centro de la habitación. La tenue luz de su amperaje permitía entrever que, en una de las paredes, se destacaba otra abertura que daba entrada a una salita no muy grande con cuatro jergones; en uno de ellos yacía un enfermo, generalmente un viejo, cubierto con ropas hasta el cuello para defenderse del frío.

Esteban se inclinó para entrar a esta salita de la casa y se acuclilló para ponerse al lado del paciente. No deseaba permanecer de pie, porque le parecía una actitud ofensiva para el enfermo; pero, no le fue tan fácil la maniobra, porque en los restantes jergones dormían otras tantas personas que no se movieron siquiera cuando él entró.

Esteban, mecánicamente, miró la hora: eran las dos de la tarde.

El paciente, dominado por una fiebre muy alta y preso de intensos dolores abdominales y profusos vómitos, no tenía ninguna posibilidad de apreciar, en esos instantes, qué era digno o qué era mejor; le daba lo mismo yacer en un jergón o estar abrazado a un escusado. El dolor y la agonía del vómito lo habían convertido de pobre, en guiñapo.

—Tiene una apendicitis aguda,— le dijo al hombre, quien lo miraba con desinterés. Para él, esta enfermedad significaba lo mismo que un resfrío o una severa indigestión posterior al consumo del alcohol, del que solía abusar. Su trabajo de cargador lo obligaba a estar en el mercado a las cuatro de la mañana, hora en la que comenzaba a transportar sacos con papas, legumbres o harina; cajas de fruta o canastos con verduras. Debía correr con éstos desde donde aparcaban los camiones que los traían desde muy lejos, hasta los puestos de los locatarios, que los adquirían para venderlos al público, a partir de las ocho de la mañana.

A las cuatro de la tarde, el hombre, Genaro Cifuentes Ordoñez, se aprestaba para volver a su casa; su mejora, como le decía él. Allí habitaba con su vieja Eloísa Pezoa Rey y sus tres hijos, todos varones de más de diez y ocho años.

Y aquí estaba ahora, muy enfermo, rodeado de sus hijos que dormían a pata suelta, esperando que el doctor le dejara algún remedio. Harto había bebido la noche anterior, de

modo que se lo merecía. A Eloísa le había parecido raro que su hombre no se hubiera levantado para ir al trabajo, y por ello acudió al consultorio para pedir que un médico viniera a examinar a Genaro en su propia casa.

—Pero doctor, para qué me va a mandar al hospital, dijo Genaro, extrañado; si esto me ha ocurrido muchas veces, y siempre se me ha pasado. No se preocupe; déjeme aquí no más. —

—Don Genaro, contestó el doctor, mientras devolvía a su cabás los instrumentos que acababa de usar; tiene una apendicitis aguda y hay que operarlo. —

—¡Putas, doctor, no me huevee; ¿no ve que tengo que trabajar? Todos mis hijos están cesantes y la Eloísa tiene un reuma que no la deja caminar, así es que soy el único que le pone el hombro en esta mierda de vida que me tocó. Tiene que haber otro remedio, doctor. —

Y luego, después de pensar un poco, exclamó:

—En el mercado puedo encontrar “combióticos” y me mejoraré al tiro. —

—¿Cuánto gana al mes, Genaro? —

—Como cien lucas, doctor —, respondió el hombre.

—¿Y para qué le alcanza eso? —

—Me alcanza, doctor; claro que no puedo pagarle su consulta, porque eso vale casi todo lo que gano en un mes. Pero comemos. —

—¿Y la ropa? —

—¡Putas doctor, eso es lo más fácil; consigo una camisa americana por quinientos pesos y un par de zapatos nuevecitos por tres lucas. Si hasta puedo comprarme un poco de Diazepam para ponerle a veces al pisco. —

—¿Y dónde se consigue el Diazepam? —

—En la feria pues, doctor; una tira de veinte pastillas por una moneda de quinientos, y quedamos listos para soñar. Sí, podemos comer y tomar; lo caro es el pan, la luz y el gas. Si el gobierno nos pudiera ayudar bajando de precio el pan y el gas, seríamos muy felices. —

—¿Y sus hijos, ¿por qué no estudian o trabajan? —

Genaro fue asaltado por otra crisis dolorosa y volvió a vomitar; el ambiente estaba cargado de olor a sudor, encierro, suciedad; en una palabra, un ambiente de pestilencia casi insoportable.

—Estudiaron, doctor, hasta el tercero medio, pero no quisieron seguir. No pude convencerlos de buscar trabajos que los sacaran de la mierda. Yo no puedo; no sé nada. —

—Bueno, Genaro; lo vendrá a buscar de inmediato una ambulancia para trasladarlo al hospital y operarlo apenas veamos cómo están sus exámenes. —

Ante la afirmación hecha por el doctor, Genaro se incorporó y gritó: —¡No quiero operarme, no quiero que me operen; me voy a morir!. —

Algo se movió bajo las cobijas de uno de los jergones y asomó la cabeza de un hombre joven que dijo:

—¡Putita, doctor, deje tranquilo a mi padre o le voy a sacar la cresta!—

Alberó no se movió del lugar.

El hombre joven se levantó y tomó a Esteban de las solapas del delantal y lo empujó hacia atrás. El médico cayó sobre el otro de los hijos de Genaro quien, a su vez, lo levantó casi en vilo y lo lanzó contra su hermano. Al ver el gran barullo que se había producido, Eloísa, con destemplados gritos, conminó a sus hijos a dejar en paz al médico. Cuando Esteban pudo reponerse, le explicó a la mujer lo que sucedía con su esposo y le reiteró que la única solución para la apendicitis aguda era la operación.

Al volver a escuchar al médico, Genaro volvió a gritar improperios, pero Eloísa, pisando los jergones, se acercó a su marido y le gritó:

—¡Yo no me acuesto con cobardes; o te operas o te vas!—

Andando el tiempo, Esteban regresó a la casa de Genaro. Allí se reunió con él, con sus tres hijos y Eloísa y les habló de cómo poder salir de la pobreza. Les explicó las alternativas laborales que existían, les informó de los estudios vespertinos que podían seguirse, de becas de especialización en la disciplina que quisieran; de créditos estatales. Ninguno de ellos quería trabajar, salvo Eloísa, que hacía de ocasional lavandera, y de Genaro que ganaba lo que podía en la vega. Lo que al hombre lo salvaba era aquello que desechaban los locatarios. A las cuatro de la tarde, cuando ya se acababa la llegada de público y quedaban las sobras de verduras, hortalizas, legumbres, frutas, algunos huevos y otras menudencias, los dueños de locales estaban obligados a deshacerse de estos saldos. De las sobras, Genaro llenaba una buena parte de su carrito de mano de dos ruedas y se lo llevaba a casa. Ninguno de los hijos participaba en esta recolección.

A pesar de la extensa conversación, Esteban no logró convencer a los hijos de Genaro que trabajaran; sus amores eran el fútbol, el alcohol y la cama, y les bastaban como para sentirse satisfechos.

Uno de ellos le dijo a Esteban:

—Doctor, no se preocupe por nosotros; si nos falta algo, nos conseguimos remedios que estén por vencer; son medicamentos de los que los laboratorios tienen que deshacerse. Hay quienes compran esos remedios vencidos o por vencer y los venden en las ferias, a muy bajo precio, a los giles que están enfermos y no tienen plata para la farmacia. Y les va muy bien.—

—De hambre, doctor, no nos vamos a morir; no se preocupe.—

—Y de aquí no vamos a salir, porque aquí nacimos y conocemos a todos los que viven por este sector; nos ayudamos contra los pijes y ningún patrón nos va a explotar. Los ricos buena gente como usted, doctor, son raros; los ricos no nos dan nada y no nos creen nada. Usted ha venido a tratar de ayudarnos o, al menos, a saber cómo es nuestra realidad. Así es que no se preocupe, repitió uno de los hijos de Genaro; y tomando del brazo a Esteban lo sacó de la casucha. Una vez afuera, le dijo:

—Voy a llamar a un compañero para que lo acompañe por los pasajes; andando con él no le pasará nada a usted. Cuando llegue al camino, puede tomar locomoción con seguridad.

Y no vuelva por aquí, doctor; los pijes no son bienvenidos.–

Aquí estaba el mismo hombre que ese lejano día lo agredió.

–¿Y cómo está Genaro?, –se atrevió a preguntarle.

–Cada vez mejor; se hizo amigo de un cura que venía todas las noches a la población a traer comida. A veces el cura se quedaba a conversar con mi padre y, con sus consejos, lo sacó de la botella; ahora ya se pudo hacer de un puesto en la feria y ahí vende cositas, mientras una risa pícaro iba acompañando el diálogo.

Se detuvo el médico y con voz firme les preguntó:

–¿Quién es el cura? –

–Es el padre Juan, el que apareció en los diarios doctor.–

–¿El de la Santísima Trinidad?–

–El mismo, doctor; pero espere a que salga de la cárcel al Smey ese, le vamos a destrozarnos la cara.–

–¿Y cómo conocieron al padre Juan?, – les preguntó con interés el doctor Alberó.

–Muchas veces nos aceptó en unos comedores que tenía en su parroquia; en varias ocasiones fuimos ahí. Por eso lo conocimos.–

–¡Sí, el cura es bueno, doctor!; de puro huevón se metió en problemas; es bueno, pero huevón. El dice que Diosito lo va a

cuidar. ¿Y cómo lo va a hacer el pobre Diosito, si el cura ya ni se aporta por la parroquia?–

–Mire, doctor, le dijo el hermano del que le hablaba, nos regaló unas medallitas;– y poniéndose una mano bajo el polerón, tiró de una cadena artesanal en la que colgaba una imagen de la Virgen.

Se rieron ambos hermanos y se distendió Esteban quien, recién en ese momento, bajó del pecho el maletín, al que protegía con ambos brazos.

–¿Todavía usa eso?, le dijeron; pero ya está muy viejo, doctor. Un día se le va a romper.–

Y los tres se echaron a reír alegremente, mientras recorrían los últimos metros antes de llegar al automóvil del médico.

Esteban se despidió de ellos, subió al coche y los miró con afecto.

Una cosa por otra: el someterse ante quien te pide, aunque te haya pagado con la moneda del desagrado; y la alegría que inunda el alma cuando alguien te demuestra cercanía sin servilismo, pensaba el doctor; la medicina había sido dadivosa con él.

–¡Gracias por haber salvado a nuestro padre!, – le gritaron, mientras contemplaban cómo se alejaba de ellos.

LI

René Pelayo Méndez se paseaba de pared a pared por su gran oficina, mientras esperaba a su jefe de redacción y a dos reporteros a quienes había citado urgentemente a una reunión.

La secretaria había preparado una bandeja en la que había una tetera con agua caliente, tacitas, café en sobres, bolsitas de té y galletas. Parecen importantes estas cosas, pensaba Méndez, mientras se paseaba con nerviosismo; sirven para ganar tiempo en el curso de una discusión; el tomar el café, ponerlo en la taza, y echarle agua y un poco de azúcar es un acto de solemnidad, no por el ceremonial en sí mismo, sino porque esta formalidad va impregnada por lo que se está meditando o maquinando, a la par que se presta atención al otro, al que ha tomado la palabra. Curiosamente las galletas las consumen los que escuchan.

Llegaron sus tres invitados. Se saludaron ceremoniosamente. No siempre se tiene la posibilidad de estar tan cerca de un jefe importante y de un político notable como lo era René Pelayo Méndez. Su fama de hombre probo, veraz, ecuánime y honesto era notoria y jamás había sido puesta en duda por sus opositores. Sus ideas de una izquierda poderosa y fuertemente activa en ofrecer mejoras de todo orden a la clase asalariada, respetando las ideas más materialistas y utilitarias de sus críticos de derecha, lo hacían un político de recia ascendencia y alcurnia. No fue jefe de gobierno, porque no quería que el poder lo cegara y que la fama lo volviera insensato.

Una vez que todos estuvieron acomodados en sus respectivos lugares, en su calidad de dueño y Director del periódico, les narró detalladamente la historia de Juan Pedro Oñate. Sus invitados, en algunos pasajes de la exposición, se movieron inquietos y algo temerosos. Cada uno sabía lo que había hecho: los reporteros entendían qué era lo que privilegiaron al fotografiar al sacerdote, y el jefe de redacción recordó el sentido de cada uno de sus re-

portajes. Todo, palabra escrita, fotografías y programas televisivos, había sido orientado por una mano maligna dirigida a proceder como un caudillo, sin que, verdaderamente, ninguno de ellos hubiera tenido en esos momentos, ningún afán de dañar a una persona. Simplemente, no pensaron,. No supieron imaginar el alcance de lo que habían hecho. Tampoco consideraron que el hombre allí fotografiado en diversas circunstancias, no fuera el que parecía. Porque si en una fotografía alguien aparece robando, es un ladrón; si Juan Pedro apareció en un lenocinio, y muy bien acompañado, pues bien, era un cliente satisfecho. Y si un secretario del Obispo les dijo a los reporteros que el cura era avaro y acaudalado, ¿para qué se iban a molestar en investigar si el dato era fidedigno o no, si ese entrevistado era honesto y veraz?, creían ellos.

Y el propio sacerdote y párroco, nunca les dio una entrevista, jamás hizo un descargo, e incluso se negó a recibirlos. Todos le dieron la oportunidad de defenderse, pero no de detuvieron a reflexionar acerca del por qué un acusado puede proceder de manera tan sorprendente e insólita ante un hecho que lo incrimina. No sabían eso de no reclamarle al que te roba – del evangelio de Lucas– y del cual Juan Pedro, en su calidad de religioso, era incondicionalmente observante.

Y para qué pensar en el programa de televisión; en estos eventos las cámaras captan la exterioridad del alma confusa del entrevistado que, al saberse expuesto frente a una multitud, no sabe si la verdad lo puede hundir en el descrédito o la mentira puede catapultarlo a la gloria. Tomar uno u otro derrotero decide si se alza con la gloria, cuando expresa lo que el periodista le susurra con su acento, o se hunde en la oprobiosa humillación cuando opta por decir la verdad desnuda sin temerle al brutal disgusto que ésta acarrea.

Al terminar la exposición ante sus subordinados, a ninguno de ellos les cupo ni la menor duda de que se habían jugado inesperada y candorosamente la honra de dos personas: la de su director y la de un hombre bueno.

En el curso de su parlamento, René Pelayo Méndez fue irritándose a niveles peligrosos; de pronto le temblaba la voz y hubo frases que sonaban como bramidos.

El silencio se hizo cargo del café; algunos comenzaron a ponerle agua a las tacitas, mientras otros mordisqueaban las galletas.

Nadie sabía cómo comenzar una frase que fuera razonablemente inteligente; que tradujera con fidelidad la inocencia de sus actos y la ausencia de perversidad en ellos.

René Pelayo Méndez, que había estado inclinado hacia adelante y apoyado en su escritorio durante toda su exposición, se echó hacia atrás y miró detenidamente a cada uno de sus subalternos; no sabía qué buscaba en sus ojos asustados, pero sí él experimentaba una profunda pena mezclada con el sabor del miedo. Porque era, él, el responsable último de lo sucedido.

Y recordó cuando le pidió a Favio Luengo que le aliviara su dolor de padre ejerciendo la eutanasia sobre su pobre hijo. Se acordó de Luengo y Taylor, quienes no sólo le dieron consuelo, sino que evitaron, orientándolo dentro de la cruda verdad acerca de la enfermedad de su niño, que fuera un ingenuo autor de asesinato.

Pasaron los minutos. No se sentía ruido alguno. Por ratos, un leve tosido rasgaba el inconfortable silencio.

—¡Váyanse! Gritó de pronto, poniéndose bruscamente de pie; ¡váyanse!—

Y se desplomó en su sillón, mientras se le llenaba la cabeza con los fuertes latidos de su corazón, y un sabor amargo le ocupaba la boca.

Comenzó a tamborilear con sus dedos la cubierta de vidrio de su elegante escritorio, en tanto bullían ideas desordenadas, inconexas y a ratos incoherentes, en su atormentado cerebro.

René Pelayo decidió que tenía que aconsejarse con alguien; se sentía temeroso por su futuro y por el de su familia; temía perderlo todo, tenía miedo de que su honra sirviera sólo para barrer el estiércol. Como muchas veces lo dijo frente a un problema determinado, la última línea, ahora, era: Soy responsable de la deshonra de un ser humano inocente y, a mi vez, no he tenido arte ni parte en promover esta deshonra. Si asumo esa responsabilidad, debo reconocer el dolo cometido, bajo mi propia dirección, por mis subalternos. Reconocido esto, el castigo es despedir a estas personas. Pero ellos tienen familia que alimentar y quedarán cesantes por mucho tiempo con las consecuencias que es fácil imaginar.

Tomar esta decisión, sin embargo, es perdonarme a mí mismo del hecho de no haber cumplido con mi deber; total, lo único que ellos hicieron fue hacer su trabajo, el mismo que yo estimulé.

Y la otra realidad es enfrentar la verdad: yo debiera reconocer mi falta, encarar lo que vendrá y declarar valientemente la inocencia de Juan Pedro Oñate.

Comenzó a sudar.

La honra de una persona, una vez mancillada, queda por siempre estigmatizada, pensó. ¿Qué puede ganar este cura con una aclaración a nivel de los medios de comunicación? Porque la gente se traga cualquier cosa y tiene mala memoria; en unos años más nadie se acordará de este suceso. No debiera molestarme tanto este asunto, pensaba. Pero en su interior, allí donde mora la consciencia, había otra dimensión esperando desplegar sus alas: la autocrítica. Y frente a ella, sin nada que agregar a su favor, salvo, claro está, el no haber sido meticuloso en la ejecución y supervisión de su trabajo, no tenía defensa. De allí que tomara la decisión de hablar con Smey y con el propio Juan Pedro. Con ellos, tal vez, podría tener alivio en su atormentada alma. En todo caso, y para vergüenza suya, tuvo que reconocer que no quería perder lo que había ganado hasta ahora en la vida. Por otra parte, su familia era absolutamente inocente y no merecía ser golpeada por este asunto.

Méndez, se fue a la cárcel en búsqueda de Smey.

Cuando pudo acercarse al reo, se percató de que éste se hallaba acompañado de una joven a la cual no conocía. Quiso no seguir con este trámite, pero la voz de Smey lo detuvo.

—¡Qué bueno que haya venido a visitarme! — Le estoy, por esto, muy agradecido, exclamó el reo, mientras se dirigía hacia él para saludarlo.

—Quisiera conversar con usted un asunto muy delicado, señor Smey,— dijo Méndez, dando una mirada hacia donde se hallaba Amelia.

—No se preocupe por ella, señor Méndez; es mi prometida y no tengo problema alguno que se entere de lo que usted viene a decirme.—

—Pero yo preferiría hablar con usted a solas, contestó Méndez; el tema que debo discutir con usted, me obliga a que sea tratado muy secretamente.—

Con gran pesar, Iván, se despidió de su amada Amelia; aún estaba bajo el hechizo de este gran amor que tanta dicha le traía, pero a la vida poco le importaba destrozar lo que fuera necesario para continuar con su libreto.

Ivan Smey escuchó con interés lo relatado por Méndez, quien no ocultó la honda dimensión que abarcaba en lo moral, en lo político y en lo social, el espinudo problema con el sacerdote. Incluso, le confesó a Iván los recónditos temores de su espíritu; total, Smey había sido abogado defensor cuando su suegra, Marina Gracia, se querelló por la muerte de Pelayito. Smey lo conocía muy bien; ¿para qué iba a ocultarle nada?

Cuando Pelayo Méndez terminó de exponerle el doloroso motivo de su visita, Smey abrió su alma de par en par y no ocultó su perversidad.

Se miraron quizás si un tanto desorientados. Ninguno de los dos se atrevía a dar el primer paso para hallar alguna solución equitativa al problema. René Pelayo Méndez hubiera deseado que Smey asumiera todo el costo moral de la situación; y éste, pensaba que, si daba este paso, la proyección de su vida futura sería peor que la cárcel; arriesgaba la muerte social en medio de una pobreza material aterradora, o el exilio.

—Debo hablar con el padre Juan, también, dijo en un momento Méndez, pero no sé si eso pueda cambiar las cosas.—

Con los años Iván Smey había cambiado mucho por dentro. Se había hecho escéptico, pero también más frágil. Se había convertido en crítico, pero también más inseguro. Había decidido vivir el mal hasta lo profundo, pero la bondad de un hombre lo cambió. Y había respondido a esa llamada de forma inesperada y no como fruto de un proceso interior.

Ahora necesitaba despertar su deseo de verdad y de desarrollar esa sensibilidad interior que tiene el ser humano para percibir, más allá de lo visible y lo tangible, la presencia del Misterio que sostiene la vida. Ya no le era posible vivir como persona que lo sabía todo.

Ahora, ahora que parecía hundirse, necesitaba apoyarse en su fe y aprender a buscar a Dios con un corazón más humilde y sincero. Y, en un rapto de enceguedora claridad, le dijo a Méndez:

—Asumo todo lo hecho, exclamó, mirando a los ojos a Méndez; no volveré a ser cautivo de la mentira; diga en su periódico que yo soy el culpable, el que urdió la deshonra del párroco.—

Una semana después volvió a visitarlo Amelia. Vestida modestamente, sin afeites en la cara y con el pelo tomado por una peineta de corte español la muchacha avanzó con el rostro sonriente hacia Iván. Después de abrazarse con gran alegría, Smey contó a la joven mujer todo lo que acaeció durante la visita de René Pelayo Méndez. Una vez que hubo transparentado su alma, sin dobleces, le dijo a Amelia:

—Lo que viene para mí, una vez que se sepa la verdad de este asunto, será muy desagra-

dable y vergonzoso. Es posible que deba irme del país y comenzar de nuevo en otra parte. Pero, sea como fuere, todo me será muy difícil; hasta es posible que no pueda trabajar como abogado y deba buscar un humilde oficio. En otras palabras, Amelia amada, si sigues a mi lado sólo podré ofrecerte pobreza y sacrificio.—

Amelia callaba y miraba cabizbaja. Tenía oprimido el corazón por la pena y el desamparo que estaba sufriendo Iván. Después, lo miró con ojos llenos de ternura y le tomó la mano guardando silencio.

En ese instante, oyó a Iván:

— Amelia, ¿quieres casarte conmigo?—

La muchacha tenía el rostro lleno de contento y los ojos humedecidos por lágrimas que porfiaban por salir; se acercó más a Iván y con voz susurrante le dijo:

— Te acompañaré, si lo quieres, toda la vida; feliz seré tu esposa. No sabes cuánto agradezco la sinceridad que has tenido conmigo, al contarme hasta lo más secreto de tu alma; eso lo valoro grandemente y más me hace amarte. Eres un hombre maravilloso.—

LII

—Te llamé, Esteban, porque no me siento bien desde la mañana, dijo Jonás Taylor. Fíjate que ya son las cuatro y aún no me he levantado; no he tenido fuerzas. La Chela tuvo que traerme una bacinilla para poder orinar. Y lo he hecho con dificultad, pero no creas que tengo una infección urinaria; es sólo la molestia que da la próstata crecida, cuando has dejado pasar muchas horas sin vaciar la vejiga.

— Pero, no te llamé para que habláramos de un tema tan ordinario como es la misma vida que corre día a día por los mismos canales, callejea por los mismos problemas y se detiene para plantear las mismas soluciones. Es decir, la vida tiene una insoportable tosquedad que la hace casi chabacana. Es cierto que hay momentos exquisitos que logran ocultar la ordinariez, pero son momentos; solamente, momentos.—

— Creo, querido Esteban, que mis mejores momentos los pasé cuando trabajaba en el hospital Del Buen Samaritano. El hospital es como una gran ciudad; en su interior existen hasta cafetería y restaurantes y todo ello tiene vida sólo por dos circunstancias: una porque hay enfermos que acuden a ese hospital acompañados de parientes y amigos y otra, porque hay médicos que damos atención y cuidado a estos enfermos. Puedes haber comprobado, también, que el médico es el gran patrón de esa ciudad; su palabra es sagrada y todos tratan de cumplir con ella; hasta corren para que no demore en hacerse lo que él determina u ordena. Yo conocí, Esteban, el sacrificio de esas personas; trabajan día y noche, sin que nadie o casi nadie les reconozca su valor o la calidad de su trabajo. En realidad, al médico se le agradecen, generalmente, sus esfuerzos y a la enfermera también, pero al resto de ese mundo invisible que se mueve tras la recuperación de un enfermo, nadie lo recuerda. Tú hijo, no te olvides de ellos. Muchas veces tu actitud cercana, cortés y afable será su único

galardón; y estarán muy felices, porque ellos, a diferencia del resto de los profesionales, se conforman con servir al semejante sin pedirle nada a cambio.

Recuerda que tus éxitos en el tratamiento, y la seguridad de tu paciente, no sólo dependen de tu esfuerzo o de tus manos o de tus cuidados: dependen en gran medida de lo que el personal subalterno hace, de sus callados sacrificios destinados a socorrer a un necesitado como lo es alguien que está enfermo.—

—El hospital, querido muchacho, es un lugar de aprendizaje; basta mirar para darse cuenta de tanto dolor y necesidad. Creo que allí no debieran, jamás, pasearse el engrimiento o la vanagloria las que, especialmente en el hospital, tratan de reinar asentándose en la cabeza y en el porte de los médicos hasta convertirlos en obedientes vasallos de la soberbia.—

Esteban lo observaba buscando algún indicio de patología, alguna huella que delatara si el cerebro del viejo doctor estaba funcionando bien o ya destellaba algún indicio de demencia. Pero no, no había, hasta este instante, nada que pudiera parecer anómalo.

—Hace tiempo que deseaba charlar otra vez contigo; tu vida se parece a lo que fue la mía; y te hablo de fue, porque ya me estoy muriendo. Hace tiempo que engrueso la fila de los que no tienen futuro, porque a los viejos se les niega el encuentro con el panorama que está por venir. Se le niega, Esteban, porque la cultura dijo que los viejos no podían producir, no tenían capacidad de trabajar fuerte, no estaban en condiciones de pensar. Pero, eso es una falacia; es la afirmación que hacen los jóvenes, porque sospechan fuertemente que carecen de algo que los viejos sí tienen y que hace toda la diferencia. El viejo sabe porque lo ha experimentado; no es que haya perdido la esperanza o no tenga sueños; no es que sea pesimista o haya perdido la fe; no.

El viejo tiene sueños, fe y esperanza y ama como nunca amó; pero lo que sabe lo sabe por experiencia, por haberlo vivido una y mil veces, por haberse golpeado otras tantas y haber vivido las mismas situaciones. El joven, no sabe. Y lo peor: no cree que el viejo puede ayudarlo. Entonces, como sabe que no sabe y sí sabe que el viejo puede ayudarlo, pero considera que eso es una debilidad suya, convierte al viejo en un desecho, en residuo. Y a ello colabora el deterioro físico que traen los años en el cuerpo y en la mente, pero no en el espíritu. Es que el tiempo, querido doctor y joven amigo, es un ladrón. Pero no es de esos maleantes que roban en un atraco grandes cantidades; el tiempo es un estafador, un truhán embaucador. Y te lo puedo demostrar con hechos.—

Esteban no comprendía lo que estaba urdiendo Taylor con este monólogo. Lo había visto, algunas veces, locuaz y un tanto pesimista, pero así, tan parlanchín, no lo recordaba. Hasta el momento, Esteban no había hallado razones para este estado de su viejo amigo; no estaba tomando psicotrópicos, no se encontraba bajo los efectos del alcohol; en una palabra, no sabía a qué se debía esta verborrea de Taylor, si es que era verborrea; porque bien podía ser el lenguaje sabio de un hombre viejo que, para los tiempos que corren, es como parafrasear la voz ingenua de un palurdo.

—El tiempo engaña; no ataca, no destroza como para ser descubierto: roba con engaño. Por ejemplo: las coronarias; lentamente se van estrechando hasta que un día sobreviene la

angina. Y uno creía estar bien, porque corría todos los días, comía poco, evitaba el colesterol, no se había fumado ni un pucho, usaba poca sal en las comidas y evitaba el azúcar. Y, ¡cataplum!: el infarto; o la muerte súbita. El hígado: generalmente normal el perfil bioquímico, perfectas las pruebas hepáticas, hasta que, cualquier día, un cálculo te hace trizas la vía biliar y te complica el páncreas.

¿Las fuerzas?: están perfectas.

Puedo levantar el saco de siempre, hasta que, súbitamente, subiendo una escala, ¡zas!, ruptura del tendón de Aquiles. Vas al médico y te inmovilizan la pierna, y a los pocos días te mueres de una embolía pulmonar.

Es que, querido amigo mío, el tiempo es como las termitas: termina por echarte al suelo; terminan las termitas por terminarte.

Bueno, Esteban; no era todo esto sino un preámbulo para decirte algo: la medicina es una bendición para el paciente y una maldición para el médico, porque, por conocer al cuerpo, es capaz de saber lo que le está sucediendo, lo que va a ocurrirle y en lo que habrá de acabar.

Por otro lado, conocerte y haber sido testigo de tu historia, ha sido una experiencia maravillosa; pero, creo que ello se debe a que me he visto reflejado en ti y he podido contemplar mi vida en tu accionar. A raíz de ello, he podido llevar al plano consciente actos, conductas, caminos que yo mismo he recorrido, y me ha resultado asombroso ver cuánto bien un médico puede hacer. Sin embargo, por no haber tenido una permanente percepción de lo que hice, lo que viví me parece no haberlo vivido; y lo que he apreciado de ti, me sabe como un existir fascinante. Entonces, como si de pronto se me hiciera la luz, quisiera ser tú, para volver a ser médico, pero esta vez, palpando y percibiendo cada segundo de la vida. Ese sano anhelo, a su vez, hace que cuando me vuelvo a contemplar mi pasado, este me parece vacío.

Porque, yo, no viví; sólo estuve desempeñando funciones, de manera automática, obediente, respetuosa y disciplinada, pero sin detenerme a apreciar lo asombroso de cada segundo. Pienso, por otra parte, que eso sólo puede descubrirse cuando llevas tu

propia muerte junto a ti; cuando ella te acompaña, te hace vivir cada instante como si fuera el último.—

—Conocer al padre Juan Pedro, también me enseñó. Creo que haberlo tenido en mi casa y ser testigo de la realidad de su existir y, a mi vez, tener prístino que la mentira es algo tan real como la verdad, me ha dejado una gran lección: sé bueno, porque así debe ser; de tu honra, deja que se preocupe Dios. Si van a destruirte con la mentira, no podrás salir incólume: si sales bien parado aparecerás al menos con magulladuras. Y ten presente que tu alma, tu alma de médico está para hacer el bien, aun a los que te destruyan.—

Esteban se admiró del comentario; era imposible que Jonás Taylor pudiera saber lo que le sucedió en su alma con la conducta de la esposa de Favio Luengo. Eso quería decir que el viejo doctor había tenido experiencias similares y nunca se había referido a ellas, porque se guardan celosamente como parte del secreto profesional.

—Este largo prólogo, querido Esteban, ha sido para que reflexiones acerca del presente de la Medicina, de tu presente y futuro, porque estoy convencido de que ella ya no se ejercerá como se ha hecho hasta hace poco. Y de eso depende tu futuro, porque ser médico no es sólo ser un profesional, un albañil o un carpintero reparador, sino que es adoptar una forma de vida. Y he aquí la médula del asunto:

debes vivir para otros; no para arreglarles problemas económicos o sociales, políticos o religiosos, étnicos o culturales; debes ser para otros, porque cada persona que acuda a ti es como una preciosa obra de arte creada por un ser superior; y tú eres el restaurador, no el transformador de ella. Ni una sola pincelada tuya, ni un solo golpe de martillo deberá notarse: deberás dejarla igual. Tal vez lo que más podrás hacer por ella es elaborar un marco precioso o un pedestal extraordinario. Si por tu acción dicha obra,— el ser humano—, sufre menoscabo, habrás actuado sobre una biografía y eso te está prohibido, salvo, claro está, que la ilumines para que irradie la magnanimidad y la dulzura que tenía perdidas.—

—Pero, la medicina no es para eso, doctor, respondió Esteban; me enseñaron que con ella podría liberar a alguien de su enfermedad, pero no de las sombras de su vida—.

—De las sombras también Esteban, porque la enfermedad suele debilitar y, a veces, extinguir la llama de la esperanza. Nunca dejes de alentar la esperanza de una certidumbre; esa es tu tarea básica, ya que ignoras el mañana de tu paciente. Si ese amanecer se lo niegas, caerá bajo el abatimiento y, con éste, sobrevendrá la muerte.

¡Ah!, Esteban, no quiero dejar de decirte que la única seguridad para la vida de tu enfermo y la única defensa para que no yerres se

encuentra en ti, en tu trabajo: nunca, te lo repito, nunca dejes de hacer una historia médica y de examinar a tu enfermo desde la cabeza hasta los pies, porque si te desentienes de estos dos pilares fundamentales de tu actuar, pondrás en juego la vida de tu enfermo y tu nobleza.—

—Te llamé, doctor, no sólo para darte este discurso, aunque, te confieso que hace mucho tiempo debería haberlo discutido contigo. Te llamé, también, porque anoche tuve un dolor muy fuerte en la espalda, justo entre las escápulas; un dolor opresivo que abarcó los hombros. Me duró mucho rato y después se fue retirando lentamente. Me dormí, pero el mismo dolor volvió hace como dos horas, igual de intenso. He preferido decírtelo, por si se te ocurre qué hacer. Sé lo que me sucede, querido doctor; es posible que esa sea la razón que me llevó a hablarte de un tema tan delicado. Es que la enfermedad esta lo deja a uno en el umbral de la eternidad y, sin saber por qué, se logra alcanzar un pellizco de sabiduría. Lo que tengo, sé que es mortal. Y no quería dejar de verte por última vez.

El doctor Alberó comenzó su examen físico y halló que el pulso de Jonás Taylor mostraba alta frecuencia, la presión arterial había caído a niveles peligrosos y, aunque su respiración parecía tranquila, la verdad era que estaba un tanto acelerada. Cuando

puso su estetoscopio en el pecho del paciente, notó que había aparecido un soplo cardíaco que, días atrás, no estaba; y al examinar los pulsos carotídeos notó que el del lado derecho no existía. Con rápidos movimientos examinó los pulsos de las piernas: faltaba el

de la pierna izquierda. Con estos hallazgos, al doctor Alberó no le cabía duda de que el doctor Taylor estaba haciendo una disección de la aorta, enfermedad terrible y, en cualquier instante, mortal.

—¡Chela, Chela!,— llamó, sin moverse del lado de Taylor, quien de pronto se había quedado dormido.

—El doctor está muy grave. Deberé hospitalizarlo,. Quédese aquí mientras voy al teléfono.—

A toda prisa, Esteban se dirigió a la sala en donde descansaba el aparato de telefonía, mientras se acordaba que hoy sabría si tendría o no nombramiento académico. Pensó que estaba cometiendo un acto de alta traición: su verdadero maestro se estaba muriendo y él tenía el corazón puesto muy lejos de éste y en lo que él abominaba.

Se turbó.

Tomó el aparato. Iba a comenzar a marcar cuando escuchó:

—¡Doctor, doctor! —Era Chela, con una voz de desesperación.

Corrió hacia el dormitorio de Taylor y, al llegar a la puerta, se dio cuenta de lo que sucedía: el rostro de Jonás Taylor ya había sido maquillado de céreo y se había marchado la vida desde sus pupilas, las que, muy abiertas, sólo mostraban la presencia del vacío.

Se acercó respetuosamente al cadáver de su maestro y se quedó a su lado, de pie, mirándole el rostro, buscando un atisbo de algo que no podía definir. Le tomó una mano; todavía tibia como si la vida hubiera estado recién conversándose un té con galletitas con el viejo. Estaba flácida; las fuerzas que tuvo antaño para luchar contra todo lo que al viejo le parecía innoble, la habían abandonado. Con su otra mano y reverentemente, le bajó los párpados y se puso a gemir como un niño.

No sabía el doctor Esteban Alberó por qué lloraba: si por este médico insigne y bueno que pasó por la tierra sin ninguna caricia de la fortuna o de la fama, o por él, que se sentía solo como nunca se había sentido. Es que Jonás Taylor tenía, como siempre, toda la razón: para no tener que buscar la compañía de un amigo en el altillo de los recuerdos, lejos de hallar la oquedad de la nostalgia, es preciso vivir cada instante como si fuera el último.

LIII

René Pelayo Méndez salió del penal más aliviado; no fue difícil, pensó, tener esta conversación con Smey. Había creído que el abogado se portaría de otra manera. Por cierto que le llamó la atención el cambio que había percibido en éste: era otra persona. En todo caso, no estaría demás tener una reunión con los otros dos actores de este drama: el padre Juan y el Fiscal Swimb.

Volvió a su despacho y, con voz que denotaba cansancio, le pidió a Lila, su secretaria, que le rogara a estos dos hombres que vinieran a reunirse con él para un asunto de interés.

Lila pudo concretar esta reunión para tres días después.

En el mismo lugar donde René Pelayo Méndez había tenido el doloroso e ingrato encuentro con sus subalternos, estaban ahora, frente a él, el sacerdote y el Fiscal. Ciertamente, allí estaban el té, las galletas, el café y el azúcar dispuestos para hacer más llevadera la junta.

Tanto el cura como el Fiscal estaban tranquilos, pero en sus rostros podía adivinarse un cierto asomo de extrañeza.

René Méndez los saludó muy afablemente y de inmediato se dio a la tarea de relatarles su visita a Smey en la cárcel. No hizo comentario alguno respecto de sus sentimientos y tampoco hizo disquisiciones que ayudaran a clarificar cuál debería ser la conducta a tomar, respecto de la situación en que se encontraba el ex párroco.

Al terminar, se sirvió una tacita de café y esperó los comentarios de sus invitados.

El Fiscal Swimb habló primero.

— Señor Méndez, dijo, no hay mucho que hacer; desgraciadamente los hechos se confabularon y, sin que los periodistas lo quisieran ni que Smey se lo imaginara, se produjo una

cascada de situaciones, todas muy desgraciadas, que comprometieron muy gravemente la honra del sacerdote aquí presente. En mi opinión, será muy complejo explicar las equivocaciones que la justicia y la prensa tuvieron a este respecto; y más aun, las disculpas y las aclaraciones sólo traerán mayores problemas, y no necesariamente será reivindicada la honra del padre Juan. Le digo esto, porque una vez que la gente se hace de una idea, no cambia su postura, así se le demuestre lo erróneo de su conducta. Y es que nadie quiere parecer débil. Si alguien reconoce que se ha equivocado lo deja en muy mal pie; y aun si lo reconoce, ello no contribuye a mejorar el desmedro que su error haya producido. Le puedo afirmar también que, dentro de poco tiempo, sus diarios y programas audiovisuales volverán a ser vistos sin que se recuerde que estuvieron implicados en hechos bochornosos; en cambio, aunque el padre Juan demuestre su inocencia, nada le perdonarán. Y es así, porque él tiene una investidura que, en la apreciación de las personas, quien la posee debiera ser pulcro y sin mancha. Y si como sucede en este caso, no hay mancha, existe la evidencia fotográfica que hace nacer, al menos, sospechas de conducta indebida y ello tampoco se le perdona a quien se percibe como un superior en la fe y en la moral.

El padre Juan escuchaba atentamente; su rostro no mostraba el dolor que lo invadía y lo avergonzado que se sentía. En su interior, sabía que cometió una imprudencia, una suerte de necedad. Y eso era lo imperdonable.

René Pelayo Méndez y el Fiscal Swimb lo miraron con respeto y comprensión. Y triste afabilidad.

Juan Pedro tenía el corazón sublevado; por una parte, sentía que había sido sometido a una gran humillación por el solo hecho de ser un sacerdote; y por otra, que había experimentado el abandono de sus pares. Haberse dado cuenta de que su palabra que contenía verdad no fue creída y haber comprobado que la misericordia no formaba parte de la vida de los hombres, le habían originado una inmensa decepción.

Tal vez, si hubiera reconocido que era un pecador, todo se le habría perdonado; pero ser bueno y sufrir el tormento de la difamación lo hacía casi un mártir y ello, para muchos, era intolerable. ¡Cómo un cura insignificante les iba a enseñar lo que era la bondad a quienes se pasean con esa palabra por todas partes, mientras exigen, en el nombre de ella, dinero!

En lo recóndito del alma, Juan sabía la respuesta: “no le reclames al que te roba; reza por tus enemigos”.

El cura bajó la cabeza y permaneció en silencio.

René Méndez se acercó a Swimb y se pusieron a hablar en voz baja, a la espera de lo que iría a decir Juan Pedro.

Después de un rato, el sacerdote les dijo:

—No hagan nada por aclarar esto; será peor para mi. Les estoy agradecido de que hayan querido ayudarme, pero ya pueden verlo, no es posible. No los culpo de nada.—

Se puso de pie y se despidió cortésmente.

Méndez y Swimb quedaron confundidos.

LIV

“Juan Pedro volvió a casa de Esmerindo. Habían pasado meses juntos y se acompañaban bien.

Poco a poco la gente venía a buscarlo para que les dijera una oración o les bendijera la casa; poco a poco oficiaba misa en una u otra choza mientras el río murmulaba. Poco a poco iba comprendiendo que el amor todo lo comprende, todo lo perdona; y eso es lo que él estaba haciendo.

Pero lo inundaba un inmenso dolor; porque por un resquicio del alma asoma el orgullo y éste, a todo trance, trata de buscar cómo expresarse. Y procura hacerlo, porque lo más sublime del amor es la entrega en la obediencia, la que es a veces, lacerante.

El comité episcopal no volvió a reunirse para tratar el tema de la conducta del padre Juan. Tampoco se preocupó de devolverle la dirección de la parroquia, a la cual accedieron que volviera, pero en calidad de allegado, ni siquiera de Vicario. Sólo de allegado, y únicamente para que no viviera de la caridad de un cartonero y tuviera un techo donde guarecerse.

Cuando se despidió de Esmerindo, le dijo que no se entristeciera; que vendría con frecuencia, porque seguiría en esa población para traer a sus moradores el consuelo del Señor.

En uno de sus viajes entre la parroquia de la Santísima Trinidad y su población de parias, pobres, marginados y miserables, se encontró con el doctor Alberó.

Juan Pedro esperaba que el semáforo le diera la pasada a los peatones. De pronto, un auto se detuvo a su lado:

– Padre Juan, ¿lo llevo a alguna parte?–

El cura se inclinó para observar quién le hablaba: era el doctor Esteban Alberó.

Juan Pedro quería mucho a este doctor; y también, mucho le debía.

—¡Esteban, qué sorpresa!,— exclamó. Abrió la puerta del coche y se sentó al lado de su amigo.

— ¡Qué anda haciendo por aquí, padre! preguntó el doctor; dígame adónde lo llevo y vamos juntos.—

—Si puedes, contestó el cura, llévame donde Esmerindo, porque tengo cosas que hacer en el barrio; — y sonrió.

Conversaron alegremente; nada preguntó Esteban acerca de la condición actual de Juan Pedro, pero durante el trayecto, el joven médico se informó acerca de las actividades del sacerdote. Al llegar a casa de su suegro, Esteban decidió acompañar al cura hasta el interior de la casita de Esmerindo y conversaron, los tres, largamente.

Al cabo de un rato, Esteban les dijo que ya era hora de irse y se despidió de ambos.

El cura lo acompañó hasta la puerta de calle.

—Padre, le dijo, los viernes, después de almuerzo, vendré a atender a las personas que necesiten un médico. Como la población no es muy grande, puedo visitarlas en sus casas, así no será necesario disponer de un local para hacerlo.—

El cura irradiaba felicidad.

Fue así como semana a semana, Esteban atendía a los que lo requerían.

Cada viernes el médico y su cabás entraban en pocilgas malolientes a ahuyentar la enfermedad.

Del acero inoxidable de su hospital, bajaba a la pobre aldea donde existía la necesidad de todo: no habían remedios, alimentos, agua potable, disposición de excretas; pero había desolación, hambre, suciedad, desesperanza.

No se quedó tranquilo, Esteban; contactó con a René Pelayo Méndez y juntos fueron a la casa de Esmerindo en donde, muy esperanzado, los esperaba Juan Pedro. Los tres tomaron té y comieron un poco de pan amasado por Lucía Victoria, mientras Esteban Segundo correteaba a sus anchas por la casa de su abuelo.

René Méndez acompañó a Esteban y al padre Juan a recorrer el pobre villorrio. Los pequeños, descalzos, harapientos y con ojos saltones seguían a esta importante comitiva, que iba mirándolo todo y deteniéndose frente a algunas casitas, para conversar con sus moradores.

El sol ya miraba hacia atrás; la tangente luminosidad dibujaba las sombras de las pobres viviendas en el suelo pardo y pedregoso; los perros, famélicos, no cesaban de mover sus colas, y hasta el suave viento de la tarde quiso estar allí presente, mientras barría con su aroma el olor a decadencia.

René Pelayo Méndez estaba compungido. Jamás se había detenido en uno de estos barrios donde la necesidad y el infortunio se hermanan. Para él, la política estaba en los salones, en comidas elegantes, en las amplias salas del parlamento. La política se hacía con ideas que trataban de imponerse y se perfeccionaba en el dictamen de las leyes. Pero se daba cuenta ahora que el arte de gobernar muchas veces olvidaba a estas gentes que se

nutren con té y pan; con fideos y cebolla. Estos hombres y mujeres se conforman con el hueso que, en los hogares más adinerados, se da de comer a los perros. Sopa de hueso con fideos y cebolla; un mendrugo y té caliente.

Se acordó de la lucha por crear más impuestos; ¡que paguen los poderosos!

Pero si los poderosos pueden pagar, el problema entonces es que dichos dineros no llegan a estos lugares de indigencia, porque las gentes que allí moran no saben de bonos, regalos, subsidios; no conocen sus derechos. Apenas juntan las letras del abecedario y casi no entienden lo que leen. Es que para comprender lo que leen, se requiere que alguien les haya enseñado a pensar, alguien que les haya hablado de su dignidad. Pero, en la política, la dignidad se suele ignorar si se rivaliza con el adversario. El político cree que la dignidad del hombre se paga con un plato de frijoles, con un bono de invierno o de verano, con una bolsa de tecito. El político, acunado por el terciopelo de sus ideas, olvidó al hombre; lo dejó enzarzado entre sus luchas partidarias deplorables y sin sentido; el político se guía por sus consignas, por sus ideologías; y en éstas, no hay espacio para luchar contra la miseria.

René Pelayo Méndez estaba al tanto de todo esto; pero no sabía cómo llegar a resolverlo.

En un arranque de compasión, invitó a Esteban y al cura a su partido con el fin de que ambos representaran el problema que significaba este grupo humano de abandonados.

El médico y el sacerdote expusieron, ante una sala llena de adeptos, las necesidades de ese conglomerado al que, a duras penas, auxiliaban.

Cuando terminaron, se abrió la discusión.

Uno de los presentes alabó la exposición de los dos oradores, pero expresó que el partido no podía apoyar a un clérigo sancionado por la sociedad como lo era Juan.

Otro dijo que sería necesario censar a los habitantes de esa población y hacer llegar a los ministerios correspondientes el producto de dicha encuesta, pero que el partido no podía, como persona jurídica, entrar a estructurar la ayuda solidaria.

Un tercer asambleísta manifestó que la Iglesia debía comprometer su ayuda a esas personas carentes de lo esencial.

Y continuó la seguidilla de ideas que cada vez se fue difuminando de lo real a lo ideal: casas de más metros cuadrados, plazas, un colegio, contrato de profesores, un almacén con precios subvencionados, líneas de buses, electrificación domiciliaria, urbanización, pero todo ello con el aval del estado. Era éste el responsable, y por tanto la sociedad entera debía enfrentar este delicado asunto, pedir perdón, y resolver la problemática no sólo de esta población, sino de todos los que estuvieran en estas condiciones a lo largo y ancho del país.

Todos quedaron muy conformes con lo acordado y le indicaron a René Pelayo Méndez cuáles serían los pasos para ir avanzando en este proceso.

La cantidad de papeles a llenar, el número de autoridades a las que acudir y el engorroso trámite para concretizar lo acordado, hacían que el sueño de Esteban se hiciera trizas.

Aunque cumplieron con una innumerable cantidad de diligencias, algunas muy engorrosas, ganó finalmente la burocracia.

Así fue como terminó el sueño de mejores tiempos para esos marginados.

El cura siguió con su asistencia espiritual y el médico con la ayuda sanitaria.

Pero, no desfallecieron. René Pelayo Méndez junto al doctor Alberó, elaboraron una lista con las necesidades más urgentes de las veinticinco familias que habitaban el villorrio, y fueron a visitar personalmente a otras tantas familias para que apadrinaran a las primeras. La tarea terminó en que, una tarde, se juntaran en la población, los jefes de las cincuenta familias. Fue aquí que se tomó nota de los cesantes; de la clase de trabajo que necesitaba cada uno; del presupuesto mínimo para subsistir con una alimentación razonablemente completa. Dos ingenieros ofrecieron levantar los planos de urbanización del lugar y dos arquitectos se comprometieron a confeccionar planos de viviendas pequeñas, pero crecedoras.

Todo comenzó a funcionar como un engranaje bien lubricado. Algunas mujeres aprendieron a tejer en telares; otras a cortar telas; unas cuantas a preparar el terreno para hacer pequeñas chacras en donde se produjeran verduras de uso diario; aprendieron a construir colmenas para obtener miel y comercializarla, y se reunieron en una pequeña cooperativa, con estatutos muy claros, que permitiera que cada familia pudiera avanzar significativamente en lo económico y social. Se idearon reuniones con los dueños de locomoción colectiva y se logró que ésta extendiera sus recorridos hasta la pequeña aldea, a la que bautizaron como la Villa de Asís.

Y ciertamente no tuvieron que llenar los papeles requeridos por la máquina de la burocracia, que se empeña en demoler toda expresión que huela a avance o a libertad.

René Pelayo Méndez consiguió que algunos de sus amigos le regalaran contenedores; fueron éstos los que cobijaron una escuelita básica y un consultorio externo que poseía los insumos esenciales para una atención médica digna y segura.

Luego de cinco años de haber dado el puntapié a esta iniciativa, Méndez pidió a sus subalternos que hicieran un informe audiovisual para ser mostrado por la Televisión. El programa fue un éxito; al día siguiente de haberlo exhibido, centenares de automovilistas llevaron al lugar enseres como lavadoras, televisores, bicicletas, ropa, camas, colchones, comida no perecible, sillas, cocinas. Todo de segunda mano, pero todo funcionando. Algunas instituciones benéficas pidieron cooperar para construir casitas de ladrillo con techos de zinc.

Juan, Esteban y Esmerindo trabajaban codo a codo con los pobladores, y Méndez colaboraba haciendo publicidad de los avances.

Hasta hoy, en que en dicho lugar cada casita tiene un jardín y una chacra donde pululan las abejas que hacen una miel exquisita. Se levantó una capilla y trajeron a un diácono que descubrió que el cura Juan no podía ejercer su ministerio; la municipalidad no les dio a los jefes de hogar sus títulos de dominio, porque eran terrenos fiscales destinados a otros fines; la escuelita no podía dar certificados de notas mientras el ministerio de educación no le diera su reconocimiento; y el servicio de salud no envió a ningún profesional médico ni paramédico al consultorio externo, porque no contaba con agua potable. No se logró urbanizar el terreno, porque siendo fiscal no se aprobó plano alguno.

Pero, los pobladores no bajaron sus brazos y han seguido, con tesón, luchando por sus derechos.

El padre Juan sigue bautizando en las casas de los recién nacidos y Esteban resuelve problemas médicos a la medida de sus fuerzas.

LV

Pasaron varios años.

Esteban Alberó alcanzó a llegar a la cúspide de sus sueños que se hicieron realidad cuando fue nombrado Jefe de Residentes y miembro destacado de la Facultad de Medicina. Tuvo cinco hijos y vivió un feliz matrimonio con Lucía Victoria Campos.

Ivan Smey se casó con Amelia Villanegra Lafont y partieron a vivir al extranjero.

René Méndez se mantuvo como líder indiscutido de la política nacional y logró gran prestigio, por la seria manera de encarar los problemas nacionales en su cadena de medios de comunicación.

Esmerindo Campos siguió viviendo en su amada casucha al borde del río hasta que falleció por otro gran accidente vascular cerebral.

Juan Pedro Oñate volvió a su parroquia de la Santísima Trinidad y mantuvo funcionando sus comedores populares con donaciones de los fieles.

La ciudad creció y se llenó de obras de ingeniería que le cambiaron el rostro provinciano que la caracterizaba.

El Hospital Del Buen Samaritano expandió sus especialidades y se convirtió en un centro de referencia de alto prestigio.

El doctor Favio Luengo murió en la casa de reposo que lo acogió, y su esposa Isidora siguió viviendo en el departamento que había adquirido, luego de liquidar los bienes que poseía en su calidad de cónyuge de Favio.

Esmeralda decidió vivir con sus padres y, a la muerte de éstos, se quedó con gran parte de la herencia familiar. Es una abuela querendona que visita con alguna frecuencia la casa de su hijo Esteban.

El tiempo corría veloz.

Los cambios políticos en el poder se sucedían unos tras otros dando la sensación de una paz nacida de acuerdos sociales. El hombre, el individuo, fue adquiriendo cada vez más conciencia de su dignidad y de su valor como persona; y ello fue reformulando los proyectos políticos a favor de las clases más vulnerables.

Pero el tiempo traía en sus brazos novedades que cambiarían lo vivido hasta ahora; ya no era el tiempo de despojar a un ser humano de sus derechos; era el momento de protegerlo. Fue así como la pequeña población, la Villa de Asís, que había logrado avanzar con ayuda de todos, fue quedando dentro de un área económicamente valiosa para las empresas inmobiliarias y se les ofreció a los que allí habitaban muy buenas viviendas en un lugar no muy alejado del que ahora ocupaban.

Todos ganaron.

Todos, menos la misericordia.

Hacía tiempo que el trabajo de Esteban era asfixiante.

El cansancio y la irritabilidad lo iban demoliendo. Su labor en urgencias era de una responsabilidad enorme y en más de una ocasión debió luchar para proteger su vida misma. No era raro que, cuando informaba a algunas familias acerca del mal pronóstico de la enfermedad de algún paciente, era atacado de palabra y, a veces, de hecho. En el hospital, sus días se sucedían uno tras otro asesorando a médicos en toda la gama de acciones que es preciso desplegar en beneficio de los pacientes hospitalizados, cumpliendo

labores de enseñanza, y actuando en el servicio de urgencia en donde el trabajo era agobiante.

Esteban Alberó era requerido en todo momento, sin pausa.

Cada vez que era llamado a examinar a algún paciente complicado, sea porque no tenía un diagnóstico claro o porque el tratamiento requería dominar el manejo de la farmacopea, el doctor Alberó se sentaba al lado del enfermo y conversaba con éste acerca de todo lo que le aconteciera y que fuera valioso para contrastar con la enfermedad. Luego, lo examinaba sin apuro ninguno desde la cabeza a los pies, sin dejar de explorar cada uno de los segmentos y sistemas del cuerpo. Su acto médico era asombroso.

La enfermedad no sólo es un pintor eximio; es también un gran farsante, un impostor que con frecuencia guía al cuerpo hacia caminos errados y busca, también, engañar al médico. Pero éste sabe que la enfermedad se vale de máscaras para cubrir su identidad, ropajes para impedir ser identificada y logra, en el culmen de su perfección malsana, engañar al cuerpo y esclavizar el alma. El alma entonces sólo tiene ojos para mirar el padecimiento, oídos para escuchar si viene el dolor, y una desolación brutal que la aleja de los que ama. El paciente tiene su alma poblada de sentires que pasan raudo por su intelecto: unos le dicen que ha tardado mucho en consultar a un profesional; otros tratan de tranquilizarlo y los demás lo hacen sentirse triste, porque ya se sabe fuera de las huestes de los sanos y sufre, aun antes de experimentarla, de la sensación de discriminación. Otros sentimientos le

muestran el presente con toda su realidad y trascendencia y le indican, con cruel sabiduría, lo que es realmente importante y lo que es trivial.

Pero lo que domina toda percepción y sentimiento es el miedo, y la condición de disminución física y espiritual. Con este bagaje, cubierto en un grado no menor de desconsuelo y de enojo, apenas se imagina cómo será su médico o qué le dirá.

Esteban no ignoraba esta realidad y, en su calidad de doctor, estaba allí, y con él, la esperanza que entregaba al paciente de ser mejorado o aliviado, la esperanza de que pudiera llegar a saber qué era lo que le abrumaba.

El doctor Alberó se esmeraba en dar al paciente una confiada perspectiva acerca de su dolencia y, con ello, imprimirle una sensación de certidumbre en el apoyo y en la compañía que él, en su calidad de médico, podía entregarle. Es que la enfermedad no sólo envuelve al que la sufre en un sayal de miedo y oscuridad, sino que también en una insondable soledad en cuyo seno se deshacen la amistad, el amor, la visión de la vida, el coraje de vivir. Con la enfermedad sólo campea el abandono y el desamparo, y Esteban había aprendido del doctor Taylor que éstos son mitigados por el médico.

El doctor Alberó no sólo estaba extenuado; también estaba preocupado, porque los tiempos habían cambiado brutalmente y de manera vertiginosa. Él, como cabeza del servicio, dirigía grandes reuniones donde se discutían los adelantos de la profesión y su aplicación en los pacientes. Con el paso del tiempo, estas juntas, a las que en un comienzo asistían decenas de especialistas, fueron sufriendo la merma en la concurrencia; cada vez eran menos los médicos que iban a ellas. La explicación era una sola: la medicina interna estaba en vías de desaparición. Ella, que era la reina de las especialidades, había caído ahora bajo la daga de la exuberancia de conocimientos que fueron creciendo en forma explosiva. Frente a esto, un internista, para estar al día y lograr conocer todos los avances, debería permanecer veinticuatro horas los siete días de la semana y los trescientos sesenta y cinco días del año estudiando estos progresos y no haciendo otra cosa.

Obviamente, la vida de la medicina interna se fue tornando en algo imposible y ésta cayó despedazada en sistemas. Surgieron los especialistas en estos sistemas; pero, como si fuera la Hidra de Lerna, monstruo de mil cabezas, los sistemas avanzaron también tan rápida y profundamente, que sobrepasaron la capacidad de estudio de sus iniciados. Brotaron así especialidades que en los comienzos del siglo veinte habrían sido inimaginables. Nacieron la inmunología, la infectología, la farmacología clínica, la hepatología, la medicina de trasplantes, la medicina de diálisis. Y cada vez que una de ellas germinó, muy rápidamente fue adquiriendo más y más desarrollo hasta llegar a ser, a poco andar, inabarcable incluso para sus propios cultores.

La medicina interna comenzó de esta manera su agonía. De especialidad reina pasó a ser una estación de alta complejidad desde la cual, una vez alcanzados objetivos básicos, se podía acceder a viajar hacia otras estaciones. Poco a poco, tanta dificultad había para alcanzar a esta gran estación, que los médicos comenzaron a hacerse especialistas sin llegar a ser buenos internistas. Y, al igual como sucede en las grandes centrales de ferrocarriles,

comenzaron a aparecer los accidentes. Accidentes ocurridos por no conocer la interacción de una droga con otra; por no hacer bien un examen físico; por no preguntar exhaustivamente al confeccionar una historia clínica. A más de esto, la gente comenzó a pedirle más a la medicina, hasta convertirla en un manjar del que todos quisieran un pedazo. Se daba cuenta, Alberó, que la medicina estaba siendo fetichizada, idolatrada y, como tal, se le exigía también que respondiera prolongando la vida del hombre; sanando sus enfermedades; haciendo desaparecer sus síntomas. Se le pedía que sirviera de vehículo para obtener belleza, que se convirtiera en un almacén desde el cual se consiguen sustancias para ser más fuerte o para tener éxito en el deporte. Se le conminaba a crear órganos nuevos para ser trasplantados a pacientes que, antaño, habrían muerto.

Sin que los propios médicos se dieran cabal cuenta de este fenómeno, era evidente que estos cambios estaban afectando al mundo de la medicina. Se la estaba convirtiendo en un arte del cual se pueden obtener grandes beneficios económicos bastando para ello hacerla aparecer como el sanalotodo social, y estimulando en el individuo no sólo el concepto de la importancia significativa de ella en la vida, sino induciéndole al individuo la necesidad de una medicalización de la existencia. Esta nueva medicina, la que hace esclavo al ser humano de una obsesión por estar sano, es amada por los padrinos que quieren medrar con ella. La medicina había dado un salto: de ser arte y ciencia había pasado a ser un bien de consumo. Esteban sabía que el consumo podía destruirla.

El mismo hospital Del Buen Samaritano ya obligaba a los médicos a ordenar un número mínimo de procedimientos exploratorios a los pacientes. Sea que el enfermo los requiriera o no, el doctor debía hacerlos practicar. El centro médico Del Buen Samaritano ya no era dirigido por un médico; ahora lo gobernaba un ingeniero comercial. A los médicos se les cobraba un arriendo por ocupar sus salitas de consulta, se les exigía dejar un porcentaje de sus honorarios y se les imponía otras condiciones que contribuyeran a engrosar las cifras en dinero de esta que, ahora, era una empresa. Y lo mismo sucedía en clínicas y centros médicos. El profesional, cada vez con más frecuencia, comenzaba a cambiar su apreciación sobre el enfermo: ya no veía en éste a un paciente, sino que a un cliente que llenaría los bolsillos de su empleador.

Cuando Esteban Alberó terminó sus estudios médicos, estaba preparado para entregar una cabal atención médica en un tiempo prudencial de treinta a cuarenta minutos por enfermo. Ahora, podía observar que, a pesar de sus airados reclamos, el médico contaba con sólo diez minutos para escuchar, observar, reflexionar y decidir acerca del mal que aquejaba a su paciente.

Ya había ido en varias oportunidades a exponerle esta inquietud al doctor De Ferreras, director médico Del Buen Samaritano y le había expresado que, obviamente, en diez minutos no era posible un acto médico que conformara tanto al doctor como al paciente; y que la escasez de tiempo, además de dejar en el profesional una triste sensación de trabajo mediocre, transmitía al enfermo el sentimiento de haber sido víctima de un mal trato o de una atención médica mezquina.

Habían tenido una ingrata discusión cuando Alberó acusó a De Ferreras de indolencia. De acuerdo a Alberó, en tan pocos minutos resultaba muy difícil o casi imposible establecer con el paciente una relación de mayor cercanía y - sin ella- el enfermo se veía impedido de sentirse protegido y confiado, lo que era muy importante. Le había manifestado claramente, que lo hacía culpable de haber ido convirtiendo a la figura del médico, otrora eminente y noble, en una imagen de contornos borrosos en la que sobresale la figura de un profesional inmisericorde y poco comprometido.

Esteban recién tomaba conciencia de que, sin duda, había cambiado la medicina: de la compasión, al dinero; todos deseaban tener parte del negocio. Y, para colmo de males, los hospitales públicos ya no estaban en el juego: no podían competir con las grandes clínicas. Y frente a esta realidad, se dejaba ver una odiosa sensación de discriminación entre la atención de acero inoxidable y elegante de los poderosos centros de salud, y la medicina entregada en medio de la suciedad y del abandono de los recintos pertenecientes al estado. Era cada vez más habitual que Alberó, declarara a sus superiores académicos y administrativos que esto no era justo ni para el personal médico que sirve en los hospitales públicos ni para los pacientes que allí acuden. No era digno que el paciente con menos recursos económicos tuviera impresa la creencia de que estaba accediendo a una medicina de segunda clase; y el personal que en ellos labora, se sintiera marginado respecto de la situación laboral.

Pero, su conducta molestó a muchos. Los académicos se enojaron con Alberó, porque éste, desde su cátedra, los acusaba de no enseñar a los alumnos las claves de la cercanía del doctor y su paciente. Asimismo, muchos administrativos también se enfurecieron, porque les resultaba obvio que a más clientes más dinero; y a más avances, mejores sueldos. Pero ello era aplicable a los estratos altos y él, en su calidad de profesor, estaba siendo un obstáculo para el desarrollo empresarial del hospital Del Buen Samaritano.

La generación de médicos de la primera mitad del siglo veinte dejaron a firme las bases de la clínica; en la segunda mitad, comenzó la generación de especialidades, el nacimiento de las especialidades por órganos, y la aparición de especialidades a partir de los nuevos avances en biología molecular y genética.

Pero los profesionales de la medicina, de la física y de la biología; los conocimientos sociológicos y las tendencias filosóficas, en donde también se mueve el afán por saber más y la inquietud por crear nuevas armas para luchar contra la enfermedad, fueron moldeando mentes brillantes deslumbradas por la ciencia, a la par que la figura del internista o la del médico no especialista pasó a convertirse en una imagen triste a la cual se la culpó de ignorancia. Ello se tradujo en un menor reconocimiento y en sueldos inferiores. Como el médico internista tenía familia y obligaciones, como todo ser social, y al que se le exige, además, un porte digno, debió buscar la manera de aumentar sus ingresos. Esto sólo pudo lograrlo multiplicando sus lugares de trabajo. Viviendo de clínica en clínica y de consultorio en consultorio, se redujo al mínimo su capacidad de estudio y, por lo tanto, su posibilidad de avanzar en el conocimiento. El especialista en tanto, insatisfecho por el producto pobre de la clínica en muchos aspectos del diagnóstico y de la terapia, tuvo acceso a dispositivos y aparatos cuyo funcionamiento, de por sí complejo, quedó cada vez más en sus manos y cada

vez más lejos del internista. El especialista convirtió, sin desearlo en su interior, al electrocardiograma, por ejemplo, y al resto de las máquinas eléctricas y de imágenes en cardiología, en un paradigma para el diagnóstico de las afecciones del corazón; el gastroenterólogo pudo destacarse ayudado con los adelantos maravillosos de la endoscopia y la microscopia; el urólogo y el nefrólogo, con la cirugía robótica y la diálisis extracorpórea; la neurología vivió con asombro el cambio en sus fundamentos semiológicos con la Tomografía Axial Computada y la Resonancia Nuclear Magnética cerebral; la inmunología con la biología molecular, dio un salto maravilloso hacia la creación de estructuras químicas para tratar afecciones del sistema inmune. Y así en toda la gama de especialidades.

Para ellos, ya la historia clínica y el examen físico podrían ser suplidos por aparatos donde las imágenes y las pruebas químicas pasaron a reemplazar el uso de la palabra y de los sentidos, únicos elementos de los que se sirve el internista para diagnosticar.

En el alma de Esteban fue surgiendo una imagen tremenda: el de sentirse ignorante. Angustiado por ello, comenzó a estudiar más cada día. Pero, pronto se vio abrumado por miles y miles de investigaciones científicas y tecnológicas, por grandes y nuevos conocimientos biológicos, farmacológicos y de física nuclear, que lo llevaron a una crisis existencial y a sentirse menoscabado.

Recordó que, cuando recibió su título de doctor en medicina, Jonás Taylor lo había prevenido, pero él no lo entendió. Mareado con su profesión, creyó que había alcanzado la cima. Bastaba seguir estudiando metódicamente, y la medicina no lo abandonaría.

Sí, lo recordaba bien.

Pero Esteban Alberó enfrentaba un doble desafío: por un lado la medicina corría delante de él y a él le faltaban fuerzas para alcanzarla, y por otro lado, su mente ya no era la misma. Comenzó a pensar en algo que jamás lo hubiera hecho si no hubiera sido por los cambios que observaba. Un día se le hizo evidente que, hasta hacía algunos años, el dominio del arte médico le era cómodo; sin embargo, con el paso de los años, el trájín del tiempo fue depositando en su cerebro una pátina polvorienta que impregnó el engranaje de éste causando que, poco a poco, las conexiones neuronales comenzaron a trancarse. La memoria le fue mostrando deficiencias increíbles: primero fueron destellos de olvido, como si de pronto una bujía se apagara e inmediatamente volviera a encenderse, para luego vivir episodios en los cuales la ampolleta se apagaba por largo rato para volver a encenderse cuando ya no es necesario.

Llegó un momento en el que, presa de angustia, se percató de que había olvidado algunos conocimientos básicos; síndromes de ocurrencia frecuente que le parecían extraños; y que perdía, sin poder recuperarlos, nombres de numerosas medicaciones que hasta hacía poco, dominaba y manejaba con soltura. Asediado por la inquietud, y dispuesto a reparar cualquier bache que apareciera en el sendero de sus conocimientos, cada tarde revisaba un tema médico y trataba de abarcarlo en toda su extensión. Estudiaba la fisiopatología, la epidemiología, los aspectos fundamentales de la clínica, las nuevas terapias, los diagnósticos diferenciales, las novedades en anatomía patológica; revisaba con especial cuidado la biología molecular y

la genética, porque era esta área la que mostraba un significativo florecimiento.

Antes, Esteban subía al tren de la medicina como si fuera un inspector muy eficiente; revisaba los boletos síntomas y signos) y los perforaba con gran destreza y rapidez. Pero ahora, no sólo había billetes de viaje que le eran nuevos, sino que incluso se demoraba en reconocer aquéllos que una vez le habían sido familiares.

Para estudiar, tomaba la última edición del Harrison's Principles of Internal Medicine y recorría sus páginas con la tranquilidad del que camina junto a un amigo por espacios conocidos. Pero, ahora, con la computación e internet, con un solo click ya estaba en el tema que le interesaba y, en poco tiempo, le era posible revisar un abanico de conocimientos derivados que iban haciendo cada vez más lento su estudio, porque los contenidos de reciente aparición parecían arenas movedizas: estaban compuestas de fórmulas nuevas, de genes y aminoácidos, de composiciones orgánicas capaces de generar cambios en el comportamiento celular, y de complicados modelos matemáticos. Es así como la simple neumonía de antaño, que se podía estudiar analizando dos o tres páginas de un buen libro de medicina requería ahora invertir dos o tres días para terminar sólo la lectura que la describe. Esteban meditaba: la vida de médico se le hacía cada vez más dolorosa. En tiempos del doctor Taylor, cuando un paciente tenía fiebre, calosfríos, dolor de pecho y expectoración de color amarillo rojizo, el diagnóstico era sólo uno: neumonía; y al séptimo día se sabía si el enfermo sanaría o ¿curaría? ¿moriría? El médico era sólo una compañía. No había terapia específica para curar esta enfermedad.

Ahora, con los mismos síntomas, el médico debe considerar muchas otras posibilidades diagnósticas; si la terapia está bien individualizada, la enfermedad se supera en horas; existe un sinnúmero de medicamentos específicos para tratarla y, de no existir riesgos de consideración, la presencia del médico no es indispensable.

El paciente aquejado por una neumonía puede estar tomando medicamentos que, como efecto indeseable, desencadenen otra neumonía, influyan negativamente sobre los fármacos usados contra la neumonía o compliquen la evolución de la enfermedad. Y, además, son sustancias complejas.

Hace 60 años, cuando Jonás Taylor trataba a un paciente aquejado por la neumonía le indicaba agua, caldos y algún antipirético; si presentaba un soplo cardíaco o tenía algún grado de insuficiencia cardíaca, puede que recibiera un poco de digital; y si transpiraba mucho se le aumentaba la ingesta de líquidos.

Pero ahora, pensaba Esteban, la neumonía es una compleja afección que se incrusta en el medio de una telaraña tejida con innumerables hilos que, si no se operan bien, pueden convertirla en la causa de la destrucción del paciente. Ahora, la neumonía debe manejarse con mediciones de creatinina, sodio, potasio, gases en sangre, ecocardiograma si existen soplos cardíacos; hemocultivos, determinaciones de niveles hormonales, estudios de comportamiento muscular, oximetría, manejo de las concentraciones de glucosa, calcio, magnesio; estudio de sensibilidad de los antibióticos, cálculo de sus concentraciones plasmáticas, observación del comportamiento celular del paciente.

Y suma y sigue.

A Esteban se le escapaba el tren, el tren de la Medicina. Corría detrás de él para alcanzar algún vagón, pero comprobaba, con terror, que las fuerzas ya le faltaban y, bajando los brazos en señal de abatimiento, se quedaba en la estación esperando ael otro tren, esperanzado en que podría cortar todos los boletos. El sabía que pronto llegaría el instante en que ni siquiera reconocería el tren; menos aún podría perforar los billetes de viaje y distinguir síndromes. Estos lo mirarían y bailarían frente a él una danza macabra en la que, escondidos tras las máscaras de los síntomas, no podría reconocerlos.

Pensaba entonces: ¿Cuándo me abandonará la medicina?

Con cincuenta años como médico, no sabía hacer otra cosa; no tuvo tiempo de aprender otros oficios; no tuvo oportunidades de contemplar atardeceres y presenció, en cambio, muchos amaneceres doblado sobre el lecho de un moribundo, en cuyas pupilas se asomaba la muerte abrazada con la luminosidad de la aurora. Pero estudiaba para saber medicina, para conocer los secretos del arte de curar. Ello, sin embargo, no era suficiente para llegar a ser médico.

Había llegado, entonces, bajo sus mismas barbas y sin que se diera cuenta, un nuevo tipo de médico, un profesional concebido para considerar organigramas o secuencias de alternativas para la toma de decisiones; un médico que tenía el convencimiento de que los exámenes de laboratorio eran capaces de resolver todos los problemas de diagnóstico. Con esto, en la práctica, este nuevo profesional sólo se preocupaba de confeccionar un listado de síntomas para, según estos, hacer un inventario de exploraciones de laboratorio que descubrieran la afección que los provocó. Conocedor de todos estos hechos, decidió renovar su lucha por implantar una nueva forma de distinguir y honrar a los médicos que fueran de antiguo cuño. Pero, ya las sociedades científicas y la misma clase política, estaban bajo la égida de una modernidad de pensamiento que parecía no tener otra salida.

Si el médico cierra su alma, pensaba, si convierte a su paciente en un inventario de síntomas y signos, no sería raro que, en un futuro muy próximo, el acto médico se celebrara a través de internet.

Pero, ¿qué tipo de medicina es la que está emergiendo?, se preguntaba.

Comenzó a estar más consciente de cómo se estaba viviendo ahora la profesión; en cualquier lugar donde se estuviera entregando medicina, el médico se veía apremiado por el tiempo; era como si se viera forzado a hacer otra cosa muy luego, imponiéndole a su paciente la obligación de relatarle breve y apresuradamente sus síntomas. Esteban sabía que esta situación le provocaba al enfermo la impresión de estar importunando y, sin duda, una persona que no se siente acogida trata de liberarse lo más pronto posible de esta sensación. En el caso de un enfermo, esta liberación mutila, abrevia y restringe su participación en el acto médico y convierte al paciente en una estructura tipo catálogo en la cual, los síntomas que lo aquejan y por los que consulta, sólo se identifican, pero no pueden caracterizarse. Esto es de suyo muy grave, y él lo comprendía muy bien; porque cada síntoma (cefalea, diarrea, diversos dolores, fiebre, trastornos visuales, hipo, tos, etc.), sólo cobra toda su im-

ponente y sobrecogedora dimensión cuando se lo caracteriza; y con ello se determina su verdadera significación. Es así como la única instancia que tiene un paciente de que se interprete el síntoma es mediante un acto médico que posibilite revelar el verdadero motivo que lo originó.

En un raptó de turbación y miedo, decidió ir a conversar nuevamente con su antiguo condiscípulo, Guillermo de Ferreras. De Ferreras era un brillante oncólogo que había llegado a tener un enorme centro donde la especialidad acogía numerosos pacientes a los que se sometía a terapias de última generación, con relativo éxito.

Esteban Alberó, algún tiempo atrás, cuando todo parecía como antes, cuando se apreciaba que todavía el médico se daba a su paciente, tal como Jonás Taylor se lo había enseñado, había trabajado con Guillermo. Éste, después de un tiempo, logró ser Director del Buen Samaritano. Posteriormente realizó un doctorado en Oncología y profesionalmente subió como la espuma, abandonando el hospital que lo acogió en sus primeros años.

De Ferreras lo recibió muy afablemente y se dispuso a escuchar a su colega, que venía a importunarlo en su delicado trabajo.

Esteban le dijo:

—En la actualidad, Guillermo, hay médicos que apenas saben el nombre del enfermo que tienen delante; escasamente lo interrogan, y con gran apresuramiento le extienden órdenes de exámenes o la receta de algún analgésico o un sedante. Como bien lo sabes, con esta acción queda de manifiesto que no ha habido acto médico alguno capaz de cumplir con el complejo cometido que tiene y, como el médico sabe que no ha caracterizado al o a los síntomas que traen a su paciente a consultarle, ordena una multiplicidad de exámenes de laboratorio para aminorar el riesgo de errar. Te quedará muy claro que si no se cumple con los postulados básicos que hacen rendir fruto al acto médico, poco podrán beneficiar al paciente exámenes de laboratorio indicados sin una exacta consideración del por qué y para qué son requeridos.—

—No seas tan exigente, Esteban; tú también lo haces cuando estás desorientado en el diagnóstico.—

—Si bien es cierto lo que acabas de señalarme, no es menos verdadero que el acto médico también cumple con proteger al paciente de los riesgos potenciales a los que se expone cuando debe someter a su cuerpo a exámenes, sean éstos de sangre u otros fluidos corporales, o a inspecciones radiológicas invasivas o no. De modo que, si no se procede adecuadamente, nosotros los médicos arriesgamos la vida de los pacientes.—

—Recuerda, Guillermo que antaño pasábamos, los estudiantes de medicina, largas horas de vigilia para imaginar el interior del cuerpo humano, porque era infrecuente que el estudio en el cadáver nos abriera esa posibilidad. Gastábamos días y días para el estudio de la microbiología y el comportamiento de hongos y bacterias; semanas completas para observar el ciclo de multiplicación celular; meses examinando piezas anatómicas extraídas por autopsias para confirmar causales de muerte. Permanecíamos mucho tiempo auscultando el corazón y los pulmones de pacientes que, generosamente, a pesar de sus dolores, nos permitían hacer—

lo, para poder diferenciar un soplo cardíaco sistólico o diastólico, un roncus, un soplo tubario, un soplo pleurítico, un frote pleural o pericárdico. Muchas veces, incluso casi al terminar la carrera de medicina, aún teníamos dificultad para caracterizar hechos semiológicos de variada estirpe. Es decir, y para resumir adónde quiero llegar: estudiar medicina era un proceso lento, casi asfixiante, el que - a pesar de lo que se hubiera profundizado - siempre dejaba en uno la impresión de que le faltaba algo. Siempre había que continuar siendo estudiante; siempre podía confundirse un soplo con otra cosa; siempre un hecho semiológico podía haber sido interpretado erróneamente. Todo este proceso era compartido con el maestro y con el paciente; la interacción profunda y permanente de paciente, maestro y discípulo era el triángulo en cuyo centro se asomaba la verdad, se construía el diagnóstico, se fundamentaba el tratamiento y se asentaba el consuelo para el enfermo. Contar el pulso y determinar la frecuencia respiratoria; tomar la temperatura y medir la presión arterial eran procedimientos de valor inestimable. Casi nadie que no perteneciera al ámbito médico conocía el léxico de la profesión; palabras como taquicardia o angina, peritonitis o arritmia eran un misterioso cofre que parecía contener hálitos de muerte.-

Recuerda, además, que la llegada del doctor era un acto lleno de solemnidad; a la persona del médico se le daba una dignidad de ceremonial casi majestuoso y la palabra de éste era poco menos que una profecía.-

-Pero, Esteban; deja ya de hablar tanta tontera. Estás con un evidente retraso respecto de los tiempos actuales. No me digas que te anquilosaste y permaneces en el pasado. Eso ya se fue, Esteban; no sigas sufriendo por ello. Trata tú de cambiar; si no lo haces, te amargarás y terminarás por ser un viejo gruñón y quisquilloso.-

-Guillermo, no puedes haber dejado de considerar que las cosas eran mejores para todos. El hospital, por ejemplo, era una gran casa de acogida; era también la casa del médico y, por cierto, del equipo de salud. Era a este lugar donde el enfermo venía a pasar su enfermedad; casi todas las personas que tenían una afección de cierta gravedad eran hospitalizadas mientras pasaba el evento agudo, pero también estaban aquí muchos miserables que no tenían qué comer o que vivían en la calle y que eran hospitalizados por alguna razón. Cuando se mejoraba la enfermedad que al hospital los arrastró, como no había dónde llevarlos de vuelta, se quedaban hospitalizados, a veces muchos meses, dulcificando de este modo su miseria. Ciertamente, los estudiantes de medicina y de enfermería, únicas carreras médicas de aquel entonces, teníamos la posibilidad de realizar nuestras historias médicas con tranquilidad. Si, por la inexperiencia propia de los inicios del aprendizaje, no podíamos completar dicha historia, teníamos la posibilidad de volver al mismo paciente, una y otra vez, a completar la tarea. Obviamente, que el hecho de pasar días completos en el hospital nos permitía aprender su estructura y funcionamiento, conocer al personal que allí laboraba, contactar con diferentes especialistas e ir aleccionándonos en la acción de éstos. Pero además podíamos tener una relación más estrecha con el enfermo, conocer su entorno familiar, escuchar sus penas, participar de sus preocupaciones y acompañarlo en todo lo que tuviera que someterse en razón de su enfermedad: punciones, drenajes, cirugías, transfusiones, exámenes radiológicos complejos.

El hospital era, entonces, la casa donde se acogía al dolor, se sometía a escrutinio a la academia y nacían las investigaciones de diversos tópicos en medicina. El hospital era, así mismo, hospedaje de la miseria.—

—Viejo Esteban, sensiblero médico a la antigua, déjame decirte que ahora sí que se le da al hospital el valor real; no es una casa de acogida, como dices; es un lugar para tratamientos, un sitio para que el médico pueda accionar con soltura y librar al enfermo de sus dolencias. Ya no es más ese que sueñas: un lugar de reposo o acogida donde, por lo demás, no se hacía gran cosa por las personas.—

—Guillermo, a ese tipo de hospital, los médicos le debemos nuestra gran formación clínica. Recuerda que, para aprender los soplos cardíacos o los ruidos pulmonares, gastábamos meses para lograr alcanzar alguna seguridad en dicho aprendizaje. Actualmente, con la llegada del ecocardiógrafo, no sólo se obtiene el sonido del soplo, sino su representación en el mismo ciclo cardíaco. Lo mismo ha sucedido con la tomografía axial computada que, en pocos instantes, muestra las alteraciones anatómicas que la enfermedad ha producido, haciendo pensar, además, que el examen físico pudiera ser desterrado. Esto es una falacia, porque el examen físico, con cierta frecuencia, muestra hechos relevantes que circunstancialmente pueden no ser puestos de relieve por la tecnología. De otro lado, cuando en las escuelas de medicina el estudiante usa tempranamente la técnica, pierde expedición, disminuye su abstracción, reduce su propia seguridad cuando se enfrenta a una medicina desnuda sin aparatos, y se aleja del paciente minimizando su acción humanitaria de consuelo y compañía.—

Quedó un rato en silencio, momento que Guillermo de Ferreras aprovechó para decirle:

—Esteban, no quiero ofenderte, porque te estimo mucho, pero creo que estás profundamente equivocado. La medicina ya no es eso; la medicina es lo que estamos haciendo ahora. En los grandes centros, todo se comprueba; para eso son los exámenes de laboratorio. Si el enfermo tiene cefalea, hay que hacerle un scanner; si no lo haces, te van a demandar aunque tengas una maravillosa historia médica. En mi especialidad, por ejemplo, y voy a usar algo tan simple como el vómito, se sabe que este puede ser un hecho ocasionado por los medicamentos, pero también puede aparecer por una baja del sodio o por una metástasis cerebral; y la única forma que tengo para comprobarlo no es haciéndole requiebros al enfermo y llorando junto a él. La única forma de saberlo es haciendo los exámenes que demuestren esas causales.—

—No, Esteban; no sigas en ese camino de retroceso. Hay que hacer todos los exámenes que haya que hacer. Por lo demás, eso es lo que desean las personas, porque ya no creen en tu medicina; creen en la que viven a través del internet.—

—Escucha querido doctor Alberó: antaño, las personas casi no tenían conocimiento del léxico médico; éste era un lenguaje de iniciados, secreto. Actualmente, con el desarrollo explosivo de los medios de comunicación, es cada vez más frecuente la utilización generalizada de términos médicos; incluso vocablos muy específicos los usa la gente con soltura quitando a la medicina su halo misterioso. Se ha ido convirtiendo, al ciudadano, común

en un ser que cree estar intimando más con la medicina; y con ello cada día cobra más realidad el hecho que cada persona tiene algo de médico. Con el manejo de los vocablos y con el conocimiento de diferentes ámbitos del saber médico difundidos en la televisión, en los medios escritos y en internet, la gente, al acercarse más a la figura del médico ha ido despojando la importancia de éste. El profesional, a su vez, por la tendencia creciente a confiarle a la tecnología acciones que le son propias como ser humano, también ha ido disminuyendo su estatura de experto. Todo lo anterior, sumado, ha establecido un nuevo modo de considerar al doctor el cual, de ser un individuo eminente para sus congéneres, se ha transformado en un experto competente sin la aureola de la nobleza y fama con la que el vulgo lo había investido. Se nos ha convertido, Esteban, en un proveedor sanitario. En otras palabras, el acto médico, acotado por la propia reducción del tiempo de atención, por una creciente deshumanización y por el uso indiscriminado y a veces abusivo de la tecnología, cambió un valor de excelencia por un valor profesional ordinario. Y es así la realidad. ¿Por qué luchas contra ella? En poco tiempo más todo será como lo estamos hablando. Serás sólo un proveedor sanitario. Entonces, ¿de qué nobleza me hablas?—

—Pero, Guillermo, replicó Esteban, esto es de una gravedad insospechada: tú sabes que las personas, a pesar de la seguridad que les dan los tiempos que corren en materia del propio valer, cuando enferman, vuelven a experimentar miedo, turbación, desasosiego, un grado no menor de desesperanza y sensación de marginación, aspectos todos que una figura fuerte y tierna, sapiente

y sabia como la del médico, puede mitigar. Esta figura, sin embargo, está siendo erosionada por la propia cultura y nuestra obligación es denunciar este proceso, hacerlo retroceder, y volver a los cauces de una sana medicina; una medicina basada en el ser humano y no en su radiografía o en su perfil bioquímico. Sabes también, y más aun en tu especialidad de oncólogo, que la enfermedad es un estado en el que el cuerpo aprisiona al alma y la somete al ominoso efluvio del dolor, y acorrala en el desván de los desechos la autoestima del paciente y hace de su naturaleza, un guiñapo. Este harapo necesita un escondrijo, un lugar donde sentirse seguro y valorado; ese lugar debería ser el médico.—

—¡Palabras bonitas; sólo palabrería cursi de fácil filosofía, Esteban!. Pero, estás equivocado.—

—Si antaño el paciente no sólo llegaba a conocer a su médico, que lo visitaba cada día, sino que a todo el personal paramédico, con el cual lograba gran cercanía, ahora el paciente pasa muy pocos días u horas hospitalizado, queda a cargo de un equipo de salud y el médico de cabecera es reemplazado frecuentemente por otros profesionales.

Estoy de acuerdo en que toda estas circunstancias han ido desdibujando al médico y al modo cómo se hace la medicina; ha puesto en peligro el antiguo acto médico y nos obliga a re pensar qué es ser médico.

Pues bien, te tengo una respuesta ante ello: si bien el panorama parece inclinarse seriamente hacia una medicina objetiva, fría, quizás lejana, una acción muy tecnologizada y de alto rendimiento curativo y paliativo, a los médicos nos debería obligar a permanecer muy

conscientes de que somos la esperanza frente al desconcierto; la certeza frente a las dudas de un paciente o de su familia, respecto de tratamientos poco ortodoxos; a convertirnos en la compañía más valiosa frente a la soledad del hombre enfermo y en la palabra sabia que mitiga el dolor y el miedo. Pero, para que eso tenga plena validez, el paciente debe creer en ti. Y por cierto que no te creerá si te ve sólo con ese feo estetoscopio, una linternita barata y un baja lengua; te creerá, en cambio, cuando te contemple tras un resonador magnético y puedas mostrarle la dimensión de su tumor; te creerá cuando le puedas explicar un complejo ecocardiograma o lo ayudes a tratarse con medicaciones biológicas de última generación. ¿Podría ser que, dado que no sabes cómo usar estos fármacos no aceptas hacer otra medicina?

—Ya pasó el tiempo que recuerdas con nostalgia; ya se murió Taylor, Esteban, y con él toda esa medicina antigua y melosa; trata de no desaparecer tú.—

Esteban se inquietó; daban vueltas muchas ideas en su mente. De pronto, pensaba, puede que Guillermo de Ferreras tenga razón y sea yo el que quiere el retroceso. Sin embargo, no podía sacarse de la mente al hombre enfermo. Y le dijo a su amigo:

—Pienso, Guillermo, que el médico deberá, a pesar de todos los pesares, hacerse uno con su paciente y acompañarlo con altruismo y generosidad hasta la vereda misma de la muerte. Tendrá que ser capaz de reemplazar, con sus conocimientos y experiencia, toda la asistencia tecnológica que les está negada a los más pobres. Si se da el caso, el médico tiene que suplir el electrocardiógrafo, aparato que con frecuencia no está en los ambientes rurales; reemplazar a la radiografía de tórax, para la cual a veces un paciente debe esperar meses; sustituir a la ecotomografía abdominal, porque hay lugares en los que no existe ecógrafo. El médico puede, si está bien formado en la escuela de medicina, estar capacitado para resolver con sus sentidos y el intelecto guiado por la prudencia y el buen criterio, muchas patologías que en la gran ciudad se enfrentan con alta tecnología. —

—Creo, también, que cada nuevo salto tecnológico podría ir alejando al médico del lado de su enfermo, al hacerle sentir que sus manos y sus ojos son limitados e imperfectos, deteriorando la confianza en sí mismo y estropeando la confianza del paciente en su doctor; podría hacerle pensar que su memoria no puede contener toda la información que se requiere para sentirse valioso en la ayuda al paciente. El uso y abuso de la tecnología han ido transformando al médico en un evaluador de resultados de laboratorio, y disminuyendo el razonamiento clínico. La técnica, además, ha invertido el orden del proceso científico del acto médico; ahora se construyen las hipótesis diagnósticas después de los estudios, siendo que dicha hipótesis debiera ser previa y racionalizar el uso de la tecnología. A mi entender, no debería ser así; el médico, mientras más avances tecnológicos haya, más requiere examinar él mismo a un enfermo. Es justamente en dicho acto en el que se plasma algo sobrecogedor: la donación que el enfermo hace de su cuerpo al médico, para que éste lo repare; y el doctor, al examinarlo, no sólo da la señal de estar buscando la enfermedad, sino que también está traspasando a este cuerpo enfermo un hálito de su misma vida. En otras palabras, el doctor se está entregando al paciente para que éste, confiado en la humana condición del médico, le dé a su espíritu la tranquilidad que le robó el morbo; y la fe, y la

seguridad que el dolor le arrebató. Hace tiempo ya que los médicos están confundiendo la medicina, con el tratamiento de las cifras que proceden de los resultados de los exámenes hematológicos. –

–¡Pobre Esteban!, dijo el doctor De Ferreras, sonriendo con un dejo de tristeza. Te ruego que me perdones por lo que voy a decirte, pero ¿No estarás vendiendo una imagen de médico que es la tuya propia y no quieres que desaparezca, porque no sabes hacer otra medicina? ¿No será que estás asustado, porque ya no puedes llegar a conocer esta maravillosa ciencia y arte de curar compleja y delicada, demostrable con números e imágenes, y poco amable? ¿No será que tu propia ignorancia la escondes bajo una capa de afabilidad y zalamería?–

–Puedes haberte dado cuenta de que es cada vez más frecuente que los enfermos lleguen al consultorio a tratar los resultados de sus exámenes de laboratorio y no a ellos mismos, porque no sienten síntoma alguno.. Esta aritmética del cuerpo les funciona como una ilusión tan riesgosa como seductora porque, si bien el objetivo básico de la medicina es atenuar el sufrimiento de las personas, a veces modificando sus variable biológicas, no siempre es así y se corre el gran riesgo de sustituir al individuo por su glicemia, por ejemplo; pero, eso se lo están buscando los mismos enfermos. El médico tiene que hacerle caso a su paciente; eres su esclavo. Debes comprenderlo, de otro modo, te mandarán a la cárcel.–

–Guillermo; más allá del acto de tomar la presión, el pulso y la temperatura del paciente; más allá de auscultar el corazón o palpar el abdomen, el examen físico va inmerso en una labor previa: en la toma de la anamnesis. Ésta, permite al doctor recorrer con el paciente los meandros de la enfermedad, los rincones de su alma acongojada, y ahora, en medio del solemne, esperanzado y aterrante silencio del examen físico, es el cuerpo el que habla al médico; a ti y a mí. Nosotros, con ojo presto y con las manos llenas de amparo, buscamos signos que nos ayuden no únicamente al diagnóstico, sino también a la elección de la terapia más certera. Si bien te concedo que palpar, auscultar y percutir son pasos casi rutinarios por su estructura, el observar al paciente es algo imponente. En realidad, apreciar la expresión de los ojos, la forma de la cara, el movimiento de la cabeza, de los párpados, de los labios; atender a la inflexión de la voz y a las características del lenguaje; valorar la expresión dulce, alegre, triste o socarrona de la fisonomía, son actos tan impresionantes como el momento en que aparecen las humillantes úlceras, la piel ajada, los músculos atroficos, la grasa mal distribuida, las cicatrices queloideas, el temblor de los miembros, el deambular titubeante. Entre ellos yace escondida y vergonzosa la altanería que nos es propia y desde ellos se empina, burlona, la dolencia y el achaque. Este es el momento en que la úlcera rezumante y putrefacta es mirada con amor y sin náuseas; es el momento en que los médicos desplegamos toda nuestra humana condición y nos hacemos uno con el paciente. Ese momento solemne, y eso lo sabes muy bien, no puede ser apreciado por ningún artefacto o máquina; y si éstos lograran percibirlo, no sería posible que les germinara ni una brizna de ternura y solidaridad. Es en la historia clínica y en el examen físico, hechos con la plena conciencia de ayudar, de socorrer, en donde frente al signo ominoso de la enfermedad, se nos debiera despertar la conmiseración, la misericordia, sentimientos nobles del alma que hacen reverberar al verdadero amor, aquel que compadece, que no tiene dobleces, que todo

lo comprende y todo lo perdona; que no se irrita ni envidia, que no es avaro y que no se pavonea en el carruaje del orgullo.—

—Vuelvo a decirte Esteban, que esas son palabras. ¿Que le puede importar al enfermo lo que yo siento? ¿Para qué quiero sentir más? ¿Qué gana mi paciente con esa conducta simplona de mis sentimientos? ¿No crees que para él, más importante que mi sensiblería, es saber que yo tengo las armas para ayudarlo?—

—¡Ay, Guillermo! ¿Y cómo no conmoverse frente al dolor? ¿Cómo no estremecerse frente a un desvalido por la enfermedad? Pocas cosas pueden turbar más el alma del médico que el observar el cuerpo de su enfermo encorvado por el dolor; titubeante por la parálisis de alguna extremidad; o con el rostro lleno de ausencia en la demencia o por el pecho casi al estallar, oprimido por el ahogo; o temblando y rígido cuando está cautivo de enfermedades extra-piramidales; o tumefacto por la hidropesía? Pocas cosas quiebran más el corazón que el hombre vencido por la aficción o el sufrimiento, o la visión del miedo de una madre que protege entre sus brazos a su niño enfermo. Es allí cuando el médico debe ejercer su oficio que se asemeja a un paraguas: lo abre el varillaje de la ciencia, mientras la tela del diagnóstico se extiende o pliega con el arte médico; y se sujeta y sostiene, para proteger al enfermo, por el bastón de la misericordia.—

—No, Esteban; estás profundamente equivocado; si te conmueves, vas a tratar de resolver aquello que te impresiona o que te turba. Pero el enfermo no es eso que te estremece; el enfermo es una persona que tiene un problema que se lo puedes mostrar en imágenes y en números; y, una vez que él se haya convencido, hay que tratarle su problema. De nada te vale la demostración de terneza frente a un cáncer diseminado. Ahí sólo se justifica la acción sobre el tumor.—

—Pensamos diferente, Guillermo; a mí me parece cada vez más evidente que el médico está en un momento muy difícil; pareciera que se avergüenza de sus sentidos y ha comenzado a vestirse con el ropaje de la tecnología. Da la impresión de que quiere ser parte de ella y no el amo que la gobierna. Nada de esto hubiera ocurrido sin el cambio cultural que le da sustento y que legitima este proceso. Las personas hemos convertido a la tecnología en nuestra segunda naturaleza, y la confianza que generan los resultados de los estudios se ha ubicado por encima del criterio que debería orientarlos. Médicos y pacientes reclaman que la imagen o la cifra les den garantías de que lo que sienten ha sido por fin encontrado; muchos profesionales, pero también sus pacientes, consideran la multiplicación de exámenes como el único modo de ejercer la medicina; con ello desaparecen el juicio propio, el razonamiento lógico argumentativo y la comunicación, y será difícil que recuperen el lugar que han perdido hace mucho tiempo.—

—Así es que Esteban, amigo mío, no puedes seguir enseñando esa medicina simplona y remilgada que aprendiste en la escuela hace tantos años; actualízate, renuévate; es la única manera de que puedas sobrevivir como médico del presente.—

—Te lo digo con pleno conocimiento y con gran cercanía: no sigas haciendo esa medicina del examen físico. Ahora ni siquiera los enfermos quieren que los toques. Ellos desean

ser vistos por la resonancia magnética o investigados por la química de los exámenes de laboratorio. Es a través de mi propia experiencia que te hablo. Si le pides a un enfermo que se desvista para que lo puedas examinar, ese mismo enfermo que tú tanto quieres proteger podría acusarte de sexópata o de agresivo.–

–¡Así ha cambiado nuestra sociedad!.–

No, no creas en el viejito pascual, Esteban.

El doctor Alberó se despidió de Guillermo de Ferreras; tenía una amarga sensación en su alma. Estaba convencido de que la medicina estaba desapareciendo, y de que a él no le quedaba otra cosa que hacer, que esperar. Mucho había luchado por evitar este flagelo, pero era evidente que la realidad mostraba que, en un futuro muy próximo, la medicina como él sabía ejercerla, desaparecería.

Decidió irse a casa.

Llegó temprano.

Como nunca antes; estar en su hogar a las cinco de la tarde era una rareza increíble. Nunca le había sucedido.

Mientras se acercaba a su hogar, volvió a pensar en sí mismo, en su propia existencia, en lo que había hecho y en lo que había dejado de hacer. Era médico, pero a un precio muy oneroso. Para poder alcanzar su título había pasado siete años estudiando, trasnochando y renunciando a los pequeños placeres que un joven puede darse. Taylor le había adelantado, ya antes de llegar a la escuela de medicina, que mientras estuviera en ella no tendría tiempo para nada más que para el estudio. Y así había sido. La escuela le había cambiado su existencia, y tanto, que por mucho tiempo no logró acercarse a visitar a Lucía. La muchacha, comprensiva, jamás le recriminó esto y no se mostró molesta por aparecer en un segundo lugar en la vida del hombre que amaba. Sin embargo, luego de casarse y venir los hijos, algo sucedió con el amor; algo cambió. Pero Esteban no se dio cuenta de ello hasta el día en que recibió los honores de la titularidad de la cátedra de medicina. Para festejar este logro, había decidido invitar a algunos colegas a cenar en su casa. Esa noche hubo gran alegría en el hogar de Esteban. Durante la cena hubo brindis, discursos y amena conversación. Sentado a la cabecera del gran comedor dispuesto para el evento, Alberó contemplaba uno a uno a sus hijos, a su mujer, a sus colegas con sus esposas.

Por segundos meditaba y recordaba desordenadamente a Taylor, a Esmerindo, al padre Juan, a su madre, a sus abuelos.

Todos habían partido, pero él tenía la sensación de que en cualquier momento los vería de nuevo; no tenía presente que ya no estaban.

Sus ojos se encontraban con las miradas bondadosas de los que lo amaban, y con las de aquéllos que compartían con él las responsabilidades laborales y académicas. Los habría abrazado a todos. Tenía el corazón abierto para decirles cuánto los quería y para agradecerles que lo acompañaran diariamente por los caminos

que la vida va construyendo a diario, y que el destino decide por cuál de ellos caminar.

Todos los colegas que lo acompañaron en esa celebración habían abandonado la medicina hospitalaria; muchos estaban en grandes clínicas o eran jefes de importantes centros médicos, y todos se habían hecho especialistas. Pensó, también, en esa noche de hace ya tanto tiempo, que tenía que hacer malabares para que le alcanzara lo que tan duramente ganaba. El pagar dividendos, colegios, universidades, alimentación, locomoción, vestido, calefacción, pequeños gustos burgueses como cenar fuera de casa una o dos veces al mes; impuestos, y mucho más. Era una carga no menor. Sólo tenía su vivienda, pero cada uno de estos colegas que esa noche compartía con él el pan y el vino, tenían inversiones que para él eran inalcanzables, incluso en sueños. Nunca envidió esto. Pensaba, eso sí, que su situación económica era la que le correspondía por el trabajo que efectuaba. Este trabajo, cada vez más modesto, le daba para vivir sin angustia económica, pero no le permitía ahorrar para poseer más.

Había observado a Guillermo de Ferreras; antes era director del hospital Del Buen Samaritano, pero después emigró haciéndose oncólogo y llegando a poseer una fundación de grandes proyecciones.

También se había fijado en los otros colegas que lo acompañaron esa noche; ninguno estaba ahora en el hospital. En verdad, de pronto, se sintió como si fuera un extraño en el mismo hospital en el que se sentía a sus anchas.

Había mirado a sus cinco hijos; poco había compartido con ellos. La vida lo había obligado a amarrarse a una actividad muy demandante, como la medicina asistencial y docente, debiendo dejar en manos de su esposa la mayor acción sobre la prole. De allí que sintiera que, aunque sus hijos lo querían, había un cierto grado de distanciamiento afectivo que le era un tanto ingrato. Pero no se quejaba de esto. Trataba, por todos los medios a su alcance, de estar con ellos todo lo que pudiera. Pensaba Esteban, en todo caso, que les había enseñado a ellos todo lo bueno que era preciso. Y, sí, podía afirmarlo con seguridad: los cinco eran buenos.

Había contemplado a Lucía Victoria. No tenía plena conciencia de haberla conocido en toda su dimensión; era una buena esposa, honesta, hacendosa y habilidosa en el gobierno del hogar. Esa noche, recordó, por primera vez tuvieron una agria discusión después de la festiva cena. Cuando estaban por irse a dormir, Lucía Victoria, tomando una actitud que nunca antes le vio, le había dicho:

—Has alcanzado la meta que te propusiste, pero para llegar a ella me usaste a mí como escalera; has traído hasta mi casa gente que trabaja contigo, pero a la que yo no conozco. Muchas veces me he sentido como tu empleada, como si yo fuera útil sólo para tres cosas: criar a tus hijos, servirte en la cama y hacer el aseo y cocinar. Nunca me has dicho te quiero; ni siquiera cuando éramos novios. Acepté la humillación de que tus padres me rechazaran y que nunca hayan recibido a mi padre. De aquí en adelante, haré de mi vida lo que me plazca, porque eso es lo mismo que tú has hecho hasta ahora. Tienes una amante que detesto: la medicina; es por ella que no me tienes en tu corazón.—

Esteban guardó silencio; decir algo frente a tan graves acusaciones podría ser un error garrafal. Mejor era callar.

Y así lo hizo.

Se metió en su cama, se arropó y apagó la luz; bendita oscuridad que permite que no se vean las lágrimas.

El doctor Alberó, la figura más señera del gran hospital de la región, el hombre con más éxito en el ejercicio profesional, lloraba.

Esa noche fue la más dura para Esteban. En su mente aparecieron los pensamientos, siempre en desorden, que lo culpaban haciéndole aceptar que todo lo dicho por su mujer era verdad. Pero, entreverados con estas ideas, se incrustaban otros juicios que lo exculpaban y aún hoy, de camino a casa, podía evocarlos a la perfección, porque eran la verdad misma: siempre había estado en su hogar a las horas de reunión familiar; siempre había tenido una actitud de respeto hacia su esposa; le había dado todo lo necesario para las comodidades familiares; no había pasado hambre ni frío; había protegido a su padre hasta que murió.

La tristeza volvió a embargarlo.

Fiel compañera de toda su vida, la tristeza y la honda sensación de soledad volvieron a hacerlo su cautivo, como siempre. Aquéllas y la nostalgia eran su pan de cada día, pero esa noche danzaron su macabra coreografía de derrota. No tenía, como ahora, ningún amigo con quien compartir el quebranto. Desde niño, y aumentando pérfidamente con el pasar de los años, la melancolía y el desamparo no lo abandonaron jamás. Lo seguían desde siempre.

La medicina, una forma de vida elegida por quizás qué designios, no le fue esquivia; lo abrazó cubriéndolo con su manto de pesares. Pero, a causa de vivir en su regazo perfumado de éter y alcohol con desinfectantes, tenía que retribuirle conociendo, acogiendo y amando al ser humano, con un alto costo personal para el cual la vida no lo había dotado.

No supo el por qué de su lejanía del hombre; es posible que, huérfano de los abrazos maternos, víctima de los golpes llenos de inquina de sus maestros o de humillaciones infantiles de toda índole, poco a poco el aislamiento llegara a ser su refugio y la nostalgia su compañera; aislamiento y nostalgia eran estados que no son bienvenidos por la mayoría de las personas que se aturden con el barullo del diario vivir, con los cotilleos livianos, con el baile y la música que tartamudean guiños de burlona comparsa, que acorta las horas de los que no se atreven a mirar su existencia a la cara.

A partir de esa noche, algo sucedió en la relación con su esposa: una sombra de desapego se erigió entre su alma y el amor que a Lucía Victoria le tenía. Y no hubo nada que pudiera devolverle la confiada alegría que antes tenía, cuando estaba a su lado. Poco a poco, como crecen las sombras cuando el sol se esconde; como nace la escarcha cuando se levanta el frío, se le secó la única llama que tenía y cuyo brillo lo animaba a iluminar al otro, a aceptarlo, a sentir con él alguna sensación de cercanía.

Lucía Victoria había apagado el débil pabilo de su espíritu.

Desde entonces no llevó a nadie más a su hogar; no invitó jamás a otras personas a participar con él de alguna camaradería, y sin saber cómo, volvió al templo, después de haberlo tenido largo tiempo abandonado. El sagrario comenzó a ser su único refugio. La medicina

se le fue haciendo cada vez más cuesta arriba, gastando en cada relación con su paciente una enorme energía.

Sin embargo, en lugar de crecer ante sus ojos la figura del hombre, ésta se fue empequeñeciendo. Con mayor ahínco trató de remediar esta falencia; pero, aún dándose por entero, no logró alcanzar la cima de la entrega. Llegó a pensar que Dios podría castigarlo por no amar al hombre como Él lo había amado.

Dios es el poeta y el hombre es su soneto, se decía; y, es verdad. Como médico pudo leer entre las líneas de esta poesía divina y darle unos pequeños toques en su métrica cuando la enfermedad desordenó sus letras; pero él no logró nunca sentirse, a su vez, un poema de Dios.

Es que este poema no había recibido la acogida en la infancia; el poema había sido pisoteado en la niñez. No podía Esteban esperar algo, ahora, por supuesto.

Llegó a casa.

—Estuve con Guillermo de Ferreras, le dijo a Lucía Victoria; tuvimos una larga conversación acerca de la medicina. Él ha cambiado mucho, Lucía. Se le ve con gran prestancia y seguridad en sí mismo. Además, se le nota el dinero en su conducta.—

Lucía Victoria se quedó observándolo con mirada de extrañeza, tal vez de lejanía.

—Él no es como tú, le dijo; él es un hombre práctico; ha hecho de su trabajo algo que le permite un desarrollo personal y familiar, pero estando él presente; no como tú, que pasas casi desapercibido y te escudas en tu trabajo para justificar tu ausencia.—

—Lucía Victoria, replicó el doctor Alberó, mi trabajo es como es; debo estar presente allí donde me requieren. De Ferreras tiene una clínica que trabaja para él; son muchos los médicos que atienden a la infinidad de enfermos que llegan allí; pero él puede no estar; le basta conocer cada caso de boca de otro médico para tomar decisiones. En cambio, en mis deberes médicos, yo soy el que debe decidir, junto al paciente, qué es lo mejor para él; y eso produce un enorme desgaste y consume muchas horas. Confieso que esas horas se las he robado a mi familia, pero con igual franqueza te he dicho a ti y a los hijos, que son parte de mi vida y, por eso, van también en esta forma de vivir así, casi sobreviviendo.—

—Yo me cansé de todo esto, Esteban. No me sirve tu discurso romántico acerca del bien y del mal o de cómo es que se hace la medicina. Es por eso que he tomado la decisión de dejarte. O vives conmigo o te acuestas con la medicina; pero tú y ella juntos no me complacen. —

De una pieza se quedó el doctor Alberó.

—¡Ah!, y para que no tengas que hacerlo tú, dado que no sabes nada de esta casa— como donde están las cosas, donde se guarda

tu ropa, donde está la loza —te he preparado la maleta para que no le robes tiempo a tu medicina y puedas irte luego.—

—¡No te soporto, Esteban!—

— No puedo soportar que aparezcas en los diarios cada vez que hay un problema social, acompañando a cuanto desalmado llega a la cárcel. No entiendo cómo puedes ser médico

de esos ladrones o de los narcotraficantes que llegan al tribunal. Apareces fotografiado con ellos y ni siquiera te importa lo que puedan pensar de ti las personas que te ven con tanto pillo y granuja.—

Esteban, por un instante, quiso asumir su defensa. Pretendió decirle a Lucía Victoria que ser médico de rufianes significaba sólo ser coherente con su juramento; que éste era sagrado y que lo cumpliría siempre, aunque por ello no fuera comprendido por sus pacientes o por otras personas; que el desempeñar esta obligación era lo mínimo que podía hacer y que esa conducta no lo convertía en un mejor ser humano, sino en un médico que se respetaba a sí mismo. Sin embargo, prefirió seguir en silencio.

La miró Esteban Alberó con asombro, primero y estupor después.

No supo qué hacer, salvo llevarse el cabás cerca del pecho y apretarlo con fuerza, mientras era invadido por una miríada de sensaciones que lo dejaron conmocionado.

—¡Llévatelo; llévate de aquí ese maletín asqueroso!—

—¡Eso es lo único que tú quieres en la vida!—

El rostro de Lucía Victoria se había demudado por la ira; la rápida respiración se le adivinaba al subir y bajar con rapidez el contorno de sus pechos que, a pesar de su edad, aún parecían turgentes.

Esteban prefirió no decir palabra alguna. Estaba tan estupefacto, que llegó a pensar que este momento no era real.

Con lento paso se dirigió a su dormitorio. Fue un viaje mecánico al único lugar que se le ocurrió ir.

Igual le había ocurrido hacía más de cincuenta años cuando una tarde, su madre, presa de quizás qué sentimientos, lo había encerrado en un armario por algunas horas que le clavarón el terror en el pecho. Cuando lo dejaron salir, igual como sucedió ahora, se fue a llorar al dormitorio. Ahora, empero, no lloraba.

LVI

Era muy temprano aún, pero el doctor Alberó estaba despierto. Desde que salió de su hogar, hace ya cinco o seis años, el sueño se había deteriorado. Los acontecimientos vividos en los últimos tiempos, habían provocado en el médico serias dificultades para conciliar el sueño y, aunque se quedara dormido muy tarde, despertaba siempre muy temprano. Con ello, la fatiga física que permanentemente sufría se había acentuado a tal nivel que, en algunas ocasiones, lo invadía un franco sopor.

Pero el evento de hoy no era menor; era el día en que se decidía si seguiría o no como Jefe de Residentes.

Se había destacado de manera importante en este cargo, llegando a ser una figura de alto valor en la academia y de gran prestigio clínico. Sin embargo, su tendencia al aislamiento, su carencia de redes sociales, el uso de un lenguaje que -por su riqueza- causaba alguna desazón, la incapacidad de ser gentil respondiendo a las invitaciones que se le hacían, su enconada resistencia a los cambios y su nula capacidad de originalidad para crear modelos interesantes en el plano docente, fueron haciendo de él una persona considerada como poco amable y desabrida.

Se vistió lentamente para ir a la reunión a la cual llegó puntualmente, como siempre.

Ocupó la testera, como Jefe en propiedad, y se dispuso a dirigir la reunión en la cual se elegía al nuevo jefe o se re elegía al que ya estaba en el cargo. Como era él mismo el afectado con la elección, llamó al director del internado para que dirigiera la reunión.

Al cabo de una hora ya sabía que no había sido re elegido. Ahora el cargo le pertenecía a un especialista en medicina de urgencias.

Con ello, se le daba la razón en aquello que pensaba: el médico internista iba perdiendo terreno rápidamente y el espectro de especialidades comenzaba a dominar en los hospitales, relegando a lugares muy secundarios a los no especialistas.

Recibió la noticia con prudente cortesía.

Se dirigió a la oficina que ocupaba por estos últimos nueve años como Jefe de Residentes y comenzó a sacar sus cosas: libros, apuntes, cuadernos, fotografías, computador, una máquina de calcular antigua; un proyector de diapositivas obsoleto e inservible; programas docentes de años pasados, listas de alumnos de diferentes promociones y así, hasta juntar dos cajas grandes que, ayudado por un auxiliar de aseo pudo trasladar a su auto.

Luego de la reunión en la que se había elegido como Jefe de Residentes a Horacio Estravell, el doctor Alberó comenzó un verdadero peregrinaje tanto dentro del hospital como en la facultad de medicina, pidiendo a la novel jerarquía que le permitiera continuar en las actividades que habitualmente desarrollaba en el campo laboral.

Según la normativa hospitalaria y la reglamentación de la facultad, el Jefe de Residentes tenía la potestad de cambiar a todas las autoridades en el trabajo clínico. Entre las personas con las que Alberó debía entrevistarse para pedir ayuda, la primera era, por cierto, Horacio Estravell. Éste era un especialista en Medicina Intensiva formado con los nuevos tiempos. El intensivista, prácticamente se guiaba sólo por los datos del laboratorio. Para él, Alberó era un redomado ignorante y no se explicaba cómo había logrado llegar a los altos sitiales académicos. Tampoco se explicaba el cariño que el personal del hospital le tenía y, aun más, lo despreciaba porque lo había visto con frecuencia entrar a la capilla del hospital, conducta que le parecía abominable.

Estravell era seguro de sí mismo, hablaba con voz fuerte, y tenía un porte elegante que destacaba. Su mirada, algo displicente, tenía como cuna un par de ojos redondos y salientes que parecían más bien pequeños puntos luminosos engarzados en un par de órbitas anchas y profundas, que se afirmaban en mejillas muy prominentes. Los labios, gruesos, mostrando muy protuyente el inferior, permanecían apretados la mayor parte del tiempo dando al contexto una facies despectiva.

Esteban Alberó pidió a la secretaria de Estravell una cita con el nuevo Jefe. Se la dieron para una semana después.

Durante la semana que tuvo que esperar, Alberó se dio a la tarea de conversar con cada uno de los nuevos jefes de sección, tanto en lo referente a atenciones médicas, como en lo relacionado a la de enseñanza de la medicina, actividades que estaban unificadas en la persona del médico que hacía las veces de jefe del equipo correspondiente.

Todos estos nuevos superiores habían sido alumnos de Alberó y todos tenían con él un trato muy deferente.

Por diversas circunstancias, ninguno de ellos pudo encargar labores docentes o de asistencia médica a su ex profesor. La explicación fue que ya tenían completos los equipos docentes y que en el plano de la actividad profesional, los cupos de atención estaban llenos, de modo que no tenía cabida en ninguno de ellos.

Varios de sus ex ayudantes le dijeron que debería descansar más y que no era necesario que se esforzara mucho en la actividad hospitalaria.

Cuando llegó el día de conversar con Estravell, éste, también ex alumno y ex ayudante de cátedra, lo recibió sin entusiasmo.

—Profesor Alberó, le dijo, ¿en qué puedo ayudarlo?—

Esteban no se amilanó ante la fría recepción y le explicó que tenía la necesidad imperiosa de trabajar; esa era la razón por la que había venido a conversar con él en su calidad de Jefe de Residentes.

—Yo creo, doctor Alberó, que es tiempo de que usted se dedique a otras cosas aquí en el hospital. Por ejemplo, podría revisar fichas médicas y hacer auditorías; coordinar las reuniones científicas de los lunes y asesorar a los médicos jóvenes en el Consultorio Externo; pero aquí en el hospital o en otras actividades de la Facultad, no estoy convencido de que nos pueda ayudar. Usted requeriría saber computación para trabajar algunos temas y tener una especialidad para adscribirse a algún equipo. Como médico internista no tiene lugar en ninguna actividad hospitalaria actual, y yo no podría imponerlo como miembro de esos equipos si no es especialista.—

—Me siento despedido de mi lugar de trabajo, Horacio. Necesito trabajar, porque ya tengo más de sesenta años y ha mermado mucho mi consulta privada; tengo obligaciones familiares ineludibles y urgentes, y para cumplir con ellas requiero generar dinero.—

Estravell guardó silencio.

No volvió a hablar con Alberó.

Éste se puso de pie lentamente, extendió la mano a su ex alumno en ademán de despedida y salió del despacho.

Desde la muerte de Taylor y poco después de su separación de Lucía Victoria, su ánimo había decaído y se sentía cansado y desalentado, porque le parecía que estaba siendo abandonado por la medicina.

Cuando servía a los pobladores de la Villa de Asís, antes de que los trasladaran a viviendas de calidad y dejaran el villorrio en el que vivían, Esteban se había re-encantando de la vida, de ser médico, de ser un apoyo para la gente sencilla, humilde y pobre. Estaba feliz de poder servir a la gente.

Trabajar en la academia y en grandes hospitales siempre le había dejado insatisfecho consigo mismo y eso lo inquietaba. Más encontraba el sentido de su vida sirviendo a los pobres que ejerciendo su profesión de otro modo; esto de entregarse una vez por semana a servir a los marginados, lo hacía sentir que éstos lo enriquecían y que le daban impulso para seguir viviendo y donándose, aunque, a veces, se cansara.

Y ellos, además de ser sus pacientes, eran sus terapeutas, porque no le daban espacio para preocuparse y enredarse en sí mismo.

La amistad con Taylor, con el padre Juan y con su suegro, sumada a su acción médica fueron mitigando su preocupación por los cambios que veía en la medicina. Hasta llegó a pensar: ¡Allá ellos!

Había llegado a decir a los estudiantes de medicina que los cambios dramáticos que vivía la profesión, los graves problemas que enfrentaba la familia, el deterioro de los conceptos morales, los duros embates de la maldad contra las ideas religiosas, le habían enriquecido esencialmente con algo muy importante. Y ello era que ya no había que poner la mirada en el pasado, ni en los líderes de cartón corrugado actuales, si no que en el que estaba crucificado, muerto y luminoso.

Pero no recordaba bien cuándo, había comenzado a percibir en ocasiones y sin razones aparentes, de forma vaga y fugaz una desazón interior, una inquietud con aflicción que lo hacía sentir que estaba ante un cataclismo gigantesco, que invadía y arrasaba al mundo entero, a los países más poderosos y a los pequeños; que invadía todas las religiones e iglesias; que hacía que la gente perdiera el sentido de la vida y caminara a ciegas buscando sobrevivir en la diversión, las drogas, el sexo, el poder, el egoísmo, el orgullo. En fin, que la humanidad se estaba suicidando en un gran holocausto.

El sentido de la trascendencia de la vida humana, de Dios, del amor gratuito, de enseñar a otros, de los valores de la fidelidad, la honestidad, de la posibilidad de una existencia después de la muerte..... de Jesucristo mismo y su Evangelio, podía ser un cuento, una ilusión, una farsa.

Se percataba de que no podía hacer nada ante todo esto, cambiar nada, modificar nada..... tal vez, de vez en cuando, podría escuchar el dolor de alguien y secar una lágrima..... seguir caminando tratando de sobrevivir en medio de la marea....como un pequeño gasfiter humano sin pretensionesmás aún a su edad, cuando el sol va declinando y el crepúsculo va aumentando.

No obstante, y paradójicamente, reparaba en un hálito de cierta lucidez en esta penumbra: lo único que quería era, como en su niñez, encontrar a Jesús en el momento de la muerte.

Le parecía que lo señero, firme, y bello en medio de todo esto y ajeno a lo que ocurría, era la naturaleza: la luminosidad espacial en ciertos lugares, los árboles, las flores con sus colores y fragancias, los cactus, las estrellas nocturnas, y los animales y los pájaros que no cesaban de cantar aunque ahora fueran menos que antes. Y también, firme y bello, y como ajeno a lo que ocurría, era el rostro sereno de la mujer pobre, humilde y el rostro contento y sencillo del hombre modesto y trabajador.

Le dieron en el hospital una pequeña oficina; un box le llamaban; un espacio de un metro cuadrado en una de cuyas paredes sobresalía un tablón a manera de escritorio sobre el cual colgaba una repisa para poner libros; una silla, y paredes laterales. Es lo que le dieron después de tantos años de trabajo y entrega.

Suaves golpes sintió sobre su hombro; era la Chela, la antigua y fiel servidora de Taylor.

—¡Chela!, me da mucho gusto verte por aquí. ¿Necesitas algo en que yo te pueda ayudar?—

—¡Doctorcito lindo. ¡ Qué bueno que lo encuentro! Después de que falleció el doctor Taylor, encontré trabajo en el arzobispado.—

—De allá vengo, doctorcito, porque el señor Obispo quiere conversar con usted. Parece que

no está nada de bien. Hace tiempo que tiene ronquera y, a veces, le cuesta pronunciar algunas palabras. Ha visitado hartos médicos, pero le dicen que no saben lo que tiene. Así es que un día, cuando casi se ahogó por un atoro, le dije que usted podría conocerle la enfermedad. Y pocos días después, muy desesperado, me pidió que le dijera si podía ir a visitarlo.–

–Dile que mañana iré a verlo, Chela.–

–Dice que vaya hoy, doctor, porque se siente muy mal.–

Pronto llegó al domicilio del prelado. Tenía una gran casa a la que se accedía a través de un hermoso jardín.

Hacía muchos años que no veía al Obispo.

Cuando se acercó al lecho donde estaba postrado, encontró a un anciano, un nonagenario con el rostro apegaminado y muy poco expresivo. Sus ojos estaban turbios por las cataratas, y el pelo, totalmente encanecido, caía desordenado sobre la frente, que estaba llena de manchas marrón.

Edgardo Lanas hacía tiempo que estaba jubilado.

Esteban Alberó lo saludó cortésmente y Lanas, al verlo, se incorporó penosamente en el lecho, con el fin de estrechar la mano del médico.

Una vez que se hubieron saludado, el doctor dejó su cabás cerca de la silla que había dispuesto Chela, para que en ella se acomodara el médico mientras examinaba al paciente.

–Le pedí a Chela que fuera por usted, doctor, porque no puedo tragar y se me han puesto rígidas las manos. Y, por ratos, me cuesta hablar. Pero, además, pierdo orina, no puedo retenerla.–

–El olor que tengo me desespera.–

–¿Y tiene algo más, Monseñor?–

–Sí, doctor. Se me hinchan mucho las piernas y tengo dificultad para respirar, así es que vivo sentado, porque si me acuesto la tos me ahoga.–

Siguió el médico interrogando al Obispo y una vez que quedó conforme con lo investigado, lo examinó detalladamente.

El diagnóstico era muy claro: amiloidosis senil con compromiso neurológico y cardíaco; una enfermedad que evoluciona con rapidez y que es incurable.

El doctor Alberó informó al sacerdote, con palabras comunes, todo lo referente a la afección que lo aquejaba.

–¿Me voy a morir, doctor?,– preguntó con un dejo de gran tristeza.

–Monseñor, replicó Esteban, todos nos vamos a morir.–

–Sí, eso ya lo sé, doctor; pero yo, ¿me voy a morir?–

–¿Y qué lo hace pensar de que usted no morirá, Monseñor?,– contestó visiblemente extrañado el médico.

–Es que no puedo morirme sin pedir perdón, doctor; y eso me resultará muy doloroso, porque no he cumplido mis deberes como Obispo.–

—No, Monseñor, no se culpe; trate de rezar y pedir perdón. Eso es lo que espera de usted, Jesús.

Padre, no caiga en la desesperación; todos tenemos faltas y pecados; todos hemos sido traidores a la bondad de Dios. Y

muchos, incluso, han perdido la noción de pecado. Hasta piensan que los evangelios no pasan de ser un cuento de hadas.—

El anciano hizo nuevamente un gran esfuerzo para incorporarse en el lecho, y tomando la mano del médico le dijo:

—No, doctor; el pecado mío es mucho más grande que los que se imagina: yo he sido un Judas y eso no tiene perdón.—

Esteban Alberó miró al sacerdote con profunda bondad y estrechándole la mano le dijo:

—Todos, padre, todos somos Judas. La diferencia la hará el que usted crea en la misericordia de Jesús, y tenga el firme convencimiento de que Él lo comprenderá, porque Jesús sabe que somos frágiles, que la vida es dura, que no hemos aprendido a amar, a pesar de que a los cuatro vientos vamos diciendo que tenemos que respetar y cuidar al prójimo. No se desespere, Monseñor; si usted cree firmemente en que Él es pura misericordia y bondad, lo entenderá y no lo dejará precipitarse en la nada.—

—Es que muchas veces, y tal vez por el mismo hecho de ser sacerdote, se me difuminó la figura del Señor; y la mayor tragedia que pude haber vivido es haberlo convertido en anodino en algunas oportunidades, en mi corazón. Y cuando me di cuenta de ello, ya era tarde.—

—Fui cobarde, doctor, porque temí que me dijeran fanático o que pensarán que era un fundamentalista religioso. Frente a este temor quise ablandar el mensaje de Jesús y eso es una traición flagrante contra él y su mensaje. En los tiempos que corren, todo se relativiza; Jesús, en cambio, siempre fue taxativo y muy claro en lo que pedía. Pero no me atreví. Ese es mi mayor pecado y me duele terriblemente.—

—Es verdad que en la actualidad, al menos en este país, no hay persecución religiosa; pero es verdad también, que si se nombra a Dios para aclarar, con su palabra, los dilemas que suelen existir en diferentes situaciones de toda índole, se moteja a las personas que así proceden de beatos, fundamentalistas o fanáticos, reduciéndolas a un estado en el que aparecen como ridículas. Y, claro está, no quise parecer ridículo.—

—Desde hace mucho que vivo esta tragedia y mi corazón no tiene consuelo, doctor; yo creo que esto mismo es lo que me ha enfermado. Es preciso vivir como se piensa y yo, en cambio, he vivido para parecerle mejor a otros, para que me aprecien, para que no se burlen de mí.—

—Monseñor, no sea tan severo consigo mismo.—

—Es que no es ser duro ponderar la realidad y mirarla como es, sin aderezos, sin decorados. Yo, Obispo, pastor encargado por el mismo Jesús de apacentar sus ovejas, no he usado el diáfano

lenguaje de Dios; a causa de ello, las ovejas se han ido dispersando. Pero no sólo eso, por-

que yo me he acomodado y transigido con los que se burlan de mis creencias. Y lo he hecho, porque me he avergonzado de mí y de mis convicciones. Me he avergonzado de Jesús.–

Y lloró a sollozos.

Esteban Alberó no sabía qué hacer; no encontraba cómo consolar a un hombre anciano, sabio, experimentado en el dolor, que lloraba como un niño.

De pronto, enjugándose los ojos, el Obispo volvió a hablar:

–Esto de Adán y Eva me dijeron que era un cuento, doctor.–

–Y usted, ¿qué piensa?, le preguntó Esteban.–

–Querido doctor, respondió el prelado, la palabra del Antiguo y Nuevo Testamento es palabra de Dios. Y en ella creo firmemente.–

–Pero, padre, insistió Esteban, parece cuento de niños.–

–También parece un cuento que Jesús resucitó a los muertos, curó leprosos, expulsó demonios e hizo ver a los ciegos; parece un cuento que se abrió el Mar Rojo y que se produjeron las plagas de Egipto, respondió el sacerdote.–

–No conculque su fe, doctor, por lo que dicen los que no creen; ellos tampoco creerán aunque vean andar a los muertos, porque antes que nada pensarán que tienen un delirio o que están enfermos o que fue un sueño, antes que creer.–

–Dios es como un niño; El siempre se pone por debajo del hombre. Le muestra sus maravillas y espera que el hombre crea, que lo siga, que lo ame.–

–Aún la ciencia no aclara cómo apareció el ser humano en la tierra, y sigue las teorías de la evolución. Lo curioso es que hay escarabajos de cuatro millones de años hallados en el jade, cuya anatomía es exactamente igual a la de los actuales. No ha evolucionado en nada.

Es evidente que hay cosas que han seguido desarrollándose, que han presentado etapas evolutivas, pero eso no afirma que el hombre sea producto de ello.

La fe, doctor, es un don de Dios; no lo pierda. No haga nada que la ponga en peligro. La fe es muy frágil; lo puede comprobar incluso en el mismo evangelio, en el que se cuenta cómo el apóstol Tomás, dudó de Jesús. Después, y porque vio, creyó.

Nosotros no tenemos esa posibilidad. Mantenga su fe y tenga cuidado, porque en muchas oportunidades, la razón le dirá que lo que está escrito en la Biblia parece irracional.

No, se lo ruego; no deje de creer.

Ante Dios, permanezca como un niño; si se pone sabio o muy letrado, perderá su fe y habrá de sufrir mucho para recuperarla.–

–Padre, repuso Esteban, la medicina con su estela de dolor, sufrimiento y muerte me ha hecho pensar cada vez más que o Dios

no existe, o se ha escondido, porque si Él viera todo lo malo que hay sobre la tierra, toda la muerte y el sufrimiento que campea por doquier, ya lo hubiera detenido.–

–No, hijo querido; lo que pasa es que estamos exiliados del paraíso; mientras no halleemos el camino de regreso, seguiremos en este doloroso desorden; continuaremos luchando

unos contra otros; permaneceremos bajo la égida del odio y de la devastación. Para hacernos volver, Dios envió a Jesús y Él es la puerta que da paso al paraíso aquí mismo en la tierra. Para ello, para seguir ese camino, deberá tener la valentía de ser bueno, manso, solidario, caritativo y parecer niño en todas sus acciones. Si una brizna de orgullo o de soberbia le impide alcanzar la estatura de un niño, no podrá entrar al camino de vuelta.–

–Crea, doctor; no aleje al Señor de su corazón. Él siempre se pone en segundo lugar, porque lo ama; si llegara a sospechar que duda de Él, se irá para dejarlo libre y que usted piense como quiera. Él respeta toda su libertad.–

–Usted, como médico, puede llevar a Dios donde quiera que vaya, en su sonrisa, en su palabra afable, en su trato respetuoso y cariñoso; en sus acciones curativas, en su reflexión acerca de los medios para que otros alcancen la salud.

No se olvide de esto.

Es un insondable misterio.

Sea niño, sea un doctor niño y quédese a la sombra del Altísimo junto a su maletín. Dios se lo llenará cada día con consuelo.

Llegará un momento en que creará que aliviar o confortar a otro, si no tiene algo mejor que ofrecerle, es una forma de evadirse, una manera de esconder su ignorancia. Pero yo le digo: nunca deje de consolar, porque es un bálsamo que permite tranquilizar a muchas personas y liberarlas de sus arrepentimientos desasosegados, que son los que ennegrecen el alma y quitan la esperanza. Su maletín debe cargarlo, hasta que estalle, con esperanza y consuelo.

No lo hace menos científico aliviar a alguien o ayudarlo a que se desahogue de su penuria; no lo hace menos médico llorar con su paciente....

–Monseñor, replicó Esteban, muy agradecido estoy por lo que acaba de decirme. Lo necesitaba.–

–La vida se me ha ido despedazando y he cometido el error de mirar hacia atrás, lo que es propio de la cobardía frente al presente. También me ha sucedido que, en mi profesión, me he sentido seducido, no pocas veces, de hacer lo mismo que casi todos practican: una medicina silente, basada en la tecnología y alejada del alma y la conmiseración. Y, ciertamente, me ha sobrevenido el deseo de que mis colegas me aprecien; el inmenso anhelo de ser reconocido. Hace tiempo ya que la tentación de transigir con ellos

se ha convertido en pan de cada día y debo luchar para no caer, porque mis colegas están al día y pareciera que yo estoy atrasado

en el conocimiento de los avances de la medicina; ellos casi no ejercen el acto médico; en cambio, yo, es casi lo único que hago; ellos usan la tecnología como sustituto de la clínica, pero yo, la utilizo sólo como elemento de comprobación diagnóstica. Esta conducta me ha hundido frente a mis pares y, por miedo, también he traicionado mi pensamiento. Pero con lo que me acaba de decir, tendré fuerzas para seguir adelante y no desmayar.–

–Monseñor, prosiguió el doctor Alberó; usted me llamó para que le diera mi opinión

acerca de su enfermedad. Hemos conversado de muchas cosas, salvo de la razón por la que usted me solicitó que viniera.—

—Doctor Alberó, repuso el Obispo Lanas, estoy muy viejo y no recurriré a ninguna medida para zafarme de mi enfermedad. Obedeceré los designios del Señor y la ofreceré como penitencia. Quizás así Jesús se compadece de mí y convierte este corazón mío de piedra en un corazón de carne.—

—Sólo déjeme algunas indicaciones para aliviar un poco estos sufrimientos, pero no me ordene pautas curativas.—

—Una cosa más quiero contarle.

Entre sollozos, el Obispo relató al médico su conducta en relación al problema que aquejó al padre Juan Pedro Oñate, y reconoció que fue su avaricia la que lo obligó a cometer un acto tan condenable.

—Le he pedido perdón mil veces, doctor, pero él ya está muerto.—

—Él lo perdonó, señor Obispo, le dijo Esteban. Me lo dijo antes de morir.

Ahora quédese tranquilo, Monseñor; poco a poco se irá sintiendo más cómodo y desahogado. Vendré a visitarlo cada vez que usted me necesite; y lo haré con alegría.—

—No, doctor, no se vaya. Me ha hecho tan bien conversar con usted.

LVII

El doctor Alberó consiguió un trabajo en un consultorio externo; uno de aquéllos donde casi ningún profesional desea laborar, porque la enfermedad hizo una alianza con la miseria y la ignorancia enciende el leño de la desconfianza y el temor al médico.

Cuando llegó al lugar, como siempre acompañado de su cabás, la sala de espera estaba atestada de pacientes aguardando ser llamados por el médico que habían elegido.

Pasaron frente a él hombres y mujeres que cargaban una vida de renunciadas y carencias, las que los habían hecho envejecer antes de tiempo. Parecía como si los años hubieran hecho el trabajo con más rapidez, como si ellos estuvieran cansados de estar en estos cuerpos marchitos por la pobreza y el abandono.

Conversó con cada uno no sólo acerca de sus dolores y angustias, sino de sus esperanzas, de esos anhelos que se guardan profundo junto a los sueños no cumplidos.

Pero la tarea le tomaba tiempo y de pronto se escucharon algunos gritos: ¡Apúrese, pues, doctor! ¿No ve que nosotros también estamos enfermos?

Como creciera la inquietud entre la gente que lo esperaba y la hora para cerrar el consultorio corría inexorable, la enfermera y la auxiliar se le acercaron para decirle que era preciso que se apurara.

—¿Ve, doctor, lo que pasa cuando se demora en la consulta?

Algunas personas han dicho que para qué examina tanto, si para eso están los exámenes y los rayos.

Estaba en esto, cuando la puerta de su pequeño cubículo fue sacudida por un fuerte golpe acompañado de un:—¡Atiéndeme luego, viejo de mierda!

Era un fornido matón de alrededor de cuarenta años que llevaba a un niño de unos diez años tomado de la mano.

—¿No te dai cuenta de que mi hijo está muy enfermo?

Esteban, sin asomo de temor respondió:

—Señor, tenga la bondad de esperarme; hay otras personas antes que usted que también necesitan que las examine.

—¿Y qué tanto examen tenís que hacerle?

—Lo único que quiero es que me des una orden para hacerle el escáner a mi hijo, porque tiene una diarrea.

Alberó miró con bondad y respeto a su airado interlocutor e iba a darle una explicación, cuando un puñetazo en plena mandíbula lo arrojó contra la mesa del cuchitril donde atendía a los pacientes, haciéndole perder el conocimiento.

Se armó una tremenda barahúnda en el lugar; volaban las sillas y la gente, sacando de cuajo algunas de las bancas dispuestas para las personas que esperaban, las apilaron y les prendieron fuego. La turba entró a la estación de enfermería y arrebataron las fichas médicas para avivar las llamas. Los niños lloraban; algunas mujeres huían asustadas, pero otras, se quedaron para ayudar al desorden.

Llegaron los policías, pero fueron atacados con palos y objetos contundentes, que quizás de donde salieron. La policía, tres hombres en total, se vio sobrepasada por la situación y, al verse acorralados, desenfundaron sus armas y dispararon al aire varias veces.

Poco a poco volvió un discreto orden.

—Sí, ese doctor no quiere atender; se demora mucho para hacernos esperar.

—Sí, a ese es al que hay que detener; fue él quien comenzó la pelea.

—Es el colmo como están estos matasanos; ya ni siquiera respetan el dolor. Y fíjese señor policía, que ni siquiera quiere darnos órdenes de exámenes; ¡Cómo si la plata del fisco tuviera que cuidarse tanto!

Sin detenidos terminó la gresca, pero Alberó, medio borracho aún por el trauma, fue subido al furgón policial para ser trasladado a la comisaría y tomarle declaraciones.

Cuando llegó al lugar fue bajado a empujones.

Ya había llegado la prensa.

Lluvia de flashes, cámaras de televisión grabando, micrófonos en alto encendidos para registrar cualquiera palabra que dijera el doctor.

Una vez dentro del recinto policial y tomados sus datos, nombre, edad, fecha de nacimiento, lugar de trabajo, Alberó contestó con afabilidad cada pregunta.

—¿Profesión?

—Médico, contestó. Soy médico.

Y el policía escribió: Proveedor Sanitario.

Esteban, malhumorado, exclamó casi gritando:

—¡Médico, he dicho que soy médico!

—No me falte el respeto, señor, dijo el policía que tomaba los datos; y continuó: ya no existe el apelativo de “médico”; ahora se usa el de Proveedor Sanitario.

Se inclinó, el doctor Alberó a buscar su maletín que había depositado en el suelo, junto a la silla en la que encontraba sentado. Lo tomó, lo abrió con delicadeza y se lo mostró al policía.

—Eso no lo hace médico, señor, dijo el hombre;. Hace mucho tiempo que eso no se usa; los médicos, ahora, son proveedores de salud y usan máquinas cada vez más sofisticadas.

—¡Ah!, y no son como usted. Ellos no examinan, porque han alcanzado mayor perfección con la tecnología que aplican. Así es que guárdese ese maletín o lléveselo a un museo. Tal vez allí se lo reciban.

Los tabloides de la tarde habían hallado los titulares con los cuales enterrar al que osara hacerse nombrar médico:

Proveedor Sanitario crea caos en consultorio marginal.

Proveedor Sanitario se niega a atender pacientes en poblaciones periféricas.

La foto de Alberó que lo mostraba bajando de un furgón policial y sosteniendo un cabás en su mano, llegó hasta los hogares más humildes. El tribunal más poderoso de la tierra ya había hecho su dictamen sin conversar con el posible delincuente: un médico no había cumplido con su deber.

A pesar del dolor de cabeza que le había quedado después del fuerte golpe que recibió del matón, esa misma noche debió asistir a

una cena de despedida que le ofrecían sus ex colegas, y en la que recibiría un galvano de recuerdo que le otorgaba su Facultad de Medicina.

Mientras lo recibía, no dejó de recordar las canicas de cristal que le regaló su maestra de primaria, cuando terminó el primero básico. Mirando a través de ellas podía ver el universo; mirando su galvano se encontró con el rostro de su padre y con el de Jonás Taylor. Ellos no tuvieron premios, regalos, condecoraciones ni cenas de despedida. Y él, sólo había sido un médico normal. Creía no merecer tanto festejo.

Volvió a su casa.

Vacía.

Miró su cabás. De pronto le pareció extraño; un maletín curioso.

Por un instante, no reconoció el lugar donde se hallaba.

Debe ser el vino que bebí durante la comida, se dijo. Y se dirigió a buscar en su botiquín un analgésico para el pesado dolor que no había cedido.

Se acostó sobre la cama, se tapó con una frazada gruesa y divagó con su mirada y vagabundeo con sus ideas.

Villa de Asís, hospital Del Buen Samaritano, Lucía Victoria, un carro de cartonero. Un Padre Nuestro comenzó a balbucear, pero no halló el resto de las palabras. Ni tampoco

pudo hallar las del Ave María. Miró a las paredes, recorrió toda su pieza, pero sus ojos le dijeron que estaba en otra casa, que esa no era la suya,.

De pronto, una luz eneguedora lo hizo parpadear; luego, cuando quiso volver a ver, lo envolvió la oscuridad. De pronto, un hormigueo recorrió todo el brazo y después la pierna del mismo lado; atinó a tocársela, pero no reconoció la mano, como la suya.

Una modorra le vino a calmar una leve angustia que le oprimió el pecho y, de súbito, pudo ver las copas de los árboles y el cielo lleno de estrellas.

LVIII

En el hospital del Buen Samaritano se reunieron médicos, alumnos, profesores, enfermeras y personal auxiliar.

El auditorio estaba atestado de gente.

Hizo el discurso de inauguración el doctor Horacio Estravell quien, con sentidas palabras, recorrió la biografía de Esteban Alberó y puso al insigne facultativo como ejemplo de las futuras generaciones; con orgullo, se vanaglorió de que había sido su discípulo y que le estaba profundamente agradecido.

Terminadas sus palabras, pidió al doctor Guillermo de Ferreras, amigo y condiscípulo de Alberó que descubriera una hermosa placa de bronce con letras sobre relieve pintadas de riguroso negro, en donde se leía:

Auditorio Doctor Esteban Alberó.

